



ROBERT D.
KAPLAN

EL RETORNO DEL
MUNDO
DE
MARCO
POLO

Claves de la estrategia política
americana del siglo XXI

RBA

ROBERT D. KAPLAN

EL RETORNO DEL MUNDO DE MARCO POLO

Guerra, estrategia y los intereses estadounidenses en el siglo XXI

Traducción de
albino santos mosquera

RBA

Título original inglés: The Return of Marco Polo's World.

Autor: Robert D. Kaplan.

© Robert D. Kaplan, 2018.

Por acuerdo con el autor.

Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Albino Santos Mosquera, 2019.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2019.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: abril de 2019.

ref.: onfi895

isbn digital: 978-84-9187-409-6

fotoletra, s.a. • preimpresión

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

a elizabeth m. lockyer

Los orígenes de las guerras calientes han de buscarse en las guerras frías, y los orígenes de las guerras frías se encuentran en el ordenamiento anárquico de la esfera internacional. [...] Los teóricos quieren explicarnos algo que los historiadores ya saben: que la guerra es lo normal.

kenneth n. waltz, 1988

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS

El capítulo con el que se inicia el libro y que sirve de punto de anclaje a toda esta recopilación de artículos es un estudio que escribí para la Oficina de Evaluación Neta del Pentágono a finales del verano de 2016 y que esta institución ha hecho público en fecha reciente. Para su inclusión en la presente compilación, me he limitado a poner al día algún que otro elemento (muy pocos). El resto de los artículos, cuya fecha de publicación original se remonta, en algún caso, a diecisiete años atrás incluso, se recogen aquí tal cual aparecieron en su momento. Por consiguiente, es muy posible que el lector detecte alguna que otra repetición de ideas (hasta frases literales), o errores en algunos de los supuestos de partida que yo manejaba y que el tiempo ha revelado equivocados.

El primero de mis agradecimientos es para James H. Baker, coronel (ya retirado) de la Fuerza Aérea, y para el doctor Andrew D. May, ambos de la Oficina de Evaluación Neta, por su ayuda y su interés. Evaluación Neta encargó el ya mencionado ensayo breve a través del Centro para una Nueva Seguridad Estadounidense (CNAS) en Washington, con cuyo personal y, en especial, con cuya directora ejecutiva (Michele Flournoy), presidente (Richard Fontaine), director de estudios (Shawn Brimley) y directora creativa (Melody Cook), tengo una gran deuda de gratitud. Y estoy especialmente agradecido, en particular, al director del Programa de Estrategias y Evaluaciones de Defensa del propio CNAS, el capitán de navío (retirado) Jerry Hendrix, por la orientación que me ha brindado. Para escribir ese ensayo breve y para su posterior transformación en capítulo del presente libro, también he contado con las aportaciones intelectuales y la guía de la doctora Shamila Chaudhary, asesora principal del decano de la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados (SAIS) de la Universidad Johns Hopkins; de Svante Cornell, director del Instituto Asia Central-Cáucaso de la propia SAIS de la Johns Hopkins; de Reva Goujon, vicepresidenta de análisis global de la empresa Stratfor; del coronel del Ejército Valery Keaveny, Jr.; del teniente de aviación Robert Lyons; del teniente coronel de los Marines Peter McAleer; del teniente general del Ejército H. R. McMaster; del teniente coronel de los Marines David Mueller; de Evan Osnos, periodista de *The New Yorker*; de Karim Sadjadpour, socio sénior del Fondo Carnegie para la Paz Internacional; del almirante de la Armada (retirado) James Stavridis, decano de la Facultad de Derecho y Diplomacia de la Universidad de Tufts, y de Jim Thomas, socio sénior distinguido del Centro de Evaluaciones Estratégicas y Presupuestarias. A todos ellos y ellas, muchas gracias. En cualquier caso, los errores o incorrecciones presentes en el análisis que recoge este primer capítulo son exclusivamente míos.

A propósito de los otros artículos, estoy muy agradecido por el apoyo que he recibido a lo largo de los años de todos los directores de *The Atlantic*, *The American Interest*, *The National Interest* y *The Washington Post*, y muy en especial, a James Bennet, James Gibney, Cullen Murphy, Scott Stossel, Adam Garfinkle y Jacob Heilbrunn.

Anna Pitoniak supervisó desde Random House la producción y la presentación de este libro, y tuvo siempre buenos consejos para mí. Mis agentes literarios, Gail Hochman, Marianne Merola y Henry Thayer, me aportaron su habitual y excepcional apoyo. El ya desaparecido Carl D. Brandt

me asesoró bien en las fases iniciales de este proyecto editorial, al igual que Henry Thayer en las fases finales. Elizabeth M. Lockyer organiza meticulosamente mi vida profesional con la ayuda de Diane y Marc Rathbun. Y mi esposa, Maria Cabral, sigue ahí con su amor y su apoyo de décadas.

ESTRATEGIA

EL RETORNO DEL MUNDO DE MARCO POLO Y LA RESPUESTA MILITAR ESTADOUNIDENSE

Europa desaparece y Eurasia se cohesiona. El supercontinente se está convirtiendo en una unidad de comercio y conflicto fluida y reconocible al tiempo que el sistema de Estados surgido de la paz de Westfalia se debilita, y que ciertas herencias imperiales más antiguas —la rusa, la china, la iraní, la turca— vuelven a adquirir preeminencia. Todas las crisis actuales en el espacio que se extiende desde la Europa central hasta el corazón territorial de China (el de la etnia) han están interconectadas. Es un único campo de batalla.

Lo que sigue a continuación es una guía histórica y geográfica para entenderlo.

la dispersión de occidente

Nunca antes en la historia alcanzó la civilización occidental tal extremo de concisión geopolítica y poder bruto como durante la Guerra Fría y los años inmediatamente posteriores al final de esta. Por espacio de bastante más de medio siglo, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) condensó en forma de robusta alianza militar toda una tradición milenaria de valores políticos y morales (Occidente, para entendernos). La OTAN fue, antes de nada, un fenómeno cultural. Sus raíces espirituales se remontan a los legados filosóficos y administrativos de Grecia y de Roma, a la formación de la cristiandad durante la Alta Edad Media, y a la Ilustración de los siglos XVII y XVIII, ideas todas ellas de las que surgió la revolución que originó la independencia estadounidense. Ciertamente es que varias naciones clave de Occidente combatieron aliadas en la Primera y la Segunda Guerra Mundial, y que, de aquellas colaboraciones dictadas por las circunstancias, surgieron escenarios precursores de las posteriores estructuras (más seguras y elaboradas) de la OTAN. Dichas estructuras fueron fortalecidas, a su vez, por un sistema económico de alcance continental que culminó en la creación de la Unión Europea (UE). La UE dio apoyo político y sustancia cotidiana a los valores inherentes a la OTAN, que (en un sentido muy general) podríamos definir como la victoria del imperio de la ley sobre la autoridad arbitraria de los gobernantes, la primacía de los Estados de derecho sobre las naciones étnicas, y la protección del individuo con independencia de su raza o religión. La sustancia de la democracia, a fin de cuentas, no reside tanto en la celebración de elecciones como en la imparcialidad de sus instituciones. Al término de la Larga Guerra Europea (1914-1989), aquellos valores reinaban triunfales frente a un comunismo definitivamente derrotado, y la OTAN y la UE extendieron sus sistemas por toda la Europa central y del este, desde el mar Báltico (al norte) hasta el mar Negro (al sur). Y bien podemos afirmar que aquella fue una larga guerra europea, pues las privaciones (tanto políticas como económicas) características del tiempo de guerra perduraron en los Estados satélites soviéticos hasta 1989, año en que Occidente se impuso sobre el segundo de los sistemas totalitarios de Europa igual que lo había hecho sobre el primero de ellos en 1945.

Las civilizaciones prosperan muchas veces en oposición a otras. Del mismo modo que la

cristiandad alcanzó forma y sustancia enfrentándose al islam tras la conquista musulmana del norte de África y del Levante mediterráneo en los siglos VII y VIII, Occidente forjó su paradigma geopolítico definitivo enfrentándose a la Alemania nazi y a la Rusia soviética. Y como las réplicas del gran seísmo que fue la Larga Guerra Europea se prolongaron hasta el final mismo del siglo xx, con la disolución de Yugoslavia y el caos interno en Rusia, la OTAN y la UE continuaron siendo durante esos años tan relevantes como antes: la OTAN demostró su capacidad expedicionaria en el caso de Yugoslavia, y la UE fue ganando espacio mediante incursiones cada vez más profundas en el espacio del antiguo Pacto de Varsovia, aprovechando la debilidad rusa. Esa era fue llamada la Posguerra Fría, es decir, que se definió en función de aquello otro que había acaecido justo antes de ella y cuya influencia todavía se dejaba sentir por entonces.

Ese influjo de aquella Larga Guerra Europea, que duró tres cuartos de siglo, sigue notándose todavía en el desarrollo de los acontecimientos y me sirve de punto de entrada para describir todo un mundo nuevo que se abre mucho más allá de Europa y que los militares estadounidenses están obligados ahora a afrontar. Y puesto que la difícil situación europea actual constituye una buena introducción a ese mundo nuevo, empezaré con ella.

Fue la monumental devastación dejada por dos guerras mundiales la que llevó a las élites europeas, a partir de finales de la década de 1940, a renegar por completo del pasado, con todas las divisiones culturales y étnicas que le habían sido consustanciales. Solo se conservaron los ideales abstractos de la Ilustración, los cuales, a su vez, alentaron una ingeniería política y una experimentación económica que originaron, como respuesta moral específica al sufrimiento humano de 1914-1918 y 1939-1945, la instauración de unos generosos Estados sociales del bienestar que implicaban una elevada regulación de las economías. En lo referente a los conflictos políticos nacionales que dieron origen a las dos guerras mundiales, no se dejó margen a que se repitieran porque, además de otros aspectos de cooperación supranacional, las élites europeas impusieron una unidad monetaria única en buena parte del continente. Pero, salvo en las sociedades europeas septentrionales más disciplinadas, esos Estados sociales del bienestar se han revelado inasequiblemente caros justo en el momento en que la moneda única ha hecho que las economías del sur de Europa, más débiles, acumulen volúmenes masivos de deuda. Por desgracia, pues, el intento de redención moral emprendido tras la Segunda Guerra Mundial, ha conducido, con el paso del tiempo, a un infierno económico y político de muy difícil solución.

Pero la ironía de la situación no se detiene ahí. Las calmadas y felices décadas que vivió Europa durante la segunda mitad del siglo xx nacieron (en parte) de su separación demográfica del Oriente Próximo musulmán. También esa fue una consecuencia de la fase de Guerra Fría de la Larga Guerra Europea, cuando, bajo el asesoramiento y el apoyo soviéticos, se erigieron y se sostuvieron durante décadas diversos Estados prisión totalitarios en lugares como Libia, Siria e Irak, unos Estados que, más tarde, adquirirían vida propia. Europa fue afortunada durante mucho tiempo en ese aspecto: podía negarse a participar en la política de poder internacional y pregonar la defensa de los derechos humanos precisamente porque estos les eran negados a decenas de millones de musulmanes que vivían justo al otro lado de sus fronteras, millones de personas a quienes también se les negaba la libertad de movimiento. Pero esos Estados prisión musulmanes prácticamente se han desmoronado por completo (bajo su propio peso o por interferencia extranjera) y su caída ha generado una oleada de refugiados hacia unas sociedades, las europeas,

lastradas hoy por la deuda y el estancamiento económico. Europa se fractura ahora desde dentro a medida que el populismo reaccionario se afianza y se erigen nuevas fronteras por todo el continente con la intención de impedir el movimiento de refugiados musulmanes de un país a otro. Pero, al mismo tiempo, Europa se disuelve desde fuera, reunificado su destino con el de Afro-Eurasia en su conjunto.

Todo esto es un producto natural de la geografía y la historia. Durante siglos, en la Edad Antigua, Europa significó el conjunto de la cuenca mediterránea, el famoso Mare Nostrum («mar Nuestro») de los romanos, que incluyó al norte de África hasta la invasión árabe de la Alta Edad Media. Esa realidad subyacente jamás desapareció del todo: a mediados del siglo xx, el geógrafo francés Fernand Braudel insinuó que la verdadera frontera sur de Europa no era Italia ni Grecia, sino el desierto del Sáhara, donde se forman actualmente caravanas de inmigrantes con destino al norte.¹

Europa —en la forma en que la conocíamos, al menos— ha empezado a desaparecer. Y con ella, Occidente mismo —por lo menos, como fuerza geopolítica nítidamente perfilada— también pierde mucha de su definición. Es evidente que Occidente como concepto de civilización lleva ya bastante tiempo en crisis. El hecho más que patente de que cada vez sean más infrecuentes y controvertidas las asignaturas sobre civilización occidental en la mayoría de los campus universitarios de Estados Unidos es indicativo del efecto del multiculturalismo en un mundo en el que se intensifican las interacciones cosmopolitas. Tras recordar que Roma solo había heredado parcialmente los ideales de Grecia y que los propios ideales romanos prácticamente se perdieron en la Edad Media, el intelectual liberal ruso del siglo xix Alexandr Herzen señalaba también que «el pensamiento occidental pasará a la historia y quedará incorporado a ella, tendrá su influencia y su lugar, igual que nuestro cuerpo pasará a integrarse en la composición de la hierba, las ovejas, las chuletas y los hombres. Esa clase de inmortalidad no nos gusta, pero ¿qué otro remedio nos queda?».²

Lo cierto es que la civilización occidental no se está destruyendo: más bien, se está diluyendo y dispersando. A fin de cuentas, si lo pensamos bien, ¿qué es lo que define exactamente a la globalización? Más allá de la caída de las fronteras económicas, ha sido la adopción a escala mundial de la variante estadounidense de capitalismo y gestión la que, fusionada con el avance de los derechos humanos (otro concepto occidental), ha dado pie a las más eclécticas formas de combinación cultural y ha erosionado de paso la histórica división entre Oriente y Occidente. Tras ganar la Larga Guerra Europea, Occidente, lejos de proceder victorioso a conquistar el resto del mundo, está empezando ahora a perderse él mismo dentro de lo que Reinhold Niebuhr llamó «una vasta telaraña de historia».³ La descomposición de la que habló Herzen ha comenzado ya.

una nueva geografía estratégica

Europa desaparece y Eurasia se cohesiona. No quiero decir con ello que Eurasia se esté unificando o siquiera estabilizando en el sentido en que estaba haciéndolo Europa durante la Guerra Fría y la Posguerra Fría; solo digo que las interacciones entre la globalización, la tecnología y la geopolítica, mutuamente reforzadas de ese modo, están llevando al supercontinente euroasiático a convertirse —en términos analíticos— en una unidad fluida y reconocible. Sencillamente, Eurasia tiene hoy sentido como nunca lo había tenido. Además,

debido a la reunificación de la cuenca mediterránea, evidenciada por la afluencia en masa a Europa de refugiados del norte de África y del Levante, y debido al espectacular crecimiento de las interacciones de extremo a extremo del océano Índico, desde Indochina hasta el África del este, ahora podemos hablar de Afro-Eurasia, así, en una sola palabra. La expresión «la Isla Mundo», con la que Halford Mackinder, geógrafo británico de principios del siglo xx, se refirió a la suma de Eurasia y África, ha dejado de ser prematura.⁴

Este Occidente que se desvanece lentamente instiga esa evolución de los acontecimientos plantando sus semillas de unidad en una cultura global emergente que abarca varios continentes. Otro factor que fomenta este proceso es la erosión de las distancias propiciada por la tecnología: nuevas vías para el tráfico rodado, puentes, puertos, aviones, cargueros gigantes y cables de fibra óptica. De todos modos, conviene que nos demos cuenta de que todo esto solo conforma un nivel de las varias capas de transformaciones que están teniendo lugar, y que hay más cambios problemáticos de los que dar cuenta también. Y es que, precisamente porque la globalización socava tanto la religión como la cultura, los fenómenos religiosos y culturales tienen que reinventarse ahora bajo formas más severas, monocromáticas e ideológicas facilitadas además por la revolución de las comunicaciones. He ahí los ejemplos de Boko Haram y de Estado Islámico, que no representan al islam en sí, sino a un islam prendido por la llama de la conformidad tiránica y la histeria de unas masas inspiradas por internet y las redes sociales. Como ya he escrito en ocasiones anteriores, lo que se está produciendo no es el llamado choque de civilizaciones, sino el choque entre civilizaciones reconstruidas artificialmente. Y esto no hace más que recrudecer las divisiones geopolíticas, las cuales —como pone de manifiesto la caída de los Estados prisión de Oriente Próximo— se hacen evidentes, no solo entre Estados, sino dentro de cada uno de ellos.

Los episodios de agitación violenta, combinados con la revolución de las comunicaciones en todos sus aspectos —desde las ciberinteracciones hasta las nuevas infraestructuras de transporte—, han forjado un mundo más claustrofóbico y más ferozmente disputado: un mundo en el que el territorio todavía importa y donde toda crisis interactúa con todas las demás como nunca antes. Todo esto se ve intensificado, además, por la expansión de las megaurbes y por el crecimiento demográfico absoluto. Por muy superpoblado que esté un territorio, por muy diezmada que esté su capa freática y los nutrientes de su terreno, la gente está dispuesta a luchar por hasta el último pedazo del mismo. En una Tierra violenta e interactiva como esta, las nítidas divisiones de los estudios por área geográfica, típicos de la Guerra Fría, y hasta las divisiones de los continentes y los subcontinentes, están empezando a difuminarse al tiempo que el recuerdo de la Larga Guerra Europea se va borrando de la memoria viva. Europa, África del norte, Oriente Próximo, Asia central, el sur asiático, el sureste asiático, Asia oriental y el subcontinente indio están condenados a tener cada vez menos sentido como conceptos geopolíticos. En su lugar, y debido a la erosión tanto de las fronteras duras como de las diferencias culturales, el mapa evidenciará un continuo de sutiles gradaciones, que empezarán en la Europa central y el Adriático, y terminarán más allá del desierto de Gobi, donde comienza la cuna agrícola de la civilización china. La geografía importa, pero las fronteras legales ya no importarán tanto.⁵

Este mundo estará cada vez más entrelazado por obligaciones formales constituidas tanto por encima como por debajo del nivel de los gobiernos nacionales, una situación cuyas características funcionales recuerdan mucho a las del feudalismo. Igual que la región del Al

Ándalus medieval en España y Portugal fue un rico crisol de civilizaciones —musulmana, judía y cristiana— presidido por los árabes, pero sin conversiones forzadas al islam, este otro mundo emergente nuestro —o, mejor dicho, la parte del mismo que no sea una zona de conflicto— será un entorno de tolerancia y de suculentas mezclas culturales en las que el espíritu liberal de Occidente se disolverá y solo bajo esa forma disuelta estará presente. En lo que a los conflictos regionales respecta, casi siempre tendrán implicaciones globales, dada la creciente interconexión entre todas las partes de la Tierra. Véase, si no, cómo unos conflictos locales que implicaban a Irán, Rusia y China han desembocado, en el transcurso de las décadas, en atentados terroristas y ciberataques contra Europa y América.

Las divisiones geográficas serán a un tiempo mayores y menores que en el siglo xx. Serán mayores porque las soberanías se multiplicarán: una pléyade de ciudades-Estado y de regiones-Estado surgirán de los Estados actualmente existentes y adquirirán mayor relevancia, mientras que una organización supranacional como la UE continuará su declive y otra como la ASEAN está destinada a tener muy poco sentido en un mundo de intimidación y poder.⁶ Pero las divisiones geográficas serán también menores porque las diferencias —y, en particular, el grado de separación— entre regiones como Europa y Oriente Próximo y Medio, y entre Oriente Próximo y Medio y el sur de Asia, y entre el sur de Asia y el Asia oriental, disminuirán. El mapa se volverá más fluido y barroco, por así decirlo, pero seguirá un mismo patrón que se irá repitiendo. Y será un patrón fomentado tanto por la profusión como por la consolidación de carreteras, vías férreas, oleoductos y cables de fibra óptica. Obviamente, las infraestructuras de transportes no anularán la geografía. De hecho, el gasto mismo que, en muchas zonas del planeta, hay que dedicar a construirlas es una demostración de la innegable realidad de la geografía. Cualquiera que se dedique al negocio de la prospección energética o que haya participado en algún juego de guerra con los Estados bálticos o el mar de la China Meridional como teatros de operaciones sabe lo mucho que importa aún la geografía en su concepción tradicional. Además, las infraestructuras de transportes vitales constituyen otro de los factores que hacen que la geografía —y, por extensión, la geopolítica de nuestro tiempo— resulte más opresiva y claustrofóbica. La conectividad, lejos de traer consigo más paz, prosperidad y uniformidad cultural, como a los optimistas tecnológicos les gusta afirmar, nos dejará un legado mucho más ambiguo. A mayor conectividad, más trascendente será lo que se dirima en las guerras y más fácil será que estas se propaguen de un área geográfica a otra. Las grandes empresas serán las beneficiarias de este mundo nuevo, pero siendo incapaces como son (la mayoría de ellas) de proporcionar seguridad, no tendrán el control último de la situación.

Nada ilustra mejor este proceso que los intentos del gobierno chino de tender un puente terrestre a través del Asia central y occidental hacia Europa, y una red marítima que atraviese el océano Índico desde el este de Asia hasta Oriente Próximo. Estos conductos terrestres y marítimos podrían estar interconectados a su vez, pues China y Pakistán (e Irán y la India) aspiran a enlazar los yacimientos de petróleo y gas natural de la lejana y muy continental Asia central con el océano Índico al sur.⁷ El lema con el que China promociona esos proyectos de infraestructuras es «un cinturón, una ruta», y de hecho, eso es lo que es: una nueva Ruta de la Seda. La Ruta de la Seda medieval no era una única vía, sino una enorme red comercial que, aunque no estaba establecida formalmente como tal, comunicaba frágilmente Europa con China, tanto por tierra como por el océano Índico. (La Ruta de la Seda no se conoció por ese nombre —

la Seidenstrasse— hasta que así la bautizó a finales del siglo xix un geógrafo alemán, el barón Ferdinand von Richthofen.) El carácter relativamente ecléctico y multicultural de la Ruta de la Seda durante la Edad Media hizo que, según el historiador Laurence Bergreen, no fuese «lugar donde tuviesen cabida ortodoxias ni fanatismos». Además, los viajeros medievales que recorrían la Ruta de la Seda se encontraban con un mundo que era «complejo, tumultuoso y amenazador, pero poroso en cualquier caso». Por consiguiente, con cada nuevo relato de alguno de aquellos viajeros, iba creciendo en los europeos la impresión no de que el mundo fuese un lugar «más pequeño y manejable», sino «más grande y caótico».⁸ Esto mismo describe a la perfección nuestra época actual, en la que, cuanto más pequeño se vuelve el mundo en la práctica por acción del avance de la tecnología, más permeable, complejo y abrumador nos parece, con sus innumerables crisis sin solución aparente, todas ellas interconectadas. Marco Polo, el mercader veneciano de finales del siglo XIII que recorrió aquella Ruta de la Seda a lo largo y a lo ancho, es el personaje histórico más famoso que asociamos con aquel mundo. La ruta por la que él viajó nos proporciona un boceto inmejorable con el que representar y definir la geopolítica de Eurasia en la era que está por venir.

imperios difuminados en el camino de marco polo

Marco Polo, que inició su viaje de veinticuatro años por Asia zarpando rumbo a la costa oriental del Adriático en 1271, pasó considerables periodos en Palestina, Turquía, el norte de Irak, todo el territorio de Irán (desde el norte azerí y kurdo hasta el golfo Pérsico), el norte y el este de Afganistán, y la provincia china (aunque étnicamente túrcica) de Sinkiang, antes de llegar a la corte del emperador mongol, Kublai Kan, en Cambaluc (la actual Pekín). Desde Cambaluc, recorrió lugares de toda China y también de Vietnam y Birmania. Su ruta de regreso a Venecia lo llevaría a cruzar el océano Índico por el estrecho de Malaca hasta Sri Lanka, desde donde siguió la costa occidental de la India hasta Gujarat, e hizo luego escapadas adicionales a Omán, Yemen y el este de África. Pues, bien, si el mundo de comienzos del siglo XXI tiene un foco central de atención geopolítica, es precisamente ese: la cuenca del océano Índico, desde el golfo Pérsico hasta el mar de la China Meridional, con Oriente Próximo y Medio, el Asia central y China incluidos. El régimen chino actual se propuso en su momento que su Ruta de la Seda terrestre-marítima reproduzca exactamente la que Marco Polo siguió en su día. No es casualidad. Los mongoles, cuya dinastía Yuan rigió los destinos de China durante los siglos XIII y XIV, fueron, en realidad, unos «practicantes tempranos de la globalización» que se propusieron interconectar el conjunto de la Eurasia habitable en el marco de un imperio verdaderamente multicultural. Y el arma más imponente de la China Yuan no era la espada —pese a la reputación de sanguinarios que precedía a los mongoles—, sino el comercio: las joyas, las telas, las especias, los metales, etcétera. El distintivo emblemático de la Pax Mongolica no fue la proyección de poder militar, sino la extensión de rutas comerciales.⁹ La gran estrategia mongol estaba mucho más cimentada en el comercio que en la guerra. Pues, bien, si se quiere entender la gran estrategia de China en la actualidad, no hay más que fijarse en el imperio de Kublai Kan.

Ahora bien, a Kublai Kan aquello no le funcionó del todo. Persia y Rusia estaban fuera del control chino, y el subcontinente indio, separado de China por el alto muro del Himalaya, y con mares a ambos lados, continuó siendo una isla geopolítica aparte. De todos modos, durante todo

ese tiempo, el Gran Kan no dejó de fortalecer su base en la que siempre ha sido la «cuna» cultivable de la civilización china: la China central y oriental, lejos de las áreas habitadas por la minoría musulmana en el desierto occidental. En todos esos detalles, las características geopolíticas del mundo de Marco Polo se ajustan de manera bastante aproximada a las de nuestro mundo actual.

También Marco Polo creía que China era el futuro. El carbón, el papel moneda, las gafas y la pólvora eran maravillas chinas desconocidas en Europa en aquel entonces, y la ciudad de Hangzhou, con su gigantesco foso y cientos de puentes tendidos sobre sus canales, era, a ojos de Marco Polo, tan bella como Venecia. Pero, de viaje por el Tíbet, también fue testigo del lado oscuro del dominio chino Yuan: la destrucción por la destrucción misma y la incorporación a la fuerza de una provincia lejana.

Además de la isla geopolítica que formaba la India, dos territorios especialmente trascendentales que Marco Polo describe en sus Viajes son Rusia y Persia (o Irán, como ahora se la conoce). Rusia la describe —a muy grandes trazos y desde la distancia— como un lugar despoblado y rico en pieles, mientras que Persia determina buena parte de su ruta. Persia (o, lo que es lo mismo, Irán) solo es superada por China a ojos de Marco Polo: una impresión parecida a la que se llevaron en su momento Alejandro Magno y Heródoto, cuyos caminos estuvieron muy influidos por el Imperio persa. A fin de cuentas, Persia fue la primera superpotencia de la historia en la Edad Antigua, y llegó a unificar bajo su égida el Nilo, el Indo y Mesopotamia, además de establecer vínculos comerciales con China. Como tan a menudo ha ocurrido a lo largo de la historia, todo giraba entonces en torno a Persia, cuyo idioma sirvió en la Alta Edad Media de vehículo principal para la difusión del islam por todo Oriente.¹⁰ Así pues, el mapa de la Eurasia del siglo XIII, en vida de Marco Polo —un mapa sobre el que aparecerían sobreimpresos nombres de entidades políticas tales como el «Imperio del Gran Kan» y el de los «kanes de Persia»—, sirve hoy de telón de fondo para una situación, la actual, mucho más compleja y tecnologizada.¹¹

Para empezar, hay que tener en cuenta que, entre toda esa complejidad, el imperial continúa siendo el principio organizador de la escena internacional: las experiencias imperiales previas de Turquía, Irán, Rusia y China explican la estrategia geopolítica que cada uno de esos países ha mantenido hasta nuestros días. Esos mismos legados también explican cómo podría debilitarse (o desintegrarse parcialmente) cada uno de esos Estados. Y es que la constancia de la historia sigue siendo un elemento definitorio de la realidad de Eurasia, y me refiero no solo a la continuidad de la estabilidad que propiciaban los imperios, sino también a la propensión a momentos de caos como los que surgían en los interregnos entre dinastías imperiales, cuando las crisis en las capitales acarreaban la ingobernabilidad de las provincias más remotas. Y precisamente por cómo la tecnología de las comunicaciones otorga un mayor poder a los individuos y a los grupos pequeños —sin olvidar que la creciente interconexión entre las crisis de todo el mundo es una nueva fuente de estallidos de inestabilidad—, las amenazas a los centros de poder de orientación imperial son mayores ahora que nunca. Y eso sin mencionar las agudas dificultades económicas a las que se enfrentan todos esos Estados, y en particular, Rusia y China, cuya propia estabilidad interna jamás puede darse por garantizada.

Pensemos, pues, que el primer estrato cartográfico del nuevo mapa euroasiático sería una capa de imperios difuminados: imperios no declarados como tales, aunque todavía funcionan con una

mentalidad imperial, y cuyo control territorial oficial —en los casos de Turquía e Irán— es mucho menor que el de sus antiguos imperios o —en los casos de Rusia y China— incluso mayor. Y es que lo que hace que Rusia y China sean especialmente vulnerables es que ambos Estados abarcan sendos territorios de dimensiones verdaderamente imperiales que se extienden más allá de las tierras de origen de sus grupos étnicos y religiosos dominantes. George Kennan dijo que el argumento más poderoso para justificar el imperialismo era la «necesidad por contingencia», es decir, la idea de que «a menos que tomemos esos territorios, otros los tomarán y la situación será peor todavía».¹² Por ese motivo, el imperialismo, adopte la forma que adopte, nunca morirá.

poder turco, iraní y centroasiático

Turquía e Irán, gracias sobre todo a sus prolongados y venerables pasados imperiales, son los Estados más cohesionados de Oriente Próximo, un rasgo reforzado, además, por sus geografías naturales que se ajustan bastante bien al puente terrestre anatolio y al altiplano iraní, respectivamente. Por «cohesionados» no me refiero a que sus regímenes actuales sean perfectamente estables, sino únicamente a que sus instituciones han alcanzado un grado de profundidad mucho mayor que las del mundo árabe, por lo que tienen más probabilidades de recuperarse de brotes de inestabilidad como el fallido golpe de Estado y la represión subsiguiente en Turquía en el verano de 2016. Turquía e Irán son un desbarajuste, pero no podemos olvidar que buena parte del mundo árabe lo es aún más. Tomemos el caso de Arabia Saudí: un reino relativamente joven y trazado artificialmente sin ningún legado imperial al que retrotraerse; un país caracterizado por grandes diferencias regionales entre el Néyed y el Hiyaz, y cuya población, pese a la escasez agónica de agua de la zona, podría doblarse en pocas décadas, haciendo del país un lugar cada vez menos cohesionado en términos políticos. Además, por culpa principalmente de la revolución del gas natural en Estados Unidos, Arabia Saudí ha dejado de ser el productor decisivo mundial de hidrocarburos. El experto en energía Daniel Yergin ha escrito: «La nueva estrategia saudí consiste en utilizar los ingresos por la venta de petróleo para diversificar la economía y construir el fondo de inversión soberano más grande del mundo como motor para su propia inversión en desarrollo». El objetivo, según él, «es incrementar los ingresos no procedentes del petróleo hasta, como mínimo, sextuplicarlos para no más tarde de 2030».¹³ No obstante, aun si el reino de los Saud lograra ese objetivo en su totalidad o en parte —cosa harto dudosa—, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que el poder geopolítico de Arabia Saudí ya no va a ir a más (y eso, en el mejor de los escenarios previsibles para Riad).

Las dinámicas políticas regionales de Turquía bajo la presidencia de Recep Tayyip Erdoğan señalan el retorno a una estrategia imperial otomana de mayor raigambre histórica: un giro introducido ya en su momento por el fallecido ex primer ministro Turgut Özal en la década de los ochenta y principios de los noventa. Özal, musulmán devoto al igual que Erdoğan (pero desprovisto de las tendencias autoritarias de este último), concebía un «neootomanismo» pluralista y multiétnico que podría, por eso mismo, constituir la base para una paz entre los turcos y sus correligionarios kurdos, y permitiría también que los turcos se aproximaran a los pueblos túrcicos del Asia central, así como a otros correligionarios musulmanes en los mundos árabe y persa. No se trataba de ninguna estrategia agresiva o antidemocrática, para que nos

entendamos. Sí que hay que aclarar que la «orientación estrictamente occidental» de la política exterior turca que tanto admirábamos (y tan normal considerábamos) en Occidente era, en realidad, una aberración: un peculiar invento de un laicista recalitrante, Mustafá Kemal «Atatürk», quien abjuró del imperialismo otomano y quien, por cierto, no tenía nada de demócrata.¹⁴ El dictatorial Estado kemalista, que tan oportuno le resultaba a Occidente desde el punto de vista geopolítico, nunca va a volver. La sociedad turca es hoy ya demasiado sofisticada para eso. Pero sí debería decirse que Erdoğan, por su mismo (y muy compulsivo) autoritarismo y por su empeño en someter a los kurdos de su propia Anatolia, también es, hasta cierto punto, un kemalista que aspira en vano a crear un Estado turco monoétnico, aun cuando su proyecto para Turquía como potencia influyente en el Levante mediterráneo sea muy otomano. De hecho, no es ninguna contradicción que lo sea. Precisamente porque las áreas de mayoría étnica kurda se extienden a caballo de los territorios de Turquía, Siria, Irak e Irán, la protección de las fronteras modernas (kemalistas) de Turquía en tiempos de guerra en Siria e Irak requiere de una política no de repliegue, sino de avance o expansión al estilo otomano. La peor pesadilla imaginable para Turquía es perder el control sobre las áreas étnicamente kurdas del este de Anatolia. De ahí que deba tomar siempre la ofensiva, aunque sea de manera más o menos indirecta.

Ese es el motivo por el que hoy Turquía está construyendo un oleoducto en el norte de Irak y por el que ha apoyado recientemente al Partido Democrático del Kurdistán Iraquí contra la Unión Patriótica del Kurdistán (proiraní), al tiempo que actuaba contra las unidades de defensa kurdas en Siria. Es evidente que el Kurdistán como conjunto está débil y fragmentado, pese a la imagen que nos han querido transmitir los medios de que la autonomía kurda ha sido el único éxito conseguido por la guerra de Irak. El Kurdistán terminará siendo el campo de batalla geopolítico a largo plazo entre Turquía e Irán, en una especie de reedición de los viejos conflictos imperiales entre otomanos y safávidas de principios de la Edad Moderna.

Si bien la tradición imperial de Turquía (selyúcida y otomana) es íntegramente islámica, y eso hace que los valores del gobierno de Erdoğan resulten muy naturales para su población en realidad, la tradición imperial de Irán (meda, aqueménida, parto y sasánida) es previa en el tiempo al nacimiento del islam. La excepción fue la dinastía safávida, cuya adopción del islam chií en 1500 desembocó en una desastrosa guerra contra el Imperio otomano (suní) que distanció a Irán de Europa.¹⁵ Esa tradición histórica es fuente de cierta tensión entre la ideología islámica iraní y la idea que Irán tiene de sí mismo como gran potencia a todos los efectos en Oriente Próximo y Medio. Por ejemplo, a Hasán Rohaní, el presidente iraní cuyos ministros negociaron el acuerdo nuclear con Occidente, le gustaría que Irán evolucionase hacia una potencia económica regional dotada de un revitalizado sistema de corte capitalista, abierto al mundo, muy parecido a lo que China es hoy. Pero el Líder Supremo, el ayatolá Alí Jamenei, tiene un concepto de Irán que recuerda más al que la antigua Unión Soviética tenía de sí misma: si cede terreno en cuanto a su ideología islámica, piensa él, corre serio peligro de desintegrarse, en vista del tipo de dominio que la etnia persa ejerce sobre el «miniimperio» de minorías que es hoy Irán. Karim Sadjadpour, del Fondo Carnegie para la Paz Internacional, dice que esa división enfrenta «a los pragmatistas contra los principistas [aquellos que creen en la importancia de los principios fundamentales]». Ali Vaez, del ICG (Grupo de Crisis Internacionales) subdivide, a su vez, cada uno de esos dos grupos entre un sector más radical y otro que lo es menos, lo que nos deja, al menos, cuatro facciones diferenciadas que compiten por conseguir influencia en los múltiples

centros de poder de Irán. Esta situación tan extremadamente descentralizada «favorece inherentemente la continuidad», según Vaez.¹⁶ Tanto Vaez como Sadjadpour sugieren que Irán no va a avanzar en los próximos años hacia el modelo chino, a pesar del acuerdo nuclear. Es más probable que el que impere sea el modelo de la vieja Unión Soviética (previa a Gorbachov). Es decir, que, en vez de convertirse en una especie de imperio posmoderno y auténticamente dinámico, una fuerza que funcione como un polo de atracción tanto en Oriente Próximo y Medio como en Asia central, y un país con una relación normalizada con Occidente, Irán tal vez siga siendo durante unos cuantos años más un Estado corrupto, rico en recursos y movido por resentimientos.

Aunque menor en número que el sector de quienes querrían un Irán más revitalizado, el sector que forman la élite clerical y la Guardia Revolucionaria está dispuesto a luchar hasta la muerte por conservar el poder porque (literalmente) sus miembros no tienen ningún otro sitio adonde ir. Muchos de los partidarios de Rohaní en el gobierno del país, por ejemplo, siempre tendrían la opción de huir a Occidente (donde muchos de ellos estudiaron en la misma época en que los miembros de la línea dura combatían en las trincheras de la guerra Irán-Irak). Como nos recuerda un analista, a la vista de la inmensa violencia que los duros del régimen iraní están desatando en Siria con tal de mantener a Bachar al Asad en el poder, ¿qué no estarán dispuestos a hacer para mantenerse ellos mismos en el poder dentro de Irán! Recordemos que las dictaduras muchas veces caen cuando el dictador —por razones de edad o de enfermedad— pierde la voluntad misma de seguir en el poder. Ahí están ejemplos de ello como el del propio sah iraní en 1979, Nicolae Ceaușescu en Rumanía en 1989, o Hosni Mubarak en Egipto en 2011. Eso es algo que sin duda no va a ocurrirle en un futuro más o menos cercano a la sanguinaria élite que domina ahora mismo Irán.

Irán seguirá adelante actuando como una potencia semidisfuncional que despliega una política exterior agresiva en la zona del Levante. Tal vez se produzcan pequeños levantamientos en los próximos años en lugares como el Baluchistán, al sureste del país, o en el Juzestán, al suroeste, pero serán controlables. Irán, dotada de una conciencia de civilización diferenciada no menor de la que puedan tener China o India (o incluso Turquía), no se disolverá como los Estados artificiales del Levante y de otras partes del mundo árabe; pero tampoco progresará. Por el ambiente general (cuando no por los detalles concretos), es posible que tanto Irán como Turquía terminen por parecerse en estos años venideros a la Turquía de la década larga de 1970, cuando nominalmente era una democracia, pero en realidad era un caos político e institucional, dominado por el culto a los militares, con un primer ministro de centro-izquierda débil, Bulent Ecevit, que acabó ordenando la invasión de Chipre.

Turquía e Irán, ambas inmersas en un lento proceso de calcificación bajo regímenes autoritarios de signo muy distinto (elegidos o no), seguirán estando a salvo, pese a todo, de un potencial desmoronamiento como Estados, a pesar de las previsibles turbulencias políticas que vayan a sufrir, sobre todo, a la muerte del actual Líder Supremo de Irán. Su vieja-nueva rivalidad por el Kurdistán terminará eclipsando la desintegración general de Siria e Irak, países cuyos núcleos formales de poder en Damasco y Bagdad ya no volverán a ser centro de gobierno efectivo alguno ante tantos actores regionales —cada uno con sus prioridades geopolíticas muy diferentes— como están implicados en los enfrentamientos por el amplísimo territorio que va desde el Mediterráneo hasta la meseta iraní. El mapa de lo que hasta ahora conocíamos como

Siria e Irak continuará pareciéndose a una de aquellas abigarradas pinturas con los dedos que improvisan los niños pequeños en las guarderías, con franjas de colores que se irán expandiendo y contrayendo conforme lo hagan las áreas controladas por grupos de combatientes suníes y chiíes en un escenario de microestados endebles y radicales, en el que ciudades como Mosul y Alepo estarán tan orientadas las unas hacia las otras como podrán estarlo hacia sus antiguas capitales respectivas, como en tiempos de las antiguas rutas de las caravanas. Si a ello le añadimos una Arabia Saudí un tanto mermada más al sur, la continua atomización de las áreas desérticas del Levante hará que aumente más aún la fuerza relativa de las mesetas turca e iraní, por políticamente atribulados que sus respectivos regímenes estén. Recordemos que, ahora mismo, hay millones de refugiados árabes de esas guerras atrapados en la región cuyos hijos e hijas no están recibiendo una educación formal, por lo que la próxima generación será más proclive aún a dejarse llevar por la propaganda islamista. Al mismo tiempo, el interés nacional tanto de turcos como de iraníes —digan lo que digan públicamente Ankara y Teherán— es que los árabes sigan estando en una situación de debilidad, división y guerra internas. En definitiva, que ni siquiera la desaparición de Estado Islámico y la supervivencia (o la eliminación) del régimen de Bachar al Asad conducirían a una estabilidad real.

Debido a la manifiesta religiosidad de los regímenes de Ankara y Teherán, la influencia turca e iraní es extraordinariamente limitada en el Cáucaso y el Asia central postsoviéticos. El bastión energético que es Azerbaiyán es un ejemplo ilustrativo de ello. La afinidad étnica y lingüística de Azerbaiyán con Turquía llevó a que Bakú y Ankara mantuvieran unas relaciones muy estrechas en la década de 1990, cuando el régimen turco era aún laico, como el de Azerbaiyán. Pero cuanto más islámico se vuelve el gobierno de Turquía, más se distancia de Azerbaiyán, donde todavía se siente un respeto reverencial por el laicismo de Atatürk, por mucho que en Turquía ya no. Y no hay que olvidar la decisión turca de colaborar con Rusia para desarrollar un gasoducto desde Siberia hasta Europa bajo las aguas del mar Negro, en competencia directa con los propios planes azeríes de exportación de gas.¹⁷ Irán, por su parte, debería ejercer en teoría una considerable influencia en el Cáucaso y en el Asia central —en virtud de su peso demográfico, cultural y lingüístico—, pues Persia continúa siendo, en términos históricos, el principio en torno al que se organiza toda esa región. Además, Irán ha sido tradicionalmente una potencia tanto centroasiática como de Oriente Próximo. Pero la estéril ideología islámica de Teherán repugna a esos países, cuyas tradiciones están influidas todavía por el ateísmo soviético, así como por el sincretismo y el chamanismo túrcicos (razones estas que, unidas a la brutal represión que en esos Estados se ejerce contra los opositores a sus regímenes locales, explican por qué las rebeliones islámicas no han fructificado —no todavía, al menos— en la región). Es en ese punto donde la ideología islámica de Irán choca con su propia tradición imperial, mayormente preislámica. Por lo tanto, cuanto más hacia el este nos movemos por la ruta de Marco Polo y más atrás dejamos la difuminada influencia imperial de Turquía e Irán, más rápidamente se va haciendo evidente la de China, cuyo prestigio en esas zonas es ya mayor que los de Turquía, Irán, Rusia o incluso Estados Unidos.

La invasión rusa del territorio de la Gran Georgia en 2008 fue un momento trascendental en ese proceso. Hasta entonces, Armenia estaba alineada con Rusia, y Georgia lo estaba con Estados Unidos y Europa. También estaba alineada con Occidente Azerbaiyán —país rico en reservas energéticas— debido a sus oleoductos y sus gasoductos, que circunvalan Rusia y conectan Bakú

con el Mediterráneo a través de Georgia y de Turquía. Pero la musulmana Azerbaiyán vio la deserción estadounidense de Georgia (una nación en apuros y cristiana, nada menos) en 2008 y se dio cuenta de que Washington ya no era un aliado de fiar en caso de crisis, por mucho que los propios azeríes siguieran detestando a los rusos. Al mismo tiempo, ahora son los rusos quienes venden armas a los azeríes, a la vez que hacen de menos a los armenios. A finales de la década de 1970, Moscú dejó en la estacada a su aliado, Somalia, cambiándolo por el archienemigo de los somalíes, Etiopía, porque este último era un país más rico y más poblado. A Moscú le gustaría lograr una mejora parecida en el Cáucaso, cambiando Armenia por Azerbaiyán. Pero no puede aún, porque la situación regional es, de hecho, mucho más compleja.

El contexto es el siguiente. Los dirigentes azeríes, como los dirigentes de Uzbekistán, Kazajstán y otras ex repúblicas soviéticas del Asia interior —laicas y autoritarias todas—, han observado aterrados la Primavera Árabe y los levantamientos islámicos que posteriormente secuestraron aquellas protestas. También les ha causado pavor la agresión rusa en Ucrania, así como las tensiones entre Rusia y Turquía, y están igualmente asustados por la caída en los precios de la energía. Carecen de amigos en este mundo que se desteje a pasos agigantados, por lo que parece, y tienen la impresión de que Estados Unidos es cada vez menos importante para sus regímenes, sobre todo cuando su previsible retirada definitiva (puede que incluso como potencia vencida) de la vecina Afganistán podría dejar allí un verdadero vacío. Así que, poco a poco, y con ayuda del sostén económico y político chino, estas ex repúblicas soviéticas han ido fortaleciendo sus instituciones, han ido depurando discretamente a los elementos prorrusos de sus aparatos administrativos y han ido desvinculando (sensiblemente) sus economías de la de Rusia. En general, han hecho frente a los rusos, y lo han hecho hasta tal punto que solo en Kazajstán y en Kirguistán continúa siendo fundamental la influencia de Rusia (básicamente, a causa de la larga frontera kazajo-rusa y de la debilidad institucional kirguís). Si miramos la situación con cierta perspectiva, veremos que la legitimidad de los Estados en el Asia central, pese al origen artificial de muchas de esas repúblicas, creadas por Stalin, ha resultado ser —a corto plazo, al menos— algo más fuerte de la esperada. (Los pequeños Estados de Kirguistán y Tayikistán, con sus divisivas geografías montañosas, son claras excepciones. De todos modos, la verdadera prueba de fuego será Uzbekistán ahora que ha fallecido su líder Islam Karímov.)¹⁸ En resumen, Rusia, afectada por su propio declive económico, tiene bloqueado su avance en aquella región, mientras que los chinos, con las carreteras, los ferrocarriles, los puentes, los túneles y los oleoductos que allí están construyendo, están evocando los tiempos de la dinastía Tang en los siglos VIII y IX, cuando la influencia imperial china se extendía por toda el Asia central hasta el Irán nororiental. En 2013, China adelantó nítidamente a Rusia en cuanto a su comercio regional en la zona, que alcanzó un volumen de 50.000 millones de dólares en intercambios con las cinco repúblicas centroasiáticas exsoviéticas, comparado con los 30.000 millones de esos mismos países con Rusia. Las compañías chinas son propietarias actualmente de una cuarta parte de la producción petrolera de Kazajstán y de más de la mitad de las exportaciones de gas de Turkmenistán.¹⁹

«El Asia central es única porque es el único lugar en el que convergen todas las grandes potencias», ha escrito Zhao Huasheng, profesor de la Universidad Fudan de Shanghái. A fin de cuentas, el Asia central histórica está formada no solo por las ex repúblicas soviéticas, sino también por Mongolia, el Sinkiang chino (que es el Turquestán oriental) y Afganistán. Y además

del impacto de China y Rusia en las ex repúblicas soviéticas (influido, a su vez, por sus propios legados imperiales respectivos), Estados Unidos continúa con su implicación militar en Afganistán, e Irán ha sido durante gran parte de su historia imperial una potencia dominante en el oeste afgano, como lo ha sido la India en el Afganistán oriental.²⁰ De hecho, aunque nos hayamos acostumbrado a concebir las ex repúblicas soviéticas como una unidad separada, sus destinos van a estar cada vez más entrelazados con lo que suceda allí al lado, en la intranquila Sinkiang y en un país tan devastado por las guerras como es Afganistán.²¹ Eso no significa que el juego del poder mundial se vaya a decidir principalmente en el Asia central, pero sí implica que lo que allí suceda será un indicador con el que medir esas relaciones de poder. Es decir, que el Asia central nos mostrará quién está tomando la delantera y quién no.

rusia y el intermarium

Al norte de toda esta complejidad y confusión está Rusia, cuyo imperio cristiano ortodoxo no participó en los momentos históricos (Renacimiento e Ilustración) que hicieron Europa como es hoy, aunque los zares medievales tuvieron que hacer frente en su momento, antes incluso de la época de Napoleón y Hitler, a las invasiones de los suecos, los polacos y los caballeros teutónicos. De ahí que optaran entonces por aliarse con los mongoles. En ese pasado tiene profundas raíces el euroasiatismo de Vladimir Putin y, por ello, «el imperio es la opción del Estado ruso por defecto».²² Putin sabe que la expansión zarista de mediados del siglo xvii en dirección sur, hacia el corazón medieval del Rus de Kiev (Ucrania, para que nos entendamos) y el mar Negro rindió grandes frutos, pues señaló la desintegración temprana del máximo enemigo de Rusia, la Mancomunidad de Polonia-Lituania.²³ Stalin llevaba esa historia en la sangre, también, y tomó como guía un paradigma revolucionario-imperial, por así llamarlo, para defender a Rusia frente a amenazas reales (o percibidas como tales), especialmente las procedentes de la Europa central y oriental. Y como Oriente Próximo es una región adyacente a la Europa central y del este, la anarquía que la caracteriza es algo que Putin no puede ignorar ahora mismo, sobre todo en vista de los intereses que Rusia tiene invertidos en la también limítrofe región del Cáucaso. Por consiguiente, Putin mira hacia el Gran Oriente Medio y hacia la Europa central y del este y considera que forman una única región. La propia geografía euroasiática de Rusia se presta a tal constatación.

Lo que todo esto significa es que el núcleo geográfico donde se concentra el desafío ruso para el resto de las potencias es la cuenca del mar Negro: es allí donde Rusia se entrecruza con Ucrania, Turquía, Europa del este y el Cáucaso. O, por explicarlo de otro modo, es allí donde Europa se encuentra con Oriente Próximo y donde confluyen los antiguos sistemas de conflicto imperial ruso, otomano y habsburgués. La región del Gran Mar Negro es más que eso, desde luego, pues constituye un concepto geopolítico que engloba actualmente los escenarios de las guerras en Siria y Ucrania, y que otorga una posición central a Turquía —junto a Estados clave del Cáucaso y de los Balcanes, como son Azerbaiyán y Rumanía, respectivamente— como oposición a Rusia.²⁴ El mar Negro no es hoy un sistema de conflicto en menor medida de lo que lo era el Caribe en el siglo xix, o de lo que lo son los mares de la China Meridional y de la China Oriental también en la actualidad. Pero el mar Negro no cuadra con la lógica de los estudios por áreas geográficas heredados de la Guerra Fría en torno a los que la administración de la defensa y

la seguridad exterior estadounidenses sigue estando organizada. Esto se debe a que el mar Negro cae dentro (o en medio) de otras regiones y, por lo tanto, simboliza esa geografía fluida y orgánica que es el rasgo definitorio preeminente de la Eurasia actual. Putin ha comprendido intelectualmente esto mejor que nosotros. Su habilidad táctica está fundada en una concepción geográfica más correcta y precisa.

Así pues, tanto Ucrania como Siria son inseparables del desafío que Putin representa para los Estados bálticos y los Balcanes. Esta realidad devuelve a la vida aquel concepto, muy vigente en la década de 1920, del Międzymorze (en polaco) o Intermarium (en latín): la región «entre mares» (entre los mares Báltico y Negro, para ser exactos). El Intermarium constituye el disputado «borde territorial» que se extiende desde Estonia (al norte) hasta Rumanía y Bulgaria (al sur) y hasta el Cáucaso (al este) que, en tiempos, señalaba la zona de conflicto entre Alemania y Rusia y que actualmente representa la zona de conflicto entre Estados Unidos y Rusia.²⁵ Por lo tanto, el poder de Estados Unidos en el mundo se verá muy determinado por la capacidad que tenga de evitar que Rusia «finlandice» ese borde territorial en disputa.

Mientras tanto, Europa ya no está protegida geopolíticamente de Rusia como lo estuvo durante la Posguerra Fría; tampoco lo está, como ya he comentado aquí, del Levante mediterráneo y del norte de África, pues, a raíz de las migraciones de población musulmana, la cuenca mediterránea está hoy unificada como no lo había estado en cientos de años. Por consiguiente, hemos regresado a una cartografía mucho más antigua que recuerda a la de la Alta Edad Media, cuando «Oriente» no empezaba en ningún lugar concreto, porque las regiones se solapaban parcialmente entre sí y estaban definidas de un modo más impreciso, y la sensación de patria era estrictamente local, limitada a una ciudad o un pueblo y sus campos circundantes. Un ejemplo: Oriente Próximo, por mucho que se quiera negar, empieza ahora mismo dentro de la propia Europa, vista la relativa debilidad institucional, los niveles comparativamente altos de corrupción y la manifiesta presencia de grupos del crimen organizado ruso que lastran a los Estados balcánicos con un nivel de inestabilidad superior al de los Estados de la Europa central y occidental. Esto es, en sí mismo, un legado del comunismo y de la Larga Guerra Europea. Así que, sí, la dicotomía de Oriente y Occidente se desmorona por todo el mundo, al tiempo que persisten otras gradaciones más sutiles.

la china tang y la lección de afganistán

En Eurasia, será China (mucho más que Estados Unidos) quien contenga a Rusia. De hecho, la lógica subyacente a la Unión Aduanera Euroasiática promovida por Rusia es la de limitar —en la medida en que le sea posible— la influencia china.²⁶ China constituye una mentalidad imperial muy diferenciada. Como fue un extensísimo imperio durante miles de años y bajo numerosas dinastías, China da por sentada su superioridad —sin más— y, por consiguiente, jamás ha tratado de influir en el modo de gobierno de los otros países. (Eso es algo en lo que diverge del universalismo democrático de Estados Unidos, con el que Washington ha pretendido lograr una conversión casi religiosa a sus principios en todo el mundo.)²⁷ La particular tradición imperial de China le permite tratar con toda clase de regímenes, buenos y malos, sin sentir culpa alguna por ello. Durante siglos y siglos, el único problema de Pekín fueron los llamados «bárbaros» de las estepas que rodeaban en parte las tierras bajas cultivables que son la cuna geográfica de la China

han: me refiero a los tibetanos, los uigures (musulmanes túrcicos) y los mongoles de la Mongolia Interior, entre otros, a quienes el régimen chino de turno consideraba que había que someter violentamente, sobornar o apabullar demográficamente, exactamente igual que Pekín entiende que han de ser subyugados también hoy en día.

Las veintidós conurbaciones chinas, cada una de las cuales contiene, al menos, una megaurbe, están ubicadas en la cuna geográfica cultivable de la China Han, que constituye el territorio de las dinastías imperiales chinas a lo largo de la historia, y del que se excluye ese otro semicírculo de territorios esteparios. No fue hasta mediados del siglo XVIII cuando la última de esas dinastías, la extranjera (para los chinos han) dinastía Qing (o Manchú), emprendió la expansión hacia el desierto bárbaro y las regiones esteparias, preparando así el contexto geográfico del actual Estado chino, un Estado que se solapa en parte con el Asia central musulmana. Aun así, esa peligrosa periferia que amenaza desde siempre a la «cuna» Han continúa existiendo, no solo dentro del territorio nacional chino, sino también más allá de las actuales fronteras del país.²⁸ China espera que su estrategia de desarrollo de una Ruta de la Seda le permita fintar y sortear las reivindicaciones políticas de esas volátiles regiones donde viven sus minorías y pacificarlas por la vía económica (por así decirlo), aunque esa misma ruta también podría propiciar un contacto más estrecho entre el separatismo uigur musulmán en la China occidental y los islamistas radicales del sur y el centro de Asia, y de Oriente Medio. A fin de cuentas, varios grupos de separatistas uigures han recibido ya instrucción militar en el área de la frontera entre Pakistán y Afganistán.²⁹ Así pues, la conectividad no se traduce necesariamente en un mundo más pacífico, y no lo hace, sobre todo, porque los cambios del statu quo, aunque sean para bien, pueden ocasionar una mayor agitación étnica.

Por ejemplo, en Sinkiang (el Turquestán oriental), el propio proceso de modernización económica del que los uigures musulmanes bien podrían beneficiarse incide en la formación en ellos de una identidad más radical, pues los sume en una competencia económica más directa con los chinos han.³⁰ Y si los han tienden a ver a los tibetanos como algo así como los estadounidenses han tendido a ver a los navajos —como reminiscencias exóticas de su propio éxito como conquistadores de todo un continente—, los uigures les producen una sensación muy diferente, de absoluto terror. Y es que el islam representa una identidad alternativa para los uigures, desvinculada del Estado chino. A diferencia de lo que ocurre con los tibetanos y su dalái lama, los uigures no tienen un líder de una élite, ni una jerarquía culta con la que Pekín pueda establecer una comunicación permanente; más bien, representan una fuerza de agitación incipiente, sin dirección, que podría desatarse al más mínimo incidente por catástrofe medioambiental o por alguna otra emergencia. Los uigures, tal como me comentó un astuto analista especializado en China, son como una bomba que Pekín ha barrido bajo la alfombra del Estado chino. Recordemos que el argumento fundamental de la teoría del choque de civilizaciones postulada por el ya desaparecido profesor de Harvard Samuel Huntington —un argumento que quienes criticaban a Huntington pasaron por alto o no comprendieron en absoluto— era que la tensión étnica y cultural es un elemento central del proceso de modernización y desarrollo mismo.³¹ Y ahora la vertiginosa modernización de China está poniendo tenazmente a prueba la tesis de Huntington.

La expansión de las infraestructuras de China a través del Asia central está directamente relacionada con la expansión marítima de ese país en los mares de la China Meridional y de la

China Oriental. Después de todo, si ahora China solo es capaz de actuar agresivamente en sus mares limítrofes, es porque, en estos momentos, y en el futuro más o menos inmediato, es una nación que se siente segura por tierra como nunca se había sentido en toda su historia. Salvo por los viajes del almirante Zheng He durante la dinastía Ming, a comienzos del siglo xv, China, amenazada constantemente por los pueblos de las estepas en el oeste, el suroeste y el norte, nunca tuvo una tradición marítima por su flanco este. Pero la globalización y el exagerado énfasis que esta pone en las líneas de comunicación marítima han hecho necesaria la proyección del poder chino hacia las prolongaciones pelágicas de su propia masa continental. Dado que ello obliga a China a mantenerse permanentemente segura por tierra, también significa que debe tener constantemente sometidos a los musulmanes uigures, a los tibetanos y a los mongoles de la Mongolia Interior. Y por eso despliega la estrategia de «un cinturón, una ruta». En definitiva, los demonios étnicos que China tiene encerrados dentro de sus fronteras la llevan a expandirse hacia fuera en los planos militar y económico mucho más allá de sus fronteras nacionales estrictas.

La nueva Ruta de la Seda de China concuerda muchísimo con su predecesora medieval: aquella por la que los ejércitos de los Tang se desplazaban, recorriendo el espacio entre Mongolia y el Tíbet, para instaurar protectorados en lugares tan remotos incluso como la Jorasán iraní. De hecho, Persia estuvo casi en contacto directo con la peligrosa periferia esteparia de China durante buena parte de la Edad Antigua tardía, la Edad Media y la Edad Moderna temprana, y el dominio lingüístico e imperial persa llegó a extenderse desde el Mediterráneo hasta el Asia central. Tanto China como Persia eran civilizaciones ricas, sedentarias y asediadas por pueblos guerreros del desierto, y se mantenían en mutuo contacto por la Ruta de la Seda. Y ambos eran grandes imperios que fueron humillados por las potencias occidentales durante las edades Moderna y Contemporánea. Ahí yacen los cimientos emocionales e históricos en los que se sustentan las relaciones sino-iraníes actuales.³² El subdirector general de los ferrocarriles iraníes, Hosein Ashuri, ha declarado: «Nuestro objetivo en el proyecto de la Ruta de la Seda es, ante todo, conectar el mercado de Irán con el de China [más que con el Asia central en sí]». ³³ Así pues, si, por un lado, la tónica en el interior de Eurasia es de debilitamiento progresivo de los Estados (un proceso que será un poco más lento en los países herederos de antiguos grandes imperios), por otro lado, cabe esperar que se intensifiquen los lazos y las interacciones entre todos esos Estados.

Así que olvidémonos de la dicotomía entre los pesimistas que pronostican la anarquía y los optimistas que prevén una mayor conectividad: ambas tendencias son ciertas y ambas serán simultáneas. Y no hay contradicción alguna en ello, siempre y cuando nos situemos mentalmente fuera del paradigma del progreso lineal con el que tan obsesionada está la mentalidad liberal. Pensemos de nuevo en el mundo de Marco Polo: aquel era un escenario de grandes y abrumadores riesgos para el viajero en el que, aun así, existía una Ruta de la Seda que le servía de nexo y de pilar de creación de riqueza.

De todos esos países, Pakistán será el principal indicador de la capacidad de China para unir su Ruta de la Seda transeuroasiática con su Ruta de la Seda marítima transíndica. El ramal paquistaní de la Ruta de la Seda exigirá el máximo de China y de los 46.000 millones de dólares que allí prevé invertir, pues supondrá la construcción de una superautopista y una vía férrea de alta velocidad de 3.000 kilómetros desde el puerto paquistaní de Gwadar en el mar Arábigo (un puerto que China ya ha construido, por cierto) hacia el norte, a través del desierto del Baluchistán y las montañas del Karakórum, hasta la provincia occidental china de Sinkiang. Nada, desde su

independencia en 1947, habrá tenido tanto potencial para ayudar a estabilizar Pakistán (calmando los movimientos insurgentes de sus zonas fronterizas) como la puesta en marcha definitiva de esta infraestructura y nada haría más por consolidar el dominio de China sobre su propia periferia estepearia. De hecho, es posible que hayan sido las presiones chinas —mucho más que las estadounidenses— las que hayan movido a los paquistaníes a aplicar mano dura contra las redes terroristas del Waziristán del Norte hace unos años, pues el proyecto de Ruta de la Seda otorga a Pekín una capacidad de influencia sobre Islamabad inimaginable para Washington.

Es dudoso, no obstante, que China pueda salvar a Pakistán. Aunque es verdad que el gobierno paquistaní cada vez se está viendo más obligado a rendir cuentas ante una constelación en eclosión de medios de comunicación y de organizaciones no gubernamentales —con la consiguiente expansión de la sociedad civil a que ello está dando lugar entre las capas altas de Islamabad y Lahore—, y aunque no es menos cierto que la guerra entre partidos en la capital ha amainado un poco, el país sigue deteriorándose en ciertos aspectos fundamentales. Los apagones eléctricos («deslastres de carga», los llaman) son más persistentes que nunca y los cortes de agua también se agravan. La situación es inestable, «fluida». La energía nuclear y las importaciones de carbón tal vez reduzcan pronto los apagones, y hasta parece ser que el ejército no está tan implicado como antes en el fomento del radicalismo islámico. Pero el crecimiento demográfico de Pakistán continúa situado por encima del 2 % anual, lo que significa que el país duplica su población cada 35 años. (La edad media es 22,7 años.) La corrupción está muy extendida y no se observan campañas significativas para erradicarla. Karachi, con un crecimiento descontrolado de suburbios de infraviviendas que conviven con grandes mansiones fortificadas, es una ciudad de 24 millones de habitantes marcada por las redes criminales y los refugiados que afluyen a ella desde las violentas áreas tribales colindantes con Afganistán. Debido a los problemas de seguridad, cada vez son más los cónclaves políticos paquistaníes que no se celebran en la propia Pakistán, sino en Dubái. Aun así, el Estado paquistaní no se vendrá abajo sin más, pues básicamente es el coto privado de un centenar aproximado de familias acaudaladas. (Son precisamente esas familias las que más se beneficiarán económicamente del proyecto de la Ruta de la Seda cuando se ponga finalmente en marcha.) Esta oligarquía es, de hecho, similar a la existente en Filipinas, otro Estado de gran extensión, gran debilidad institucional y gran superpoblación con una geografía difícil. La diferencia obvia es que Pakistán posee, según los informes, unas doscientas armas nucleares que Filipinas no tiene, y además está fabricando, al parecer, piezas de armamento más pequeño, táctico, y las está dispersando por el país para que sean más difíciles de detectar para los estadounidenses.

Vemos, pues, que la pauta se repite, por así decirlo: en la inmensa área que se extiende entre un volcánico Levante mediterráneo y una China con problemas internos, ningún Estado está mejorando su capacidad de gobierno efectivo. Todos están debilitándose o encaminándose hacia un futuro nada bueno.

La inestabilidad crónica de Pakistán muy bien podría limitar la posibilidad de que China complete su proyecto de Ruta de la Seda desde el océano Índico hasta más al norte, hasta la China occidental, pues está previsto que dicha infraestructura atravesase una franja donde la violencia separatista está en permanente ebullición: desde Baluchistán (más al sur) hasta Sinkiang (más al norte). Vistas así las cosas, también China, como entidad territorial capaz de garantizar su estabilidad y seguridad internas, podría no ser viable más que dentro de los

confines de la cuna geográfica de su etnia mayoritaria, una extensión de terrenos cultivables desde los que el régimen chino proyecta ahora los tentáculos del afán comercial lucrativo. El mapa auténtico de China y de sus territorios sombra recordaría así, una vez más, al ya conocido por Marco Polo en la época medieval. Ninguna región de la corteza continental terrestre de nuestro planeta será más indicativa por sí sola de quién ejerce más poder y cuán estable es la situación a comienzos del siglo XXI que la Gran Asia Central, que englobaría también el Cáucaso, Irán, Afganistán y Pakistán.

Consideremos por un momento el caso de Afganistán. Es posible que los militares estadounidenses logren salvar la cara en aquel país, pero lo que no podrán es estabilizarlo. Si alguien tiene la clave para estabilizar Afganistán tanto en el plano económico como, quizás, en el político, es principalmente China con su interés por la extracción de recursos, aunque también los países del mar Caspio podrían influir construyendo una red de transporte de gas natural para canalizarlo en dirección sur, a través de territorio afgano, hasta el océano Índico. India e Irán colaboran mientras para contrarrestar la influencia de Pakistán y Arabia Saudí en Afganistán. Si indios e iraníes logran construir el puerto de Char Bahar y la conexión de transporte que uniría ese puerto iraní (en la costa del Índico) con el Asia central —una conexión de la que derivaría un ramal hacia Afganistán—, su ruta podría luego competir con el proyecto sino-paquistaní de Ruta de la Seda que se extiende hacia el norte desde Gwadar. Y no podemos olvidarnos de los rusos, que, interesados en combatir el extremismo islámico en Afganistán por la contigüidad de este país con los límites geográficos de la antigua Unión Soviética, siguen desarrollando sus contactos de inteligencia tanto con Pakistán como con Irán. En definitiva, Afganistán constituye una lección notable sobre los límites del poder estadounidense y sobre la relevancia que sigue teniendo la geografía, algo que la élite de Washington parece ignorar aun con el riesgo que ello entraña.

Afganistán, que lleva en guerra de un modo u otro casi cuatro décadas, y Pakistán, que nunca ha estado realmente a salvo de los movimientos de insurgencia tribales y de las turbulencias políticas en sus casi siete décadas de existencia, son la muestra de que la actual configuración del subcontinente indio en dos Estados grandes y varios más pequeños tal vez no sea la versión definitiva de la organización política humana de esa región. De hecho, el mapa político podría evolucionar con el tiempo: Pakistán puede desmontarse parcialmente y verse reducido a un Gran Punjab del que se desgajen progresivamente el Baluchistán y el Sind, dotados de una mayor independencia de hecho, lo que tendría enormes implicaciones para la India. Y digo bien que estoy hablando del subcontinente indio cuando me refiero a la situación afgana, pues partes de Afganistán estuvieron incorporadas a los territorios de diversas dinastías imperiales indias, y los gobiernos de Nueva Delhi siempre han considerado Afganistán una parte —conceptualmente hablando— de la Gran India, una entidad que se extendería desde la meseta iraní (al oeste) hasta las selvas birmanas (al este). Mientras China trata de expandirse verticalmente hacia el sur, hacia el océano Índico, India intenta expandirse horizontalmente en paralelo a (o por las proximidades de) ese mismo océano y está adquiriendo una creciente influencia especial en el golfo Pérsico.³⁴ Ahí se localiza la disputa entre esos dos difuminados imperios.

el aplanamiento del himalaya y el trasfondo nacionalista

De hecho, la anulación de las distancias propiciada por la tecnología militar ha creado una nueva geografía estratégica de rivalidad entre India y China. Los misiles balísticos indios pueden alcanzar ciudades de la cuna cultivable china mientras que los aviones de combate chinos pueden alcanzar fácilmente el subcontinente indio. Hay buques de guerra indios desplegados en el mar de la China Meridional, igual que hay navíos militares chinos navegando por todo el océano Índico, sin olvidar que China está muy implicada en las obras de construcción de diversos puertos del golfo de Bengala y del mar Arábigo, por lo que prácticamente tiene a India rodeada por tres de sus lados. Hace ya algún tiempo que el Himalaya ha dejado de ser la alta barrera que separaba a esas dos grandes civilizaciones. Las rutas comerciales que ya conectan China e India a través de Tíbet, Nepal, Bengala Occidental y Birmania —y que unen Lhasa, Katmandú y Calcuta— no harán más que afianzarse y madurar, de manera que el comercio pacífico amortiguará el impacto de esta nueva geografía estratégica.³⁵ Pero esos mismos tentáculos engrosados del transporte de vehículos podrían ser usados también para la entrada de tanques chinos en la India. Como ya he dicho, la conectividad no augura necesariamente un mundo más pacífico. Eurasia se está cohesionando hasta formar un sistema unificado de comercio, pero también de conflicto.

Barry Cunliffe, historiador y arqueólogo de la Universidad de Oxford, ha escrito que la red marítima que establecieron los portugueses a finales del siglo xv y principios del xvi —con puertos y establecimientos comerciales repartidos estratégicamente por todo el litoral índico— ayudó a incorporar a la inmensa masa continental euroasiática a un nuevo sistema global.³⁶ Los chinos, con sus inversiones en puertos del Índico (en Birmania, Bangladesh, Sri Lanka, Pakistán, Yibuti y Tanzania), están propiciando en la actual era posmoderna lo mismo que los portugueses propiciaron en la era medieval tardía y moderna temprana, y hasta las líneas geográficas que conectan estos puertos nuevos y ampliados se aproximan bastante a la que fue la ruta de regreso de Marco Polo. El «nexo» entre China, Oriente Próximo y Medio, y África, representa actualmente más de la mitad del comercio mundial, según Parag Khanna.³⁷

De lo que estamos hablando aquí es de la creación de un verdadero imperio marítimo chino. Como en su día el de los portugueses, este se limita principalmente al litoral y no garantiza que China vaya a tener una influencia crucial en el interior continental. Ahí tenemos el ejemplo de Birmania, país que, con su proceso de liberalización política, trata de aproximarse a la India y a Estados Unidos para evitar la dominación china. La geografía continúa imponiendo su peso, pero la globalización y la revolución de las comunicaciones incrementan las oportunidades para la intervención de otras potencias desde fuera de la zona en cuestión. Además, tal vez los barcos de los portugueses y los españoles inventaran el sistema global, pero ese sistema ha alcanzado hoy una complejidad tal que contiene en sí mismo una multidimensional y entrelazada tendencia al conflicto violento.

Y tengamos en cuenta una cosa más: tanto China como Rusia ejercen una influencia de dimensiones imperiales crecientes, aun cuando se estén debilitando internamente por tensiones económicas profundas y estructurales. La fragilidad misma de estos regímenes tan fuertemente centralizados —regímenes «de politburó», podríamos llamarlos— dentro de sus propios países los vuelve cada vez más agresivos allende sus fronteras, pues el nacionalismo puede actuar como un elemento unificador en momentos de tensión de una sociedad. China y Rusia son los Estados eje sobre los que gira la organización de todo este sistema euroasiático de conflicto, y dadas las

estrechas y abundantes interacciones que se registran de un extremo a otro del supercontinente, las futuras intrigas y golpes palaciegos en Pekín y Moscú pueden provocar incendios en cualquier rincón del hemisferio oriental.

La superficie de este mundo será cosmopolita, pero, como China y Rusia hacen bien evidente, el nacionalismo continuará siendo el lecho sobre el que se asiente. Sí, habrá ciudades-Estado como Catar, Dubái y Singapur que ilustren ese cosmopolitismo superficial. Viene inevitablemente a la cabeza el recuerdo de las eclécticas ciudades del Levante en los albores del siglo xx —Alejandría, Esmirna y Beirut—, donde, como ha escrito el historiador Philip Mansel, «la gente cambiaba de identidades con la misma facilidad con que cambiaba de lengua».³⁸ La Odesa de aquel mismo periodo, por ejemplo, era una ciudad cosmopolita que no tenía «nada de nacional».³⁹ También Salónica caía dentro de esa fascinante categoría; pero allí, por desgracia, a medida que fue arraigando el nacionalismo étnico, «los musulmanes pasaron a ser turcos, y los cristianos pasaron a ser griegos», según explica el profesor Mark Mazower, de la Universidad de Columbia.⁴⁰ La relajada tolerancia imperial otomana, que fue la que permitió que en esas ciudades existiera ese elevado grado de cosmopolitismo, fue cediendo ante el empuje de las aceradas divisiones nacionales y étnicas tan características de las épocas industrial y posindustrial. El imperialismo y el cosmopolitismo van de la mano, por así decirlo, porque, pese a su mala fama, los imperios son multiétnicos y multirreligiosos por definición. Pero el final del imperialismo formal y la continuación del debilitamiento interno de los imperios difuminados del que somos testigos no son propicios a la reedición posmoderna de aquellas multiculturales ciudades levantinas de antaño. Las ciudades-Estado del golfo Pérsico y Singapur, con su mano de obra de origen internacional, podrían recordar un poco a Alejandría y a Esmirna, pero no así ciudades como Alepo, Mosul o Karachi, situadas en lugares donde la caída del dominio imperial europeo dio pie a la aparición de Estados autoritarios y sectarios que, o bien han terminado por desintegrarse, o bien (en el caso de Pakistán) se han vuelto gravemente disfuncionales. En sitios así, la violencia interétnica es la norma y no existe sentimiento alguno de patria.

Dado que los Estados del Golfo y Singapur dependen de la existencia de un orden comercial mundial dinámico, lo que, a su vez, se sustenta en un equilibrio estable de poder, poca es la seguridad fundamental que pueden procurar por sí mismos, por lo que, en términos geopolíticos, constituyen un mero espejismo. El separatismo chií violento en el este de Arabia Saudí, la guerra entre Arabia Saudí e Irán, y la guerra en el mar de la China Meridional podrían arruinar las economías de esas ciudades-Estado. La continuidad de la acumulación de riqueza por parte de las grandes corporaciones empresariales que tales ciudades-Estado encarnan es más frágil y precaria de lo que pensamos.

Consideremos el caso del puerto de Duqm, que visité en fecha reciente, y que se construyó en mitad de un tramo de litoral omaní prácticamente desolado y deshabitado. Duqm, un complejo ferroviario y portuario de muchos miles de millones de dólares que rentabiliza el tráfico transíndico entre Asia, Oriente Medio y África, ni siquiera existía hace unos años. Es un testimonio del poder ininterrumpido del lugar, de la geografía. Como Duqm radica justo fuera del golfo Pérsico, pero muy próximo a él, el conflicto en la zona del Golfo no hace, en realidad, más que acrecentar la importancia de Duqm, cuyos terminales de líneas férreas y oleoductos (que, en el futuro, conectarán el puerto directamente con Kuwait) cargarán así las bodegas de los barcos que allí atraquen a resguardo de los acontecimientos en el estrecho de Ormuz. Además,

Duqm se construyó con la expectativa en mente de que la V Flota estadounidense quiera pronto un puerto más seguro (es decir, no situado dentro del golfo) en el que establecer su base. Duqm, que condensa todo el sistema de comercio euroasiático en un único complejo portuario, es un monumento al pesimismo: su existencia misma se basa en dar por asumido que el conflicto y la inestabilidad futuros serán consecuencias inevitables de la conectividad.

la contracción del «borde territorial» y la significación de bulgaria

Este mundo cada vez más lleno e interconectado tendrá tantas capas múltiples de vinculaciones horizontales entre unas partes y otras de Afro-Eurasia que a Estados Unidos le resultará cada vez más difícil ejercer presión sobre él. China, Rusia e Irán formarán parte de la misma cadena de suministro comercial y de transporte que desbarata por sí misma la influencia estadounidense. En el pasado, Eurasia era sencillamente demasiado grande para que su interconexión beneficiara a alguna potencia en particular. El Imperio mongol, desde los tiempos de Gengis Kan hasta los de Tamerlán (incluido el reinado de Kublai Kan), fue la asombrosa y singular excepción a esa regla. Pero ahora que la tecnología ha anulado las distancias y ha aumentado las oportunidades para el comercio y las cadenas de suministro, existe la posibilidad de crear algo parecido a una unidad euroasiática entre China, Rusia e Irán, con China actuando como una especie de primus inter pares, igual que en tiempos de Marco Polo. Pero si en la Alta Edad Media el imperio de los Yuan no planteaba ningún desafío real a Europa, en este mundo nuestro más encogido, más estrechamente entrelazado por la alta tecnología, el desafío que una red comercial euroasiática como esa plantea para Estados Unidos es obvio.

Evidentemente, a Estados Unidos también se le presentarán nuevas oportunidades, por irónico que parezca, gracias a esa misma conectividad (véase, si no, cómo Birmania se vale de Estados Unidos para contrarrestar y equilibrar el peso de China). Y como principal satélite geográfico de la masa continental afro-euroasiática que es,⁴¹ Norteamérica continuará teniendo un papel central en la historia mundial sin dejar de estar protegida de muchas de las perturbaciones que sobrecogerán a Afro-Eurasia. Y es que este es un mundo que será más volátil, precisamente por el crecimiento de la clase media y la clase obrera, que son mucho menos estoicas que los campesinos pobres, cuyo número será cada vez menor. De hecho, son los barrios de infraviviendas, los suburbios marginales que actúan como grandes incubadoras de miseria y de ideología utópica, los que ayudarán a definir las megaurbes de Afro-Eurasia. Cuanto más urbanizado, mejor educado e incluso mejor informado está el mundo, más políticamente inestable se vuelve, por contradictorio que eso pueda parecer.⁴² He ahí una realidad que los optimistas tecnológicos y quienes viven en el sofisticado mundo de los eventos corporativos y las reuniones de empresa tienden a pasar por alto: ellos identifican (equivocadamente) la creación de riqueza —una creación de riqueza muy desigualmente repartida, para mayor escarnio— con el orden político y la estabilidad.

No obstante, Estados Unidos tiene un problema. Lleva un siglo tratando de impedir que ninguna otra potencia logre un nivel de dominio en el hemisferio oriental similar al suyo propio en el hemisferio occidental. Y eso sigue siendo ciertamente posible. Pero aunque tal vez sea difícil que una potencia en solitario logre adquirir tal dominio en aquella mitad del mundo, un grupo de potencias sí podría conseguirlo: con una Europa desoccidentalizada, ese podría ser el

caso de Rusia, Turquía e Irán, por ejemplo, valiéndose del poder de China a través del comercio y la conectividad que proporcione la Ruta de la Seda. Eurasia es cada vez más pequeña y eso podría hacer que a Estados Unidos le resulte muy difícil enfrentar a una potencia del supercontinente contra otra. Pensemos que será un mundo con mayores conflictos y perturbaciones, amplificados a su vez por la tecnología y el crecimiento de las megaurbes, pero que, al mismo tiempo, se caracterizará por un grado de unidad económica nunca visto, alentada por nuevas infraestructuras terrestres y por plataformas marítimas en el Gran Índico, que frustrará la influencia estadounidense en el Viejo Mundo. Estados Unidos seguirá siendo la más poderosa de todas las potencias consideradas por separado, pero eso significará cada vez menos a medida que las potencias del mismo supercontinente vayan estando progresivamente más conectadas mediante el comercio.

Aun así, si tenemos en cuenta el panorama de debilitamiento político y de estancamiento de todo el Gran Oriente Medio y el Asia central que he descrito aquí, la imagen de conjunto resultante viene a ser bastante contradictoria. Y esa es precisamente la idea que quiero que se entienda. El mundo está tomando direcciones diferentes simultáneas y la inmensa escala de la actividad que nos espera hará que el dominio mundial desde un único punto geográfico como el nuestro resulte mucho más difícil.

Tal vez no haya un lugar que nos permita entender mejor el desafío al que se enfrenta Estados Unidos que Bulgaria, uno de los muchos países actualmente invisibles para la élite que decide la política exterior de Washington y que, por consiguiente, nunca están presentes en los debates y conversaciones de esta. Bulgaria es un país miembro de la OTAN y de la Unión Europea, pero está situado en el extremo suroriental de Europa: históricamente, una parte más de Oriente Próximo o de «Turquía en Europa», como se conocía a buena parte de los Balcanes a finales del siglo xix. Bulgaria fue el más leal a la Unión Soviética de los Estados satélites del Pacto de Varsovia durante la Guerra Fría. En la década de 1990 y la primera década del siglo XXI, tras la victoria de Estados Unidos en la Guerra Fría, en unos años en que la OTAN y la UE parecían invencibles, Bulgaria concebía su futuro plenamente inscrita en Occidente. El poder estadounidense y occidental en aquel entonces era tal que, aunque en Washington eran muy pocos los ojos puestos en aquel país, este se encontraba firmemente asido a nuestro abrazo. La frontera de Bulgaria con Turquía, su proximidad a Rusia y el estrecho parentesco lingüístico eslavo que podían unirla a esta última no parecían importar ya tanto como antes. El poder estadounidense, al parecer, había derrotado a la geografía. Pero si avanzamos unos cuantos años hasta el momento actual, vemos que Bulgaria continúa estando en la OTAN y en la UE, pero los rusos y los turcos compiten agresivamente por el destino del país, pues Turquía es uno de los principales socios comerciales de Bulgaria, y Rusia está especialmente implicada en diversas formas de subversión, desde el crimen organizado hasta el patrocinio de partidos nacionalistas. Bulgaria, debido a la debilidad de sus instituciones y a la creciente incapacidad de Bruselas para proyectar poder hacia su periferia más distante, es un país en riesgo de cuya integridad política nadie se fía. La unipolaridad que caracterizó a la Posguerra Fría se terminó; Occidente mismo se está disipando, y hemos retornado a la geografía clásica, especialmente en Europa.

En realidad, lo que se suponía que iba a ser un superestado monocromo desde la península Ibérica hasta el mar Negro, una especie de marco consustancial al concepto mismo de Occidente, se está deshaciendo en varias tonalidades cromáticas sobre un mapa neomedieval, con diversas

capas de identidad política e, incluso, de civilizaciones: ahí sigue estando la UE, pero también hay Estados, regiones y ciudades-Estado, y el liberalismo todavía imperante resiste a duras penas el embate de las fuerzas del nacionalismo populista. Afirmar que esto no socava la fortaleza de la OTAN es negar la evidencia, sobre todo en un momento en el que se están reforzando las agrupaciones militares regionales (Báltico-Escandinavia, Visegrado) dentro de la propia Europa. La OTAN continuará existiendo en toda su extensión actual, pero solo Estados Unidos, forzado por las situaciones de emergencia que vayan surgiendo (y cabe esperar que sean aún más en el futuro de las que se han producido hasta el momento), instará a la Alianza a actuar. Sin una fuerte presión estadounidense, ni siquiera una violación del artículo 5 por parte de Rusia activará a la OTAN por sí sola más allá de la celebración de reuniones y más reuniones.

Pero, como bien nos indica el ejemplo de Bulgaria, Rusia no necesita poner en marcha invasión alguna: le basta contar con una zona de influencia en el Intermarium, algo que bien puede conseguir a base de minar la vitalidad democrática de los Estados de su borde territorial. (Hungría, en particular, va ya camino de ello.) Como ya ocurriera antaño, pues, Eurasia y el Próximo Oriente comienzan cada vez más «dentro» de Europa.

Nos damos así cuenta de una cruda realidad: Estados Unidos puede defender sus intereses definidos de forma más modesta, pero no puede transformar el mundo en una versión de sí mismo. En definitiva, no tenemos el poder real para defender a Bulgaria —y no digamos Irak o Afganistán— desde dentro.

la geopolítica de una potencia naval

Nuestra respuesta a todo este dilema debe partir de una definición correcta de quiénes somos. En términos geopolíticos, Estados Unidos es una potencia marítima que opera desde el mayor de los satélites insulares del supercontinente euroasiático, y cuya misión consiste en defender un orden de libre comercio del que nosotros mismos nos beneficiamos. Siguiendo la tradición de la marina de guerra imperial británica, nosotros protegemos un bien colectivo global. El libre comercio funciona bien en un contexto de democracias liberales, pero no precisa necesariamente de estas para existir. En el transcurrir de las décadas, países como Marruecos, Egipto, Jordania, Omán, Taiwán y Singapur han caído en la categoría de las dictaduras ilustradas sin que, por ello, hayan sido menos propicios para la propagación de los valores liberales a escala mundial. Nuestros aliados son principalmente las democracias, pero no siempre, como los ejemplos mencionados dan a entender. El mundo es bastante intrincado de por sí (y cada vez lo es más) como para que encima vengamos nosotros a imponer nuestros valores a los sistemas internos de otros países. Así pues, deberíamos empezar por preguntarnos cómo podemos actuar con precaución y contención, sin por ello entrar en derivas neoaislacionistas. El poder aéreo y naval es muy apropiado, en realidad, para una política exterior contenida, ya que permite proyectar poder sobre amplias extensiones del planeta sin empantanarse en ningún lugar con intervenciones de fuerzas terrestres y sin sufrir un número significativo de bajas. Debemos tener siempre presentes nuestras limitaciones, sobre todo ahora que las dos ventajas señeras de la proyección del poder estadounidense desde el final de la Segunda Guerra Mundial han perdido buena parte de su relevancia original: me refiero a la ventaja de ser el único país grande cuyas infraestructuras no fueron diezmadas ni gravemente dañadas entre 1941 y 1945, y a la ventaja de haber tenido un

gran mercado interior que, durante mucho tiempo, protegió a nuestros trabajadores de los rigores de la competencia global. Nuestra clase media se erigió sobre la base de ese mercado interior y, gracias a ello, pudo (y quiso) sostener durante décadas un generoso gasto militar.

Pero aunque nuestra posición se ha erosionado, las posiciones internas de los dos principales Estados eje de Eurasia, Rusia y China, se han desgastado aún más. Tienen una serie de problemas étnicos, políticos y económicos fundamentales, estructurales, ante los que los nuestros palidecen en comparación. Su estabilidad y existencia futuras como Estados unitarios pueden estar en cuestión, mientras que las nuestras no lo están. Y el mundo que he descrito en Eurasia, caracterizado por crisis sin descanso y por el estancamiento y la debilidad políticos —un mundo donde el caos y la creación de riqueza van a ir de la mano—, tendrá bastante ocupados y preocupados a nuestros competidores. La capacidad de los Estados en Eurasia está en franco declive. Mientras tanto, nosotros, bendecidos por una elevada riqueza energética, y rodeados de océanos y del Ártico canadiense, disponemos de un margen de movimiento del que carecen las potencias euroasiáticas, aun cuando ya no podamos influir en el equilibrio de poder del supercontinente como antes. La era de la anarquía relativa ha llegado.

Vale la pena examinar en este punto por qué hemos tenido tanta influencia en la región Asia-Pacífico pese a estar a medio mundo de distancia de allí y pese al auge de China, que no deja de ser el núcleo geográfico y económico central del oriente asiático. No ha sido solo nuestra presencia naval la que nos ha procurado tanta influencia allí. Ha sido nuestra presencia naval combinada con la constatación (por parte de todas las naciones del Pacífico) de que nosotros, precisamente por no ser más que un satélite geográfico distante de Eurasia, no tenemos ambiciones territoriales en aquella región. Repito: la distancia misma entre Norteamérica y el este de Asia supone que nuestra influencia allí no pueda ser aplastante y que, por ello mismo, para esos países seamos de fiar. Somos la potencia reputada y el intermediario honrado, defensor de un sistema de libre comercio del que dependen todas las economías de la región.

Por lo tanto, es hora ya de hacer que esa función de pivote no se limite solo al Asia oriental y se extienda también por todo el borde territorial navegable de Eurasia, lo que abarcaría no solo el Pacífico occidental, sino también el océano Índico. Nuestro ámbito de influencia seguiría exactamente así los contornos de la ruta del regreso por mar de Marco Polo en su día, desde China hasta Venecia. El poder marítimo es la respuesta compensatoria adecuada para influir en la geopolítica —en la medida en que pueda influirse en esta de algún modo— cuando la situación es infernalmente compleja e inabordable en el interior continental. Ese es el punto de contacto entre las ideas de Alfred Thayer Mahan y las de Halford Mackinder.

Poder marítimo no significa dominio de los mares. No implica necesariamente una expansión significativa de nuestra armada. Significa, eso sí, fusionar nuestra presencia en la región del golfo Pérsico con nuestra presencia en los mares de la China Meridional y la China Oriental. Significa aprovechar la creciente presencia naval de la India —un aliado estadounidense de facto— en el mar Árabe y en el golfo de Bengala. Más concretamente, necesitaremos contar con el equivalente actual —en el siglo XXI— de las antiguas estaciones de abastecimiento de carbón (o combustible) ubicadas en puntos geográficos del borde territorial cuya estabilidad se pueda defender y donde podamos preposicionar nuestros buques para desde ellos, en caso necesario, lanzar ataques de largo alcance: me vienen a la mente lugares como Omán, Diego García, India y Singapur.

Nuestra estrategia terrestre debería ser secundaria y debería supeditarse a nuestra estrategia aérea y naval, y no al revés. Otorgar la primacía a la estrategia terrestre es más definitorio de unas fuerzas armadas imperiales que otorgársela a la estrategia aérea y marítima, pues las fuerzas de tierra son sinónimo de ocupación. Debemos pasar de una mentalidad de control de dominio a otra de negación de dominio, pues lo único que podría justificar nuestra presencia sobre el terreno en el Gran Oriente Medio y el Asia central sería un motivo puramente militar: una victoria rápida y decisiva sobre el enemigo o una frustración de sus planes. (Bien mirado, así deberíamos haber gestionado nuestra intervención en Afganistán tras el 11-S.) Y, como trágicamente aprendimos a comienzos del siglo xx en Filipinas, y en la década de 1960 en Vietnam, y en la pasada década en Irak, invadir implica gobernar. Desde el momento en que se toma la decisión de enviar un contingente significativo de fuerzas terrestres a un territorio y conquistarlo, se asume la responsabilidad de administrar lo conquistado, o de contar inmediatamente con alguien que pueda encargarse de ello. Esa es la razón por la que, especialmente desde el final de la ocupación militar de Japón en 1952, nos hemos sentido más cómodos actuando como una potencia del statu quo y se nos ha dado mejor ejercer ese papel, aceptando los regímenes como son, democráticos o no.

La situación geopolítica que, tal como la he descrito aquí, impera en el inmenso espacio que se extiende entre Europa y China es tal que Estados Unidos debería aprovechar todas las oportunidades posibles para sustraerse militarmente de la zona, a menos que un interés nacional ineludible nos obligue a implicarnos. (Algo que bien podría ocurrir de vez en cuando en un mundo caracterizado por los ciberataques y la proliferación nuclear.) Aun así, la inestabilidad y la complejidad de la que hoy somos testigos no harán más que intensificarse en el Asia interior. Por lo tanto, solo podemos prever que habrá cada vez menos oportunidades de intervenir con éxito a gran escala, aun cuando la tentación de hacerlo pueda ir en aumento.

Los intereses que, en nuestro caso, pueden justificar una intervención militar son de carácter eminentemente negativo: básicamente, impedir que un actor no estatal (o un actor estatal que actúe en sintonía con otro no estatal) planee o lance un ataque contra nosotros o contra nuestros aliados, e impedir que la red comercial de la Ruta de la Seda cree una superpotencia (o una especie de alianza) euroasiática manifiestamente hostil con el mismo nivel de influencia en el hemisferio oriental que el que Estados Unidos tiene en el hemisferio occidental. El esfuerzo histórico de Gran Bretaña por impedir que ninguna potencia adquiriera un dominio preeminente sobre el continente europeo se parece bastante al que nosotros deberíamos llevar a cabo ahora referido al conjunto de Eurasia. Pero nuestro poder marítimo en el Pacífico occidental y el océano Índico puede contribuir precisamente a que logremos ese objetivo sin necesidad de una intervención a gran escala de nuestras fuerzas terrestres. Es cierto que las reivindicaciones chinas sobre diversas islas del mar de la China Meridional y que sus proyectos de construcción de puertos en el litoral índico tratan de expulsar y alejar a nuestra armada del continente euroasiático. Pero la alianza indo-iraní para construir el puerto de Char Bahar en el Baluchistán iraní a fin de restar influencia e importancia al proyecto portuario sino-paquistaní en el Baluchistán de Pakistán juega ahí a nuestro favor.

En lo que se refiere, al menos, al ámbito geográfico de la ruta de Marco Polo, nosotros deberíamos tratar siempre de ocupar un espacio intermedio entre el neoaislacionismo y el intervencionismo de estilo imperial. Eso significa más drones, más misiles guiados de precisión,

más «cibercapacidades» y más fuerzas de operaciones especiales para misiones varias, no menos. Debemos sentirnos cómodos actuando a niveles más reducidos que el de brigada, para que nos entendamos. Esa será la manera de proteger nuestros intereses «negativos» y de conformar el espacio de combate a nuestro gusto en la medida en que podamos, al tiempo que reducimos el riesgo de una ocupación propiamente dicha de territorio alguno. La «defensa interna exterior» — el entrenamiento discreto de fuerzas locales que compitan con aquellas otras fuerzas hostiles a los intereses estadounidenses— es la vía mediante la que podremos forjar resultados, siempre que exista tal posibilidad. A tal fin, tendremos que reforzar nuestro programa de «oficiales de área exterior» reclutando para él a personal específico, de primera selección, en vez de por promoción interna (de segunda o tercera selección), como solemos hacer ahora. El declive de los Estados en general en el interior de Asia nos traerá un futuro de más desplazados. Tendremos que volvernos expertos en recabar información de inteligencia de los campos de refugiados, pues este que viene será un momento histórico en el que nuestros adversarios tratarán de convertir a esas personas desplazadas en armas a su favor. Obviamente, la diplomacia será absolutamente crucial en multitud de esas iniciativas y acciones (tan discretas que difícilmente serán celebradas con desfiles de la victoria por las calles de nuestras ciudades), aunque, mientras tanto, el sistema de Estados modernos salido de la paz de Westfalia continúe debilitándose y calcificándose.

Ni que decir tiene que debemos mantener unas fuerzas terrestres robustas para atender imprevistos, pero también para demostrar claramente que siempre nos reservamos el derecho a intervenir (aun cuando no intervengamos realmente ni debemos hacerlo). Lo cierto es que el hecho de que mantengamos unas fuerzas terrestres robustas afecta por sí mismo a los cálculos de poder de nuestros adversarios, y lo hace a nuestro favor. Puede que a algunos esta les parezca una póliza de seguro prohibitivamente cara, pero el coste de no mantener unas tropas terrestres desplegadas sobre el terreno sería muy superior, pues alentaría las tentaciones de Estados expansionistas y autocráticos como Rusia, China e Irán, sobre todo ahora que se irán debilitando internamente y que, de resultas de ello, se valdrán del nacionalismo como fuerza aglutinadora.

Aun así, pese a las amenazas de expansionismo ruso y chino (especialmente en los mares Báltico, Negro y de la China Meridional), la dinámica de fondo más importante será la de las crisis del control central dentro de las propias Rusia y China a medida que sus sistemas autoritarios vayan degenerándose. Esto se producirá en paralelo a la decadencia de las estructuras imperiales turca e iraní, y al tiempo que la propia Europa está cada vez más fracturada y es menos fiable, y se ve sometida a un asedio (creciente con el paso de los años) de refugiados procedentes del África subsahariana, por no mencionar los que tratarán de llegar a ella también desde Oriente Próximo y Medio. Por desgracia, toda Eurasia está dejando atrás aquel escenario de Estados burocráticos y fronteras bien definidas que caracterizó a la era moderna. El actual rebrote de nacionalismo populista no es más que el canto de cisne de aquella época que vemos cada vez más lejana por el espejo retrovisor.

Resumiendo: a un nivel más profundo, pero también menos obvio, hay, según insinúa el filósofo francés Pierre Manent, un énfasis creciente en las ciudades-Estado y en las semiocultas tradiciones imperiales, al tiempo que aumentan los problemas de los Estados modernos.⁴³ Puede que estemos regresando a lo que Manent llama las formulaciones políticas tradicionales de la ciudad, el imperio y la tribu (o etnos). Mientras tanto, por toda Eurasia, el Estado mismo —un invento más reciente— se resiente. Por consiguiente, el mapa del supercontinente se irá

caracterizando progresivamente por un nuevo medievalismo en el que el modelo surgido de la paz de Westfalia, con el que Estados Unidos se ha sentido tradicionalmente cómodo (tanto interviniendo en él como interactuando con él), será cada vez menos relevante. Europa constituirá el crisol de esta era de anarquía relativa: será el lugar en el que millones de personas de esos Estados debilitados estarán desesperadas por entrar. Pero si Estados Unidos se esfuerza de un modo consciente por no mojar innecesariamente su pólvora y por mantener un apropiado grado de control marítimo en el hemisferio oriental, el país estará relativamente a salvo (al menos, en términos geopolíticos).

¿la guerra del peloponeso?

Pero ¿puede Estados Unidos evitar realmente que se le moje la pólvora? Mientras escribo estas líneas, la élite de Washington anda muy ocupada demonizando a los gobernantes de Rusia y de China, y está obsesionada por entrar en competición directa con esas dos potencias autocráticas en los mares Báltico, Negro, de la China Meridional y de la China Oriental. Puede que haya razones para defender —como yo y otros hemos defendido— la necesidad de una respuesta más firme a las operaciones de tanteo de rusos y chinos en esas áreas. A fin de cuentas, una respuesta demasiado débil a los movimientos de tanteo de la otra parte hace que esta se sienta tentada a calcular mal su fuerza, lo que es una causa común de muchas guerras. Pero, en vista de cuántos escenarios de potencial inicio de hostilidades hay abiertos actualmente en estas zonas de conflicto cada vez más tensas, la pregunta que nadie se hace y que está totalmente ausente del debate sobre política exterior es una muy pertinente: una vez se inician las hostilidades violentas, ¿cómo se pone fin a una guerra contra Rusia o China?

Como les ocurrió a las naciones enfrentadas en la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos, Rusia y China tendrán durante el siglo XXI capacidad suficiente para seguir luchando aunque una de ellas pierda algún choque o algún enfrentamiento con misiles importante. Y esto tiene implicaciones de muy largo alcance, pues el problema es que tanto Rusia como China son dictaduras, no democracias. Por lo tanto, quedar mal sería para sus gobiernos mucho más catastrófico que para un presidente estadounidense. Desde un punto de vista político, es posible que no puedan renunciar bajo ningún concepto a proseguir la lucha. Y eso nos obligaría a nosotros a continuar luchando también hasta que se produjera algún tipo de cambio de régimen, o una reducción sustancial de la capacidad militar de Moscú o de Pekín. El mundo ya no sería igual después de eso. Nos imaginamos que una guerra en la cuenca del Báltico o en el mar de la China Meridional será un enfrentamiento breve, intenso y contenido. De acuerdo, pero ¿quién sabe lo que podría desatarse a continuación? Washington no ha reflexionado apenas sobre eso. Tras la experiencia de la Primera Guerra Mundial, tras la experiencia de Irak incluso, jamás deberíamos suponer que la guerra será una opción fácil o que podrá circunscribirse quirúrgicamente a un único escenario localizado.

Damos por supuesto, sin pensar demasiado en ello, que todo cambio de régimen en esos países será a mejor. Pero también podría ser fácilmente a peor. Tanto Putin como Xi Jinping son actores racionales que refrenan a otros elementos más extremos de sus propios regímenes. Son osados, pero no unos locos. La idea de que puedan ser reemplazados por regímenes más liberales es una vana ilusión. Dada la decadencia de los sistemas autoritarios en los que se sustentan y la

acumulación de tensiones étnicas y de problemas económicos dentro de Rusia y de China, el peligro alternativo que allí se nos presenta es que, más que un nuevo gobernante fuerte o una evolución hacia una democracia estable, lo que allí se produzca sea un desmoronamiento parcial del orden en Moscú y quizás incluso en Pekín, regímenes que, como ya he escrito aquí, son los ejes sobre los que gira la cohesión misma de Eurasia. Recordemos el tema que enmarca este breve ensayo: la interconexión estrecha a lo largo y ancho de Eurasia de unos Estados cada vez más debilitados y unos imperios difuminados. El mundo de la era digital es como una red tirante. Basta con pellizcar una de sus cuerdas para que toda la red vibre a la vez. Eso significa que un estallido en el Báltico o en el mar de la China Meridional no concierne solamente a esas cuencas geográficas en particular. Ya nada es local. La conectividad misma aumenta el efecto de los errores militares de cálculo. La guerra del Peloponeso que absorbió a toda Grecia tuvo su origen en una serie de conflictos relativamente menores entre Córcira y Potidea que contribuyeron a llevar las tensiones entre Atenas y Esparta a un punto álgido. Dado lo mucho que la tecnología ha anulado actualmente el obstáculo de la distancia, Eurasia es hoy un sistema de conflicto no menos cohesionado de lo que lo era el que enfrentaba a las ciudades-Estado de la antigua Grecia. Y la unidad básica de nuestro mundo, el Estado, está en declive en demasiados sitios. Por aquello de que conviene pensar con una mentalidad trágica para evitar la tragedia, los decisores políticos tienen que empezar a preocuparse por cómo no generar más anarquía de la que el mundo ya de por sí genera.

Desde finales del siglo XIX y hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial, la «Cuestión Oriental» —el qué hacer con el debilitado Imperio otomano en los Balcanes y en Oriente Próximo— dominó la geopolítica europea. La Cuestión Oriental ha sido sustituida ahora por la Cuestión Euroasiática: qué hacer con el debilitamiento de los Estados del supercontinente y con la vuelta al primer plano de unos legados imperiales previos.

1. Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, trad. inglesa de Sian Reynolds, Nueva York, Harper & Row, 1972 [1949], vol. 1, p. 171. [Hay trad. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1953.]

2. Alexandr Herzen, *My Past and Thoughts*, trad. inglesa de Constance Garnett, Berkeley, University of California Press, 1973 [1968], p. 390. [Hay trad. cast.: *Pasado y pensamientos*, Madrid, Tecnos, 1994.]

3. Reinhold Niebuhr, *The Irony of American History*, Chicago, University of Chicago Press, 2008 [1952], p. 74. [Hay trad. cast.: *La ironía en la historia americana*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1958.]

4. Halford J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, Defense Classic Edition, Washington (DC), National Defense University Press, 1942, pp. 45-49.

5. Parag Khanna, *Connectography: Mapping the Future of Global Civilization*, Nueva York, Random House, 2016, p. 14. [Hay trad. cast.: *Conectografía: mapear el futuro de la civilización mundial*, Barcelona, Paidós, 2017.]

6. La ASEAN es la Asociación de Naciones del Sureste Asiático.

7. Robert D. Kaplan, *Monsoon: The Indian Ocean and the Future of American Power*, Nueva York, Random House, 2010, cap. 1. [Hay trad. cast.: *Monzón: un viaje por el futuro del océano Índico*, Madrid, El Hombre del Tres, 2012].

8. Laurence Bergreen, *Marco Polo: From Venice to Xanadu*, Nueva York, Knopf, 2007, pp. 44 y 68. [Hay trad. cast.: *Marco Polo: de Venecia a Xanadú*, Barcelona, Ariel, 2009.]

9. *Ibidem*, pp. 27, 94 y 152.

10. Peter Frankopan, *The Silk Roads: A New History of the World*, Nueva York, Knopf, 2015, pp. 1-6. [Hay trad. cast.: *El corazón del mundo: una nueva historia universal*, Barcelona, Crítica, 2016.] Touraj Daryaee, *The Oxford Handbook of Iranian History*, Nueva York, Oxford University Press, 2012, pp. 3-4 y 6.

11. *The Travels of Marco Polo: The Complete Yule-Cordier Edition*, Nueva York, Dover, 1993 [1903], vol. 1, inserción a partir de la p. 144. [Hay trad. cast.: *Marco Polo, Libro de las maravillas del mundo*, Madrid, Cátedra, 2008.]

12. George F. Kennan, *American Diplomacy*, Chicago, University of Chicago Press, 2012 [1951], p. 17.

13. Daniel Yergin, «Where Oil Prices Go from Here», *The Wall Street Journal*, 16 de mayo de 2016.
14. Nora Onar, «Neo-Ottomanism, Historical Legacies and Turkish Foreign Policy», *EDAM (Centro de Estudios en Economía y Política Exterior)*, Estambul, octubre de 2009.
15. Graham E. Fuller, *The Center of the Universe: The Geopolitics of Iran*, Boulder (Colorado), Westview Press, 1991, pp. 192-193.
16. Ali Vaez, «Iran after the Nuclear Deal», *International Crisis Group*, Bruselas, 15 de diciembre de 2015.
17. Selena Williams, «Improved Ties Bode Ill for Rival Gas Lines», *The Wall Street Journal*, 10 de agosto de 2016.
18. Entrevista con Svante Cornell, de la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados (SAIS) de la Universidad Johns Hopkins, 21 de abril de 2016.
19. William T. Wilson, «China's Huge "One Belt, One Road" Initiative Is Sweeping Central Asia», *National Interest*, 27 de julio de 2016.
20. Zhao Huasheng, «Central Asia in Chinese Strategic Thinking», en Thomas Fingar (ed.), *The New Great Game: China and South and Central Asia in the Era of Reform*, Stanford (California), Stanford University Press, 2016, p. 182.
21. Igor Torbakov, «Managing Imperial Peripheries: Russia and China in Central Asia», en Fingar (ed.), *The New Great Game*, p. 245.
22. Stephen Blank, «The Intellectual Origins of the Eurasian Union Project», en S. Frederick Starr y Svante E. Cornell (eds.), *Putin's Grand Strategy: The Eurasian Union and Its Discontents*, Washington (DC), Instituto Asia Central-Cáucaso y Programa de Estudios sobre la Ruta de la Seda, SAIS, Universidad Johns Hopkins, 2014, p. 15.
23. Nikolas K. Gvosdev y Christopher Marsh, *Russian Foreign Policy: Interests, Vectors, and Sectors*, Washington (DC) y Londres, Sage/CQPress, 2012, pp. 13-24.
24. George Friedman, «Ukraine, Iraq and a Black Sea Strategy», *Stratfor*, 2 de septiembre de 2014.
25. Robert D. Kaplan, *In Europe's Shadow: Two Cold Wars and a Thirty-Year Journey through Romania and Beyond*, Nueva York, Random House, 2016, pp. 195-197. [Hay trad. cast.: *A la sombra de Europa: Rumanía y el futuro del continente*, Madrid, El Hombre del Tres, 2017.]
26. Blank, en *Putin's Grand Strategy*, pp. 21-22. (Véase nota 22.)
27. Henry Kissinger, *On China*, Nueva York, Penguin, 2011, p. 17. [Hay trad. cast.: *China*, Barcelona, Debate, 2012.]
28. Michael D. Swaine y Ashley J. Tellis, *Interpreting China's Grand Strategy: Past, Present, and Future*, Santa Mónica (California), RAND, 2000, pp. 26 y 41-44; Khanna, *Connectography*, mapa 20. (Véase nota 5.)
29. Michael Clarke, «Beijing's March West: Opportunities and Challenges for China's Eurasian Pivot», *Orbis*, primavera de 2016; John W. Garver, *China and Iran: Ancient Partners in a Post-Imperial World*, Seattle, University of Washington Press, 2006, p. 132; Fingar, *The New Great Game*, p. 44. (Véase nota 20.)
30. Ben Hillman y Gray Tuttle, *Ethnic Conflict and Protest in Tibet and Xinjiang: Unrest in China's West*, Nueva York, Columbia University Press, 2016, pp. 8, 122, 142 y 241-242.
31. Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996, p. 20. [Hay trad. cast.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997].
32. Garver, *China and Iran*, pp. 4, 22, 24. (Véase nota 29.)
33. Najmeh Bozorgmehr, «First Freight Trains from China Arrive in Tehran», *Financial Times*, 9 de mayo de 2016.
34. La política británica en Oriente Medio y el Golfo «emanó más del Raj británico en la India que de Whitehall». De hecho, la geografía dicta que los intereses geopolíticos indios sean los mismos ahora, administrados por un Estado independiente con capital en Nueva Delhi, que los de los tiempos de la administración colonial británica. Fuller, *The Center of the Universe*, p. 235. (Véase nota 15.)
35. Bibek Paudel, «The Pan Himalayan Reality That Awaits South Asia», *The Wire*, 4 de marzo de 2016; Khanna, *Connectography*, p. 86. (Véase nota 5.)
36. Barry Cunliffe, *By Steppe, Desert, and Ocean: The Birth of Eurasia*, Oxford, Oxford University Press, 2015, p. 472.
37. Khanna, *Connectography*, p. 242. (Véase nota 5.)
38. Philip Mansel, *Levant: Splendour and Catastrophe on the Mediterranean*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2010, p. 2.
39. Charles King, *Odessa: Genius and Death in a City of Dreams*, Nueva York, Norton, 2011, p. 108.
40. Mark Mazower, *Salonica, City of Ghosts: Christians, Muslims and Jews, 1430-1950*, Nueva York, Knopf, 2005, p. 13. [Hay trad. cast.: *La ciudad de los espíritus: Salónica desde Suleimán el Magnífico hasta la ocupación nazi*, Barcelona, Crítica, 2009.]
41. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, pp. 46-48. (Véase nota 4.)
42. Samuel P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1968, p. 47. [Hay trad. cast.: *El orden político en las sociedades en cambio*, Buenos Aires, Paidós, 1972.]
43. Pierre Manent, *Metamorphoses of the City: On the Western Dynamic*, trad. inglesa de Marc LePain, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2013, pp. 5 y 18.

EL ARTE DE EVITAR LA GUERRA

The Atlantic, junio de 2015

Los escitas fueron unos jinetes nómadas que dominaron sobre una amplia extensión de la estepa pónica al norte del mar Negro, en la Ucrania y la Rusia meridional actuales, desde el siglo vii hasta el III a. C. A diferencia de otros pueblos de la antigüedad que desaparecieron sin dejar rastro, los escitas siguieron siendo una presencia amenazadora y aterradora hasta mucho tiempo después. Heródoto dejó escrito que «asolaron toda Asia. No solo sometieron a tributo a cada uno de los pueblos, sino que practicaron incursiones y saquearon todo lo que esos pueblos tenían». Y se dice que Napoleón, al ser testigo de la disposición de los rusos a prender fuego a su propia capital antes que rendirla al ejército francés, exclamó: «¡Son escitas!».

Una moraleja más escalofriante que el público actual puede extraer de la historia de los escitas tiene que ver no tanto con su crueldad, como con la táctica que emplearon contra el ejército invasor persa de Darío, a comienzos del siglo vi a. C. La infantería de Darío avanzaba hacia el este, en las proximidades del mar de Azov, con la esperanza de enfrentarse a las partidas de guerreros escitas en una batalla decisiva, pero los escitas no dejaban de retirarse cada vez más hacia el interior de sus inmensos dominios territoriales. Perplejo ante la situación, Darío hizo llegar al rey escita, Idantirso, el siguiente reto: «Si te consideras más fuerte, haznos frente y lucha; si no, sométete».

Idantirso respondió que, como su pueblo no tenía ciudades ni tierras de cultivo que un enemigo pudiera destruir, no tenía nada que defender y, por consiguiente, tampoco tenía motivo alguno para presentar batalla. En vez de eso, sus hombres hostigaban a las avanzadillas persas y sostenían pequeñas escaramuzas contra ellas, pero se retiraban de inmediato del escenario de la refriega. En cada una de esas ocasiones, pequeños grupos de la caballería persa eran obligados a huir en desbandada mientras el cuerpo principal del ejército de Darío se iba debilitando por culpa de la lejanía cada vez mayor que lo separaba de su base y de sus líneas de suministro. Al final, Darío se retiró de Escitia, básicamente derrotado, aun sin haber tenido ocasión alguna de entrar verdaderamente en combate.

Por decirlo de otro modo, matar al enemigo es fácil; lo difícil es dar con él. Esa es una verdad tan vigente hoy como lo ha estado siempre; el paisaje de la guerra es más extenso en la actualidad y está más vacío de combatientes de lo que lo estaba durante las planificadas batallas de la era industrial. Lecciones relacionadas que también cabe extraer: no persigamos fantasmas y no nos impliquemos a fondo en una situación en la que nuestra civilización no nos da apenas ventaja. O, por decirlo con las famosas palabras de Sun Tzu, sabio chino de la antigüedad remota, «el bando que sabe cuándo luchar y cuándo no luchar se llevará la victoria. Hay caminos que no conviene transitar, ejércitos a los que no conviene atacar y ciudades fortificadas que no conviene asaltar». Un ejemplo que viene al caso es el de la infausta expedición ateniense a Sicilia de finales del siglo v a. C. cuya crónica conocemos por Tucídides. Atenas envió a una pequeña fuerza a la lejana Sicilia en apoyo de sus aliados en aquella isla, lo que la involucró cada vez más

a fondo en el conflicto hasta que todo el prestigio de su imperio marítimo pasó a depender de su victoria en aquella campaña. El relato de Tucídides nos resulta especialmente pertinente tras las experiencias de Vietnam e Irak. Lo que no deja de asombrarnos del ejemplo de los atenienses (y del de Darío) es cómo la obsesión por el honor y la reputación puede arrastrar a una gran potencia a un funesto destino. La imagen del ejército de Darío avanzando hacia ninguna parte en una estepa inhóspita, en busca de un enemigo que no termina de aparecer, es tan gráfica que trasciende el mero simbolismo.

El enemigo nunca se enfrentará a nosotros en los términos que nosotros elijamos, sino solamente en los que él decida. Por eso la guerra asimétrica es tan antigua como la historia de la humanidad. Cuando los fugaces insurgentes colocaban coches bomba y hostigaban a los marines y a los soldados en las laberínticas calles de las localidades iraquíes, eran escitas. Cuando los chinos hostigan a la armada filipina y organizan reivindicaciones territoriales con barcos pesqueros, buques guardacostas y plataformas petrolíferas, evitando en todo momento cualquier enfrentamiento directo con navíos de guerra estadounidenses, son escitas. Y cuando los guerreros de Estado Islámico escogen los cuchillos y las cámaras de vídeo como armas, también ellos son escitas. Debido principalmente a todos esos escitas, Estados Unidos cuenta actualmente con una capacidad limitada para determinar el curso de muchos conflictos, pese a ser una superpotencia. Washington está aprendiendo una paradójica realidad de todo imperio: el secreto para su pervivencia como tal está en no pretender librar todas las batallas. En el siglo I d. C., Tiberio preservó a Roma absteniéndose de interferir en las sangrientas luchas intestinas que se desarrollaban allende la frontera norte del imperio. En vez de ello, hizo todo un ejercicio de paciencia estratégica y se limitó a ser espectador de la matanza. Comprendió los límites del poder romano.

Estados Unidos no va persiguiendo a partidas de combatientes por Yemen como hizo Darío en Escitia, pero sí mata de vez en cuando a individuos desde el aire. El hecho de que utilice drones no es una demostración de la fuerza de los estadounidenses, sino de nuestras limitaciones. La Administración Obama debe admitir tales limitaciones y no permitir, por ejemplo, que el país se vea arrastrado más a fondo hacia el conflicto en Siria. Si Estados Unidos ayuda a derrocar al dictador Bachar al Asad un miércoles, ¿qué hará al día siguiente, jueves, cuando se dé cuenta de que habrá contribuido a llevar a un régimen yihadista suní al poder en aquel país, o el viernes, cuando comience la limpieza étnica de los alauíes, de tendencia chuí? Quizás esa sea una batalla de aquellas que Sun Tzu decía que no debía librarse. ¡Pero si Asad ha matado a decenas de miles de personas, o más incluso, y tiene el apoyo de los iraníes! Sí, es verdad, pero recordemos que la emoción, por justificada que esté, puede ser la gran enemiga del análisis.

Entonces, ¿cómo puede evitar Estados Unidos correr la triste suerte de Darío? ¿Cómo puede evitar ser vencido por el orgullo sin dejar por ello de cumplir con su responsabilidad moral como gran potencia? Debería valerse de fuerzas subsidiarias (adversarias suyas incluso) allí donde pueda encontrarlas. Si los hutíes (apoyados por los iraníes) están dispuestos a combatir a Al Qaeda en Yemen, ¿por qué se van a oponer los estadounidenses a ello? Y si los iraníes prenden la mecha de una nueva fase de guerras sectarias en Irak, dejemos que se busquen su propia perdición y que sean ellos quienes sufran por no haber aprendido la lección de los escitas. Mientras Oriente Próximo implosiona a lo largo de años de conflictos de baja intensidad entre grupos de escitas, dejemos que Turquía, Egipto, Israel, Arabia Saudí e Irán se instalen a

empellones en un incómodo equilibrio de poder, y mantengamos a Estados Unidos a medio paso de distancia: a fin de cuentas, la precaución no equivale a una capitulación. Y, por último, dejemos que Estados Unidos vuelva a sus raíces como potencia marítima en Asia y como defensor terrestre en Europa, donde no hay tantos escitas y sí más «villanos» de los de toda la vida. Los escitas son la perdición de las naciones «misioneras», naciones que no reconocen límite alguno. Está claro que Estados Unidos debe tener la capacidad de llegar a todas partes, pero no quedarse en ninguna más tiempo del debido, como le ocurrió a Darío.

LA TRAGEDIA DE LA POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE

The National Interest, 1 de agosto de 2013

Llevamos más de dos años en los que la guerra civil en Siria ha venido acompañada de continuos llamamientos morales a la acción. ¡Hagan algo!, gritan quienes reclaman que Estados Unidos intervenga militarmente para que ponga orden en la situación, aunque, a estas alturas, los frentes de batalla sean tantos como los centenares de grupos rebeldes y afines al régimen que luchan entre sí. Ahí lo tienen, gritan esos intervencionistas morales, ¡ojalá hubiéramos intervenido antes!

Siria no es un caso único. Ya antes, en 2011, las voces del humanitarismo pidieron una intervención militar en Libia, aunque el régimen de Muamar al Gadafi hubiera renunciado a su programa nuclear y llevara años cooperando con las agencias de inteligencia occidentales. De hecho, Estados Unidos y Francia llegaron a encabezar una intervención y hoy Libia apenas es ya un Estado, y en él Trípoli, más que una capital, es el punto débil de un frágil arbitraje establecido (muy al uso imperial) entre milicias, tribus y clanes distantes, mientras que en otras entidades saharianas vecinas reina un caos aún mayor si cabe precisamente por culpa de las armas que allí llegan sin control desde Libia.

La década de 1990 estuvo llena de llamadas a la intervención humanitaria: en Ruanda, que fueron trágicamente ignoradas; y en Bosnia y en Kosovo, donde las correspondientes intervenciones, aunque tardías, se saldaron en general con sendos éxitos. Liberados de las necesidades de la Realpolitik de la Guerra Fría, los humanitarios han intentado en estas dos últimas décadas reducir la política exterior a un mecanismo de prevención de genocidios. De hecho, apenas el tiempo de una vida nos separa del Holocausto nazi —un nanosegundo en la historia humana— y es lógico (y justo) que aquella experiencia proyecte todavía su sombra sobre la política exterior de la actual Posguerra Fría. El nombre en clave de su consecuencia ha sido la llamada RdP: la «responsabilidad de proteger», todo un mantra de los humanitarios.

Pero la política exterior estadounidense no puede estar condicionada únicamente por la RdP ni por el ¡nunca más! Son muy raras las ocasiones en las que los estadistas pueden centrarse en las intervenciones humanitarias y en la protección de los derechos humanos excluyendo cualesquiera otras consideraciones. Estados Unidos, como cualquier nación —pero, sobre todo, porque es una gran potencia—, sencillamente tiene intereses que no siempre concuerdan con sus valores. Desgraciadamente, es así, pero es una desgracia que debemos admitir y aceptar.

¿Cuáles son esos intereses primordiales? Estados Unidos, por su condición de potencia dominante en el hemisferio occidental, debe siempre impedir que ninguna otra potencia se vuelva así de dominante en el hemisferio oriental. Además, como potencia marítima liberal que es, Estados Unidos debe procurar proteger las líneas de comunicación oceánicas que hacen posible el comercio mundial. Debe también tratar de proteger tanto a sus aliados que lo son por tratado como a los que lo son de facto, y especialmente, debe proteger el acceso de estos a los

hidrocarburos. Todos estos son intereses que, si bien no se contradicen necesariamente con los derechos humanos, no se sitúan en la misma categoría que estos.

Dado que Estados Unidos es una potencia liberal, sus intereses —aun cuando no estén directamente relacionados con los derechos humanos— tienen generalmente un componente moral. Pero solo son morales en segundo término. Procurar ajustar el equilibrio de poder a favor propio ha sido una empresa amoral a lo largo de la historia a la que se han dedicado potencias tanto liberales como iliberales. No obstante, cuando una potencia liberal como Estados Unidos persigue ese objetivo con el propósito de impedir que los grandes Estados vayan a la guerra entre sí, está actuando moralmente en el más elevado sentido del término.

Un ejemplo muy revelador de esa tensión —un ejemplo que, por cierto, pone de relieve el motivo central mismo de por qué el ;nunca más! y la RdP no pueden ser siempre los principios operativos de los estadistas— lo dio recientemente el experto en relaciones internacionales Leslie H. Gelb. Gelb señaló que, incluso después de que Sadam Huseín hubiera matado a cerca de siete mil kurdos en el norte de Irak en 1988 con gas venenoso, un secretario de Estado norteamericano tan «verdaderamente ético» como fue George Shultz cometió una «atrocidad moral», pues básicamente ignoró el incidente y siguió apoyando a Sadam en su guerra contra Irán, simplemente porque debilitar a Irán era el interés primordial de Estados Unidos en la zona en aquel momento (y no proteger a los ciudadanos de Irak).

Entonces, ¿actuó Shultz de manera inmoral? En mi opinión, no del todo. Shultz se guio por una moral diferente de la que normalmente aplican los humanitarios. La suya fue una moral pública, no privada. Él y el resto de los miembros de la Administración Reagan respondían ante los cientos de millones de estadounidenses a su cargo. Y aunque esos millones de personas eran sus compatriotas, eran también (y ante todo) votantes y ciudadanos, unos extraños en su mayoría que no conocían personalmente a Shultz ni a Reagan, pero que habían confiado a esos políticos la defensa de sus intereses. Y el interés del pueblo estadounidense determinaba muy a las claras que, de los dos Estados (Irán e Irak), Irán constituía en aquellos momentos una amenaza mayor. Cuando protege el interés público de una potencia (aunque sea una potencia liberal), un estadista no siempre puede ser amable ni humanitario.

Me estoy refiriendo a una moral de las consecuencias públicas, no a una moral de las intenciones privadas. Con su apoyo a Irak, la Administración Reagan consiguió impedir que Irán se convirtiera en un poder hegemónico regional en aquellos años finales de la Guerra Fría. Fue un resultado conveniente para los intereses estadounidenses, aun si la moralidad de aquella forma de actuar fuese ambigua, teniendo en cuenta que el régimen iraquí era, ya en aquel entonces, el más brutal de los dos.

En su búsqueda de buenos resultados, los decisores políticos suelen guiarse por una serie de condicionantes restrictivos: en este caso, por una constatación realista de lo que Estados Unidos debe hacer y no debe hacer teniendo en cuenta que los recursos de los que dispone son finitos. Después de todo, Estados Unidos tenía cientos de miles de militares establecidos en Europa y en el noreste de Asia durante la Guerra Fría, por lo que tuvo que contener a Irán valiéndose de una fuerza subsidiaria: el Irak de Sadam. No se trataba de una maniobra cínica sin más: aquello fue un uso inteligente de unos activos limitados dentro del contexto de una lucha geopolítica a escala mundial.

El problema de la política exterior que se mueve sobre todo por el principio del ¡nunca más! es que ignora los límites y la disponibilidad de los recursos. La Segunda Guerra Mundial tuvo el moral efecto secundario de salvar lo que quedaba de la población judía europea. Pero su fin y su efecto primario fue restablecer un equilibrio de poder en Europa y en Asia tolerable para Estados Unidos, algo a lo que los nazis y los fascistas japoneses habían dado un vuelco desfavorable. Como ya sabemos, la Unión Soviética se hizo con el control de la Europa oriental y lo conservó durante casi medio siglo tras el término de aquella guerra. Pero la limitación de recursos hizo necesaria una alianza de Estados Unidos con un asesino en masa como Stalin para hacer frente a otro asesino en masa, Hitler. Esas son las inevitables y terribles elecciones (y compromisos concomitantes a ellas) —en las que moralidad y amoralidad se entrecruzan sin remedio— que llevan a los humanitarios a sentirse muchas veces decepcionados con la política exterior de hasta la más heroica de las administraciones.

La Segunda Guerra Mundial comportó sin duda múltiples compromisos desagradables e incluso errores del presidente Franklin D. Roosevelt. Se incorporó muy tarde a la guerra en Europa, no bombardeó las líneas férreas que conectaban con los campos de concentración, podría haber sido más agresivo con los soviéticos a propósito de la cuestión de la Europa del Este. Pero como representante de los intereses de millones de extraños que lo habían votado (o no), su objetivo era derrotar a la Alemania nazi y al Japón imperial del modo que costara la vida al menor número de soldados estadounidenses posible y que empleara la menor cantidad de recursos nacionales. Salvar lo que quedaba de la población judía europea fue una consecuencia moral de sus acciones, pero sus métodos incluyeron concesiones tácticas que tuvieron elementos amorales fundamentales. Abraham Lincoln, por ejemplo, también ordenó campañas que provocaron un enorme sufrimiento a la población civil sureña durante la fase final de la guerra de Secesión a fin de derrotar decisivamente al Sur. Ahí está la guerra total librada por los generales William Tecumesh Sherman y Ulysses S. Grant para demostrarlo. Por decirlo en términos sencillos, los Estados llevan a cabo acciones que representan el modo de obrar correcto, aun cuando no puedan definirse así en los términos de la moral convencional.

También los objetivos amorales, cuando se aplican del modo apropiado, tienen efectos morales. De hecho, en una época ya más reciente, el presidente Richard Nixon y su secretario de Estado, Henry Kissinger, se apresuraron a enviar armas a Israel tras un ataque sorpresa de los ejércitos árabes contra aquel país en el otoño de 1973. Los dos básicamente justificaron tal medida ante los altos estamentos de la defensa argumentando que apoyar a Israel en aquel momento en que lo necesitaba era lo correcto, porque hacía falta enviar a los soviéticos y a sus aliados árabes un mensaje inequívoco de determinación en aquella fase crítica de la Guerra Fría. Si hubieran justificado la transferencia de armas puramente en términos de una ayuda moral a los judíos, asediados de nuevo tras el Holocausto, en lugar de hacerlo en términos de política de poder como lo hicieron, el argumento habría tenido mucho menos peso en Washington, donde las autoridades (justificadamente) tenían los intereses estadounidenses mucho más presentes que los israelíes. George McGovern posiblemente era una persona más ética que Nixon o que Kissinger. Pero si hubiera sido elegido presidente en 1972, ¿habría actuado tan sensatamente y, por lo tanto, tan decisivamente durante la guerra de 1973 en Oriente Próximo? La realidad es que la perfección individual y la virtud pública, como bien sabía Maquiavelo, no son necesariamente sinónimas.

Ahí está también el caso de Deng Xiaoping. Deng aprobó la brutal represión contra los estudiantes en la plaza de Tiananmén en 1989. Su figura no inspira respeto alguno entre los humanitarios de Occidente desde entonces. Pero la consolidación de su control sobre el Partido Comunista que siguió a tan drástica actuación posibilitó que las metódicas reformas de Deng orientadas al mercado continuaran activas en China durante toda una generación más. Es posible que nunca antes en la historia económica mundial hayan sido tantas las personas que hayan experimentado a la vez un incremento tan extraordinario de su nivel de vida, con un correspondiente aumento de las libertades personales (que no políticas), en tan corto espacio de tiempo. Así pues, tanto podríamos considerar a Deng un comunista brutal como podríamos tenerlo por la más grande figura del siglo xx. Así de compleja fue la moralidad de su vida.

Las intervenciones en Bosnia y en Kosovo en 1995 y 1999, respectivamente, suelen ser citadas como prueba de que Estados Unidos alcanza el máximo de su eficacia cuando actúa en consonancia con sus valores humanitarios, dejando a un lado sus intereses amorales. Pero quienes argumentan tal cosa olvidan mencionar que aquellas dos exitosas intervenciones se vieron facilitadas por el hecho de que Estados Unidos actuó en los Balcanes con el equilibrio de poder fuertemente inclinado a su favor. En la década de los noventa, Rusia era un país débil y caótico bajo el incompetente gobierno de Boris Yeltsin, y por ello, fue temporalmente menos capaz de desafiar a Estados Unidos en una región donde, históricamente, los zares y los comisarios políticos habían ejercido una considerable influencia. Donde, no obstante, Rusia todavía tenía un enorme ascendiente, aun en aquellos años noventa, era en la región del Cáucaso. Por eso, nunca llegó siquiera a considerarse una respuesta occidental para detener la limpieza étnica que también estaba teniendo lugar allí en aquella misma década. Por decirlo en términos generales, la década de 1990 dejó margen a intervenciones terrestres en los Balcanes porque el clima internacional era relativamente benigno: China apenas había iniciado su expansión naval (esa que ahora pone en peligro a nuestros aliados del Pacífico) y todavía faltaba bastante para el 11-S. Lo cierto es que, bajo muchas reacciones morales, subyacen cuestiones de poder que no pueden explicarse solamente en términos de moralidad.

Por consiguiente, elevar el criterio moral a la categoría de árbitro exclusivo de la política exterior equivale, en último término, a no tomársela en serio. La RdP solo debe jugar en los asuntos de Estado el máximo papel que sea realísticamente posible. Pero no puede ser el principio dominante supremo. Siria es el ejemplo más actual e impecable de esto que digo. El poder estadounidense es capaz de muchas cosas, pero poner orden en la casa de una sociedad islámica compleja y desgarrada por la guerra no es una de ellas. En ese sentido, nuestra desgraciada experiencia en Irak es sin duda relevante. Soluciones provisionales como decretar una zona de exclusión aérea y armar a los rebeldes tal vez servirían para derrocar a un dictador como Bachar al Asad, pero no harían más que convertir al presidente Barack Obama en culpable de llevar al poder a un régimen yihadista suní y de que este pusiera en marcha un proceso paralelo de limpieza étnica de los alauíes de Asad. En tan avanzada fase del conflicto, al menos, y dado el mucho tiempo que ha pasado sin que haya un número significativo de efectivos militares occidentales sobre el terreno —una medida que siempre ha contado con muy poco apoyo de los diversos electorados y opiniones públicas nacionales—, la probabilidad de que en Damasco vaya a establecerse finalmente un régimen mejor y más estable es muy cuestionable. Sinceramente, no hay ninguna respuesta fácil a tan conflictiva situación, sobre todo desde el momento en que el

régimen prooccidental jordano ha pasado a vivir bajo la amenaza constante de una violencia siria continuada. La RdP tal vez habría logrado un mejor resultado estratégico de haberse aplicado en Siria en 2011, pero esa es una incógnita que ya no podremos despejar nunca.

Como los moralistas en estas cuestiones siempre se sienten en apasionada posesión de la verdad de la justicia, cualquiera que no esté de acuerdo con ellos es un inmoral (por definición) que no merece que se le dé ningún cuartel; los realistas, sin embargo, precisamente por el hecho de estar acostumbrados al conflicto, son menos propensos a reaccionar con tal exageración. Los realistas saben que la pasión y la sensatez rara vez fluyen juntas en lo que a las decisiones políticas se refiere. (El ya fallecido diplomático Richard Holbrooke fue una extraordinaria excepción a esta regla.) Los realistas simpatizan con una idea que ya expresara a mediados del siglo xx Hans Morgenthau, politólogo de la Universidad de Chicago, cuando escribió que había que «trabajar con» las fuerzas básicas de la naturaleza humana, y «no contra ellas». Así pues, los realistas aceptan el material humano tal como se presenta en cualquier lugar, por imperfecto que dicho material sea. Eso significa que no creen que podamos ir por ahí derrocando regímenes simplemente porque no nos gusten. El realismo, añadía Morgenthau, «apela al precedente histórico antes que a principios abstractos [de justicia] y aspira al triunfo del mal menor antes que al del bien absoluto».

No hubo un grupo de personas que interiorizara mejor tan adustas conclusiones que los presidentes republicanos durante la Guerra Fría. Todos —Dwight Eisenhower, Richard Nixon, Ronald Reagan y George H. W. Bush— practicaron la amoralidad, el realismo, la contención y la humildad en la política exterior (cuando no en todos los ámbitos de sus mandatos). Es aquella sensibilidad suya la que debería guiarnos a nosotros ahora. Eisenhower representó en su día un compromiso pragmático dentro del Partido Republicano entre los aislacionistas y los anticomunistas furibundos. Todos esos hombres apoyaron a regímenes represivos y antidemocráticos en el Tercer Mundo a fin de propiciar un equilibrio de poder favorable frente a la Unión Soviética. Nixon aceptó incluso la legitimidad de los regímenes de la Unión Soviética y de la China «roja» al tiempo que, con ello, trataba de equilibrarlos el uno contra el otro. Reagan empleó el lenguaje wilsoniano del rearme moral al tiempo que entregaba los mandos clave del poder administrativo de la política exterior a realistas como Caspar Weinberger, George Shultz y Frank Carlucci, cuyo efecto en esa política fue atemperar la retórica del presidente. Bush padre no rompió relaciones con China tras la revuelta de Tiananmén; tampoco se comprometió de inmediato a apoyar a Lituania después de que aquel pequeño y bravo país declarara la independencia, pues temía contrariar en exceso con ello a los militares soviéticos. Fueron la cautela y la contención de la actuación de Bush en aquellos meses las que contribuyeron a poner un fin eminentemente pacífico (y, por ello mismo, moral) a la Guerra Fría. En algunas de aquellas políticas, la diferencia entre amoralidad y moralidad fue, parafraseando a Joseph Conrad en Lord Jim, no más amplia que «el grosor de una hoja de papel».

Y precisamente de eso se trata: la política exterior es, en el mejor de los casos, sutil, innovadora, contradictoria y solo verdaderamente osada en muy contadas ocasiones, pues sus más disciplinados profesionales son muy conscientes de los límites del poder estadounidense. Es doloroso, porque las llamadas a aliviar el sufrimiento en el mundo no tendrán respuesta muchas veces (demasiadas). Pero es que la esencia de la tragedia no reside tanto en el triunfo del mal sobre el bien como en el triunfo de un bien sobre otro que causa sufrimiento.

UN DECLIVE ELEGANTE: LA CRECIENTE IMPORTANCIA DE LA ARMADA

The Atlantic, noviembre de 2007

Cuidado con los vaivenes pendulares. Antes del 11-S, no había suficientes generales estadounidenses que creyeran que el futuro de la guerra sería no convencional y muy ligado a la anarquía global. Muchos insistían en la idea de luchar contra divisiones, y no contra grupos dispares y heterogéneos de guerreros religiosos que, como se ha demostrado finalmente, combaten mejor de lo que los ejércitos estatales jamás lo hayan hecho en el mundo musulmán. Ahora el Pentágono se desvive por concentrar toda su atención en la guerra urbana y la contrainsurgencia; en los círculos militares están de moda la formación de «oficiales de área exterior» (OAE) —buenos conocedores de las culturas locales— y el aprendizaje de lenguas exóticas. Mis propias advertencias sobre la anarquía futura («The Coming Anarchy», The Atlantic, febrero de 1994) y la atención que he dedicado a los OAE y a las fuerzas especiales del ejército en algunos libros recientes tal vez hayan contribuido a esa tendencia. Pero ¿no la habremos llevado ya demasiado lejos? Es posible que por fin hayamos logrado dominar el arte de la contrainsurgencia justo en el momento en que la importancia de esta ha empezado a remitir.

La historia nos sugiere que las guerras en Irak y en Afganistán serán unas guías de referencia imperfectas para los conflictos que están por venir. La peculiar guerra franco-prusiana de 1870-1871 no nos dio indicación alguna de cómo sería la Primera Guerra Mundial. Tampoco la Segunda Guerra Mundial ni la de Corea nos prepararon para la de Vietnam, que tuvo más similitudes con la guerra filipino-estadounidense de 1899-1902 que con sus inmediatas predecesoras. La facilidad con la que se resolvió la guerra del Golfo no dio pista alguna del calvario que sería la guerra de Irak. En la actualidad, mientras nosotros continuamos obsesionados con los combates callejeros en Bagdad, las fuerzas armadas de China, India, Corea del Sur y Japón se están modernizando, y Rusia ha mantenido y ha financiado su estructura básica de investigación y desarrollo militar vendiendo armamento a China y a otros países. Y si bien la contrainsurgencia seguirá siendo una parte central de nuestra doctrina militar, el Pentágono no se puede permitir el lujo de planificar un único futuro militar: debe planificar varios.

Las «guerras regulares» entre grandes Estados podrían ser tan frecuentes en el siglo XXI como lo fueron en el xx. En un libro que el estudioso británico Colin Gray, profesor de política internacional y estudios estratégicos en la Universidad de Reading, publicó en 2005, titulado *Another Bloody Century* («Otro siglo sangriento»), este explica convincentemente que estas guerras futuras no vendrán necesariamente precedidas de ninguna «manifestación de locura de los líderes políticos», ni siquiera de una «desviación aberrante en su ejercicio de gobierno», sino que pueden ser ocasionadas simplemente por aquello que Tucídides llamó milenios atrás «miedo, honor e interés». Las guerras entre Estados Unidos y un eje sino-ruso o una coalición de Estados «canallas» son solo dos de los escenarios futuros posibles imaginados por Gray.

¿Estamos preparados para luchar en esas guerras? Juntos, nuestro Ejército de Tierra y nuestro Cuerpo de Marines forman la fuerza terrestre regular más aguerrida y curtida en combate del mundo. Pero ha pasado mucho tiempo desde la última vez en que nuestra Armada luchó realmente contra otra marina de guerra, o en que nuestra Fuerza Aérea se enfrentó en combate a otra aviación militar. En el futuro, estas podrían verse puestas a prueba en parecida medida a como el ejército y los marines lo han sido hasta ahora. Hoy se habla con frecuencia de la «presencia de tropas sobre el terreno»; en el futuro podría ser que lo normal fuese hablar de la «presencia de navíos en las aguas».

La democracia y la supremacía debilitan un poco la conciencia trágica que se necesita para la planificación de largo alcance. Una «nación en paz y amante del lucro» como es Estados Unidos «no es clarividente y clarividencia es lo que se necesita para una adecuada preparación militar, especialmente en estos tiempos»: así lo advertía el capitán de navío Alfred Thayer Mahan en 1890, una época en la que —aunque pronto se completaría la construcción del canal de Panamá y la Primera Guerra Mundial ya no estaba tan lejana en el horizonte— lo que seguía preocupando primordialmente a Estados Unidos era la expansión por tierra hacia el oeste (ese había sido el año de Wounded Knee, la última batalla de las llamadas guerras indias). Pero pese a las palabras de Mahan, eran demasiado pocos los estrategas que, en aquel entonces, estaban pensando en serio en el poder marítimo del país. En la actualidad, estamos similarmente obsesionados con las guerras terrestres sucias, y nuestra armada de trescientas naves es aproximadamente la mitad de grande de lo que lo era a mediados de la década de 1980.

Una armada grande es como el oxígeno: solo nos damos cuenta de él cuando nos falta. Pero, más que ningún otro indicador, la fuerza de la presencia marítima de una nación ha sido muy a menudo a lo largo de la historia el mejor barómetro del poder y las posibilidades de ese país. «Aquellos navíos distantes y batidos en mil tempestades que la Grande Armée [de Napoleón] jamás tuvo en consideración fueron lo que se interpuso entre él y el dominio del mundo», escribió Mahan, describiendo cómo la Armada Real británica había frenado las ambiciones del emperador francés. En nuestros días, los grupos de ataque de portaaviones, navegando por aguas internacionales a apenas unas pocas millas de territorio enemigo, no precisan visados ni estrategias de salida. Pese al atolladero en el que nos hemos metido en Irak, seguimos siendo la mayor potencia externa en Oriente Próximo y Medio gracias a nuestra capacidad para proyectar fuego destructivo desde buques de guerra desplegados por el océano Índico y sus masas de agua tributarias, como el golfo Pérsico. Nuestro poder naval nos permite perder una guerra limitada en tierra sin sufrir catastróficas consecuencias por ello. La Armada, junto con la Fuerza Aérea, son nuestro seguro de vida. La Armada ejerce también un papel crucial como transportista y repartidor de la mayor parte del equipo y material del Ejército de Tierra hasta allí donde este se despliega en ultramar.

No es posible desplegar un número significativo de unidades del Ejército en avanzada sin originar con ello un debate nacional. No ocurre lo mismo con la Armada. Olvidémonos del tópico de que la esencia de la Armada es ser tradición; he pasado el suficiente tiempo con oficiales subalternos y marineros profesionales en misiones de despliegue en el Pacífico como para saber que la esencia de nuestra Armada son las operaciones: de asistencia en casos de desastre, de seguimiento de submarinos chinos, de protección de vías marítimas, etcétera. A los marinos de guerra estadounidenses no les importa cuál es la misión siempre y cuando tengan una

que realizar, y cuanto más lejos puedan actuar como avanzada, mejor. El bautizo de fuego de la Armada estadounidense fue la intercepción de las fuerzas navales británicas que dirigió John Paul Jones durante la guerra de Independencia de los Estados Unidos... ¡frente a las costas de Yorkshire, al otro lado del Atlántico! Durante la casi guerra que Estados Unidos, comandado por el presidente John Adams, libró contra Francia de 1798 a 1800, varios buques de guerra estadounidenses protegieron a navíos mercantes de esa misma nacionalidad en aguas de la actual Indonesia. Y más buques de guerra norteamericanos realizaron operaciones frente a las costas de África del norte durante la guerra de Trípoli (o «primera guerra berberisca») de 1801 a 1805. Por su parte, durante la guerra anglo-estadounidense de 1812, la Armada americana se aventuró hasta la costa de Brasil (por el sur) y hasta el cabo Norte de Escandinavia (por el norte). Peter Swartz, un experto del Centro de Análisis Navales (Estados Unidos), señala en ese sentido que, debido a lo asumido que en la tradición naval estadounidense está el hecho de operar a miles de millas de los puertos de origen, a nadie le resulta extraño que incluso la Guardia Costera tenga barcos en servicio activo desde Groenlandia hasta América del Sur.

Una gran armada ayuda a conservar la estabilidad internacional. Cuando la armada británica inició su declive, el vacío que dejó tras de sí contribuyó a engendrar la competencia entre grandes potencias que desembocó en la Primera Guerra Mundial. A raíz de la retirada forzada de la Armada estadounidense de la bahía filipina de Súbic en 1992, la piratería se quintuplicó en aquel archipiélago del sureste asiático (región en la que se ubica una de las vías navegables más transitadas del mundo, como es el estrecho de Malaca). En esta era actual en la que el 90 % del comercio mundial se desplaza por el mar, en la que el 95 % de las importaciones y exportaciones de Norteamérica también se hacen efectivas por esa vía (y no olvidemos que ese volumen comercial está previsto que se haya duplicado ya para el año 2020), y en la que el 75 % de la población de todo el mundo está concentrada en regiones costeras, a un máximo de trescientos kilómetros tierra adentro desde la línea litoral, la decadencia relativa de nuestra armada es un dato de gran y peligrosa trascendencia que nuestra élite no parece querer ver.

¿el fin del siglo mahaniano?

El mejor modo de entender lo tenue que es nuestro control del poder «duro» (militar), y no digamos ya del poder «blando» (diplomático), es comprendiendo bien cuál es nuestra situación en los mares. Para ello necesitamos familiarizarnos con dos libros que se publicaron un siglo atrás: *Influencia del poder naval en la historia, 1660-1783*, que Alfred Mahan escribió en 1890, y *Some Principles of Maritime Strategy* («Algunos principios de estrategia marítima»), de Julian S. Corbett, que apareció en 1911.

Pocos libros han tenido mayor influencia en la política militar que el de Mahan. Incidió en la manera de pensar de los presidentes William McKinley y Theodore Roosevelt —y en la del káiser Guillermo II de Alemania—, y contribuyó a impulsar la proliferación naval previa a la Primera Guerra Mundial. Mahan mostró que, como los océanos son el gran recurso común o «bien colectivo» de la civilización, el poder naval —para proteger las flotas mercantes— siempre había sido el factor determinante en las luchas políticas europeas. La fuerza de su argumento no estriba tanto en la originalidad del mismo como en la exhaustividad con la que consigue aplicarlo a múltiples ejemplos. Señaló, por ejemplo, que en la Segunda Guerra Púnica no hubo grandes

batallas navales porque el dominio de Roma en aguas del Mediterráneo era tal que se convirtió en un factor decisivo en la derrota de Cartago. También recordó que, en su día, George Washington atribuyó en parte la victoria estadounidense en su guerra de Independencia al control marítimo alcanzado por Francia, la misma Francia que, unas décadas antes, había perdido la guerra de los Siete Años precisamente por haber descuidado el poder naval.

Mahan creía en la necesidad de concentrar las fuerzas navales nacionales en busca de una batalla decisiva. Para él, el éxito consistía en hundir la flota del adversario. Aquella sensibilidad agresiva de Mahan encajó a la perfección con el temperamento de Theodore Roosevelt. Y, como consecuencia, sería en los años calmados que precedieron a la Primera Guerra Mundial cuando Estados Unidos se convertiría en una gran potencia marítima y, por ende, en una Gran Potencia (con mayúsculas).

Julian Corbett, un historiador británico, no estaba en desacuerdo con Mahan, pero sí ofreció un enfoque más sutil de esa misma tesis, pues puso un mayor énfasis en la idea de hacer más con menos. Corbett afirmaba que, por el hecho de que una nación pierda el control de los mares, no cabe suponer que otra lo haya adquirido automáticamente. Es posible que una coalición naval en apariencia débil y dispersa sea «en realidad fuerte» si está bien constituida como tal. Para él, ese sería un caso de «una flota de facto», un conjunto de barcos y flotas más pequeñas que pueden aglutinarse en una sola, unificada, cuando es necesario. Esta flota de facto no necesitaría dominar ni hundir otras flotas; podría tener la misma eficacia simplemente tomando bases y vigilando cuellos de botella en el tráfico marítimo. Una flota así de (sorprendentemente) capaz, sostenía Corbett, debería llevar también una «vida activa y enérgica» en el terreno de la defensa limitada, por ejemplo, lanzando operaciones de hostigamiento. Casualidad o no, el libro de Corbett se publicó después de que la Armada Real británica hubiera reducido su presencia a escala mundial para aprovechar el creciente poder naval de sus aliados Japón y Estados Unidos.

Cien años después, el Siglo Mahaniano ha llegado ya a su fin. El periodo de 1890 a 1989 giró en torno a la idea de dominio: el control de extensos espacios oceánicos mediante el recurso de que la armada nacional propia tuviera más navíos que la de los países competidores. Esa era alcanzó su cenit en 1945, cuando la armada de Estados Unidos y su inmensa flota de barcos de suministro llegó a totalizar 6.700 naves. Sin un competidor de nuestro nivel a la vista, el presidente y el Congreso decidieron muy poco después reducir tanto la marina de guerra del país como el ejército de tierra... considerablemente. En 1950, Estados Unidos ya solo tenía 634 naves de guerra. Aquella disminución fue el precedente de la llamada «revuelta de los almirantes», en la que un grupo de oficiales decidió advertir a la nación de las calamidades a las que esta estaba abocada por ese camino. (De hecho, dos décadas más tarde, la armada soviética llegaría a alcanzar la condición de competidor casi de nuestro nivel.) Pero en un artículo publicado en 1954 en *Proceedings*, la revista del Instituto Naval de Estados Unidos con sede en Annapolis (Maryland), un joven académico de Harvard llamado Samuel P. Huntington le recomendó a la Armada que no se compadeciera tanto de sí misma:

Los recursos que un cuerpo de las fuerzas armadas sea capaz de obtener en una sociedad democrática dependen del apoyo de la ciudadanía a ese cuerpo. Y este tiene, pues, el deber de labrarse ese necesario apoyo, algo que solo podrá hacer si posee un concepto estratégico en el que quede claramente formulada la relación de su labor con la seguridad nacional.

Huntington recomendaba ahí que la Armada hiciera hincapié en su capacidad para apoyar a las tropas terrestres desde el mar: toda batalla con la Unión Soviética se produciría probablemente en tierra, por lo que la Armada tenía que poner de relieve la labor que podría llevar a cabo en una guerra contra una gran potencia terrestre. La Armada siguió el consejo de Huntington y la estrategia funcionó: durante lo que restaba de Guerra Fría, la Armada fue capaz de mantener el nivel mínimo en torno a unas seiscientas naves, en parte gracias a que supo defender su importancia como elemento de apoyo en una guerra terrestre contra la Unión Soviética y sus aliados: la labor de la Armada consistiría en ese caso en trasladar a los soldados a los escenarios de combate y en suavizar las condiciones del campo de batalla haciendo uso de su potencia de fuego desde el mar.

En 1991, la guerra del Golfo proporcionó una demostración en vivo de dicha capacidad. Aun así, a las alturas de 1997, los recortes presupuestarios de la Posguerra Fría habían reducido la armada estadounidense a un total de solo 365 naves. (En el Informe Cuatrienal de la Defensa que se publicó ese año, el Pentágono establecía la «línea roja» irrenunciable en los trescientos navíos, pues la Armada no podría funcionar con menos.) Por supuesto, una Armada de trescientos barcos todavía podía —por emplear las palabras de Robert O. Work, vicepresidente de estudios estratégicos del Centro de Evaluaciones Estratégicas y Presupuestarias de Washington— «propinar una buena tunda» a contendientes primitivos como Irak, Irán y Corea del Norte, porque la revolución del armamento de precisión hacía posible, por ejemplo, que un único misil guiado por cables disparado desde un destructor estadounidense logre lo que en Vietnam habría requerido de una oleada tras otra de aviones estacionados en portaaviones.

Aun así, cuantos menos barcos se tengan, más arriesgado será cada nuevo despliegue, pues un buque no puede estar en dos sitios al mismo tiempo. Debido al veloz incremento del volumen del transporte comercial marítimo que la acompaña, la globalización prima las armadas amplias que protegen las rutas del comercio y de los petroleros. Además, aunque Estados Unidos sigue siendo una gran potencia naval, ha dejado de ser una potencia marítima, lo que significa que ya no tenemos una gran flota mercante con la que abastecer a nuestros buques de guerra en situaciones de emergencia. Hemos sido expulsados del mercado de la fabricación de navíos porque nuestros costes son superiores a los de los países que cuentan con mano de obra barata en Asia.

Todo esto nos coloca en una posición precaria. La historia muestra que es muy fácil que surjan de la nada armadas que sean poderosas competidoras nuestras en apenas unas décadas. La fabricación de la inmensa mayoría de los barcos estadounidenses que entraron en combate en la Segunda Guerra Mundial no había sido prevista aún con anterioridad a la primavera de 1941. La armada india, que pronto podría ser ya la tercera mayor del mundo, no aparecía siquiera en el radar de muchos observadores militares al término de la Guerra Fría. Tampoco, para ser sinceros, la flota de submarinos de China, actualmente en expansión. Robert Work me comentó que, en su opinión, la incorporación final de Taiwán a China tendrá un efecto muy similar al que la batalla de Wounded Knee tuvo para Estados Unidos: permitirá cerrar psicológicamente toda una era de consolidación nacional china, con lo que el gobierno de ese país podrá aplicar una espectacular reorientación de sus energías militares hacia el exterior, más allá de sus aguas costeras. Es revelador que, mientras la armada estadounidense ya solo se acuerda de Mahan para rendirle tributo poniendo su nombre a edificios varios, los chinos lo estén leyendo ahora con avidez; los chinos son ahora los mahanianos, por así decirlo.

También está el caso de la armada japonesa, que actualmente gestiona 117 buques de guerra, incluidos 16 submarinos. En cierto sentido, es como si hubiéramos vuelto a 1890, cuando un chispazo de competencia naval entre potencias emergentes como Japón, Alemania y Estados Unidos hizo que Gran Bretaña no pudiera ya conservar la ventaja relativa que había mantenido hasta entonces.

la armada de los mil barcos

Llevada de la necesidad, la Armada de Estados Unidos está virando de Mahan a Corbett. «Si la antigua “Estrategia Marítima” se centraba en el control de los mares —declaró el año pasado Michael Mullen, jefe de operaciones navales (recientemente ascendido a jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor)—, la nueva debe pasar por admitir que las corrientes comerciales del conjunto de las naciones se acrecientan, no cuando los mares están controlados por una de ellas, sino cuando se consigue que sean de acceso seguro y libre para todas».

Mullen dijo, además: «Yo ansío aquella proverbial Armada de los mil barcos: una especie de flota de facto, si así prefieren llamarla, compuesta por las de todas las naciones amantes de la libertad y vigías así de los mares, al tiempo que vigilantes las unas de las otras». Supriman los tópicos y verán que el almirante Mullen está tratando de cuadrar unos cuantos círculos para hacer frente a la difícil realidad que tiene ante sí.

Una gran coalición marítima que patrullara y vigilara los mares y proporcionara asistencia en casos de desastre permitiría combinaciones tales como la formación de patrullas antipiratería sino-estadounidenses en Malsindo (la región de los archipiélagos de Malasia-Singapur-Indonesia, a la que la Armada estadounidense se refiere con ese acrónimo). En realidad, las armadas nacionales tienden a cooperar mejor que los ejércitos, en parte porque a los marinos les une cierto espíritu de camaradería de los mares que nace de su experiencia compartida frente a unas fuerzas naturales violentas. Los miembros de tales coaliciones probablemente se llevarían mejor entre ellos que los de las fuerzas terrestres que hemos visto en Irak, Afganistán y Kosovo. Los requisitos para ingresar en esa alianza serían mínimos: cualquier armada podría unirse a ella, siempre y cuando estuviera dispuesta a compartir información. Liderar una iniciativa cooperativa internacional como esa, dirigida a interceptar terroristas, piratas y traficantes en aguas costeras, y a disuadir a Estados «canalla», ayudaría a Estados Unidos a mejorar su deteriorada reputación tras lo de Irak.

El énfasis de Mullen en la creación de una coalición de naciones que aman la libertad es en sí mismo una señal de la disminución de recursos. Durante la Guerra Fría, teníamos unos aliados navales cruciales de cuyas bases siempre podíamos depender: Japón, Gran Bretaña, Dinamarca, Noruega, Islandia y varios más. Con su ayuda, tuvimos controlada a la armada soviética bajo los hielos polares. Pero en vista del sentir actual de la opinión pública en Europa, posiblemente el único de esos aliados del que podemos seguir dependiendo en el futuro es Japón, que, por su condición de civilización insular odiada todavía en el resto de Asia y acosada por dilemas de seguridad de interés muy limitado para los europeos, tal vez sea el país más solo del mundo a excepción de Israel. (Los expertos con los que hablé para la elaboración de este artículo están preocupados por la posible pérdida futura de bases aliadas y abogan por que estas sean enteramente marítimas. Uno de los primeros diseños propuestos por la Armada en ese sentido

fue una instalación parecida a una plataforma petrolífera autoalimentada provista de unas enormes plataformas para VANT —vehículos aéreos no tripulados— y otros recursos aéreos similares.)

A falta de un grupo central de aliados, el comercio tiene que ser protegido por todos y para todos. Y ese es un reto nada fácil de superar. Mientras que los aviones son monitorizados y regulados desde su despegue hasta su aterrizaje, los barcos mercantes navegan solos por unos mares anárquicos. Pero en el mundo posterior al 11-S, en el que la posibilidad del terrorismo nuclear se ve favorecida por la piratería y el contrabando oceánicos, es necesario sofocar la anarquía y vigilar y patrullar los mares y los puertos. De ahí las ventajas que cabría suponerle a una patrulla multinacional antipiratería.

Stanley Weeks vive en Washington y es un analista naval y de política de defensa de una importante compañía consultora privada (una de las empresas de la lista Fortune 500). En el curso de su carrera profesional, ha hecho de todo, desde orientador de la nueva armada albanesa hasta asesor de mandos militares estadounidenses en materia de defensa antimisiles en situaciones de combate. Cuando hablé con él en su despacho de McLean (Virginia), me explicó otras posibilidades para materializar la flota de facto del almirante Mullen. «Desplegar tropas sobre el terreno es, en la mayoría de los casos, una opción condenada al fracaso —me dijo Weeks—. En tierra, no jugamos con ventaja, porque las reservas de varones jóvenes motivados por el fanatismo religioso son interminables». Recalcó que las operaciones navales pueden rebajar el perfil de Estados Unidos, pues llaman menos la atención que las operaciones del Ejército, lo que ayuda a que nuestros militares sean menos vulnerables a los ataques de los medios de comunicación y, por ende, facilita también la puesta en práctica de operaciones que, de otro modo, serían verdaderos imanes para las críticas. La capacidad marítima para actuar desde alta mar también nos permite «eliminar selectivamente a individuos e insertar pequeños grupos de fuerzas especiales», añade Weeks, quien considera que aprovechar la presencia de otras potencias mediante la participación en una armada internacional de mil barcos sin duda ayudaría a conseguir todo eso.

Una flota multinacional de facto también se traduciría en una mayor fluidez a la hora de compartir información de inteligencia y nos permitiría una mayor presencia de avanzada, más próxima a las costas enemigas. Esto nos facilitaría la identificación de objetivos clave. De hecho, la armada multinacional de los mil barcos vendría a ser, en esencia, el equivalente naval de la contrainsurgencia.

Pero aunque la armada de los mil barcos contribuiría a la disminución del contrabando y la piratería, y posiblemente también del terrorismo, no abordaría la función estratégica básica de la Armada estadounidense, que no es otra que la necesidad de brindar al país un instrumento serio e invulnerable con el que infligir un gran castigo: una especie de capacidad para intimidar a los enemigos solo con la mirada, por así llamarla. Tampoco soluciona la necesidad de transportar rápidamente tropas y equipo a conflictos distantes.

«La razón de ser primaria de la Armada no es la capacidad de lanzar ataques de bajo nivel, realizar misiones de patrulla antipiratería e implicarse en misiones de guerra ribereñas —me comentó Jim Thomas, un ex vicesecretario adjunto de Defensa—. Si nos engañamos pensando que sí lo es, estaremos acabados como gran potencia». La piratería, por ejemplo, ha sido una lacra durante cientos de años en algunos de los mismos lugares del planeta donde ahora decimos

que no puede tolerarse, como las aguas del Cuerno de África o las de los grandes archipiélagos del sureste asiático. Como el ya fallecido vicealmirante y «futurólogo» de la Armada, Arthur Cebrowski, me dijo una vez, acompañando sus palabras de un gesto de desdén, «la piratería solo es una parte más del ruido general». Y con independencia de cómo quiera presentarla el Pentágono, la realidad es que el desarrollo de una armada internacional de mil barcos no es la vía que nos llevará a mantener nuestra fortaleza actual, sino, más bien, a gestionar elegantemente el que, de ese modo, será el inevitable declive estadounidense.

Pero recordemos que, si bien la decadencia relativa de la Armada Real británica contribuyó a dar pie a la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña y sus aliados vencieron en esa contienda de todos modos, gracias en no poca medida a su poder marítimo. Y recordemos también que la misma Gran Bretaña se impondría luego en una guerra mundial mayor aún, dos décadas más tarde. Nuestra propia debilidad relativa creciente no tiene por qué significar que nuestros adversarios cobren ventaja. Tal vez la importancia del declive esté sobrevalorada.

el titán cansado

Como ya hemos dicho, en la actualidad solo disponemos de un número equivalente a la mitad de los casi seiscientos navíos con los que la Armada estadounidense contaba en la década de 1980, cuando estaba bajo la dirección del secretario de la Armada John Lehman; él mismo señala que ahora, debido a que solo estamos fabricando cinco buques al año, «vamos camino de quedarnos reducidos a una Armada de 150 barcos».

Este desgaste es consecuencia, en parte, del elevado coste de la guerra en Irak y del encogimiento de las partidas de fondos de libre disposición en el presupuesto federal, pero también es atribuible al propio proceso de contratación de nuevos encargos. La construcción de plataformas navales representa un caso paradigmático de cómo un sistema burocrático demasiado grande y envejecido se vuelve propenso al anquilosamiento, que fue (en parte, al menos) lo que ya en su día llevó a la perdición al Egipto de los faraones, a la Centroamérica de los mayas y a la Rusia soviética.

Conseguir que ese sistema burocrático de decisión se ponga de acuerdo sobre la nueva clase de navío que hay que adquirir puede llevar años —décadas incluso— de estudios y de reuniones de comisiones diversas, durante los que es fácil que el proceso se ralentice y es difícil que se asuma el más mínimo riesgo. Por consiguiente, cuando por fin se produce la botadura del barco en cuestión, este está ya desfasado. Pero como el navío ha de ser equipado con todos los sistemas de armamento concebibles, su coste no deja de ser muy elevado. (Dejarlo sin alguno de esos sistemas armamentísticos significa hacer que el barco sea, en mayor o menor medida, más vulnerable, y eso supondría un riesgo.) El destructor lanzamisiles guiados de la clase Arleigh Burke en el que viajé «integrado» en 2005 costó cerca de mil millones de dólares. El nuevo destructor DDG-1000 de la clase Zumwalt, cuyo proyecto original se remonta a doce años atrás y sigue plagado de retrasos, podría terminar costando 3.000 millones de dólares por buque... si es que llega a fabricarse alguno. Los nuevos portaaviones de la clase Gerald R. Ford podrían costar la friolera de 8.000 millones de dólares cada uno, y eso sin incluir los 6.000 millones de dólares en concepto de costes en investigación y desarrollo.

La historia puede ser cruel con semejante lentitud de proporciones geológicas; esta dilación nos condenará a la vulnerabilidad y a sufrir desagradables sorpresas estratégicas. Tenemos una armada intensiva en capital, formada por navíos que cuestan decenas de miles de millones de dólares y que, por ello mismo, deben mantenerse en servicio activo durante décadas para amortizar la inversión. Y, frente a eso, lo único que un futuro competidor de nuestro nivel, como China, tendría que hacer para devaluar fuertemente nuestra flota sería mejorar su tecnología de misiles balísticos hasta forzarnos, por ejemplo, a desplazar nuestros portaaviones cien millas más al este de sus posiciones actuales frente a la masa continental asiática para que estuvieran fuera del alcance de dichos proyectiles. Peor todavía: un simple artefacto nuclear radiactivo que llegara en un contenedor al puerto de Norfolk (Virginia) —pongamos por caso—, podría volver inutilizables de pronto esas plataformas milmillonarias.

La era tecnológica que se avecina, centrada en los mecanismos de precisión y de ocultación, no se avendrá bien con objetos de dimensiones tan colosales como son los portaaviones. Así lo confirmaría, por ejemplo, la tecnología del torpedo de «supercavitación»: un proyectil lanzado desde un navío pequeño que, por su capacidad de crear una especie de colchón de aire entre él y el agua a su alrededor, puede viajar a doscientos nudos (cuando los torpedos normales pueden viajar a solo 35) e inmovilizar a un portaaviones al impactar en él y hacer explosión.

Afortunadamente, nuestra administración de defensa está empezando lentamente a responder a este desafío, no tanto eliminando tales amenazas como atenuándolas. Por ejemplo, los nuevos portaaviones de la clase Ford se fabricarán con cañones láser para interceptar misiles, con torpedos antitorpedo para hacer frente a la tecnología de la supercavitación, y con catapultas eléctricas para lanzar dispositivos VANT en el caso de que los aviones de combate pilotados por humanos vayan cediendo su lugar a nuevos drones Predator mejorados y tripulados por control remoto que puedan ser reabastecidos en pleno vuelo.

El declive puede ser un proceso imperceptible. Pero si alguno de ustedes piensa que lo que he descrito aquí no constituye declive alguno, le ruego que considere la carga económica que representa sostener esta armada nuestra. El almirante Mullen está «aferrándose con uñas y dientes» a lo que haga falta para conseguir que estos proyectos sigan en marcha, según me contó un experto, que también me dijo que «se necesitaría un 11-S perpetrado por los chinos para que se nos diera el presupuesto que necesitamos, y los chinos jamás cometerían semejante estupidez. Nos irán desangrando poco a poco; les bastará con seguir haciendo lo que ya están haciendo». Al parecer, el 26 de octubre de 2006, un submarino de ataque chino de la clase Song, equipado con torpedos seguidores de estela de fabricación rusa, hostigó al grupo de ataque del portaaviones USS Kitty Hawk cuando este realizaba unas maniobras en el Pacífico. El submarino tuvo la osadía de emerger dentro del radio de alcance de la artillería del portaaviones sin ser detectado hasta que estuvo ya solo a cinco millas de este.

Ese incidente tal vez sea un más fiable presagio del futuro que nos aguarda que todo lo que está ocurriendo en Irak. Otro augurio de ese futuro lo encontramos en un segundo incidente, acaecido este pasado mes de enero. Los chinos destruyeron entonces un satélite meteorológico obsoleto con un misil interceptor y, con ello, «pusieron fin a dos décadas de limitaciones [de la tecnología china] en cuanto a la militarización del espacio», según me comentó el vicealmirante John G. Morgan Jr., jefe adjunto de operaciones navales responsable de información, planes y estrategia. Según Stratfor, compañía consultora que analiza información de inteligencia, los chinos están

desarrollando una capacidad para la guerra espacial que podría permitirles limitar el poder naval estadounidense sin necesidad de una gran proliferación naval de su parte: simplemente, amenazando nuestros sistemas satelitales de armamento y de recogida de información de inteligencia.

El peligro no es China en sí. Todas estas acciones de China no son más que una premonición de un futuro que favorecerá a aquellas naciones que tengan unas administraciones de defensa dinámicas y jóvenes, menos quisquillosas y lastradas por la duda que la nuestra, descargadas del peso de tantos niveles varios de comités y comisiones, y dispuestas a comprar (o robar) tecnología punta.

Para entender a qué se enfrentan nuestros militares, imaginemos que nuestra burocracia de la defensa es como un gran periódico de alcance metropolitano, orgulloso de su vigilancia y su cuidado editoriales, de su rigor y de su uso formal del idioma, pero sometido al asedio (y a las ocasionales humillaciones) de los blogueros, que hacen gala de un lenguaje bastante más descuidado y cuya verificación de las informaciones es bastante débil, cuando no inexistente. El diario persevera en su militancia periodística, gana premios y presume de su incidencia en el debate nacional, pero su opinión va perdiendo peso con cada lustro que pasa. Pues, bien, imaginemos ahora un portaaviones de 8.000 millones de dólares de la clase Ford sorprendido por docenas de motos acuáticas pilotadas por iraníes armados con lanzamisiles al hombro (una situación hipotética que un experto me describió como perfectamente posible). Un ataque así no destruiría el portaaviones, pero podría matar a un número indefinido de sus marineros y dañar parte del radar y de los aviones estacionados en cubierta: una pérdida de muchos millones de dólares. Imagínense ahora los titulares. No hace mucho, en una travesía por el estrecho de Malaca a bordo de un grupo de ataque de portaaviones, vi lo fácil que es para un pesquero pequeño aproximarse de pronto hasta un costado del navío.

Otro escenario de futuro probable que nuestra armada podría tener que afrontar es, según me lo describió Ronald O'Rourke, funcionario del Servicio de Investigaciones del Congreso, tan «distribuido» y «en red» que recuerda a los extraterrestres borg de los episodios de Star Trek: La nueva generación, que son capaces, gracias a su mente colectiva, de experimentar simultáneamente lo que uno cualquiera de ellos presencia. En lugar de un gran dispositivo de sónar a bordo de un buque de guerra, habría cientos de miles de hidrófonos flotando por todo el océano, del tamaño de una lata de refresco cada uno, escuchando submarinos y enviando toda la información simultáneamente.

Y aun en el caso de que Estados Unidos fuera el primero en desarrollar una tecnología así, no existiría garantía alguna de que pudiéramos mantenerla fuera del mercado abierto. «Debido a las nuevas medidas de vigilancia, podríamos tener zonas enteras de los océanos en las que seríamos incapaces de operar de forma segura en superficie», me comentaba Donald Henry, ayudante especial del director de la Oficina de Evaluaciones Netas del Pentágono. La tecnología y el riesgo de sufrir ataques no convencionales «podrían hacer que las armadas se trasladaran al espacio submarino, a menos que consigamos proteger los grupos de ataque de portaaviones con algo de lo que todavía no disponemos». Cuanto más rápido progrese la tecnología, menos probable será que los demás actores jueguen conforme a nuestras reglas.

Mientras tanto, los costes nos empujan hacia esa Armada de 150 buques y es posible, en ese caso, que tengamos que delegar ciertas tareas asignándolas a empresas navales privadas, del

mismo modo que ya hemos recurrido a contratistas militares privadas en operaciones terrestres en Irak y Afganistán. Según el capitán de corbeta Claude Berube, que imparte clase en la Academia Naval de Estados Unidos, en caso de emergencia podríamos llegar incluso a emitir patentes de corso, como durante la guerra de Independencia, otorgando así a los corsarios la autoridad legal para actuar en nuestra defensa. Autorizar a los corsarios a ayudar, por ejemplo, en labores de interceptación del tráfico de drogas en el Caribe, permitiría que los marinos de uniforme se concentraran en los océanos Pacífico e Índico.

Aumentar el contingente de submarinos de la Armada tal vez nos parezca una solución rápida para muchos de esos desafíos y dificultades. A fin de cuentas, operan bajo la superficie. Son fábricas móviles y submarinas de información de inteligencia, perfectamente capaces de escuchar conversaciones de teléfono móvil que se estén produciendo en tierra. Pueden lanzar misiles sobre objetivos continentales. Algunos están siendo reacondicionados para que puedan desplazar en secreto a equipos de operaciones especiales hasta las playas. Pero el problema es que son caros. La factura por cada submarino de ataque rápido de la clase Los Ángeles sube fácilmente hasta más de mil millones de dólares actuales, y eso pese a que cuentan con mucha menos potencia de fuego en general que un destructor de la clase Arleigh Burke, con un precio similar.

Hoy en día, Estados Unidos dedica un 4,38 % de su producto interior bruto (PIB) al gasto en defensa. Antes de la guerra de Irak, era un 3,5 %. Aunque hay unas dos docenas de países que gastan más en defensa que nosotros (si lo medimos en porcentaje sobre su PIB), nosotros seguimos realizando un desembolso absoluto superior al de buena parte del resto del mundo junto. Pero si queremos conservar nuestra actual ventaja militar relativa, tendremos que gastar a un ritmo todavía superior. El almirante Morgan, jefe adjunto de operaciones navales responsable de información, planes y estrategia, me dijo en ese sentido que, para mantener nuestra primacía naval presente, posiblemente necesitaríamos dedicar cerca de un 5 % de nuestro producto interior bruto (suponiendo que la economía no deje de crecer) a la defensa. Pero no está claro que la ciudadanía estadounidense vaya a tolerarlo.

Durante la Guerra Fría, nuestra Armada de seiscientos barcos solo tuvo que tener una presencia notable en tres puntos del planeta: los flancos atlántico y pacífico de la Unión Soviética, y el Mediterráneo. A veces, subcontratábamos otras vías marítimas menos importantes, tropicales, a otras armadas del mundo libre (un precedente reciente, pues, de la flota de facto de mil barcos de la que habla el almirante Mullen). Ahora necesitamos abarcar la Tierra entera con menos de la mitad de ese número de navíos. Puede que nunca admitamos el declive como tal hasta que los progresos de un rival mermen palpablemente nuestro poder. Pero las tendencias navales parecen ahora reforzar las de tipo político y económico que indican que nos estamos encaminando en realidad hacia un mundo de múltiples potencias en competencia.

Por supuesto, los almirantes continuarán desfilando por el Capitolio declarando que, sea cual sea el tamaño del presupuesto, ellos triunfarán en todas las misiones. Gestionar el declive requiere «cierto grado de autoengaño», como escribió Aaron Friedberg en su libro *The Weary Titan: Britain and the Experience of Relative Decline, 1895-1905* («El titán cansado: Gran Bretaña y la experiencia del declive relativo, 1895-1905»), de 1988. «Los estadistas británicos — señalaba allí Friedberg— siguieron expresándose como si nada importante» hubiera ocurrido, justo en el momento en que el país estaba abandonando su superioridad mundial en los mares.

Abandonar la supremacía fue, a juicio de Friedberg, una estrategia «prudente» y «sensata», en vista de la realidad económica y política de la época. Y no impidió que Gran Bretaña contribuyera a salvar al mundo en décadas posteriores.

A nosotros podría irnos mucho peor.

CUANDO CAIGA COREA DEL NORTE

The Atlantic, octubre de 2006

La abreviatura que los oficiales militares estadounidenses usan para referirse a Corea del Norte ya lo dice todo: KFR, iniciales en inglés de «régimen de la familia Kim», o RFK. Es un régimen cuya demonización en los medios y entre los decisores políticos de Estados Unidos ha impedido ver ciertos datos de vital importancia. El fundador de Corea del Norte, Kim Il Sung, no fue solamente un sombrío tirano estalinista: también había sido un popular líder de la guerrilla antijaponesa, como Enver Hoxha, el tirano estalinista de Albania, que en su día lideró a sus compatriotas en la insurgencia contra los nazis. Tampoco su hijo, Kim Jong Il, se parece en absoluto al psicópata infantil que se parodia en la película *Team América: La policía del mundo*. Es verdad que Kim Jong Il tuvo su época de playboy. Pero ha evolucionado y es ahora alguien que sabe manejarse con astucia. Andrei Lankov, profesor de Historia en la Universidad Kookmin de Seúl (en Corea del Sur), opina que, si las circunstancias hubieran sido diferentes, Kim bien podría haberse convertido en el exitoso productor de cine hollywoodiense que la propaganda del régimen dice que ya es.

Que Kim Jong Il sucediera a su padre fue un paso facilitado por el vínculo que este había cimentado en la mentalidad de los norcoreanos entre el régimen de la familia Kim y la dinastía Joseon, que, desde finales del siglo xiv, rigió los destinos de la península coreana durante quinientos años. Hábilmente instruido por su padre, Kim consolidó el poder y manipuló a chinos, estadounidenses y surcoreanos durante toda la década de 1990 para obtener subvenciones diversas de todos ellos. Y Kim tiene bien poco de impulsivo: dispone de la ayuda de gabinetes equivalentes a think tanks que se encargan de estudiar el mejor modo de responder a ataques potenciales de Estados Unidos y Corea del Sur, ataques que, a su vez, serían reacciones a crisis inteligentemente instigadas por el gobierno norcoreano de Pyongyang. «El régimen constituye una agrupación exquisitamente racional de asesinos», según Lankov.

Pero, pese a toda esa sagacidad de Kim, hay indicios de que podría estar perdiendo su agudeza. Y ese podría ser un motivo de preocupación: cuando se aproximan a la caída, los regímenes totalitarios tienen cierta propensión a entrar en pánico y a cometer errores de precipitación. Cuanto más débil se vuelva Corea del Norte, más peligrosa será. La pregunta que más debería preocupar a los mandos militares estadounidenses en el Pacífico —y la cuestión que probablemente determinará el equilibrio global de poder en Asia durante generaciones— es: ¿qué ocurrirá cuando caiga Corea del Norte?

la pesadilla después de irak

En la península de Corea, la Guerra Fría nunca llegó a terminar. En la frontera dominada por los tonos sombríos y albos que divide las dos Coreas, entre los graznidos de las garcetas y de las grullas de Manchuria, fui testigo de cómo soldados surcoreanos paralizados y dispuestos en

postura de combate de taekwondo, con los puños cerrados y los antebrazos tensos, se sitúan allí mirando fijamente a los ojos de sus rivales norcoreanos, posicionados de igual guisa. Cada bando elige a sus soldados más altos e intimidatorios para esa misión (aunque, aun así, sigan siendo algo bajos para el nivel acostumbrado en las fuerzas armadas estadounidenses).

Al término mismo de la guerra de Corea, el Sur izó una bandera de cien metros de mástil; el Norte respondió con su propio mástil, de 160 metros, del que prendió una bandera de 270 kilogramos de peso. El Norte construyó un edificio de dos plantas en el Área de Seguridad Conjunta en Panmunjeom; el Sur construyó entonces otro de tres plantas. El Norte añadió acto seguido al suyo un piso más. «El país del “y yo más que tú”» es la acertada descripción que un sargento del Ejército estadounidense hace de la zona desmilitarizada entre las dos Coreas, la ZDC. Ambos bandos celebraron en una ocasión una reunión en Panmunjeom que se prolongó once horas. Previamente, los negociadores no habían llegado a ningún acuerdo formal sobre cuándo podían parar para ir al baño, así que, iniciada ya la reunión, ninguno quiso ser el primero en ceder. El encuentro pasaría a la historia con el revelador nombre de la «Batalla de las Vejigas».

En otros países divididos en el siglo xx —Vietnam, Alemania, Yemen—, las fuerzas de la unión terminaron por imponerse. Pero la historia nos enseña que la unificación no se produce mediante un proceso político calibrado en el que se respetan los intereses de todas las partes. Más bien, tiende a ser el resultado de un cataclismo de acontecimientos que, por muchos libros blancos y ejercicios de juegos de guerra que se hayan hecho antes, toma a los expertos por sorpresa.

Dado que el ejército de 1,2 millones de soldados con el que cuenta Corea del Norte está cada vez más fuertemente desplegado en torno a las inmediaciones de la frontera con Corea del Sur, la península coreana amenaza con ser la próxima pesadilla militar para Estados Unidos. En 1980, un 40 % de las fuerzas de combate norcoreanas estaban posicionadas más al sur de Pyongyang, cerca de la ZDC; en 2003, lo estaban ya más del 70 %. Entre los soldados estadounidenses circula el dicho de que «ROK y calma no hacen buena pareja» (ROK son las siglas que, en el argot militar norteamericano, designan a la República de Corea.) Basta con observar las baterías de misiles Patriot, los hangares de hormigón reforzado y las barreras antibombas de las bases de la Fuerza Aérea estadounidense en Osan y Gunsan, al sur de Seúl —que están tan fortificadas como cualquiera de las bases en Irak— para ser conscientes de ello. Un marine destinado a Okinawa me contó que «el de Corea del Norte no es ningún ejército convencional de tercera como los de Oriente Medio. Estos asiáticos tienen tan lavado el cerebro —dijo él— que plantarán cara y lucharán». Los soldados estadounidenses destinados actualmente en Corea llaman a los combates que tuvieron lugar en aquella península entre 1950 y 1953 «la primera guerra de Corea». Dejan así implícita la suposición de que habrá una segunda.

Todo esto explica por qué Corea tal vez sea el más desalentador escenario del mundo para desplegar a tropas estadounidenses, peor (en algunos sentidos) que Irak incluso. Mientras viajaba por la península, muchos miembros del personal estadounidense de combate, tanto de la aviación como de la infantería, me comentaron que preferirían estar en Irak o en Afganistán que en Corea, que representa el peor de todos los mundos militares hoy posibles. Soldados y aviadores viven allí siguiendo un riguroso horario típico de tiempo de guerra, con simulacros constantes, pero también tienen que soportar toda la parafernalia oficial característica de las bases en tiempo de

paz, con todos los saludos y las inspecciones que son lo primero de lo que se prescinde en las zonas de guerra (donde lo único que importa es lo bien o mal que se combate). La meteorología en aquella península es mala, también: los vientos que descienden con fuerza desde Siberia hacen que los inviernos sean insoportablemente gélidos, mientras que los monzones que llegan del Pacífico hacen que los veranos sean cálidos y húmedos. Tampoco ayudan las nubes de polvo procedente del desierto de Gobi.

La amenaza planteada desde el norte de la ZDC es formidable. Corea del Norte presume de tener unas fuerzas de operaciones especiales de cien mil efectivos bien entrenados, así como uno de los mayores arsenales de armas biológicas y químicas de todo el mundo. Tiene acumuladas reservas de ántrax, cólera y peste bubónica, y dispone asimismo de ocho instalaciones industriales donde produce agentes químicos: cualquiera de esas sustancias podría ser lanzada sobre Seúl con la artillería convencional del ejército norcoreano. Eso significa que, si la infraestructura gubernamental de Pyongyang se desmoronara, podría desatarse una anarquía generalizada (agravada por la mentalidad guerrillera de las fuerzas armadas del régimen de la familia Kim), así como migraciones masivas dentro de la propia Corea del Norte y hacia el extranjero. En definitiva, el potencial de desorden anárquico en Corea del Norte es igual que el de Irak, y el potencial de despliegue de armas de destrucción masiva (ADM) —durante un posible combate previo a la caída del régimen o después incluso de tales combates— es muy superior.

Como indicador del tipo de caos que podría cernirse sobre la península, consideremos el caso de Albania, que fue durante algunos años el país más anárquico en la Europa del Este poscomunista, solo superado por la Yugoslavia en guerra. En una visita que hice a Albania justo antes de que el régimen estalinista local cayera finalmente, llegué a ver a bandas violentas de niños de apenas ocho años de edad acosando a los transeúntes por las calles. Pues, bien, se dice que Corea del Norte está afectada por un fenómeno parecido, bastante extendido fuera de la capital (que es la ciudad que el régimen usa como escaparate internacional). Esa tal vez sea una indicación de lo que está por venir. De hecho, si algo aterra a los surcoreanos más que los misiles de Corea del Norte, es la posibilidad de que una marea de refugiados norcoreanos inunde el sur de la península. También los chinos, por cierto, tienen pesadillas con la posibilidad de que millones de refugiados norcoreanos se encaminen hacia el norte y entren en Manchuria cruzando el río Yalu.

Obviamente, sería una temeridad no preocuparse por las tecnologías de misiles y de ADM de Corea del Norte. En agosto, volvieron a circular informaciones de que Kim Jong Il estaba preparando un ensayo nuclear subterráneo. Y el Norte hizo lanzamientos de prueba de siete misiles en julio. Según los datos de que se dispone en Estados Unidos, tres de esos misiles fueron Scud-C, y otros tres fueron Nodong-A, con alcances de entre 500 y 1.600 kilómetros, todos capaces de transportar una cabeza nuclear. (Que Corea del Norte tenga realmente tales cabezas es algo que no se conoce con certeza, pero se cree que tiene en torno a una decena de ellas, y el RFK cuenta sin duda con los materiales y los conocimientos técnicos necesarios para fabricarlas.) El tercer tipo de misil, un Taepodong-2, tiene un alcance de entre 3.700 y 15.000 kilómetros, lo que significa que, en teoría, podría alcanzar objetivos situados en el Estados Unidos continental. Si bien la reciente prueba del lanzamiento del Taepodong-2 fue fallida, el misil se desintegró en el punto de máxima presión dinámica (es decir, en el mismo punto en que

explotó el transbordador espacial Challenger), que es cuando más probable resulta que algo salga mal. Así que es probable que ese no sea un problema demasiado difícil de resolver para el RFK.

las siete fases de la caída

La obsesión de Kim Jong Il por demostrar su pericia con la tecnología de misiles es un síntoma de su debilidad. Contrariamente a lo que es la percepción popular en Estados Unidos, Kim no pierde el sueño preocupado por lo que los americanos podrían hacerle; no es la debilidad relativa de Corea del Norte con respecto a Estados Unidos lo que le inquieta. Más bien, si algo lo tiene intranquilo hasta altas horas de la noche, es China. Él sabe que los chinos siempre han estado más interesados por la geografía de Corea del Norte —con las salidas adicionales al mar que esta proporciona, muy cercanas a Rusia, además— que por la supervivencia a largo plazo del régimen norcoreano. (Al igual que nosotros, y aunque les gustaría que el régimen sobreviviera, los chinos tienen sus propios planes para la mitad norte de la península de Corea, y estos no incluyen al «Querido Líder».) Uno de los objetivos principales que persigue Kim haciendo tan agresiva demostración de la capacidad de misiles de Corea del Norte es forzar a Estados Unidos a tratar directamente con él y hacer así que su cada vez más débil situación parezca más fuerte. Y cuanto más fuerte parezca ser Pyongyang, mejor será su situación en los cruciales tratos que mantiene con Pekín, y que son lo que verdaderamente importa para Kim.

Para gran consternación (sin duda) de Kim, la respuesta estadounidense a sus recientes pruebas con misiles fue un simple encogimiento de hombros. El presidente George W. Bush despachó a Christopher Hill, su secretario de Estado adjunto para asuntos de Asia del este y el Pacífico, a la región, en vez de enviar a la propia secretaria de Estado, Condoleezza Rice. Yo estaba en Corea del Sur cuando se produjo el lanzamiento de aquellos misiles y apenas hubo signos de alerta en ninguna de las bases estadounidenses en Corea. Se ordenó a los pilotos de varios de los escuadrones de combate que no se excedieran con la bebida durante sus días de permiso por si eran llamados para entrar inmediatamente en servicio, pero más o menos eso fue todo.

Si en algo deberían concentrarse las mentes de los estrategas estadounidenses, no es tanto en los misiles de Kim en sí, como en lo que su decisión de lanzarlos nos revela acerca de la estabilidad de su régimen. Los oficiales estadounidenses de nivel medio y medio-alto destinados en Corea del Sur y Japón trabajan ahora mismo con unas previsiones según las cuales, un colapso del régimen de Corea del Norte podría obligar al mundo (o, para ser más concretos, a las fuerzas armadas estadounidenses) a desplegar, en cuestión de días o incluso de horas desde el momento en que se produjera, la mayor operación de estabilización jamás llevada a cabo desde el término de la Segunda Guerra Mundial. «Podría ser la madre de todas las operaciones de ayuda humanitaria», me comentó el coronel de las fuerzas especiales del Ejército David Maxwell. Los 23 millones de habitantes semihambrientos de Corea del Norte que un día eran responsabilidad de Kim Jong Il pasarían al día siguiente a ser responsabilidad de los militares norteamericanos, que tendrían que cerrar algún tipo de acuerdo con el Ejército Popular de Liberación de China (entre otras fuerzas armadas) para gestionar la crisis.

Afortunadamente, lo más probable es que la caída de Corea del Norte se prolongue en el tiempo. Robert Collins, un brigada retirado del Ejército y, actualmente, experto civil en aquella

área geográfica y asesor de las fuerzas armadas estadounidenses en Corea del Sur, me hizo el siguiente esbozo de lo que serían las siete fases de la caída del Norte:

Fase uno: merma de recursos.

Fase dos: imposibilidad de mantener las infraestructuras en todo el país por culpa de la merma de recursos.

Fase tres: surgimiento de feudos independientes controlados oficiosamente por aparátchiks locales del partido o por señores de la guerra, y corrupción muy extendida para salvar el obstáculo de un gobierno central deteriorado.

Fase cuatro: intento de eliminación de esos feudos por parte del RFK cuando este teme que se hayan vuelto demasiado poderosos.

Fase cinco: resistencia activa contra el gobierno central.

Fase seis: fractura del régimen.

Fase siete: formación de una nueva dirección nacional.

Corea del Norte probablemente llegó a la fase cuatro a mediados de la década de 1990, pero se salvó gracias a las subvenciones recibidas de China y Corea del Sur, así como a la ayuda contra el hambre que se le envió desde Estados Unidos. Actualmente, está de vuelta en la fase tres.

Kim Jong Il aprendió una lección muy valiosa de la caída del régimen de la familia Ceaușescu en Rumanía: la necesidad de hacerse con el control completo y absoluto de las fuerzas armadas. Y eso ha hecho. El RFK gobierna ahora a través del ejército. Solo ha habido algunas deserciones individuales de soldados norcoreanos hacia el Sur. Pero todavía no se han producido deserciones colectivas, siquiera pequeñas (a nivel de unidad), que darían a entender que los soldados ya hablan entre ellos y no temen ser delatados por los camaradas. Un desertor de las fuerzas de operaciones especiales del Norte me dijo que los soldados de la tropa tienen miedo de hablar de política con sus compañeros de armas.

El Ejército Popular de Corea del Norte es demasiado grande para tener a todos sus miembros contentos y bien alimentados; por eso, el régimen se concentra en conseguir que sus unidades de élite estén cómodas. El desertor con quien hablé —y que había estado asignado a un comando de infiltración por desembarco— me comentó que, si bien el personal de operaciones especiales vive bien, la pobreza extrema que padecen los soldados convencionales hace que su lealtad a Kim Jong Il en caso de una guerra complicada sea hartamente cuestionable. ¿Lucharían para defender el RFK si estallara una rebelión imprevista? El ejemplo rumano parece indicar que eso dependerá de las circunstancias: cuando los trabajadores se rebelaron en Brașov en 1987, el ejército rumano los aplastó; cuando los manifestantes de etnia húngara lo hicieron dos años después en Timișoara, las fuerzas armadas abandonaron al régimen.

cómo impedir otro irak

Stephen Bradner, un experto civil sobre aquella región y asesor de las fuerzas armadas de Corea del Sur, ha dado muchas vueltas a los problemas tácticos y operativos que un Estado norcoreano en desmoronamiento podría plantear. También lo ha hecho el coronel Maxwell, jefe del Estado Mayor de las Operaciones Especiales estadounidenses en Corea del Sur. «El régimen de Pyongyang podría venirse abajo sin que necesariamente lo hicieran los cuerpos ni las brigadas de sus fuerzas armadas —dice Maxwell—. Así que puede que tengamos que organizar una operación de ayuda humanitaria al mismo tiempo que estemos involucrados en operaciones de combate. Si alguien en la ONU piensa que esto será solo cosa de dar de comer a mucha gente, es que se droga de mala manera».

Maxwell ha realizado operaciones similares con anterioridad. Él estaba al mando de un batallón de fuerzas especiales del Ejército de Estados Unidos que se desplegó en la isla de Basilán, en el sur de Filipinas, a comienzos de 2002 como parte de una misión combinada de ayuda humanitaria y operaciones de contrainsurgencia contra la Jemaah Islamiya y el grupo de Abu Sayyaf, dos organizaciones terroristas. Pero la península coreana representa un reto mucho más extenso y difícil. «La situación en el Norte podría volverse tan caótica y ambigua —dice Maxwell— que el colapso de la cadena de mando del RFK podría ser un peligro mayor que su conservación, sobre todo si nos preocupa quién se hará con el control de las ADM».

Para evitar una debacle como la que ocurrió en Irak —y que tendría consecuencias potencialmente más letales con todas esas armas de destrucción masiva fluctuando entre no se sabe qué manos—, se necesitaría una buena operación de ayuda humanitaria precedida de contactos con generales del RFK y con diversas facciones de las (para entonces) antiguas fuerzas armadas de Corea del Norte, que estarían compitiendo en esos momentos por el control en diferentes regiones. Si los generales no fueran integrados en la estructura de mando operativo de la fuerza de ocupación, Maxwell avisa que podrían formar la base de un movimiento de insurgencia. China, que tiene enlaces dentro del entramado militar norcoreano, sería el país mejor posicionado para establecer esos contactos, pero el papel de las fuerzas especiales del Ejército estadounidense en esa iniciativa podría ser sustancial. Los boinas verdes y la CIA serían de los primeros en entrar en el país, como ya lo hicieron en Afganistán en 2001.

Obviamente, Estados Unidos no podría introducir unilateralmente tropas en una Corea del Norte desintegrada. La fuerza de intervención sería probablemente una de tipo multinacional, integrada por cuatro potencias —Estados Unidos, China, Corea del Sur y Rusia— y sancionada oficialmente por las Naciones Unidas. Japón se mantendría al margen (aunque todas las partes implicadas aceptarían encantadas dinero japonés para financiar la operación).

Pese a que la proximidad de Japón a la península hace que sea el país que más tema la reunificación, el odio de los coreanos a los japoneses hace improbable que pudiera haber una participación directa de tropas japonesas en una hipotética fuerza de intervención. Entre 1910 y 1945, Japón ocupó brutalmente no solo Corea, sino también partes de China, y asimismo a principios del siglo xx, derrotó a Rusia tanto por tierra como por mar. Puede que Tokio tenga más motivos que ningún otro gobierno nacional para desear el despliegue de tropas sobre el terreno en una Corea del Norte colapsada, pero Japón no podrá ser integrante directo de la coalición, porque China y Corea del Sur se negarían en redondo a ello.

La posición estratégica de Japón se vería extraordinariamente debilitada por un desmoronamiento del Estado norcoreano, pero la de China terminaría por verse beneficiada. Una península coreana post-RFK quedaría seguramente bajo el control (más o menos efectivo) de la capital Seúl, y China es actualmente el principal socio comercial de Corea del Sur. En un recorrido en coche por la costa, no vi más que barcos chinos en los puertos surcoreanos.

Hay otros factores que también juegan a favor de Pekín. China tiene refugiados a miles de desertores norcoreanos que, tras un desmoronamiento del régimen de Pyongyang, enviaría de vuelta a aquel país para construir una base política favorable al progresivo control económico chino de la región del río Tumen, que es el valle fluvial del Asia nororiental en el que confluyen China, Rusia y Corea del Norte, y que ofrece unas buenas instalaciones portuarias con salida al Pacífico. El control de facto de una futura «Esfera de Prosperidad» del Tumen fortalecería

fiscalmente a China y la ayudaría a presentar batalla en el plano económico frente a Estados Unidos y Japón. Si las tropas chinas pudieran crear un colchón territorial en la parte de Corea del Norte limítrofe con Manchuria —donde China está desarrollando actualmente enormes obras de infraestructuras, en forma de autopistas y puertos—, Pekín podría entonces bendecir el establecimiento de una coalición internacional en otras regiones del Norte coreano.

La debilidad de Rusia en Extremo Oriente ha sido puesta de manifiesto por su incapacidad para impedir la progresiva conquista demográfica de sus territorios orientales por los habitantes de etnia china. De todos modos, Moscú defenderá agresivamente sus intereses en la península de Corea. Y Rusia tiene un largo legado histórico en la zona: Corea del Norte fue una creación original de los soviéticos y un Estado satélite de la URSS. Mantener las tropas rusas alejadas de Corea sería probablemente más problemático para las demás potencias que permitir que algunas de ellas se integren en la coalición.

Evidentemente, Corea del Sur soportaría el grueso del trastorno económico y social que conllevaría devolver la península a la normalidad. Ninguna autoridad de ese país se atreverá a decirlo en voz alta, pero Corea del Sur —como todos los demás Estados de la región— no está para nada interesada en la reunificación: solo le parecería bien si esta se fuese produciendo paulatinamente a lo largo de años o incluso décadas. El mejor resultado para Seúl sería un protectorado surcoreano sobre buena parte del Norte que estuviera oficialmente acogido a algún fideicomiso internacional: algo que mantuviera a las dos Coreas funcionalmente separadas durante un espacio de tiempo significativo. Eso daría a cada uno de los dos países el margen temporal necesario para prepararse para un Estado coreano unificado y ahorrarse así el caos de una unión inmediata.

Tras la caída del régimen comunista, la estabilización inicial del Norte podría caer oficiosamente bajo la responsabilidad del Mando Estadounidense del Pacífico (PACOM) y de las Fuerzas Estadounidenses en Corea (que es un submando semiautónomo del PACOM), que llevarían cascos azules de la ONU. Pero si bien el mando militar estadounidense sería quien tendría la responsabilidad operativa, no le cabría el control exclusivo de las operaciones. Tendría que liderar una coalición regional difícil de manejar que debería desplegarse con rapidez para estabilizar el Norte y hacer llegar la asistencia humanitaria. Que la operación de ayuda en Corea del Norte en las semanas inmediatamente siguientes al colapso del régimen se saldara con éxito podría representar la diferencia entre la anarquía y la prosperidad en la península durante años.

si corea del norte ataca

Pero ¿y si en vez de desintegrarse sin más, el Norte lanzara un ataque sorpresa contra el Sur? Esta es una posibilidad seguramente menos probable hoy que, pongamos por caso, dos décadas atrás, cuando Kim Il Sung estaba al frente de un Estado más fuerte y las fuerzas armadas surcoreanas no estaban tan cuajadas como lo están ahora. Pero el coronel Maxwell y otros analistas se están preparando para semejante eventualidad.

Basta con conducir un poco por Seúl, una de las grandes y congestionadas megaurbes del mundo, para tener claro que un ataque convencional con infantería sobre la capital de Corea del Sur es una opción que ni el más insensato de los estrategas valoraría. Así que, si el Norte atacara, probablemente recurriría a una maniobra rudimentaria de «conmoción y pavor» (shock and awe)

valiéndose de sus trece mil piezas de artillería y sus lanzacohetes múltiples, con los que dispararía más de 300.000 obuses por hora sobre la capital surcoreana, donde viven cerca de la mitad de los 49 millones de habitantes de este último país. Los estragos generalizados que eso causaría serían aumentados por la intervención de las fuerzas de operaciones especiales norcoreanas, que se infiltrarían en el Sur para sabotear las plantas potabilizadoras de agua y las terminales ferroviarias y de autobuses. Mientras tanto, el Ejército Popular de Corea del Norte avanzaría sobre la ciudad de Uijeongbu, situada al norte de Seúl, pues desde allí podría atravesar el río Han y sortear Seúl desde el este.

Pero esa sería una estrategia condenada al fracaso. Al tiempo que aviones A-10 Warthog, F-16 Viper y de otras clases destruirían las baterías de misiles enemigas y matarían a numerosas tropas norcoreanas en territorio de Corea del Sur, misiles lanzados desde submarinos y desde bombarderos B-2 Spirit enviados desde Guam y desde la base Whiteman de la Fuerza Aérea en Misuri derribarían recursos estratégicos en el interior de Corea del Norte. Entretanto, el ejército surcoreano ocuparía rápidamente los nudos de comunicación y transporte y lanzaría a sus propias divisiones y fuerzas de operaciones especiales contra el intruso Ejército Popular. El RFK lo sabe; por eso, no es de esperar ninguna invasión de ese tipo a menos que sea la reacción de un régimen en sus fases finales de desintegración. La única esperanza que le quedaría a Corea del Norte en ese caso sería que la matanza que pudiera ocasionar en el plazo de una hora o así —el tiempo que transcurriría entre la primera andanada de su artillería sobre Seúl y el inicio de la respuesta militar contundente de Corea del Sur y Estados Unidos— lograra mover a la izquierda surcoreana, con la complicidad de la ONU y de ciertos elementos de los medios de comunicación internacionales, a clamar por una solución diplomática y acordada como alternativa a la violencia.

Y no cabe duda alguna: la violencia sería terrorífica. En comparación, Irak y Afganistán nos parecerían campañas limpias. Una Corea del Sur atestada de tropas norcoreanas sería (en argot militar) un escenario «rico en objetivos», en el que los buenos y los malos estarían siempre en cercanía unos de otros. «Un jodido caos» fue como me lo describió un piloto de aviones F-16 Viper. «La niebla de guerra en su grado máximo». El campo de batalla se volvería más confuso todavía por la seria barrera lingüística que existe entre los pilotos estadounidenses y los controladores aéreos de ataque terminal conjunto (JTAC por sus siglas en inglés) de Corea del Sur, que son quienes tendrían que guiar a los aviadores americanos hacia muchos de sus objetivos. Varios pilotos de aparatos A-10 y F-16 destinados en Corea del Sur se quejaron en las conversaciones que mantuve con ellos de ese punto débil en la relación militar bilateral y de cómo podía impulsar al alza el número de muertes por fuego amigo y por daños civiles colaterales (casos en los que, sin duda, los medios de comunicación pondrían luego casi todo el énfasis). De todos modos, llegados a esa situación, y como parte de un acuerdo para detener el baño de sangre, algunos miembros del RFK tal vez estarían en disposición (y en condiciones) de negociar su propia pervivencia política tras la caída del régimen.

¿y ahora qué, mi teniente?

Pero a los niveles medios y medios-altos de la oficialidad estadounidense en Corea no les preocupa tanto un ataque de artillería indiscriminado sobre el Sur como uno que sea mucho más

concreto y preciso. Las fuentes con las que consulté el tema temían que, tras los lanzamientos de misiles del RFK en julio, la Administración Bush cometiera la insensatez de reaccionar militarmente: algo que podría haber sido justamente lo que Kim Jong Il esperaba conseguir con tal maniobra, pues ello le habría permitido alcanzar un objetivo estratégico primordial, que no es otro que resquebrajar la alianza entre Corea del Sur y Estados Unidos. ¿Cómo ocurriría tal fractura? Después de que Estados Unidos respondiera selectivamente a los lanzamientos de misiles o a cualquier futura provocación u ofensiva, el Norte iniciaría una descarga intensiva de artillería de cinco o diez minutos de duración contra Seúl, con la que mataría a varios estadounidenses y surcoreanos en las inmediaciones de la llamada Guarnición de Yongsan (o «Montaña del Dragón»), que es la Zona Verde de los militares estadounidenses en el corazón de la capital de Corea del Sur. Luego, el Norte detendría su ataque. Y tras la interrupción del bombardeo, surgiría la consabida pregunta entre los oficiales estadounidenses, atrapados en un dilema: «¿Y ahora qué, mi teniente?».

Desde un punto de vista político, estaríamos sobrepasados por la situación. La izquierda surcoreana —fortalecida a lo largo de los años por una presencia de tropas estadounidenses molestamente grande, y por décadas de manipulación desde el Norte— culparía a Estados Unidos de la matanza en Seúl y destacaría que esta habría venido provocada por el ataque selectivo de los estadounidenses contra Corea del Norte. Las Naciones Unidas y los medios de comunicación internacionales también echarían sutilmente la culpa a Washington de la crisis y harían llamamientos (no tan sutiles) a la apertura de negociaciones de paz. Gracias a ello, el RFK volvería a la vida, reforzado por la promesa de nuevas ayudas de la comunidad internacional para mantenerlo a flote.

Por eso, algunos de los expertos militares y civiles con los que hablé se decantan por una guerra económica contra el Norte. Dejemos de apuntalar al régimen con ayuda humanitaria, vienen a decir. La población de Corea del Norte lleva décadas al borde de la inanición extrema. Sus bosques están arrasados: la gente se come la corteza de los árboles. Dejemos de alargar esta agonía. Ayudemos a que el RFK se venga abajo de una vez.

Lógicamente, uno de los problemas de semejante estrategia es que podría terminar aumentando las probabilidades de que Corea del Norte se decidiera por aplicar sus opciones militares más terribles; como ya he dicho, los regímenes de este tipo, al llegar a las fases finales del colapso, tienden a actuar de forma irresponsable y, en el caso de Pyongyang, bien podría recurrir a su arsenal de ADM. Otro problema es que no podemos hacer gran cosa para asfixiar a los norcoreanos económicamente: quien está manteniendo realmente a ese régimen con vida es China, no Estados Unidos. Los chinos van ya camino de adquirir el control operativo sobre todo aquello de Corea del Norte que tenga un valor económico y militar estratégico: minas, ferrocarriles, etcétera. Así pues, toda caída suave del RFK sería un movimiento más probablemente orquestado desde Pekín que desde Washington, aun cuando a los chinos tal vez no les importase cargar a los estadounidenses con la responsabilidad militar a corto plazo de estabilizar una Corea del Norte desmoronada.

tras la reunificación

Si la península lograra estabilizarse tras la caída del RFK, la Gran Corea resultante tendría un enemigo automático e indiscutido: Japón. Todo político coreano podría tomar la palabra en el parlamento y acumular un buen capital político arremetiendo contra los japoneses. Estos lo saben y eso es algo que está contribuyendo a impulsar su propia remilitarización. (La armada japonesa, en particular, está presionando para hacerse con los más recientes modelos de submarinos diésel y de destructores Aegis.) De hecho, en julio, Tokio y Seúl midieron espadas por unos disputados islotes que los surcoreanos llaman Tokdo y los japoneses, Takeshima, en aguas de lo que los coreanos llaman mar del Este y los japoneses, mar del Japón. Corea del Sur envió un barco de reconocimiento a la zona y aquello dio pie a un intercambio de declaraciones altisonantes. Estados Unidos tiene ya experiencia subestimando disputas étnico-históricas: en la década de 1980, prestó una atención insuficiente a las tensiones étnicas en Yugoslavia; en fecha más reciente, minimizó erróneamente las tensiones entre suníes y chiíes en Irak. No debería cometer el mismo error en Asia.

En ese sentido, es útil repasar y tener presente la historia coreana. En la época medieval, los coreanos estuvieron varias veces en guerra con diversas dinastías chinas, como las de los Sui y los Tang. Pero después de aquello, y a raíz del ascenso de la dinastía Joseon al propio trono coreano en 1392, Japón fue alcanzando poco a poco el nivel de China y superándola incluso como principal adversario de Corea. Hacia el final del siglo xvi, se produjo una brutal profanación japonesa de la península coreana que culminó en una orgía de violaciones y asesinatos, y a comienzos del siglo xx, los japoneses procedieron a ocupar salvajemente ese mismo territorio, una ocupación que no terminó hasta que soviéticos y estadounidenses reconquistaron la península. (No todos los efectos de la invasión japonesa en Corea fueron negativos: a los surcoreanos les cuesta admitirlo, pero, con el colonialismo nipón de principios del siglo xx, casi se duplicó la esperanza de vida del habitante coreano medio.)

La reunificación sí reportaría, como mínimo, un beneficio a Japón. Según me explicó Park Syung Je, analista del Instituto Asia de Estrategia (con sede en Seúl), una Gran Corea unificada podría actuar de contrapeso con el que equilibrar una amenaza más significativa aún para Japón: una China en auge. Pero esta Gran Corea seguiría siendo una pieza más de la esfera de prosperidad económica asiática del siglo XXI, aunque bajo auspicio chino: una versión más benigna de aquella Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental patrocinada por el Japón imperial en la década de 1940. Estados Unidos podría quedar apartado a los márgenes de ese sistema. Aunque los empresarios coreanos se opondrían a la dominación económica china, es posible que el antiamericanismo aún presente en Corea del Sur terminara limando esa resistencia, sobre todo a partir del momento en que la generación que aún recuerda los sacrificios de los militares estadounidenses durante los años cincuenta haya desaparecido ya del todo. La nutrida presencia de tropas de Estados Unidos habrá hecho de Corea del Sur una sociedad libre, igual que una presencia norteamericana similar contribuyó a hacer lo propio de Alemania. Pero es posible que las generaciones de surcoreanos más jóvenes tengan un recuerdo solamente negativo de los soldados estadounidenses. En ese sentido, hay algo más indeleblemente grabado aún en la memoria nacional coreana: me refiero al apoyo de Estados Unidos a la ocupación japonesa de Corea tras la guerra ruso-japonesa de 1904 y 1905. (Un apoyo con el que se devolvía el respaldo previo del Japón imperial a la ocupación estadounidense de Filipinas unos pocos años antes.)

La atribulada relación de la Gran Corea con China podría estar determinada en último término por lo que haga Estados Unidos y, en concreto, por la medida en que consiga que Japón reconozca su culpa de guerra, por así llamarla. Si Washington sigue manteniendo una alianza militar con Tokio sin que Japón acepte su pasado, la Gran Corea se desplazará psicológicamente hacia China. El reciente despliegue de afecto del presidente Bush con el primer ministro japonés, Junichiro Koizumi, en Graceland puede haber funcionado muy bien en Estados Unidos, pero fue visto como una ofensa en Corea del Sur, pues Koizumi acababa de visitar el santuario de Yasukuni, donde se homenajea a los japoneses caídos en conflictos bélicos (incluidos los criminales de guerra). Si Estados Unidos sigue tratando a Japón como si fuera su hijastro preferido, entonces China y su aliado implícito (la Gran Corea) tendrán una relación tensa con Japón y sus aliados implícitos (Estados Unidos e India). Pero debido a sus propios, numerosos y muy variados intereses comerciales en China, Estados Unidos solo podría tratar de contrapesar el poder de esta actuando con exquisita (y no muy contundente) delicadeza.

china VERSUS estados unidos

Con tantos intereses complejos y sutiles que sopesar aquí, ¿cuál debería ser la estrategia estadounidense a largo plazo? El coronel del ejército surcoreano Chung Kyung Yung, profesor de la Universidad Nacional de la Defensa, con sede en Seúl, dice que, después del derrumbe del RFK y la posterior estabilización del Norte, lo más inteligente que Estados Unidos podría hacer es mantener a unos diez mil militares en la península. Un contingente así, me dijo, sería una especie de declaración manifiesta de que Estados Unidos no estaría dispuesto a abandonar a Corea a su suerte frente a un Japón resurgente en el plano militar. El mejor modo de estabilizar Asia, recalca Chung, sería impidiendo que la Gran Corea —que sería un país frágil durante el periodo posterior a la caída del Norte— se convirtiera en una fuente de disputa entre China y Japón. Peter Beck, director del Proyecto para el Noreste de Asia del ICG (Grupo de Crisis Internacionales), coincide con esa apreciación. «Puesto que Estados Unidos es la más alejada de todas esas potencias —me dijo—, sería la que todas deberían percibir como la menos peligrosa: la potencia sin ambiciones territoriales en la zona».

Por desgracia, la política interna surcoreana podría dificultar ese mantenimiento de tropas estadounidenses en la península a largo plazo. Sí, es cierto que, de las pocas estatuas destacadas dedicadas a extranjeros en el país, dos son de figuras estadounidenses (el general Douglas MacArthur y el general James Van Fleet, padre de las fuerzas armadas de Corea del Sur). Y también es verdad que, a raíz de la actividad misionera emprendida a finales del siglo XIX, el protestantismo de raigambre estadounidense prácticamente se ha convertido en la religión dominante en Corea del Sur. (Si Corea del Norte se viene abajo, es de prever que el evangelismo cristiano ocupe rápidamente allí el lugar del ethos Juche —exaltador de la independencia y la autosuficiencia— promovido por el régimen comunista: Pyongyang llegó a ser en tiempos la «Jerusalén de Asia» para los misioneros.) Pero pese a todo ello, los surcoreanos se han ido convenciendo bastante con el tiempo de que tanto tienen que preocuparles los estadounidenses como los chinos, igual que se han convencido bastante de que deberían temer tanto a los japoneses como a los norcoreanos. Así que la realidad es que es posible que los surcoreanos no quieran que haya ningún soldado estadounidense en su país.

El personal de la aviación militar y el ejército estadounidenses al que le correspondería defender el Sur si el RFK decidiera atacarlo se está encontrando ya con crecientes restricciones a sus ejercicios de entrenamiento por culpa de las presiones políticas surcoreanas. El escuadrón de aviones A-10 que lanzaría ininterrumpidas misiones de combate aéreo en las inmediaciones de la ZDC en caso de guerra tuvo que entrenar en Tailandia este invierno pasado por culpa de las limitaciones impuestas por Seúl a sus patrones de vuelo. Todo esto viene a abundar en otra de las frustraciones que las tropas estadounidenses destinadas a Corea del Sur deben soportar: el tener que estar en pie de guerra para defender a un Estado y un gobierno que quiere que lo defiendan, pero que, en público, finge lo contrario.

La verdad es que muchos surcoreanos estarían interesados en la perpetuación del régimen de la familia Kim o en algo por el estilo, ya que la desaparición del mismo abriría un periodo de sacrificio económico para el que nadie en Corea del Sur está preparado. El prolongado compromiso de defensa allí mantenido por las fuerzas armadas estadounidenses ha permitido que el país evolucione hasta convertirse en una sociedad materialista. Pocos surcoreanos tienen deseo alguno de sufrir los trastornos que el desmoronamiento del RFK les ocasionaría.

Al mismo tiempo, las inversiones en infraestructuras realizadas por China están allanando ya el camino para la creación de un Estado colchón —del estilo del Tíbet— en buena parte de Corea del Norte que sería gobernado indirectamente a través de los compinches coreanos de Pekín en cuanto el RFK se desintegrase. Ese Estado colchón sería menos opresivo que la perversa y agobiante tiranía a la que sustituiría. Así que, desde el punto de vista del surcoreano medio, los chinos parecen brindar una mejor opción de futuro que los estadounidenses, cuyo plan para la unificación de la península en un solo país libre y democrático obligaría a que los contribuyentes de Corea del Sur sufragaran buena parte del coste. Cuanto más restrictivamente piensa Washington en términos de una península coreana democrática, mayor es el potencial de Pekín para lograr marginar a Estados Unidos de la misma. Y es que no hay que olvidar que hay un trecho inmenso entre la tiranía estalinista del RFK y una democracia estable de estilo occidental: entre esos dos extremos, son posibles varias categorías de regímenes mixtos y de dictaduras benignas, y cualquiera de ellas podría ofrecer a los norcoreanos mucha mayor estabilidad como mecanismo de transición que nada de lo que Estados Unidos pudiera proporcionarles. Nadie debería olvidar que la prosperidad de Corea del Sur y su cohesión como Estado no fueron obra de un gobierno puramente democrático, sino de la dictadura suave de Park Chung Hee, que rigió el país durante las décadas de 1960 y 1970. Además, los coreanos del norte, que jamás estuvieron bajo el dominio británico, cuentan con menos experiencia histórica con la democracia que los iraquíes incluso. Al final, la victoria en la península de Corea caerá del lado que aplique la estrategia más indirecta y matizada.

El éxito a largo plazo de la política básica de Estados Unidos en la península dependerá de la disposición de los surcoreanos a hacer un sacrificio importante, llegado el momento, por la libertad en el Norte. Pero la palabra «sacrificio» no es de las que más agradan a los electores de las sociedades libres y prósperas. Si algo se les da bien a los votantes de las democracias de estilo occidental es racionalizar su propio egoísmo y, en ese sentido, es posible que los rectores del autoritarismo chino entiendan al electorado de la sociedad libre y democrática que hoy es Corea del Sur mejor que nosotros. Si eso es así, puede que nunca llegue a haber una Gran Corea como nos la imaginamos. En ese caso, la caída del Norte sería cuidadosamente administrada por

Pekín de tal modo que el país dejaría de ser la nación «canalla» que ha sido hasta ahora para convertirse en un satélite de facto del Reino del Medio (como los chinos llaman a su propio país), pero se trataría de un satélite con suficiente contacto con el Sur como para que las ansias coreanas de una mayor reunificación se vieran satisfechas.

Tengamos en cuenta que Asia —debido, en buena medida, a su elevado dinamismo económico— es un continente política y militarmente volátil. Sus estructuras de alianzas no están ni mucho menos tan desarrolladas como las de Europa, que tiene a la OTAN y a la Unión Europea. Los nacionalismos en conflicto se expresan en Asia mediante algo más que partidos de fútbol. Así pues, que la idea del futuro para Corea del Norte que finalmente se materialice sea la estadounidense o sea la china puede ser algo que dependa de decisiones político-militares tomadas en el contexto de una crisis turbia y confusa.

corea del norte y el futuro de asia

Antes de irme de Seúl, me reuní con una leyenda militar local. El general retirado Paik Sun Yup, que tiene ochenta y seis años en la actualidad, fue el comandante de la Primera División de Infantería durante la guerra de Corea y colaboró mano a mano con el general MacArthur. Cuando hablamos, Paik recalcó que las decisiones político-militares que se tomen en Corea motivadas por una hipotética situación de crisis determinarán en último término el equilibrio de poder en toda Asia, la región más importante para la economía mundial. «Esta península es el eje central», dijo.

Cuando, más tarde, reflexioné sobre las palabras de Paik, me di cuenta de que, aunque Estados Unidos va ya por su cuarto año de guerra en Irak, lleva en pie de guerra en Corea más de cincuenta y seis años a estas alturas. El número de estadounidenses muertos en servicio en la península coreana es más de diez veces superior al de los fallecidos en Mesopotamia. La mayoría de los estadounidenses desean y esperan que nos retiremos de Irak en pocos años, y sin embargo, sigamos teniendo a 32.000 militares en Corea del Sur más de medio siglo después del armisticio. Corea nos da una muy buena idea de las abrumadoras (e imperiales) cargas que soporta Estados Unidos en estos momentos.

Pero Corea del Sur también puede servirnos de lección en cuanto a lo que se puede conseguir con paciencia y perseverante persistencia. El trayecto en coche desde el aeropuerto de Inchon hasta el centro de Seúl pasa por el centro de un antiguo escenario bélico urbano. La capital de Corea del Sur fue conquistada y reconquistada cuatro veces en medio de algunos de los más intensos combates librados durante la guerra de Corea. Muchos coreanos y coreanas que vivieron aquellos acontecimientos estarán siempre agradecidos por lo que el coronel retirado del Ejército estadounidense Robert Killebrew ha llamado la «tenacidad» de los norteamericanos en aquel momento, una tenacidad sin la que poca esperanza nos quedaría de seguir siendo una gran potencia.

En el corazón mismo de Seúl está la Guarnición de Yongsan, una especie de arbolada y fortificada Pequeña América, protegida y rodeada por altos muros. En el interior de esas 255 hectáreas, que recuerdan mucho a la Zona del Canal de Panamá antes de que los estadounidenses se marcharan de allí, hay 8.000 miembros del personal militar y diplomático estadounidense alojados en hogares suburbanos típicos muy bien cuidados, rodeados de setos bien recortados y

de parrillas para barbacoas en los patios traseros. Pasé en coche junto a un instituto de secundaria, campos de béisbol y de fútbol, un campo de prácticas, un hospital, un economato inmenso, una bolera y restaurantes varios. Las Fuerzas estadounidenses en Corea y el personal administrativo que las acompaña viven en coquetos edificios de ladrillo visto que los americanos heredaron en 1945 de los ocupantes japoneses. Nuestro compromiso militar con Corea es de tan sustancial importancia para nosotros que le hemos reservado su propio submando semiautónomo del PACOM (igual que Irak, oficiosamente al menos, es merecedor —según nuestro criterio— de su propio submando de cuatro estrellas del mando CENTCOM).

Estados Unidos espera haber completado para 2008 un repliegue de tropas en Corea del Sur. En su día, se mudaron a la Guarnición de Yongsan cuando más incierto parecía el futuro de Corea, pero ahora las tropas americanas tienen previsto irse de tan codiciadas y céntricas propiedades inmobiliarias para reubicarse en la guarnición de Camp Humphreys, en Pyeongtaek, unos cincuenta kilómetros más al sur. El número de tropas terrestres caerá hasta los 25.000 efectivos y esencialmente conformarán un esqueleto de talleres logísticos de apoyo, pero tendrán capacidad para dotarse de músculos y tendones con los que formar una gran fuerza de invasión en el caso de que una guerra o una caída de régimen hiciera precisa una intervención militar.

La paciencia y la persistencia obstinada son atributos heroicos. Pero si bien el heroísmo es algo que se puede esperar de las unidades militares, lo que no podemos esperar es que el llamado frente interno (la población civil del país implicado en una guerra en el extranjero) vaya a ser así de heroico por tiempo indefinido. Y aunque, si se prolongan en el tiempo, la paciencia y la perseverancia pueden rendir frutos, se trata de éxitos que no recompensan necesariamente al vencedor sino, más bien, al jugador que más capaz sea de sacar partido de la nueva situación. Es demasiado pronto aún para decir quién se beneficiará en último término de una Mesopotamia estable y próspera, si es que algún día esta llega a hacerse realidad. En el caso de Corea, sin embargo, todo parece indicar que serán los chinos.

LA GUERRA Y SUS COSTES

UNA RELECTURA DE LA GUERRA DE VIETNAM

The Atlantic, agosto de 2007

En 1943, cuando contaba dieciocho años de edad, George Everette («Bud») Day, un oriundo de Sioux City (Iowa), se enroló en los Marines. Luchó en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial y, posteriormente, se convirtió en piloto de combate. Pilotó cazabombarderos F-84F Thunderstreak durante la guerra de Corea y F-100F Super Sabre en Vietnam. Bud Day, un legendario «aviador de combate purasangre», según una descripción reciente de su figura, concibió su servicio en aquellas tres guerras como una especie de todo inseparable: para él, la idea misma de la «larga guerra» era algo en torno a lo que su vida entera había girado durante las décadas centrales del siglo xx. Cuando era comandante de la Fuerza Aérea, fue el primer jefe del escuadrón de veloces controladores aéreos avanzados (FAC, según sus siglas en inglés) que se encargaban de rondar a diario y durante horas por el espacio aéreo norvietnamita en busca de blancos para otros cazabombarderos. A Day y a los demás FAC, que tenían encomendada la misión aérea más peligrosa de toda la guerra de Vietnam, se los conocía como los «guerreros de bruma». De hecho, «Brumosos» (Misty) fue el indicativo de radio que el propio Day escogió para el escuadrón, inspirándose en su canción favorita de Johnny Mathis. Los Mistys eran «un puñado de corajudos cabrones que siempre iban al ataque, a fondo», y «buscando camorra», según ha escrito Robert Coram en un libro recientemente publicado sobre Bud Day con el título de *American Patriot*. El 26 de agosto de 1967, a Bud Day se le agotó la suerte. Ese día, su aparato fue abatido sobre el cielo de Vietnam del Norte.

El Código de Conducta Militar «exigía que la huida tuviese prioridad sobre los miedos y las preocupaciones personales», según escribió Day en su propio libro de memorias, *Duty Honor Country* («Deber, honor, país»), publicado en 1989 por la editorial American Hero, de Fort Walton Beach (Florida). Pese a su mínimo volumen de ventas en Amazon (la librería virtual no le asigna siquiera un número de ranking en ese apartado), se trata de uno de los más asombrosos relatos personales de guerra alguna. Con los tímpanos reventados, el rostro cubierto de sangre encostrada de los golpes que se había llevado, el brazo roto y las rodillas gravemente lesionadas en la eyección, Bud Day fue colgado de los pies por sus captores, cabeza abajo «como una media res de ternera, durante muchas horas», después de que se negara responder a sus preguntas. Tras una semana de cautiverio, se escapó. Anduvo doce días solo por la selva para volver a Vietnam del Sur, comió ranas, el dolor le hacía sentir náuseas... De nada sirvió: volvió a ser capturado.

Con todas las extremidades rotas o afectadas por heridas de bala, pasó los seis años siguientes en cautividad. Tuvo que soportar simulacros de fusilamiento, que lo colgaran de nuevo repetidas veces por los pies, que no se le permitiera orinar en muchas ocasiones cuando más necesitaba hacerlo, que lo azotaran hasta dejarlo sin sentido en escenas «sacadas de las hordas mongoles» con látigos que le dejaban los testículos como carne chamuscada. Cuando los guardianes de su prisión interrumpieron bruscamente un servicio cristiano clandestino en el que estaban

participando él y otros prisioneros de guerra, Day se quedó mirando fijamente a los bozales que traían para ellos y comenzó a entonar el himno nacional estadounidense.

Condecorado con la Medalla del Honor del Congreso, de lo que más orgulloso dijo sentirse Day es de no haber revelado nunca a sus captores información sobre el programa Misty. «Si yo divulgaba nuestros secretos y tácticas, era sumamente probable que muchos de mis buenos, jóvenes y leales pilotos murieran por ello».

Conocí a Bud Day en septiembre de 2005, en la Base Aeronaval de Jacksonville, donde varios pilotos de la Armada hacían cola para comprar su libro, por el que solo podía aceptar pagos en efectivo. Me pareció degradante que tuviera que vender su libro de ese modo. Es muy revelador de los puntos ciegos de la industria editorial norteamericana (dominada por las grandes compañías con sede en Manhattan) que Day tuviese que lanzar lo que, en esencia, fue una edición de aquel libro por cuenta del propio autor. En cualquier caso, y precisamente por ello, la publicación de ese otro posterior libro de Coram es un hecho muy de agradecer.

Lo relativamente desconocidos que son la autobiografía de Day y otros libros de ese estilo sobre Vietnam viene a ser un aspecto más (no tan evidente, si se quiere) de nuestra brecha civil-militar. Los libros a los que me refiero deberían formar parte de nuestro recuerdo de lo acaecido en Vietnam, pero, en general, no es así. No se trata tanto de unos relatos que unos soldados cuentan a la población civil como de historias que esos mismos soldados se cuentan unos a otros. Por supuesto, hay excepciones, de las que la más famosa fue *Fields of Fire* («Campos de fuego»), de James Webb, un libro de 1978 que también entraría en parte en esta categoría y que llegó a ser un éxito de ventas. Pero hay toda una variedad de libros de menor mérito literario, pero igual valía histórica, que o bien han sido poco leídos, o bien han tenido un público lector formado casi en exclusiva por personal militar (en activo o retirado). Entre los autores de estas obras menos conocidas hay marines y boinas verdes (de las Fuerzas Especiales del Ejército) que participaron en operaciones de contrainsurgencia. Sus escritos nos revelan una segunda brecha o división —esta vez entre los militares profesionales y los soldados convencionales de reemplazo— que no deja de ser otra faceta del alejamiento del «guerrero» con respecto al mundo civil. Para estudiar esta segunda división, debo también traer a este debate a un escritor francés y a un soldado británico, cuyos legados atañen no solo a Indochina, sino también a Argelia y a la Palestina previa a la Segunda Guerra Mundial: otros dos escenarios de sendas guerras caóticas e irregulares. Así pues, mi idea de una biblioteca ampliada sobre lo acaecido en Vietnam trascendería ese propio tema en concreto.

Los hábitos de lectura están influidos por la gente a la que conocemos. Si yo no hubiera tenido la ocasión de integrarme en operaciones bélicas de militares profesionales, jamás me habría enterado de la existencia de algunos de esos libros. Por ejemplo, descubrí muchos datos sobre Bud Day y su *Duty Honor Country* por lo que me contó el capitán de la Fuerza Aérea Jeremiah Parvin, de Rocky Mount (Carolina del Norte), un joven piloto de aparatos A-10 Warthog con una insignia de «Misty» cosida en la manga. El A-10 es esencialmente una ametralladora Gatling volante. Sus pilotos se mantienen a muy baja altura, cercanos al suelo y al campo de batalla, corriendo un gran riesgo. Hasta los marines y los boinas verdes, desdeñosos como suelen mostrarse con el resto de la Fuerza Aérea, tienen a los pilotos de los A-10 por verdaderos guerreros. Y estos sienten idéntico vínculo con la infantería de combate. Es característico de los guerreros profesionales que sientan mayor proximidad con aquellos de otros cuerpos de las

fuerzas armadas que asumen riesgos similares que con otros hombres y mujeres de su mismo cuerpo que no los asumen hasta ese punto. Para ellos no basta con ser un militar: para ganarse su respeto, uno tiene que haber entrado en las fuerzas armadas para combatir, no para buscar una salida profesional o para mejorar su estatus.

El capitán Parvin estaba destinado en Corea del Sur cuando lo conocí. Esperaba que pronto lo destinaran a Irak o a Afganistán. Me lo contó todo sobre los FAC del escuadrón de los Mistys en Vietnam. Me mostró una moneda conmemorativa de los Mistys, con el nombre de Bud Day grabado en ella, que siempre lleva en el bolsillo. Era tradición en su escuadrón que tanto el miembro más joven del mismo como el más veterano llevaran permanentemente la medalla encima. Siempre que hay un reencuentro de combatientes del escuadrón de Mistys de la época de Vietnam —unas reuniones que se suelen celebrar en el noroeste de Florida, donde Day vive actualmente—,* los pilotos del escuadrón de aviones A-10 de Parvin, dos generaciones más jóvenes, envían a un representante.

* Bud Day falleció en julio de 2013. (N. del t.)

Las memorias de Bud Day son fascinantes. Son también un manuscrito en bruto que necesita la mano de un editor. Sus diatribas contra personajes como Lyndon Johnson y la «gilipollas traidora» Jane Fonda terminan por hacerse cansinas. No se puede negar que las palabras que Day dedicó a su público de pilotos de la Armada la mañana en que lo conocí estaban adornadas de floridos tacos y palabrotas. Pero no es menos cierto que fueron esa rabia y esa agresividad mismas que él sentía contra el comunismo, contra el Partido Demócrata de su época, contra todos aquellos y aquellas a quienes consideraba soldados débiles en las propias filas estadounidenses, contra muchas cosas, en definitiva, las que le permitieron sobrevivir a más de un lustro de torturas continuadas.

Entre las personas a quienes dedica su libro están «el presidente Richard M. Nixon» por haber ordenado las operaciones «Linebacker I y Linebacker II» —los bombardeos de 1972 sobre Vietnam del Norte (los posteriormente conocidos como bombardeos de Navidad)— y por haber dado su autorización a la misión de los «Asaltantes de Son Tay»: el grupo de boinas verdes destinados a Vietnam desde Fort Bragg (Carolina del Norte) que, en noviembre de 1970, tomaron al asalto la prisión de Son Tay, al oeste de Hanoi, donde se sospechaba que había cautivos varios prisioneros de guerra estadounidenses.

Como los prisioneros habían sido sacados de allí por sus captores y trasladados a otro lugar casi cuatro meses antes, aquel asalto fue duramente criticado por varios de los grandes periódicos estadounidenses y por algunos senadores demócratas (en especial, por William Fulbright), que pusieron en cuestión la «finalidad real» de la misión y se preguntaron si no se pretendía algo más que la liberación de los prisioneros. Un editorial de The New York Times juzgó que aquel ataque «probablemente ampliaría la brecha de credibilidad ya abierta en el frente nacional interno». Pero, según lo relata Day, aquel asalto —y las campañas de bombardeos que lo siguieron— constituyó una enorme inyección de moral para los prisioneros y consiguió que sus carceleros comenzaran a dispensarles un mejor trato. Hoy en día, entre los boinas verdes, los asaltantes de Son Tay son admirados como unos héroes míticos de un tiempo pasado.

Lo que Bud Day y otros prisioneros de guerra admiraban en concreto de Nixon era esa disposición suya a devolver con fuerza el golpe, una disposición que Johnson nunca había tenido.

La orden de Johnson de detener los bombardeos en 1968 fue considerada por los prisioneros de guerra como una traición y fue causa de gran desilusión y enfado en todos los ejércitos estadounidenses. Recordemos que muchos de esos prisioneros eran pilotos de combate: guerreros profesionales y voluntarios, es decir, que no eran soldados de reemplazo reclutados a la fuerza entre la población civil. Los combatientes profesionales no son unos fatalistas. En su mente, no tiene cabida la idea de la derrota mientras les quede una posibilidad de luchar, aun desde prisión. Esa creencia explica por qué los verdaderos soldados sienten tal afinidad por causas aparentemente perdidas.

En diciembre de 1967, un prisionero fue arrojado a la celda de Day, en las afueras de Hanoi (en unas instalaciones conocidas como «La Plantación»). Sus piernas estaban atrofiadas y pesaba menos de 45 kilos. Day le ayudó a limpiarse la cara y lo cuidó rescatándolo así del borde mismo de la muerte. Aquel compatriota era el capitán de corbeta John Sidney McCain III, nacido en la Zona del Canal de Panamá. Cuando su salud mejoró, McCain comenzó a arremeter verbalmente contra sus captores con una ferocidad en ocasiones pareja a la de Day. Mediante torturas, los norvietnamitas intentaron sin éxito que McCain aceptase ser liberado con fines propagandísticos, pues aquel capitán de corbeta era hijo del almirante John McCain Jr., mando supremo de todas las Fuerzas estadounidenses en el Pacífico. «El carácter —escribió el joven McCain parafraseando al predicador evangélico del siglo xix Dwight Moody— es aquello que eres cuando estás a oscuras», cuando nadie está mirando y, en silencio, tomas decisiones sobre cómo actuarás al día siguiente.

A comienzos de 1973, durante una visita a Hanoi, las autoridades norvietnamitas comunicaron al entonces secretario de Estado, Henry Kissinger, que estarían dispuestas a liberar a McCain y a ponerlo bajo custodia del mandatario estadounidense. Kissinger se negó a aceptar tal cosa, sabedor de que había prisioneros que llevaban aún más tiempo en cautividad y que estaban por delante de McCain en la lista de los todavía pendientes de liberación. McCain padeció más sufrimientos durante el periodo que siguió estando recluido por los norvietnamitas, pero, cuando por fin lo pusieron en libertad, agradeció a Kissinger que este hubiera «protegido mi honor». Ambos han sido buenos amigos desde entonces. McCain escribió un entusiasta comentario de elogio sobre el libro de memorias de Day. En concreto, el hoy senador dice: «Recomiendo este libro a todo aquel que quiera entender las dimensiones de la grandeza humana».

La expresión «guerrero profesional» es usada explícitamente por el vicealmirante de la Armada James Bond Stockdale, de Abingdon (Illinois), para describirse a sí mismo en *A Vietnam Experience: Ten Years of Reflection* («Una experiencia en Vietnam: diez años de reflexión»), libro publicado por la Hoover Institution Press en 1984. Me informé a fondo sobre lo que el vicealmirante Stockdale había escrito en ese libro y en otro posterior, titulado *Thoughts of a Philosophical Fighter Pilot* («Pensamientos de un piloto filosófico de combate», publicado también por Hoover en 1995), de boca de varios guardiamarinas en la Academia Naval de Estados Unidos en Annapolis, donde yo imparto clase. Uno de ellos me dijo que las lecciones morales que Stockdale aporta en esas páginas contribuyeron a animarle a ingresar en la academia.

El propio Stockdale es un símbolo de la ya mencionada brecha civil-militar. El recuerdo mismo que evoca en alguien oír su nombre muestra a qué lado de esa división está el oyente en cuestión. La mayoría del público civil recuerda a Stockdale por haber sido ese candidato a vicepresidente

de apariencia aturdida que acompañó a H. Ross Perot y que, en el debate de 1992 con Al Gore y Dan Quayle, preguntó en voz alta: «¿Quién soy yo? ¿Por qué estoy aquí?» y, en un momento posterior, pidió que le repitieran una pregunta porque tenía el audífono apagado. En realidad, Stockdale (un estudioso de la filosofía durante toda su vida) había formulado aquellas preguntas de forma retórica, replanteando así los más antiguos y esenciales interrogantes del ser humano. Debido a la facilidad con que la televisión puede arruinar la vida de una persona sorprendiéndola en un momento embarazoso puntual, hoy son poquísimas las personas que saben que aquella candidatura vicepresidencial de Stockdale fue un detalle insignificante comparado con casi todo lo demás que hizo.

Quienes están al otro lado de la brecha lo recuerdan como uno de los más abnegados e introspectivos héroes jamás producidos por nuestras fuerzas armadas. En septiembre de 1965, el entonces capitán de fragata Stockdale (rango equivalente al de teniente coronel) se vio obligado a eyectarse de su avión de combate A-4 Skyraider sobre Vietnam del Norte. Pasó los siete años siguientes en prisión, donde fue sometido al habitual trato salvaje que los comunistas norvietnamitas dispensaban a los estadounidenses que no les facilitaban la información que ellos querían obtener. Cuando le dijeron que lo iban a mostrar ante un equipo de periodistas extranjeros, Stockdale, un condecorado con la Medalla del Honor, se rajó el cuero cabelludo con una hoja de afeitar y se golpeó en el rostro con un taburete de madera para evitar así que lo utilizaran con fines propagandísticos. «Cuando George McGovern dijo que iría a Hanoi de rodillas si fuera necesario, los prisioneros [...] nos sentimos humillados —escribió Stockdale en 1984—. Nosotros no nos poníamos de rodillas para ir a ningún lado y menos para que nos dejaran volver a casa. [...] La mayoría de nosotros preferiríamos seguir allí ahora mismo antes que habernos plegado a la presión».

A diferencia de lo que ocurrió en la Segunda Guerra Mundial, cuando los japoneses y los alemanes consideraban que los prisioneros de guerra eran una carga y un gasto superfluo de recursos, para los norvietnamitas los pilotos estadounidenses capturados eran bazas políticas de primer nivel. Para los prisioneros de guerra, no dejarse usar como tales bazas significaba soportar años de tortura. Pero el caso es que, en vez de víctimas, hombres como Day, McCain y Stockdale continuaron considerándose a sí mismos guerreros que, por el hecho mismo de estar reclusos dentro de las prisiones norvietnamitas, luchaban en el más difícil de los frentes.

La filosofía moral (en particular, la de los estoicos) ayudó a Stockdale a sobrevivir. Según sus propias palabras, tras eyectarse de su avión, «abandoné mi mundo de tecnología y entré en el mundo de Epicteto». Nacido en Grecia, Epicteto fue un filósofo de la Roma del siglo i cuyas ideas estoicas nacieron del brutal trato que recibió como esclavo. Stockdale lo explica así: «Los estoicos menosprecian el daño físico, pero no lo hacen por jactancia. Lo hacen cuando lo comparan con el devastador sufrimiento de la vergüenza que ellos imaginan que sienten los hombres buenos cuando saben, en el fondo de sus corazones, que no han cumplido con su deber». Cuando Stockdale escribe sobre Epicteto, Sócrates, Homero, Cervantes, Calvino y otros escritores y filósofos, la obra de todos ellos adquiere una nueva y más elevada dimensión porque la relaciona con sus propias y extraordinarias experiencias como prisionero en uno de los programas penitenciarios más bárbaros del siglo xx. Stockdale nos recuerda así algo que muchos estudios académicos, obsesionados como están por las sutilezas textuales, tienden a ocultar, y que es que la finalidad real de leer a los clásicos es fomentar el valor y el liderazgo.

Stockdale nos explica —inspirándose en Napoleón, Clausewitz y otros estrategas militares— que «la palabra moral» tiene una «connotación inconfundiblemente viril, heroica». (La virtud —o virtù, en el italiano de Maquiavelo— proviene de la palabra latina vir, «hombre».) Dice él que, aunque tendemos a concebir lo inmoral en términos de categorías como el desenfreno sexual y la irresponsabilidad fiscal, tales vicios, por graves que puedan parecerles a muchos en el ámbito civil, no están a la misma altura ni en la misma categoría que la ausencia de arrojo (la cursiva es suya) en la guerra. Para un guerrero profesional, no cabe confundir el «cumplir con el deber» con el «obedecer órdenes». Esto último implica una repetición rutinaria y mecánica, mientras que lo primero es un acto de consecuencias potencialmente dolorosas y devastadoras para quien lo realiza, quien sirviendo así a un bien común superior puede buscarse algo peor que la muerte incluso.

Las implicaciones de «cumplir con el deber» se detallan más a fondo aún en *Bury Us Upside Down: The Misty Pilots and the Secret Battle for the Ho Chi Minh Trail* («Enterradnos cabeza abajo: los pilotos Misty y la batalla secreta por la Ruta Ho Chi Minh»), de la editorial Ballantine (2006), un libro de Rick Newman, periodista de la revista *U.S. News & World Report*, y Don Shepperd, antiguo piloto de los Mistys. Allí han escrito que, en noviembre de 1967, con el propósito de rescatar al capitán Lance Sijan (oriundo de Milwaukee), se creó una pantalla de humo por medio del lanzamiento de bombas de racimo junto a las posiciones de las baterías antiaéreas norvietnamitas para que esos cañones pudieran ser luego alcanzados por el fuego de cazabombarderos F-4 Phantom volando a baja altura. De ese modo, se provocaría el suficiente caos en las defensas antiaéreas enemigas como para que un helicóptero pudiera abrirse paso entre ellas y recoger al piloto derribado. La operación fracasó. El capitán Sijan, con lesiones peores aún que las de Bud Day a raíz de la eyección, eludió a sus perseguidores norvietnamitas durante seis semanas. Tras ser capturado, volvió a escapar de nuevo. Fue entonces capturado una vez más y, posteriormente, murió por el efecto conjunto de las torturas y una neumonía. Fue condecorado con la Medalla del Honor a título póstumo.

Esto sucedió en unos momentos en que los pilotos se regían por unas reglas de enfrentamiento (ROE, por sus iniciales en inglés) sumamente restrictivas. Stockdale refiere misiones de bombardeo sobre Hanoi en las que cada avión tenía que seguir al de delante por exactamente idéntica ruta, sin que le estuviera permitida prácticamente maniobra no prevista alguna —algo que incrementaba considerablemente la probabilidad de que alguno de esos cazas terminara siendo derribado— a fin de reducir las probabilidades de que una bomba perdida impactara contra la población civil. Tanto él como otros pilotos se muestran indignados con lo restrictivos que fueron los llamados bombardeos de Navidad (que, por cierto, se suspendieron durante el día de Navidad propiamente dicho), tan criticados en su día por presuntamente excesivos. Pocas han sido las campañas aéreas a lo largo de la historia que, aun con tan limitadas ROE, lograron una repercusión política tan inmediata y deseada: la vuelta de los norvietnamitas a la mesa de negociación, la liberación de los prisioneros de guerra y el fin de la implicación militar de Estados Unidos en aquella guerra. Fue equivalente a lo que habría sucedido si los raquíuticos bombardeos ordenados por el presidente Bill Clinton en Irak en 1998 se hubieran saldado con un cambio de régimen en Bagdad, o con un cambio de actitud de Sadam Huseín que hubiera abierto el país de forma inequívoca a las inspecciones de armas de la ONU.

Bury Us Upside Down documenta las vidas de unos hombres que, como Bud Day, lucharon en la Segunda Guerra Mundial, Corea y Vietnam, una proeza que despierta la envidia de los guerreros profesionales que conozco. «Si yo hubiera podido elegir, habría nacido antes de la Gran Depresión —me comentaba hace poco el brigada de las Fuerzas Especiales del Ejército Mark Lopez, de Yuba City (California)—. De ese modo, podría haberme alistado a los dieciocho y haber combatido en la Segunda Guerra Mundial y en Corea, y todavía habría sido suficientemente joven como para haber entrado en acción en Vietnam».

Pero mi historia favorita de las recogidas en Bury Us Upside Down trata de un tipo diferente de militar: me refiero al cirujano de vuelo de la Fuerza Aérea Dean Echenberg, de San Francisco, quien tras haber sido hippie, haber ayudado a poner en marcha una clínica gratuita en Haight-Ashbury, haber sido consumidor de drogas y haber ido a los grandes conciertos de rock de aquellos años, se presentó voluntario para incorporarse a filas en Vietnam, más o menos por puro espíritu aventurero. Terminó asignado a los Mistys, alojado junto a hombres entrenados en su día por Bud Day. Si alguien puede decir que vivió la experiencia americana de los sesenta en toda su extensión, ese es Echenberg. Un día, en 1968, su unidad médica se encontraba cerca de Phù Cát justo en el momento en que dicha localidad estaba siendo atacada por el Viet Cong. «El dispensario se llenó enseguida de sangre y restos humanos —escriben los autores del libro—. Padres y familiares caminaban en shock de un lado a otro, desesperados para que salvaran a sus hijos». Echenberg trabajó casi toda la noche con una guapa enfermera estadounidense. Cuando ya casi amanecía, muy alterados emocionalmente, ambos se tumbaron a descansar cerca del extremo de la pista de aterrizaje de la base estadounidense e «hicieron el amor sobre la hierba mientras el fuego de la artillería retumbaba a lo lejos».

«Echenberg no podía entender cómo alguien podía ser tan salvaje como para asesinar a niños». Los autores añaden:

El joven médico tenía un sentimiento ambivalente sobre aquella guerra cuando llegó por primera vez a Vietnam. Pero ya no podía seguir la corriente a sus viejos conocidos que se manifestaban contra la guerra. Sí, los combates eran inhumanos y se cometían atrocidades por ambos bandos, sobre todo en el ardor de la batalla. Pero él no consideraba que los comunistas fuesen unos «luchadores por la libertad» ni unos «revolucionarios» como lo pensaba la gente con la que él se relacionaba en San Francisco. Para él, los comunistas eran unos salvajes que aterrorizaban a la población civil.

Fue otro joven piloto de aviones A-10, el capitán de la Fuerza Aérea Brandon Kelly, de Cairo (Georgia), un controlador aéreo avanzado desplegado sobre el terreno en Irak —una de las labores más peligrosas en ese destino—, el que me habló de Bury Us Upside Down, un libro del que no se han publicado muchas reseñas, que digamos. El capitán Kelly me dijo que, si yo quería entender plenamente qué motivaba a gente como él a hacer lo que hacía, tenía que leer ese libro.

«Las protestas contra la guerra generaron ideologías [...] todo lo relacionado con Vietnam era censurable. De resultas de ello, este excelente libro chocó con el fuerte rechazo imperante. Las revistas “modernas” se negaron a reseñarlo», escribe el ex secretario de Defensa James Schlesinger en el prefacio de una reedición de *The Village*, libro de Bing West publicado originalmente en 1972. Si la batalla relatada en *Black Hawk derribado* (1999), el libro de Mark Bowden, duró un día, y la que se cuenta en *Cuando éramos soldados y jóvenes* (1992), de Harold Moore y Joe Galloway, se prolongó tres, *The Village* nos cuenta las vicisitudes de un pelotón de marines que luchó en el mismo escenario durante 495 días. La mitad de ellos murieron (siete de un total de quince).

Todos ellos se habían presentado voluntarios para ir al «pueblo» al que se refiere el título del libro, aun a sabiendas de que era muy probable que encontraran la muerte en tal misión. ¿Su motivo? Como el sargento al mando le dijo al autor del libro: «Allí abajo uno tiene sensación de independencia. No hay... papeleo. Estás en contacto permanente con el Viet Cong. Sabes que tienes un trabajo que hacer. Sales por la noche y lo haces». Así que aquellos marines salieron de su campamento base, provistos de sus «catres de lona, búnkeres sólidos [...] helado y larguísimas listas de turnos de guardia, y se fueron a convivir con unos vietnamitas».

En el relato de West, no se aprecia sensación alguna de derrota, fatalidad y perversión como en las películas clásicas sobre Vietnam que ha producido Hollywood; nada de narraciones hermosas, ingeniosamente construidas e introspectivas sobre los soldados y sus vulnerabilidades, acosados por las complejidades morales de la situación, como sí se incluyen en una obra como *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon* (1990), de Tim O'Brien, una de las favoritas en las asignaturas de literatura de secundaria y la universidad. West no escribió un libro mejor que el de O'Brien, quien, por otra parte, es un veterano de aquella guerra, en la que cayó herido en dos ocasiones. Pero sí escribió un libro muy diferente e igualmente valioso que, fuera del ámbito de los muchos miembros de las Fuerzas Armadas que llevan años recomendándomelo, sigue siendo relativamente desconocido.

The Village es una historia de interminables, mortíferas, monótonas patrullas nocturnas a vida o muerte, narrada con un lenguaje frío y técnico, como si hubiera sido sacada de las páginas de un centenar de informes posmisión concatenados. Un ejemplo: «Había disparado veinte balas en un estallido de excitación, pero había fallado porque había usado un cargador sin balas trazadoras. Incapaz así de ver sus disparos, no había hecho bien su trabajo de ir por delante para despejar el camino al soldado de reconocimiento que doblaba agachado la esquina de la casa». En el libro, tanto el estilo como la negatividad brillan por su ausencia. Y es que, como en cualquier buen manual de campo, no hay tiempo para eso. Como ya he dicho, los guerreros no son unos fatalistas. *The Village* trata de qué funciona y qué no en las operaciones de contrainsurgencia. Es un relato pensado para las academias militares, pero que también sería perentorio que el público en general conociera, pues la faceta redentora de la guerra de Vietnam que en él se refleja no fue ninguna aberración.

Los marines de la historia que nos cuenta Bing West formaban un CAP (siglas inglesas de «pelotón de acción combinada») que se desplazó a principios de 1966 hasta Binh Nghia, un pueblo aterrorizado por el Viet Cong, y que, a lo largo de dieciocho sangrientos meses, se encargó de pacificarlo, para indisimulado orgullo de sus protagonistas. «Muchos de aquellos marines —escribió West— se pasaron meses sin escribir una carta ni leer un periódico. El radio de su mundo no superó los tres kilómetros». El pasaje siguiente ayuda a explicar por qué muchos veteranos de Vietnam con los que me he encontrado a lo largo de mi labor informativa no tienen recuerdos en absoluto negativos de aquella guerra.

A los americanos les gustaba el pueblo. Les gustaba la libertad de beber cerveza y vestir ropa excéntrica y bromear con las chicas. Les gustaba sentirse respetados por los aguerridos milicianos [de las progubernamentales Fuerzas Populares] [...] que no se veían con fuerzas de enfrentarse al Viet Cong sin ayuda. Estaban encantados de que los lugareños estuvieran impresionados de que ellos dieran tanta leña al Viet Cong, después de que el Viet Cong hubiera dado tanta leña a las FFPP durante años. [...] Los americanos no sabían lo que los lugareños decían de ellos [...], pero se habían fijado en que los niños, que sí escuchaban a sus padres, no los rehuían ni se alejaban a la carrera al verlos. [...] Los marines habían aceptado ya bastantes invitaciones a bastantes comidas en bastantes casas como para creer que no les caían bien a muchos de aquellos

habitantes y que no eran tolerados por la gran mayoría de ellos. Aquella era quizá la única vez en la vida de aquellos [...] americanos, siete de los cuales ni siquiera se habían graduado de secundaria, que estaban proporcionando un servicio de protección, aun a riesgo evidente de morir en el intento. Aquello les había valido la admiración manifiesta [...] de la sociedad de aquel pueblo vietnamita en el que estaban ejerciendo su labor y donde, al final, la mayoría de ellos hallarían la muerte.

West, que fue marine destinado en Vietnam y realizó visitas periódicas a aquel pelotón, termina así su relato: «En julio de 1967, Binh Nghia había dejado de ser el escenario de batallas nocturnas [...], el enemigo había aceptado la permanencia allí de la unidad [el CAP] y había cedido en su anterior determinación de defender sus posiciones en Binh Nghia». Aquella victoria fue lograda por unos marines que jamás aceptaron que «el pueblo» se hubiera perdido, ni siquiera cuando el pelotón llegó a estar rodeado de hasta trescientos combatientes del Viet Cong. Los marines llevaban demasiadas vigilancias nocturnas a sus espaldas, demasiadas horas echados inmóviles sobre charcos inmundos, duchados por la lluvia que diluviaba sobre sus cabezas, como para retirarse sin más.

The Village deja patente que los militares tienen recuerdos que el público en general no tiene. Para muchos que crecieron en la década de los sesenta, Vietnam fue una causa para la protesta. Pero para los que combatieron allí, Vietnam fue, antes de nada, una guerra con muchos matices de gris entre el blanco y el negro: con sus éxitos y sus fracasos tácticos, con sus infiltraciones exitosas de unidades CAP de los marines y de boinas verdes, y con sus incursiones del Ejército Grande que no funcionaron; con sus generales del Ejército que triunfaron (véase el caso de Creighton Abrams) y con sus otros generales del Ejército que fracasaron (William Westmoreland, por ejemplo); con sus momentos de gloria, como Hue, y sus momentos de vergüenza, como My Lai; pero, por encima de todo, con sus héroes, como los Asaltantes de Son Tay y los controladores aéreos avanzados que formaban el grupo de los Mystys.

En 2002, Bing West regresó a Binh Nghia. En un nuevo epílogo a su libro, escribió lo siguiente:

Una vez al año, los lugareños se reúnen para rogar por las cosechas y por la ausencia de inundaciones [...] [junto a] una pared de cemento en la que figura una inscripción vietnamita de recuerdo a los marines que construyeron el pozo y el santuario en 1967. [...] «El pueblo» recuerda.

Across the Fence: The Secret War in Vietnam («Al otro lado de la valla: la guerra secreta en Vietnam», 2003), de John Stryker Meyer, es un libro más compacto aún, más técnico y más intenso que The Village. Como el Duty Honor Country de Bud Day, fue publicado por una editorial pequeña, en este caso, Real War Stories Inc., y fue también ignorado en lo que a reseñas respecta. Me lo recomendó un subteniente de los Boinas Verdes originario de la Pensilvania rural, Jack Hagen, que tenía un amigo que había luchado en la unidad sobre la que escribe Meyer. El libro viene a ser un recuerdo íntimo en toda regla, otro ejemplo de las historias que los guerreros se cuentan entre ellos.

La imagen no muy buena y ligeramente desenfocada de la sobrecubierta del libro transmite la sensación de tener en las manos un manuscrito de un nivel no superior al de un trabajo de un estudiante universitario y difícil de leer. Pero como ejercicio de escritura sobre la vida en las situaciones de combate, Across the Fence es pura canela en rama. No viene repleto de ricas e inolvidables descripciones, pero es una obra de un seco realismo, sin pretensión alguna de profundidad, y por ello mismo, aligerado de la carga de la duda, una levedad que es el gran punto fuerte del guerrero. Hay en él quejas por las incomodidades físicas, pero no por la finalidad

misma de la guerra. Tan escasa es la emoción allí vertida que el autor apenas se permite un breve ataque de pasada al alto el fuego ordenado por Johnson y a lo que él entiende que fue una hostilidad injustificada de los medios de comunicación.

John Stryker Meyer y los hombres de su unidad eran, según sus propias palabras, «voluntarios por partida triple». Se habían alistado voluntarios en una escuela de salto con paracaídas del Ejército en Fort Benning (Georgia); igualmente voluntarios se habían presentado para participar en un campamento de instrucción de las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra en Fort Bragg; y, por último, también habían hecho lo propio ingresando en el elemento de Mando y Control del MACV-SOG (el Grupo de Estudios y Observación del Mando de Asistencia Militar en Vietnam). Esta era una unidad conjunta dedicada a la guerra secreta, no convencional, en Laos y Camboya: países conocidos respectivamente como áreas de operaciones (AO) «Fuego de Pradera» y «Daniel Boone», o simplemente «Territorio Indio», según las palabras del propio Meyer. El propio título del libro está tomado de la expresión que se usaba en el argot militar para referirse al otro lado de la frontera vietnamita, por donde «el ejército de Vietnam del Norte — según escribe el autor— había desplazado soldados, suministros, cohetes, armas de fuego y propagandistas hacia el sur, hacia las provincias orientales» de esos países presuntamente «neutrales», cuyos territorios eran parte integral del complejo de la Ruta Ho Chi Minh.

Across the Fence no se publicó hasta 2003. Meyer había «firmado un documento oficial en 1968 en el que se comprometía a no escribir ni hablar en público del SOG (el mencionado Grupo de Estudios y Observación) durante los veinte años siguientes». Transcurrido ese tiempo, según el mismo explica, el extendido sentimiento «anti-Vietnam hizo muy difícil hallar una editorial que quisiera apostar por un libro sobre las personas reales que habían luchado contra viento y marea en aquella guerra tan lastrada desde el punto de vista político». Animado por sus profesores de redacción en el Trenton State College, Meyer se decidió por fin a escribir un diario de batalla de las incursiones diarias realizadas por su grupo en Laos y Camboya en 1968 y 1969.

Nada más llegar a la base del SOG en Vietnam, al autor de ese diario le enseñaron unos barracones donde, sobre «una litera doble, sus cuerpos sudorosos y desnudos, una pareja estaba fogosamente entregada a la pasión del momento». Allí cerca, «vio a un FFEE [un miembro de comando de las Fuerzas Especiales] duchándose, mientras una mujer vietnamita desnuda estaba agachada en el agua a su lado, lavándose». Al ver que él era un JN (jodido novato), un sargento le explicó que las prostitutas pasaban chequeos médicos semanales y le informó de sus precios. Aquellos eran unos hombres destinados muy lejos de sus casas durante meses y meses ininterrumpidos. Y un porcentaje muy significativo de ellos morirían pronto. El propio Meyer estaba a punto de iniciarse en una existencia en la que la vida pendía «de una diferencia de centímetros»:

Tres balas impactaron en la cabeza del «Uno-Cero» [el líder del equipo de reconocimiento] y le volaron el costado derecho de la cara. [...] Nada en los meses previos recogiendo y retirando basura podía preparar al ST (Equipo «Spike») Alabama para el truculento horror de aquel momento. El «Uno-Uno» [adjunto al líder del equipo] hundió la cara en la tierra y comenzó a rezar. Black y el resto de los miembros del ST Alabama [...] devolvieron el fuego. El boina verde se mantuvo allí, disparando (con disparos de balas individuales) uno por uno contra los soldados del EVN [Ejército de Vietnam del Norte] que estaban en la cima de la cuesta. [...] Tanto los del EVN como los del ST Alabama atendían a sus heridos mientras los combatientes que seguían con vida reponían cargadores y más cargadores en sus recalentadas armas.

El enemigo desplazó enseguida tropas de refuerzo al lugar de la emboscada. Siempre era lo mismo. Según atestigua Meyer —por sus propias experiencias, pero también a partir de

entrevistas que realizó durante años para reproducir fielmente las secuencias de los combates—, siempre que las unidades del SOG cruzaban la frontera hacia Camboya y Laos, descubrían algún enjambre de soldados norvietnamitas allí concentrados. La frontera no significaba nada en realidad. El campo de batalla se extendía a un lado y otro de ella. Meyer dedica dieciocho páginas a describir un salvaje enfrentamiento con armas de fuego en Laos que, tras un día entero de combate, termina con muchos de los combatientes muertos, pero también con una cerveza en la cantina con la que los supervivientes se relajan cerca de la medianoche, justo antes de una nueva incursión, a la mañana siguiente, en la que les tocará de nuevo enfrentarse a otra concentración de tropas enemigas. De principio a fin, *Across the Fence* es una crónica testimonial del heroísmo extremo y la destreza técnica que bien pocos de quienes lucharon en la Segunda Guerra Mundial pudieron llegar a superar en su día.

Cada vez que Meyer cruzaba la frontera, lo hacía con «indigs» (tropas «indígenas») survietnamitas integradas en su unidad. Y él escribe sobre las hazañas y las personalidades de estos otros soldados con el mismo detalle con el que refiere las de los estadounidenses. Se identifica más con ellos, pero incluso también se identifica más con aquellos soldados enemigos cuya habilidad admira, que con muchos elementos de su propio «frente nacional interno» en la sociedad estadounidense.

Acción de Gracias es un día más «al otro lado de la valla», aunque, en esta ocasión, el combate les sorprende en Camboya, rodeados una vez más de tropas norvietnamitas, y salvados de nuevo por la Fuerza Aérea y por las mechas de cinco segundos con las que se activan las minas antipersonas. «Los dioses de las unidades de reconocimiento habían sonreído al ST Idaho una vez más»: así concluye Meyer su narración de ese cuarto jueves de noviembre de 1968.

Poca impresión se tiene leyendo esas páginas de que la guerra se perdió justo por aquel entonces. Aunque los historiadores consideran que 1968 fue un punto de inflexión por la reacción de la sociedad estadounidense (el «frente interno») a la ofensiva del Tet, por la masacre de My Lai y por las manifestaciones frente a la convención del Partido Demócrata en Chicago, lo cierto es que, sobre el terreno, en Vietnam, el año 1968 señaló una tendencia muy diferente: William Westmoreland fue sustituido por Creighton Abrams, el indicador del mérito de la misión estadounidense allí pasó a ser la seguridad de la población en vez del recuento de muertes infligidas al enemigo, la máxima del «despejar y conservar» territorio reemplazó a la del «buscar y destruir», y el desarrollo del ejército survietnamita se convirtió en la máxima prioridad. «Llegó un momento en que la guerra estuvo ganada», aun cuando «los combates no hubieran terminado»: así lo afirma Lewis Sorley, un graduado de West Point y oficial profesional del Ejército, en *A Better War: The Unexamined Victories and Final Tragedy of America's Last Years in Vietnam* («Una guerra mejor: las victorias no analizadas y la tragedia final de los años finales de Estados Unidos en Vietnam», 1999). Hacia el final de 1972, prosigue Sorley, uno podía viajar casi a cualquier parte de Vietnam de Sur de forma relativamente segura, aunque para entonces las tropas terrestres estadounidenses ya se habían retirado casi por completo de aquel país. Varios de los militares retirados a los que conozco aseguran que Vietnam del Sur era un entorno mucho más seguro durante ese periodo de lo que lo es Irak hoy día. Aun así, como me dijo un veterano, cada persona tiene sus propios recuerdos diferentes de Vietnam, dependiendo de dónde estuvieran destinados y del momento en que les tocara estar allí.

El libro de Sorley sí fue reseñado de forma destacada en los grandes periódicos «liberales» (progresistas) estadounidenses y las principales revistas especializadas en política exterior. Las críticas fueron en general respetuosas, todo un síntoma de una reevaluación (en curso) de lo acaecido en Vietnam, menos basada en la ideología y más centrada en prestar atención a la segunda mitad de aquella guerra: un periodo al que, como bien señala Sorley, la historia de aquella contienda que escribió Stanley Karnow (*Vietnam: A History*, publicada en 1983) dedica solo 103 de sus 670 páginas, y al que A Bright Shining Lie («Una resplandeciente mentira», 1988), libro de Neil Sheehan galardonado con un Pulitzer, no reserva más que 65 de sus 790 páginas. Sorley me comentó que no está seguro de lo que habría ocurrido si el Congreso no hubiera cortado la ayuda a Vietnam del Sur justo en el momento en que la situación sobre el terreno era más esperanzadora. Él creía que se puede argumentar de forma bastante convincente que aquel país habría sobrevivido. Su libro ha tenido muy buenas ventas entre un público de oficiales militares deseosos de saber cómo podría mejorarse la situación sobre el terreno en Irak hasta un nivel similar al que se logró en Vietnam gracias al cambio de estrategia impulsado por el general Abrams.

Parecida tesis se propugna en *The Battle of An Loc* («La batalla de An Loc», 2005), del teniente coronel retirado del Ejército James H. Willbanks, que describe un asedio de sesenta días a mediados de 1972 en el que las tropas survietnamitas y sus asesores militares estadounidenses (él entre ellos), muy superados en número por el enemigo, repelieron el asalto de varias divisiones norvietnamitas. Aquello dio a Nixon la excusa con la que tapar sus vergüenzas para anunciar una retirada definitiva. Tal vez el optimismo que se respiraba entre los estadounidenses sobre el terreno en Vietnam del Sur no estuviera justificado, pero tampoco era ni mucho menos una falsa y ciega ilusión. El teniente coronel Willbanks dijo que escribió ese libro, publicado por la Indiana University Press, por la misma razón que Sorley escribió el suyo: para prestar más atención a la segunda mitad de la guerra.

Otro libro que varios miembros de la comunidad de los militares de combate me animaron a leer es *Once a Warrior King: Memories of an Officer in Vietnam* («Yo fui un rey guerrero: recuerdos de un oficial en Vietnam», 1985), firmado con el pseudónimo de David Donovan. Es la historia de un joven oficial de asuntos civiles del Ejército destinado a un rincón remoto de Vietnam del Sur, cercano a Camboya, que, según también él atestigua, era usado como importante lugar de concentración del ejército norvietnamita. Sus páginas recogen una serie de febriles relatos de horribles enfrentamientos armados alternados con las dificultades para instalar escuelas, clínicas de maternidad y proyectos agrícolas. Es como si el autor estuviera escribiendo sobre el Irak actual: hay un gobierno central plagado de corrupción y de divisiones que solo existe a título oficial, pero que tiene muy poca realidad más allá de la capital; un Ejército regular de Estados Unidos al que el autor desprecia, confinado con demasiada frecuencia en unas bases muy grandes y odiado por los lugareños; y unas unidades pequeñas como la suya propia que tienen un control efectivo sobre la vida y la muerte de la población civil a su cargo. «Terriblemente frustrado», cae en la cuenta de que sus propios compatriotas «nunca entendieron los pequeños, aunque importantísimos detalles, que requerían atención». Pongamos el jabón por caso: unas simples pastillas de jabón de las de toda la vida, nos informa él, contribuían mucho más a ganarse a los lugareños en su distrito que las armas y las balas. Él concluye su particular

crónica de Vietnam con la reflexión siguiente: «No creo que aquella fuese una guerra inmoral en absoluto, sino, más bien, una causa digna que, por desgracia, se malogró miserablemente».

No podemos abordar la situación en Vietnam e Irak, ni el tema de la contrainsurgencia en general, sin referirnos a Jean Lartéguy, un novelista y corresponsal de guerra francés que, a su modo, muy distinto del de Stockdale, es un ejemplo en sí mismo de la brecha divisoria civil-militar. Lartéguy se pone en la situación del moderno «guerrero» occidental y, con ello, seguramente ofende a no pocos lectores civiles y se distancia de ellos. Stockdale lo cita. Sorley me dijo que, a lo largo de su vida profesional, muy dominada por Vietnam, habían pasado por sus manos varias ediciones del clásico de Lartéguy *Los centuriones* (1960). Alistair Horne, renombrado historiador de la guerra de Argelia, citó frases de Lartéguy a modo de epigramas en su *A Savage War of Peace* («Una salvaje guerra de paz», 1977). Hace unos meses, el general David Petraeus —actual comandante general de las tropas terrestres estadounidenses en Irak— extrajo un ejemplar de *Los centuriones* de una estantería de su casa en Fort Leavenworth (Kansas) y me ofreció toda una disquisición sobre los principios del liderazgo de las unidades reducidas poniendo como ejemplo a uno de los personajes del libro. Varios boinas verdes llevan ya un lustro recomendándome *Los centuriones* y otro libro de Lartéguy, *Los pretorianos* (1961): obras ambas sobre la actuación de las tropas paracaidistas francesas en Vietnam y en Argelia en la década de 1950.

Cuando escribió esos libros hace casi medio siglo, este francés estaba obsesionado con varias cosas: con la nula cabida que en la sociedad francesa (el «frente interno») tenía una guerra «caliente» e irregular como aquella; con el distanciamiento que mediaba entre la clase de los guerreros profesionales y sus compatriotas civiles, y entre esos mismos guerreros y sus compañeros de armas de los batallones de infantería convencional; con la necesidad de cubrir tanto el frente de combate como el civil en una nueva forma de guerra, típica de una era, la suya propia, tan dada a los desfiles de la victoria y a los «héroes de cine»; con un enemigo que disponía de plena libertad de acción, y al que le estaba permitido «hacer lo que nosotros no osábamos hacer»; y con el peligro inherente a crear una «secta» de hombres de acero singularmente valientes, cuyos ideales llegaban a tal punto de exaltación que, fuera ya del campo de batalla, mostraban una tendencia a sufrir problemas psicológicos y de confusión mental. Lartéguy dedicó su libro a la memoria de aquellos centuriones que dieron su vida para que Roma sobreviviera, pero también señalaba en su conclusión que habían sido aquellos mismos centuriones quienes habían destruido Roma.

Nacido en 1920, Jean Lartéguy —un pseudónimo, pues su nombre real era Jean Osty— luchó en las filas de la Francia Libre y, tras la guerra, se hizo periodista. Por su experiencia militar y sus lazos con la Resistencia, contaba con un acceso casi inmejorable a los paracaidistas franceses que lucharon en Dien Bien Phu y en la batalla de Argel. La empatía que sentía con aquellos hombres, algunos de los cuales eran torturadores, lo convirtieron en un personaje especialmente odiado por la izquierda parisina, aun cuando él mismo rompió en su momento con los propios paracaidistas por oponerse a las metas políticas de muchos de ellos, que él calificó de «neofascistas».

Lartéguy terminaría por hallar su ideal militar en Israel, donde se convirtió en objeto de veneración para los paracaidistas que tradujeron *Los centuriones* al hebreo para que fuera leído en sus centros de entrenamiento. Para él, aquellos soldados judíos eran «los más admirables de

todos los servidores de la guerra, superiores incluso al Viet, aunque, al mismo tiempo, detestan la guerra como el que más». A mediados de los años setenta, sin embargo, se sintió defraudado por las Fuerzas de Defensa de Israel. Dijo que habían dejado de ser «un grupo de una gran maniobrabilidad» para convertirse en «una pesada maquinaria» demasiado dependiente de la tecnología de corte estadounidense: era como si estuviera previendo algunos de los problemas que se observaron en la pasada campaña del Líbano, de 2006.

Hace poco, estuve en el despacho del jefe de estado de las Fuerzas Especiales del Ejército de Estados Unidos en Corea del Sur, el coronel David Maxwell (que es de Springfield, Massachusetts), y vi que tenía colgada de la pared una placa con una cita de la famosa frase de Lartéguy sobre los «dos ejércitos». (La traducción es de Xan Fielding, un oficial británico de Operaciones Especiales que, además de verter los clásicos de Lartéguy al inglés, tenía una muy estrecha amistad con el escritor de libros de viajes Patrick Leigh Fermor, también británico. Era a Fielding a quien Fermor se dirigía en la introducción que escribió a su propio clásico *El tiempo de los regalos*, de 1977.) Concretamente, en *Los centuriones*, uno de los paracaidistas conocidos de Lartéguy declaraba lo siguiente:

Me gustaría que [hubiese] dos ejércitos; uno para la farsa, con cañones y carros relucientes, soldaditos, fanfarrias, estados mayores, generales distinguidos ya un poco chochos [...]. Un ejército que sería exhibido a precios populares en cualquier feria del país.

El otro sería serio, estaría compuesto solamente por jóvenes superentrenados, esforzados, vestidos con atuendos de camuflaje, a quienes no se vería por las ciudades, y a quienes se exigiría sin cesar un esfuerzo imposible y se les enseñarían todos los trucos. Con este ejército es con el que quiero combatir.

Pero otro personaje de *Los centuriones* da de inmediato la réplica a esa declaración: «Vas a tropezar con muchas dificultades». El diálogo en cuestión condensa muy bien el dilema filosófico que representan aquellas medidas que, aun a sabiendas de que son necesarias para vencer a unos enemigos dispuestos a construir un mundo mucho peor del que erigiríamos nosotros, no se toman por inviables, dados los «remordimientos» que sienten los soldados cuando infringen su propia noción de pureza del código de armas, incluso en situaciones en las que tales «trucos» podrían llegar a racionalizarse como justificables. Saben que, recurriendo a ellos, ganarían la batalla, pero perderían sus almas.

Lejos de ir de «duro» por la vida, el coronel Maxwell es todo un epítome de ese modo blando, indirecto, de enfocar la guerra no convencional que contrasta con la denominada «acción directa». El mensaje que Maxwell y otros guerreros siempre han extraído de la famosa cita de Lartéguy —mensaje directamente inspirado por su propia experiencia en Vietnam— es que la misión lo es todo, y que los ejércitos convencionales, por su condición de inmensas máquinas burocráticas obsesionadas con el rango y los privilegios, no están suficientemente centrados en la misión, ya se trate esta de una operación de acción directa o de una cuestión humanitaria. (Una de las quejas de los controladores aéreos avanzados Misty era el obstáculo constante que representaba el aparato administrativo de su propia Fuerza Aérea, más interesado por el procedimiento que por los resultados. La misma queja han planteado en ocasiones los Marines y los Boinas Verdes a propósito del Ejército regular en Irak.)

El oficial convencional respondería a esa crítica que el campo de visión del guerrero es tan estrecho que no le deja ver nada que esté más allá de la misión concreta. «Son peligrosos —dice uno de los protagonistas del libro de Lartéguy a propósito de los paracaidistas— porque irán

hasta el final y [...] están más allá de las nociones convencionales del mal y del bien». Y es que si las acciones del guerrero se contradicen con su credo, él no tiene especial dificultad en superar tal contradicción acudiendo para ello a su fe en la causa global en la que se inscriben todas esas acciones. De uno de aquellos soldados, por ejemplo, Lartéguy escribió lo siguiente: «Había puesto su vida bajo el signo de la cruz de Cristo, quien había predicado la paz, la caridad y la fraternidad... y al mismo tiempo, había contribuido a que prepararan las bombas de acción retardada que iban a ser lanzadas sobre el territorio de Cat-Bi a Haifong. [...] “¿Y qué? —decía él—. Estamos en guerra y no podemos permitir que caiga Hanoi”».

Vietnam, como Irak, representó una guerra de frustrantes medias tintas que se libró contra un enemigo que no respetaba límites algunos. Bud Day escribió que, medio muerto de hambre y con las extremidades rotas, vio una larga caravana de camiones que salía de Hanoi con toda tranquilidad por culpa de las restricciones que nosotros mismos nos habíamos impuesto a los bombardeos sobre aquella zona. «Me pareció inconcebible que Estados Unidos, la nación más poderosa del mundo, permitiera que semejante mosquita cojonera de la humanidad organizara tan campante su propia guerra de aquel modo». Lartéguy supo comunicar —mejor que ningún otro escritor que yo conozca— la intensidad de tales frustraciones, las cuales, a su vez, originan el abismo psicológico que separa a guerreros como Bud Day tanto de los ejércitos de reemplazo como del frente interno de la sociedad nacional de origen de los propios guerreros.

Las mejores unidades, según Lartéguy, aunque oficialmente se construyan sobre la base de la defensa de unos ideales elevados, son en realidad productos de tales lazos de fraternidad y familiaridad que el mundo externo no puede digerir sin aderezarlos con ciertas dosis de «cinismo». Como un boina verde me escribió, «no hay soldados más cínicos sobre la faz de la tierra que los de las FFEE [Fuerzas Especiales] con los que trabajo; hacen ascos a los tópicos que se supone que deberíamos repetir como loritos, pero no encontrará usted a nadie que cumpla mejor con su cometido en entornos tan duros como el de Irak». En realidad, en situaciones extremas como la iraquí, es muy posible que los cínicos sean especialmente útiles. En el Ejército regular existe cierta tendencia a informar a los superiores en la cadena de mando de que la misión está siendo un éxito, aun cuando no lo esté siendo. Los cínicos no aceptarían tal cosa y así se lo dirían a la cara a quien fuera.

Lartéguy escribió también que el guerrero menosprecia al resto de los militares por considerar que solo desempeñan «un oficio de holgazanes», hombres que se levantan «temprano para no hacer nada». Ahora bien, como un paracaidista comentaba en Los pretorianos:

En Argelia, ese tipo de oficial ha muerto. Cuando volvíamos de las operaciones, teníamos que ocuparnos de la policía, construir estadios, dar clases. ¿El reglamento? Nada de aquello estaba previsto en el reglamento, ni aun tratando de hacer su exégesis con más sutileza que un rabino.

Aquellas guerras sucias y mal concebidas, en Vietnam y en Argelia, habían engendrado una clase de suboficiales guerreros franceses, capaces de matar por la mañana y construir escuelas por la tarde, que sentía más respeto por sus adversarios de la guerrilla musulmana que por los oficiales de sus propias fuerzas regulares. Aquellos hombres que, si hacía falta, avanzaban gustosos sobre un nido de ametralladoras sin mirar atrás fueron luego «abucheados por la multitud» al regresar a su país, y de ahí que vieran la sociedad civil a la que habían defendido como «vil, corrompida y degradada».

El alejamiento que sienten los soldados con respecto a sus propios conciudadanos es un fenómeno bastante específico de las contrainsurgencias, al tratarse de un ámbito en el que no hay unos frentes de batalla muy definidos y, por lo tanto, tampoco existe un relato simple, que haga fácil un seguimiento de los acontecimientos para la ciudadanía de la sociedad de origen de esos soldados. Las frustraciones que acompañan a tales guerras son grandes precisamente porque no son fáciles de comunicar. Lartéguy pedía que nos imagináramos la situación como un entorno en el que toda una guarnición de dos mil soldados estuviera siendo «frenada y controlada» por una pequeña «banda de matones y asesinos», y que ese enemigo fuera capaz de «saberlo todo: todos los movimientos de nuestras tropas, las horas de salida de nuestros convoyes. [...] Mientras tanto, nosotros con la lengua fuera por las montañas peladas, llevando al límite a nuestros hombres, sin ser capaces de dar con nada».

Pues, bien, como el enemigo no tiene las limitaciones que imponen las nociones occidentales de la guerra, es fácil que, entre las impedidas tropas, surja la tentación de hacer excepciones a sus propias reglas. Así, tras una atrocidad cometida por paracaidistas franceses con la que se apaciguó una zona rural de Argelia, un soldado hablaba con otro racionalizando así lo acontecido: «El miedo ha cambiado de bando, ahora hablamos con mayor libertad. [...] Hemos conseguido más en un día que en seis meses de combates, y más con 27 muertos ahora que con varios centenares antes». Los soldados se consuelan más aún citando las palabras textuales de un obispo católico del siglo xiv: «Cuando su existencia está en peligro, la Iglesia está exonerada de todo mandamiento moral». Es precisamente el más puro de los dos el que, según Lartéguy, más proclive se muestra a infligir torturas.

De todos modos, aquí entraríamos en un territorio que no guarda relación alguna con los estadounidenses de cuyos casos concretos he escrito aquí. Y es importante que establezcamos esas distinciones. Cuando Lartéguy escribe sobre la valentía y la alienación, entiende bien lo que son y sienten los guerreros americanos; cuando escribe sobre las insurrecciones políticas y la tortura, está hablando, salvo ciertas excepciones, de una casta muy particular de tropas paracaidistas francesas. Pero lo que él comenta es relevante para el pasado de Estados Unidos en Vietnam y para su presente en Irak. No me refiero a My Lai y Abu Ghraib, episodios ambos que ayudaron al enemigo más que a nosotros mismos, sino a esa zona gris desde el punto de vista moral en la que cada vez estamos más instalados a propósito de las muertes colaterales de víctimas civiles.

En *La guerra desnuda: conversaciones con François Poli* (1976), Lartéguy escribió que las guerras contemporáneas están hechas, en particular, para aquel bando al que no le importa «no tener la conciencia tranquila». De ahí que se pregunte: «¿Cómo se explica que, para salvar la libertad, haya que suprimirla antes?». Su respuesta no podía ser otra: «Ese es el punto débil de los regímenes democráticos, un punto débil que, al mismo tiempo, es su motivo de orgullo, un honor».

¿Qué tipo de soldado puede sacar el máximo partido del margen que le dejan todas esas limitaciones? Lartéguy halló su particular respuesta a esta pregunta en las unidades israelíes de élite de mediados del siglo xx, las cuales, a su vez, eran producto de uno de los grandes héroes del propio Lartéguy: Orde Wingate. Wingate tiene una importancia primordial por el modo que tuvo de afrontar desafíos similares a los que Estados Unidos afrontó en Vietnam y, ahora de nuevo, en Irak.

En ese sentido, Lartéguy escribió: «El ejército israelí nació de [...] ese viejo genio loco», Orde Wingate, y de sus «batallones de medianoche» de guerreros judíos, en cuyas filas estaban unos jóvenes Moshé Dayán y Yigal Alón. «Los israelíes decían de aquel goy [gentil]: “Si no estuviera muerto, sería el jefe de nuestro ejército”». Wingate era un cristiano evangélico antes incluso de que se hubiera inventado tal denominación. Hijo de un pastor protestante en la India colonial, citaba con frecuencia las Escrituras y leía hebreo. En 1936, el capitán Wingate fue destinado a Palestina desde Sudán. Por razones religiosas, desarrolló una simpatía emocional por los israelíes y se afianzó como una especie de «Lawrence de los judíos». Les enseñó «a luchar en la oscuridad con cuchillos y granadas, a especializarse en emboscadas y combate cuerpo a cuerpo».

Wingate partió hacia Etiopía en 1941 y allí lideró a las fuerzas de irregulares etíopes en la lucha para derrotar a los italianos y devolver al Negus Negast (el «Rey de Reyes», Haile Selassie) al trono. De allí fue luego a Birmania, donde consolidó sus principios de la guerra irregular con sus famosos chindits, guerreros de penetración prolongada en la selva, lanzados en paracaídas por detrás de las líneas japonesas.

Tomó su nombre de pila del animal legendario —mitad águila y mitad león— cuya estatua adorna las pagodas indochinas. Según Lartéguy, una de las obsesiones patentes de Wingate eran los ejércitos convencionales que «usan los desfiles para convertir a sus jóvenes soldados en autómatas» y que él detestaba. Wingate prefería pensar en términos de individuos y creía que, si contaba con el grupo de jóvenes adecuados, podía hacer más con una decena de ellos que con cien de los de las fuerzas armadas convencionales.

Wingate enseñaba a ese reducido grupo de escogidos una serie de «trucos»: es decir, cómo asesinar, cómo emboscar, cómo acostumbrarse a ritmos irregulares de sueño y a beber agua salobre, o cómo ganarse a las tribus locales. La famosa cita de los dos ejércitos de Lartéguy, con su particular alusión a los «trucos», estaba inspirada en parte en una aspiración de Wingate, un concepto suyo forjado inicialmente en Sudán y Palestina, y perfeccionado en el Cuerno de África e Indochina. Fue en Vietnam donde Lartéguy se encontró por vez primera con la aureola de la figura histórica de Wingate, cuyos valores guerreros terminarían por fusionarse con los de los Boinas Verdes en la parte inicial de la guerra de Vietnam.

Uri Dan, veterano periodista israelí, admirador de Lartéguy y amigo muy cercano de Ariel Sharón, me comentó que las democracias de hoy en día, por la amenaza existencial a la que están sometidas por parte de un enemigo que no conoce límites, «necesitan centuriones más que nunca». Tiene razón, pero solo hasta cierto punto. Sirva de ejemplo, si no, esta historia que me contó un teniente de la Armada que está actualmente en Annapolis y que había sido jefe de un equipo de los SEAL en Irak.

Una y otra vez, el equipo conjunto estadounidense-iraquí del teniente capturaba a «tipos malos con largas listas de antecedentes» de quienes no cabía duda de que eran terroristas. Su unidad los entregaba a las autoridades superiores, pero, tras unas semanas en prisión, eran puestos en libertad y volvían así a matar a víctimas civiles. «Los iraquíes y mis propios hombres veían lo averiado que estaba el sistema, y algunos pensaban que sería más fácil matar a aquellos tipos en el momento mismo de apresarlos. Después de todo, así salvarían vidas. Pero yo les decía “de eso nada, esa es la línea que no podemos traspasar”. Era importante que hubiera un oficial al mando con unos mínimos estudios de ética». Los oficiales alistados de baja graduación de su equipo de los SEAL —que, a todos los efectos prácticos, bien podrían recordarnos a algunos de los

centuriones de Lartéguy— eran los mejores hombres que el teniente jamás había tenido bajo su mando. Pero necesitaban supervisión.

La existencia de una clase de guerreros frustrados, siempre bajo el control de unos oficiales de mentalidad liberal, es un síntoma de la buena salud de una democracia.

IRAK: EL JUEGO DE LOS «CONTRAFACTUALES»

The Atlantic, octubre de 2008

Como partidario que fui de la guerra en Irak en un primer momento, yo (como otros) he buscado refugio en las hipótesis contrafácticas: es decir, en imaginar todo lo malo que habría podido suceder si hubiéramos dejado a Sadam Huseín en el poder. Por si no se habían fijado, esos «contrafactuales», como también se les llama, se han convertido en un clásico de los artículos de opinión conservadores.

De hecho, la lista de preguntas del tipo «¿y si...?» es larga y muy interesante. Basten unos pocos ejemplos. Si no hubiéramos invadido, el régimen de sanciones contra el dictador iraquí se habría derrumbado enseguida y no se hubiera destapado el escándalo del programa de Petróleo por Alimentos. Los franceses, los rusos y los chinos habrían irrumpido en escena ofreciendo lucrativos tratos a Sadam, aun después de que este hubiera puesto nuevamente en marcha su programa de armas. La carrera armamentista entre Irak e Irán se habría vuelto más enconada, y habrían sido muchos —y, en especial, los iraníes— los que habrían terminado creyendo que Sadam estaba ya en posesión de armas de destrucción masiva. Israel habría sido la gran perdedora de esta carrera de armamentos, pues se sentiría menos segura y, por consiguiente, estaría más pronta a atacar que nunca. Sadam se habría podido aferrar más al poder gracias al aumento de los precios del petróleo. Nadando en esa nueva riqueza petrolera, Sadam habría incrementado sus pagos a las familias de los terroristas suicidas palestinos, entre otras muchas acciones perversas. En un sentido estratégico más amplio, el hecho de que un odiador implacable de Occidente como es Sadam Huseín hubiera conseguido forzar al presidente George W. Bush a retirar a sus tropas y a desechar las sanciones también habría radicalizado a todo el mundo musulmán. Sadam se habría erigido en una especie de nuevo «Nasser» de los fieles suníes, desde Marruecos hasta Pakistán, aun sin dejar de asesinar a miles de personas al mes en su propio Estado policial. Y como nota al pie de toda esa situación, permítaseme añadir que, tarde o temprano, un aviador de la Armada o la Fuerza Aérea de Estados Unidos habría sido abatido durante alguna patrulla de las zonas de exclusión de vuelos y habría sido exhibido en desfile por las calles de Bagdad, con el inmenso valor propagandístico que de ello habría extraído el régimen. A decir verdad, un mundo en el que Sadam estuviera aún en el poder, sería un panorama poco grato de observar, como yo mismo puedo atestiguar tras haber visitado Irak varias veces en la década de 1980, durante los peores años de la tiranía de ese dictador.

Ahora bien, este razonamiento lógico tiene un problema: ¿cómo se comparan todas estas posibilidades que no se materializaron —por muy aterradoramente convincentes que parezcan— con las muy reales muertes violentas de más de cuatro mil estadounidenses, y de decenas (tal vez centenares) de miles de iraquíes, a consecuencia de nuestra invasión, por no hablar de los cientos de miles de millones de dólares gastados en la guerra que podrían haber sido utilizados para afrontar otras amenazas a nuestros intereses nacionales? Afirmar así, en frío y sin matizaciones, que esos costes han sido un precio que merecía la pena pagar equivale a reducir la política

exterior a un juego de abstracción inhumana. En todo caso, no creo que nadie que afirmara tal cosa pudiera superar una prueba del polígrafo. E incluyo al propio presidente Bush en esa categoría. Sus intentos de equipararse al presidente Harry Truman —cuyas decisiones también fueron muy criticadas en el momento en que las tomó— parecen más fruto de la desesperación que de una reflexión histórica.

Soy consciente de que el recuento de muertes estadounidenses en Irak es exponencialmente inferior al registrado en su día en Vietnam, y que la aversión a que se produzcan bajas y víctimas se ha convertido en una característica de las sociedades democráticas posindustriales, caracterizadas por una baja natalidad. Pero también sé que, cuando muchos nos pronunciamos a favor de una guerra para liberar a Irak, jamás valoramos en su justa y completa medida el precio que habría que pagar por ello. Por supuesto, es posible argumentar que el elevado coste humano de la guerra no fue consecuencia de la invasión en sí, sino de la negligencia con la que se obró durante la ocupación militar subsiguiente. Pero también podría defenderse que dicha negligencia era intrínseca (al menos, en parte) al en extremo arrogante propósito de cambiar todo un régimen.

Además, cuando se suscribe la opción de una guerra, implícitamente se está depositando una buena dosis de confianza en quienes han de librarla. Se necesita, pues, juzgar a los protagonistas. Y los acontecimientos han mostrado hasta qué punto se equivocaban los partidarios de la guerra en ese sentido.

A un nivel mucho más profundo, como ocurre con muchas decepciones en la vida, lo cierto es que estamos atrapados en la realidad que ahora tenemos, no en la que podría haber sido. Podemos jugar al juego de los «contrafactuals» con todos los grandes momentos críticos de la historia, pero, por esclarecedor que tal ejercicio pueda ser, no deja de ser un juego que no nos lleva a ninguna parte. Lo que importa es dónde nos encontramos ahora: desbordados en Irak y en Afganistán, mientras los rusos maniobran metódicamente para rehacer su antiguo «exterior próximo» en el Cáucaso y en el Asia central, y los chinos siguen aprovechando estos años de distracción nuestra en Oriente Próximo y Medio para convertirse, en lenguaje militar, en un futuro competidor de nuestro nivel.

Es innegable que nuestra situación en Irak es mejor ahora que en 2006. Ese es un mérito que le corresponde al presidente Bush. Con valentía (y, por lo que se ha visto, con muy buen juicio), ignoró el consejo de casi toda la clase dirigente de Washington y aumentó súbitamente la presencia de tropas en aquel país, cambió de estrategia, de generales y hasta de secretario de Defensa. En este (muy limitado) sentido, sí podría compararse con Truman. Es posible que Irak logre avanzar a trompicones hacia una mayor estabilidad democrática, hacia un Estado que, aun sin ser modélico, sí sea viable y no amenazador: un ejemplo que, dándole tiempo al tiempo, pueda llegar a alentar el surgimiento de movimientos liberales por todo el mundo árabe.

¿Podría argumentarse, entonces, que la invasión valió la pena? Desde una perspectiva puramente histórica, quizá. Pero las políticas se deciden en función del aquí y el ahora. Se trata de tomar medidas o no tomarlas sobre la base de un análisis de costes y beneficios a corto o medio plazo. Subsumir por completo la elaboración de políticas en el pensamiento histórico a largo plazo supone arriesgarse a enredarnos constantemente en los grandes órdenes generales de las cosas.

Y, lo más fundamental de todo, ¿supera la intervención en Irak la prueba de los padres? ¿Podemos mirar a los padres a los ojos y decirles que el que hayan perdido a su hijo o a su hija

allí ha valido la pena? Por terrible que eso parezca, aquí la cantidad importa, pues dice mucho del alcance de la violencia que se ha desatado en aras de un bien superior. Si hubiera, por poner un caso, quinientas parejas de padres a quienes hubiera que mirar a los ojos, la respuesta podría ser perfectamente que sí, que mereció la pena, en vista de dónde está Irak hoy y de dónde podría haber estado si Sadam no hubiera sido derrocado. Pero cuando el recuento supera ya los cuatro mil muertos y sigue sumando, la respuesta durante muchos años va a ser que no. Los contrafactuales no pueden arreglar eso.

UN FRENTE INTERNO HERIDO

The American Interest, enero-febrero de 2011

Cuando cubría informativamente la guerra en Afganistán en la década de 1980, aprendí que la mayor parte de las minas terrestres colocadas por los soviéticos estaban diseñadas para mutilar, más que para matar. Los soviéticos sabían que un cadáver no ocasiona molestia táctica alguna. Solo elimina a esa persona muerta del campo de batalla. Pero una persona herida requiere la asistencia e otros compañeros que tienen que abandonar las líneas y, por lo tanto, la lucha en ese momento. Lo mismo sucede con el «frente interno» de una guerra, es decir, con la sociedad de origen del ejército que, en ese momento, está combatiendo en un frente extranjero. Los muertos dejan un horrible hueco en las vidas de los seres queridos, pero los heridos de gravedad o los traumatizados psicológicamente pueden provocar un mayor trastorno en las familias y en la sociedad. Las familias de los muertos pueden pasar página, por difícil que eso sea, y por terri le que pueda parecer decirlo; las familias de los mutilados graves (físicos o psicológicos) nunca pueden hacer tal cosa.

El coronel del Ejército Ross Brown, jefe de un escuadrón en Irak, me contó la historia siguiente:

Una vez, un suicida hizo detonar un explosivo que llevaba encima y mató a cuatro de mis soldados, y mi subteniente y yo nos pasamos la noche recogiendo restos humanos. Yo registraba a pie uno de los lados del área de la explosión y mi subteniente se encargaba del otro lado. Un soldado de 18 años iba andando detrás de mí con una bolsa para cadáveres. Cuando yo encontraba una extremidad u otra parte de un cuerpo, la recogía, la colocaba en la bolsa y seguía buscando. Tras seis horas recorriendo el círculo definido por el radio de la explosión, teníamos ya una bolsa llena. Aunque sabía que el soldado que me acompañaba era joven, y aunque yo intentaba proteger a los militares de menor edad para que no vieran escenas tan dantescas, tuve que recurrir a él para que me ayudara aquella noche. Al día siguiente le ordené que visitara a un psicólogo y le ordené de nuevo que se visitara con un profesional a nuestro regreso de Irak. Pero eso no impidió que, menos de un año después, yo tuviera que firmar documentos para relevarlo del servicio activo en el Ejército por trastorno por estrés posttraumático y daños psicológicos a largo plazo.

Es inevitable que los muertos y los afectados psicológicos de aquella terrible noche tengan una onda expansiva de efectos sobre sus familias y la sociedad en general durante años. Y esa solo es una historia de muchas como esa. Nancy Berglass, directora del Fondo para el Impacto del Despliegue en Irak-Afganistán, dice que «cientos de miles de militares que están en activo o que lo han estado están lidiando con problemas importantes de salud mental [y de drogodependencia] que no han sido tratados de forma adecuada». Tras cada caso de trastorno psicológico, se esconde una historia, posiblemente igual de trágica que la relatada por el coronel Brown.

El largo rastro de sufrimiento que se extiende desde el frente bélico propiamente dicho hasta el frente interno, y desde los soldados, marines, marineros y aviadores muertos y heridos hasta sus esposas e hijos, y hasta los hijos de sus hijos, es estadísticamente sobrecogedor y desgarrador. De los 2,2 millones de militares estadounidenses que han sido desplegados en algún momento en Irak y Afganistán desde 2001, varios cientos de miles han padecido algún tipo de herida o lesión física o psicológica. Las cifras de 4.417 muertos en Irak y 1.368 en Afganistán (a fecha de 10 de

noviembre de 2010) son sobradamente conocidas y citadas. Pero los heridos físicos de ambas guerras se elevan a más de 40.000, un número impactante, y aproximadamente tres cuartas partes de ellos han resultado heridos con algún tipo de afectación seria para su vida y para la de su familia. Según el departamento encargado de asuntos del Ejército dentro de la Oficina del Médico General de Estados Unidos, entre 2001 y 2009, el personal sanitario militar practicó 1.286 amputaciones, tres cuartas partes de las cuales fueron de extremidades principales.

Luego están las heridas psicológicas, de las que la historia contada por el coronel Brown nos da un claro ejemplo. Entre un 20 y un 35 % de las tropas desplegadas dan positivo en las pruebas de depresión y de trastorno por estrés postraumático. Más de cien mil soldados están siendo actualmente medicados (con receta médica) contra la ansiedad y el propio Ejército calcula que unos 40.000 se medican o consumen drogas ilegalmente. Un mínimo de uno de cada seis militares toma algún tipo de fármaco psiquiátrico. El efecto de esta realidad en las esposas y los hijos es inmenso. Se han registrado en torno a 25.000 casos de violencia doméstica en familias de militares en la pasada década; un 20 % de los militares casados que vuelven de un destino en ultramar inician trámites de divorcio. Al parecer, los problemas en las relaciones familiares son cuatro veces más frecuentes tras un destino en Irak o en Afganistán. En familias donde uno de los cónyuges está destinado, los casos de abusos infantiles son un 40 % más frecuentes de lo normal en el conjunto de la población. Solo en 2009, 74.646 delitos fueron cometidos por soldados.

En ese mismo año 2009, se produjeron 334 suicidios de militares. Los suicidios en el Cuerpo de Marines son actualmente 24 por cada 100.000, frente a los 20 por cada 100.000 que se registran en la población civil. Una media de dieciocho veteranos se quitan la vida cada día. En lo que a las tropas en servicio activo se refiere, Berglass dice que su promedio de suicidios es de uno cada 36 horas. Puede que no nos parezcan unas cifras tan elevadas, pero tengamos en cuenta que, en la década de 1990, el Ejército y el resto de las fuerzas armadas eran objeto de loas públicas que los caracterizaban como el sector más disciplinado y más psicológicamente sano de la población.

Y no hay que olvidar los que se quedan sin hogar. Ser un «sin techo» es algo que solo cabe atribuir en parte a problemas de insuficiencia de fondos económicos. A un nivel más profundo, puede ser una realidad propiciada también por una incapacidad para afrontar las complejidades de la vida moderna tras un periodo de trauma sostenido. La organización Veterans for America calcula que unos diez mil veteranos de las guerras de Irak y Afganistán están sin hogar en la actualidad. Durante la guerra de Vietnam, el número de veteranos sin techo superó al de muertes (58.000), y algunos expertos me han comentado que los veteranos de Irak y Afganistán se están convirtiendo en sin techo más rápido que los de Vietnam en su día. Un tercio de la población adulta sin techo en Estados Unidos está formada por veteranos de las fuerzas armadas, y eso que los veteranos representan solamente un 11 % de la población total.

Por otra parte, los veteranos varones jóvenes de la guerra de Irak registraban en 2009 una tasa de desempleo de un 21,6 %, más del doble que la de la población general. Las tasas de ejecución de hipotecas en localidades con presencia de instalaciones militares son el cuádruple de la media nacional. Y no podemos olvidar el índice de casos de familias hipotecadas y con un patrimonio neto negativo (aquellas que deben por el préstamo un importe superior al del valor real de mercado de la vivienda hipotecada o del conjunto de sus propiedades). No hay estadísticas muy

fiables de este fenómeno entre los militares, pero algunos expertos dan por sentado que el índice de casos entre ellos es muy superior al que se da en la población civil, porque la guerra implica destinos, y los destinos conllevan más mudanzas que las que se producen en un Ejército en tiempo de paz. Eso, a su vez, propicia compras de casas en condiciones más precipitadas y desfavorables. Me han contado historias de veteranos heridos que regresaban del frente con amputaciones y que, además de los problemas obvios con que se encuentran para buscar trabajo, tienen que lidiar con ejecuciones hipotecarias o con situaciones de patrimonio familiar neto negativo. Algunas de esas anécdotas pueden parecer apócrifas, pero tienen mucho sentido a la vista de las demás estadísticas. El general de división retirado del Ejército Robert Scales señala que tales datos son cruciales para entender lo que «la guerra terrestre le hace a unas fuerzas de tierra». Un número excesivamente reducido de tropas lleva ya demasiado tiempo desempeñando una responsabilidad extremadamente pesada, declaró a la periodista Katherine McIntire Peters, de Government Executive. En los momentos más oscuros del conflicto, allá por 2006, cuando las fuerzas terrestres de Estados Unidos estaban sufriendo su mayor número de bajas, hubo un encendido debate en torno a si Irak acabaría con nuestro Ejército de Tierra. Las cifras mencionadas indican que ya lo ha hecho, al menos en parte.

Edith Wharton, en un clásico antibélico un tanto desconocido que tituló *Un hijo en el frente* (1923), se refirió al «insensible apetito» de la guerra, a «la ración diaria de comida de ese monstruo» que devora todos «los dones y las virtudes», «los cerebros incipientes», «la imaginación y la poesía» de tantos hombres jóvenes. Pero, por lo menos, Wharton escribió sobre la Primera Guerra Mundial en Francia, donde sí había un verdadero frente interno al que los heridos y los traumatizados podían regresar realmente, donde toda la sociedad estaba siendo «arrastrada» al gran esfuerzo bélico del momento, en comparación con el cual todo lo demás parecía trivial. De ahí que los hoteles y las mansiones de los ricos se hubieran «empequeñecido» y tuvieran «falta de personal». De ahí que en los salones y los vestíbulos de París hubiera «apilados montones de suministros hospitalarios». Todas las familias tenían a alguien en el frente: la guerra era el tema de casi todas las conversaciones. Y es que, si bien lo pensamos, no hay destino más cruel para los heridos de gravedad y para los psicológicamente lastrados por los recuerdos de guerra que regresar a una sociedad civil preocupada por temas totalmente distintos. En ese sentido, y a diferencia de la contienda de la que escribió Wharton, aquí en Estados Unidos somos famosos por tener a un ejército en guerra (por un lado) y a una nación de compras en el centro comercial (por el otro).

No se puede decir que eso sea necesariamente un efecto de nuestra prosperidad, ya que, en términos relativos, la economía está estancada y muchas personas están sin empleo. Tampoco se debe a un sentimiento de hostilidad hacia las fuerzas armadas: las guerras en Oriente Próximo y Medio posteriores al 11-S no han generado una aversión a la profesión militar como la generó Vietnam. Se trata más bien del particular precio a pagar por las llamadas «pequeñas guerras»: es decir, los conflictos bélicos calientes, irregulares, que son suficientemente grandes para que los combates y los enfrentamientos sean intensos y, en apariencia, interminables, pero que también son limitados en el sentido de que no exigen una dedicación total de los recursos del Estado y, por consiguiente, dejan indemne e inafectado el «frente interno», carente de un contexto en el que situar el horror que se está produciendo a miles de kilómetros. Las grandes guerras se libran cuando se responde a una amenaza directa al territorio patrio, y por definición, implican al

conjunto de la sociedad; son guerras que extraen el máximo partido de los puntos fuertes de las democracias de masas. Pero las pequeñas guerras son guerras imperiales, aun cuando esta sea una denominación que los defensores de ese tipo de intervención militar rehúyen usar. Son guerras que se libran para conservar el equilibrio de poder y para sofocar el desorden en lugares lejanos, motivos estos que escapan a la comprensión general de la sociedad en el frente interno. Las pequeñas guerras, por el hecho mismo de que a menudo son «no convencionales», no están provistas de un relato bien definido. No hay un ejército al que seguir los pasos mientras avanza sobre su objetivo. De ahí que el frente interno las considere confusas o, lo que es lo mismo, carentes de sentido.

Los heridos y otros guerreros uniformados que vuelven a casa y se encuentran con una sociedad así de confusa y distraída sufren un tipo muy especial de soledad y alienación. También son presa de cierta dosis de «cinismo», a decir del reportero de guerra y novelista francés de mediados del siglo xx Jean Lartéguy, quien escribió sobre la incapacidad de muchos paracaidistas que habían servido en Vietnam y Argelia para adaptarse a las costumbres de la sociedad civil tras haber vivido una intensa y prolongada experiencia de vinculación emocional mutua, definida por combates constantes en el marco de pequeñas guerras de carácter irregular.

Debido a las comunicaciones modernas, los combatientes (hombres y mujeres) de hoy en día están sometidos posiblemente a mayores grados de estrés que nunca en lo relacionado con las cuestiones familiares, aunque luego les resulte difícil hablar con sus familias de lo que realmente piensan y sienten cuando están de vuelta en casa. En los cuarteles de Irak o de Afganistán, hay todas las noches una corriente constante de comunicación con los cónyuges y los hijos a través del correo electrónico y de diversos sitios web. Pero esos militares están psicológicamente separados de sus seres queridos por muy electrónicamente conectados con ellos que estén. Recuerdo que, cuando estuve allí integrado como periodista entre las tropas, en unas instalaciones de la sección de «Moral, Bienestar y Esparcimiento» en Oriente Medio, oí varias conversaciones telefónicas de soldados estadounidenses en las que tenían acaloradas discusiones con sus esposas o sus novias, mientras otros soldados hacían cola impacientemente tras ellos, esperando para usar el mismo teléfono. De hecho, las disputas domésticas se hacen especialmente inaplazables e intensas por el hecho mismo de que el medio de contacto es virtual, pero eso no prepara en modo alguno al soldado para lo que se encontrará cuando llegue de vuelta a casa, sobre todo si ha sido herido o está afectado por algún tipo de síndrome de estrés postraumático.

El soldado que vuelve a casa está lastrado, además, por la experiencia particular y característica de las pequeñas guerras irregulares. El coronel Brown me comentó que, cuando un artefacto explosivo improvisado (o IED, según sus iniciales en inglés) mata a soldados, «la explosión es tan terrible que los hace pedazos». Los soldados supervivientes ven y oyen explosiones en su cabeza continuamente, lo que no hace más que aumentar su miedo. Es un miedo acumulativo que va debilitando a la persona durante su periodo de destino en el escenario bélico. En una guerra convencional, lo que más se teme es estar en las líneas del frente; en una no convencional, el combatiente puede morir casi en cualquier parte y en cualquier momento, por lo que no hay margen de tiempo ni de espacio para que el miedo se disipe.

Además, en una guerra no convencional, en la que un soldado ve a sus compañeros de armas morir y perder miembros en explosiones, no existe un indicador tangible de éxito como sí lo hay

en una guerra convencional en la que se van acumulando grandes extensiones de territorio conquistado. Esto empeora la desmoralización del militar. Y cuando los soldados son enviados y reenviados a destinos en zonas de guerra, tanto ellos como sus familias sufren sabiendo lo que el último destino les hizo, sabiendo que ahora tendrán que volver a vivir todo aquello. Y a medida que pasan los años y que no se adivina un final para ninguna de esas guerras, las comunidades militares de las bases en el propio Estados Unidos, según me señalaba Brown, van volviéndose más «insulares», más psicológicamente cercenadas del resto del frente interno.

En *Un hijo en el frente*, Wharton admite lo eficaz que es la guerra para promover el progreso histórico: «Las libertades de Inglaterra nacieron de la implacable disciplina de la conquista normanda», y «del espantoso maremágnum que fueron la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas» nació «una mayor libertad y un orden más razonable». Sería, pues, tentador defender (o, cuando menos, pensar) que, con el paso de las décadas, las invasiones y ocupaciones de Irak y Afganistán darán sus frutos. A fin de cuentas, incluso una democracia débil en Irak sería la primera de su especie en un gran país árabe; además, Irak podría convertirse en un aliado de facto de Estados Unidos, con una sociedad civil más absorbida por sus problemas internos que por un potencial enfrentamiento con Israel. Por otra parte, las consecuencias de dejar a Sadam Huseín en el poder para que volviera a poner en marcha su programa de armamentos y para que se convirtiera en el nuevo «Nasser» antioccidental del mundo árabe habrían sido intolerables. Y no olvidemos que también Afganistán podría evolucionar ahora hasta convertirse en el nexo conector de una nueva Ruta de la Seda del Asia central.

Pero aun en el caso de que Estados Unidos saliera ganando estratégicamente con estas dos invasiones, esto no deja de ser una mera reflexión histórica abstracta. Las políticas se deciden en función del aquí y el ahora. De lo que se trata es de tomar medidas o no tomarlas sobre la base de un análisis de costes y beneficios a corto o medio plazo. Subsumir por completo la elaboración de políticas en el pensamiento histórico a largo plazo supone arriesgarse a enredarnos constantemente en grandes órdenes generales de las cosas, e ignorar los efectos concretos que tales políticas tienen en las personas reales, tanto estadounidenses como de otros países. Así pues, en vista de semejante devastación humana, poca absoluciones puede correspondernos a quienes, como yo hice, apoyamos en su momento la guerra de Irak. Desde luego, los resultados de esta guerra se deben en igual medida al modo desastroso en que se administraron tanto la fase de la guerra en sí como la de la posguerra, y a la decisión misma de proceder a la invasión. Y bien podría decirse algo parecido de la guerra en Afganistán también. Aun así, pedir la absoluciones completa a la vista de estas estadísticas sería demasiado pedir.

Pero también existe el peligro de llevar demasiado lejos esta línea argumental. Si nos centramos exclusivamente en el infierno que tantas familias han tenido que pasar, no lograremos ver las muy reales responsabilidades de gran potencia que Estados Unidos tiene. Por ejemplo, si la intervención militar estadounidense en Bosnia y en Kosovo en los años noventa se hubiera saldado con quinientos estadounidenses muertos y cinco mil heridos (físicos o psicológicos) de consideración, y no con prácticamente ninguna baja como fue el caso, ¿seguirían habiendo valido la pena aquellos despliegues? Yo así lo creo, porque pusieron fin a una maquinaria de asesinatos étnicos. Pero ¿dónde situamos la raya? ¿Cuándo un número determinado de muertos o de heridos o de traumatizados se puede considerar ya un fracaso? La cuestión no tiene una

respuesta válida para todos los casos. Pero es importante que siempre nos planteemos la pregunta.

En mis años de seguimiento informativo de las fuerzas armadas, muchos marines y miembros de las fuerzas especiales del Ejército me han dicho que lo último que desean es inspirar lástima y que la obsesión de los medios con los muertos y los heridos tiene el efecto de convertir a todos los soldados en víctimas. Ellos prefieren concebirse a sí mismos como guerreros. Y es bueno que tengan esa actitud, pero si en el frente interno la gente pensara igual, la situación terminaría por deshumanizarse. El frente interno trata siempre de hallar el modo de conectar con los heridos y con sus familias. Que esa conexión sea mucho más difícil de lo que suponemos que debería ser es una consecuencia específica de la naturaleza misma de las pequeñas guerras: guerras que todos deberíamos hacer lo posible por evitar de aquí en adelante.

NO HAY MAYOR HONOR

The Atlantic, junio de 2008

Con el paso de las décadas, la Medalla del Honor —la mayor condecoración posible al valor— ha ido evolucionando hasta devenir en el equivalente militar estadounidense de la canonización. Solo se han concedido ocho Medallas del Honor desde la guerra de Vietnam, todas a título póstumo. «No hay que morir para ganarla, pero sin duda ayuda», reconoce el coronel del Ejército Thomas P. Smith. Este originario del Bronx y graduado de West Point tiene una perspectiva excepcional. Fue jefe de batallón en Irak cuando uno de sus hombres llevó a cabo acciones que le valieron la Medalla del Honor. Fue Smith (teniente coronel por aquel entonces) quien impulsó la solicitud para la concesión de dicha condecoración cumplimentando todo el papeleo correspondiente a través de la burocracia del Pentágono, un proceso de dos años.

El 4 de abril de 2003 por la mañana, el 11.º Batallón de Ingenieros de la Tercera División de Infantería se abrió paso hasta el Aeropuerto Internacional de Bagdad. Entre algún que otro combate esporádico, los hombres de Smith procedieron a volar la artillería que habían capturado y que bloqueaba las pistas de aterrizaje. Nadie había dormido, ni se había duchado, ni había comido gran cosa en semanas. En medio de aquel caos, Smith se enteró de que uno de sus jefes de pelotón, el sargento primero Paul Ray Smith, originario de Tampa (Florida) y con quien compartía apellido pero no parentesco, había muerto una hora antes en un tiroteo cercano. Sin ni siquiera haber podido reaccionar emocionalmente a la noticia, le informaron también de otro detalle: aquel sargento de 33 años de edad había sido alcanzado mientras disparaba una ametralladora pesada de calibre 50 montada sobre un vehículo blindado de transporte de personal. Aquello era muy inusual, pues manejar la ametralladora no era labor del sargento Smith. «Ese y otros datos sueltos y peculiares sobre el incidente empezaron a escamarme», explica el coronel Smith. Pero, en aquel momento, no había tiempo para hacer seguimiento de lo ocurrido, pues, en cuestión de horas, sus hombres tenían que acudir en apoyo de otro batallón que estaba a punto de ser superado. Y unos días después de aquello, otros miembros del pelotón, que habían sido testigos de los instantes finales del sargento Smith, también murieron en combate.

El contexto cambió mucho en apenas una semana. Bagdad quedó por fin bajo control y el batallón pudo darse un respiro que resultaría crucial para el legado del sargento primero Paul Smith. El teniente coronel Smith aprovechó el descanso para ordenar que uno de sus tenientes tomara declaración a todos los que habían estado con el sargento Smith en el momento de su muerte. Un asombroso relato surgió de aquellos testimonios.

Paul Ray Smith era un consumado «sargento de hierro», la clase de suboficial implacable y muy profesional que las expedicionarias fuerzas armadas estadounidenses llevaban cuatro décadas produciendo desde que dejaron de nutrirse de soldados de reemplazo. «El pueblo americano muestra siempre unos elevados índices de aprobación de la “gestión de marca” de las fuerzas armadas estadounidenses —señala el coronel Smith—: los ciudadanos de a pie dicen que

son fantásticas, que las apoyan muchísimo. Pero de lo que la población no tiene ni idea es de lo cualificados y experimentados que son muchos de esos militares».

El sargento Smith había luchado y servido en la Operación Tormenta del Desierto, en Bosnia y en Kosovo antes de ser destinado a la Operación Libertad Iraquí. Para sus hombres, era un supervisor «exasperantemente» intenso, «amigo de cumplir las reglas a rajatabla», por decirlo en palabras de Alex Leary, periodista del St. Petersburg Times, periódico de la localidad de origen del sargento Smith. Este alargaba la instrucción con sus hombres hasta avanzada la noche, mucho después de que otros pelotones ya hubieran terminado su jornada de entrenamiento, y comprobaba la limpieza de los cañones de sus rifles con unos bastoncillos que llevaba en el bolsillo. Durante una de esas inspecciones, halló un pequeño tornillo que faltaba del casco de uno de sus soldados. Volvió a convocar al pelotón para proseguir con la instrucción del día hasta las diez de la noche. «No era un tocapelotas —me aclaró el coronel Smith—, sino simplemente un profesional metódico y duro que ya había estado en combate en la Tormenta del Desierto y que consideraba responsabilidad personal suya preparar a sus hombres para esas situaciones».

La mentalidad del sargento Smith era todo un epítome de la filosofía occidental de la guerra: la guerra no es un modo de vida, una interminable serie de ataques relámpago por simple ansia de venganza o de defensa del honor tribal, como tiende a ser en sociedades erigidas sobre los lazos de sangre y la discordia. La guerra es terrible y debe ser siempre un último recurso, aunque, en ese caso, debe ser librada con terrorífica intensidad a fin de lograr el resultado deseado en el espacio más breve de tiempo. El sargento Smith se tomaba la guerra muy en serio y, por eso, no aflojaba nunca con sus hombres, ni se olvidaba jamás de ellos. En una carta que dirigió a sus padres antes de partir para Irak, escribió:

Hay dos maneras de volver a casa: saliendo por tu propio pie del avión o siendo sacado de él. No importa cómo vuelva yo, porque estoy preparado para darlo todo con tal de procurar que todos mis muchachos regresen a casa.

En la que sería la última noche de su vida, el sargento Smith eligió no dormir. Dejó que los demás descansaran dentro de los lentos vehículos que él estaba guiando sobre el terreno a pie, a través de los espesos matorrales de los palmerales que había que cruzar para llegar al aeropuerto de Bagdad. A la mañana siguiente, a esa indefectible consideración por los soldados bajo su mando se unió su consumada habilidad de guerrero, y no en un acto impulsivo aislado, como el de quien salta sobre una granada para proteger a otros (una acción que, ya de por sí, sería de una increíble valentía), sino en una serie de decisiones deliberadas que, en último término, le costarían la vida.

El sargento Smith estaba dirigiendo a su pelotón mientras este colocaba una alambrada de concertina para cerrar la esquina de un patio en las inmediaciones del aeropuerto a fin de crear un área de retención temporal para prisioneros de guerra iraquíes. En ese momento, notó una concentración de tropas iraquíes, armadas con rifles AK-47, lanzacohetes y morteros. Al instante, alguien abrió fuego de mortero sobre sus hombres e hirió a tres de ellos: los tripulantes del vehículo blindado de transporte de personal (un M113A3) del pelotón. Un centenar de iraquíes bien armados acababan de iniciar hostilidades contra su pelotón de dieciséis hombres.

El sargento Smith arrojó granadas y disparó un AT-4, una especie de bazuca antitanques. Un vehículo de combate Bradley, de otra unidad, logró detener a los iraquíes durante unos minutos, pero, luego, inexplicablemente se marchó de allí (luego se sabría que fue porque se había

quedado sin munición). El sargento Smith tenía entonces todo el derecho del mundo a ordenar a sus hombres que se retiraran del patio. Pero desechó esa posibilidad porque sabía que habría puesto en peligro a otros soldados estadounidenses que estaban llevando a cabo un control de carretera en las inmediaciones y a otros más que se encontraban en un puesto de socorro cercano. Así que optó por encaramarse al techo de aquel vehículo de transporte de personal —heredado de la época de la guerra de Vietnam— cuyos tripulantes estaban heridos y ponerse a disparar él mismo la ametralladora de calibre 50. Pidió al soldado Michael Seaman que entrara en el vehículo y que le pasara una caja de munición cada vez que oyera que la ametralladora dejaba de disparar.

Seaman, siguiendo órdenes del sargento Smith, retrasó la posición del vehículo blindado unos pocos metros para ampliar el ángulo de tiro de Smith. Este quedó entonces totalmente expuesto al fuego enemigo de la cintura para arriba, frente a cien iraquíes que le disparaban desde tres direcciones distintas, incluido un puesto de vigilancia bien protegido. Él los iba barriendo metódicamente, de derecha a izquierda y de nuevo a derecha. Tres veces calló su ametralladora y tres veces se la recargó su soldado, mientras el sargento Smith seguía allí sentado, expuesto a un devastador fuego enemigo. Al final, logró desbaratar el ataque iraquí tras matar posiblemente a docenas de enemigos y gastar cuatrocientos proyectiles de munición, hasta que un disparo lo alcanzó en la cabeza.

Algo que impresionó al coronel Smith de aquel incidente fue que, por más miembros de aquel pelotón que prestaran declaración sobre el mismo, los detalles del relato nunca variaban. Incluso dos periodistas integrados en unidades militares, Alex Leary y Michael Corkery, del Providence Journal-Bulletin, que investigaron el incidente obtuvieron (y escribieron) idéntica versión del mismo.

Tras hablar con otro comandante de batallón y con su general de brigada, el coronel Smith decidió recomendar a su sargento para la Medalla del Honor. No tenía ni idea de sus posibilidades: aquel era un territorio desconocido para él. Los criterios para la concesión de la Medalla del Honor son bastante indefinidos, cuando no indefinibles. Mientras que, según el reglamento, la Medalla del Honor reconoce «la valentía y la intrepidez, a riesgo de la propia vida, más allá de lo que requiere el deber», la Cruz al Servicio Distinguido, que es la siguiente condecoración en importancia, reconoce «un acto o unos actos de heroísmo [...] tan notables» y que implican «un riesgo tan extraordinario para la propia vida de la persona que la destacan» sobre sus camaradas. No existe una medida para diferenciar entre esas dos condecoraciones ni, para el caso, entre la Cruz al Servicio Distinguido y la Estrella de Plata. Depende esencialmente del criterio del oficial al mando a quien le compete decidirlo.

El coronel Smith preparó toda la documentación rodeado de retratos de Sadam Huseín, en uno de los palacios del líder iraquí. El procedimiento se inició con el formulario DA-638 del Ejército, el mismo que se usa para recomendar a alguien para una Medalla al Mérito del Ejército, que es la condecoración más baja que se concede en tiempo de paz. La única diferencia fue la nota que añadió el coronel Smith y en la que se podía leer «véase documentación adjunta».

Nueve son los niveles administrativos por los que deben pasar las solicitudes de concesión de una Medalla del Honor. La de Smith no fue más allá del primer nivel siquiera. Desde el cuartel de la Tercera División de Infantería se le comunicó que necesitaba agregar mucha más documentación. Smith preparó entonces una presentación de PowerPoint, incluyó todos los

números de matrícula de los vehículos implicados, pidió más detalles de lo acaecido aquel día a los miembros supervivientes del pelotón y juntó así toda una «novela» relatando el incidente. Pero en el tercero de los niveles administrativos a superar, el de la Junta Superior de Condecoraciones del Ejército, se consideró que los papeles enviados aún no eran suficientes. Todo el paquete burocrático fue enviado de vuelta al coronel Smith en 2003. «Tal vez la Junta pidió la opinión de alguien a modo de “abogado del diablo”, algún antiguo soldado condecorado de la guerra de Vietnam, y este no quedó convencido del todo, bien del relato de lo acaecido, bien de que aquello fuera merecedor de la medalla».

Llegados a ese punto, la Tercera División de Infantería iba a asignar a otro oficial la labor de hacer un seguimiento de la tramitación administrativa de la solicitud. Pero el coronel Smith sabía que, si eso ocurría, las probabilidades de que el sargento Smith fuera condecorado se quedarían en nada, pues solo alguien del mismo batallón del sargento pondría la pasión suficiente en el tema como para pelearse con la burocracia del Ejército.

El Ejército insistía mucho en tener datos y mediciones. ¿Cuántos iraquíes habían muerto en aquella acción exactamente? ¿Cuántos minutos exactos duró el tiroteo? Al Ejército no le faltaban razones (sus propias y particulares razones) para ello. Como me dijo el propio coronel Smith, «a todos les gusta conceder una Medalla del Honor, pero aún les preocupa más que sea una condecoración merecida, que se acierte concediéndola». Había un temor real a que la concesión de una medalla no merecida comprometiera el futuro de la propia condecoración, su aura y su historia. La parte burocrática del proceso se hace casi deliberadamente imposible para ver hasta qué punto están convencidos y motivados quienes recomiendan a alguien para la condecoración: una pasión insuficiente en ese sentido puede ser una señal de que la medalla no está justificada.

«Nadie en la cima del mando del Ejército se dedica a buscar a posibles receptores de la Medalla del Honor para que sirvan de inspiración a la ciudadanía —dice el coronel Smith—. Es más bien lo contrario. Todas estas solicitudes se impulsan desde la base y tienen que luchar contra las reticencias del alto mando».

El problema del coronel Smith era que los miembros del pelotón eran soldados y no escritores. Para obtener más detalles de ellos, elaboró una lista de preguntas e hizo que cada uno escribiera sus respuestas, y estas fueron las que luego usó para llenar su relato de los hechos. «Describe el estado de ánimo del sargento Smith y su comprensión de la situación. ¿Le vio dar órdenes a otro soldado? ¿Cuáles fueron esas órdenes? ¿Dónde estaba usted cuando el proyectil de mortero impactó en el M113A3? ¿Cuál fue la reacción del sargento Smith a aquel impacto?».

«Nos entregaron una carretada de respuestas», comenta el coronel Smith. De pronto, tenía ya una novela de los acontecimientos mucho más contundente para incluir en la solicitud. Tuvo entonces que esperar un año más a que la solicitud superara los niveles de Mando de Personal, Asuntos de Personal y de la Reserva, jefe del Ejército, secretario del Ejército, secretario de Defensa y presidente del país. Todos tenían sus consultas y sus dudas que querían aclarar. Solo cuando llegó al nivel del secretario de Defensa, empezó el coronel Smith a tener la sensación de que ya podía respirar más aliviado.

La ceremonia —celebrada en la Sala de Oriente de la Casa Blanca a los dos años justos de la muerte del sargento Smith— en la que el presidente George W. Bush concedió la Medalla del Honor al hijo del sargento Smith, David, de once años de edad, fue cubierta de forma bastante irregular por los medios. La noticia de la condecoración de Paul Ray Smith mereció 96

menciones en los medios de comunicación nacionales durante las ocho semanas siguientes a la fecha en que se concedió la medalla, frente a las 4.677 que se hicieron de la presunta profanación del Corán en Guantánamo, y las 5.159 de Lynndie England, la ignominiosa guardia de la prisión de Abu Ghraib, menciones que se prolongaron, además, durante muchos meses. Curioso que, en una sociedad que se pirra por los programas de telerrealidad, las películas de mafiosos y bélicas, y los quarterbacks de la NFL, un héroe de verdad como el sargento Smith apenas si llega a centellejar momentáneamente ante la conciencia pública de nuestra sociedad.

Tal vez esa sociedad, que no se ha cansado aún de heroicidades de la Segunda Guerra Mundial y que incluso se siente culpable por cómo ha tratado a los veteranos de Vietnam, simplemente no sea capaz de dedicar la pasión necesaria para honrar a héroes de guerras impopulares como la de Corea y la de Irak. Puede también que, animada a ello por los medios, esa misma sociedad se sienta más cómoda viendo a nuestras tropas en Irak como víctimas de una administración fracasada que como héroes en toda regla. Tal indiferencia al valor es otro factor más que separa a un ejército de profesionales voluntarios de la población a la que defiende. «La medalla les ayuda a legitimar Irak. La Segunda Guerra Mundial tuvo sus héroes y ahora Irak tiene los suyos», me dijo el coronel Smith en su despacho de Memphis, con vistas al río Misisipí, desde donde actualmente dirige la oficina local del Cuerpo de Ingenieros del Ejército.

El coronel Smith cree que hay más Paul Smiths por ahí, tanto por su nivel de profesionalidad como por su entrega y dedicación, y que cada uno de ellos es el producto de un sistema militar de alistamiento voluntario que ha cumplido ya cuatro décadas de vida. ¿Cuántos más se han desempeñado con tanta valentía como el sargento Smith y no han sido recomendados para la Medalla del Honor? Después de todo, de no haber sido por aquel breve respiro entre combates que hubo durante los primeros días de la ocupación de Bagdad, es muy posible que el procedimiento de condecoración del sargento no hubiera iniciado jamás su lenta, porfiada y, en última instancia, exitosa ascensión por la cadena de mando.

PENSADORES

EN DEFENSA DE HENRY KISSINGER

The Atlantic, mayo de 2013

En el verano de 2002, iniciada ya la escalada de acontecimientos que llevarían a la invasión de Irak, que él apoyaba, Henry Kissinger me comentó que, de todos modos, le preocupaba la poca reflexión crítica y planificación con la que se estaba afrontando la ocupación de un país de Oriente Próximo en el que, según sus propias palabras, «hace décadas que no se practica la política normal, y donde las nuevas luchas por el poder que surgieran serían necesariamente, pues, muy violentas». He ahí una muestra de la superioridad moral del pesimismo frente a un optimismo que esté fuera de lugar.

Hace ya algún tiempo que soy buen amigo de Henry Kissinger, pero mi relación con él como figura histórica comenzó décadas atrás. En mis años de adolescencia y primera juventud, la opinión popular lo pintaba como el ogro de Vietnam. Más tarde, cuando ya experimenté de primera mano la tozuda realidad del mundo en vías de desarrollo y logré entender la labor a la que se enfrentaba un país de sistema político liberal como Estados Unidos en lo tocante a proteger sus propios intereses, los libros de Kissinger pasaron a estar —junto a los de otros filósofos políticos— entre las lecturas que yo consultaba para dar sentido a todo aquello. En la década de los ochenta, cuando viajaba por la Europa central y los Balcanes, di con un ejemplar de *Un mundo restaurado*, el primer libro de Kissinger, publicado en 1957, sobre las secuelas diplomáticas de las guerras napoleónicas. En aquel libro, destacaba la importancia de Austria como «imperio políglota incompatible con una estructura legitimada por el nacionalismo» y exponía una verdad muy reveladora acerca de Grecia, país donde yo había vivido la mayor parte de aquella década: por mucho que la guerra de la independencia griega hubiera atraído a los literatos de la década de 1820, aquel conflicto no había nacido de «una revolución originada en una clase media con ansias de libertad política —advertía él—, sino de un movimiento nacional con una base religiosa».

Cuando los decisores políticos hablan mal de Kissinger en privado, suelen hacerlo de un modo que revela lo mucho que, en realidad, están tratando de compararse con él. Kissinger cumple noventa años este mes. Para señalar su legado, tenemos que remontar el inicio de nuestro relato al siglo xix.

En agosto de 1822, la intelectualidad radical británica reaccionó con indisimulado regocijo a la noticia del suicidio de Robert Stewart. Lord Byron, el poeta y heroico aventurero romántico, describió a Stewart —más conocido como vizconde de Castlereagh— como un «frío [...] y sosegado bellaco». Castlereagh, ministro de Exteriores británico de 1812 a 1822, había contribuido a organizar la coalición militar que derrotó a Napoleón y, posteriormente, ayudó a negociar un acuerdo de paz que mantuvo a Europa libre de conflictos violentos a gran escala durante décadas. Pero como aquel acuerdo restauró la dinastía borbónica en Francia y apenas recompensaba a las fuerzas del liberalismo por su contribución a la causa, el logro de Castlereagh estaba desprovisto de todo elemento idealista que pudiera apaciguar a los radicales.

Ni que decir tiene que esa misma falta de idealismo, esa salvaguarda del orden aristocrático, fue lo que, de entrada, había permitido que diversos soberanos se unieran contra Napoleón y establecieran luego una paz de alcance continental: una paz, no lo olvidemos, que ayudó a que Gran Bretaña emergiese de aquella situación convertida en potencia mundial dominante antes del final de ese mismo siglo.

Alguien que no se alegró para nada de la muerte de Castlereagh fue Henry John Temple, futuro ministro de Exteriores británico, más conocido como Lord Palmerston. «No podría imaginarme una pérdida mayor para nuestro Gobierno —declaró Palmerston— ni muchas más grandes para el país en general». El propio Palmerston no tardaría en unirse a la batalla contra los intelectuales radicales del Reino Unido, quienes, a comienzos de la década de 1820, reclamaron que Gran Bretaña entrara en guerra para ayudar a que la democracia arraigara en España, aun cuando ningún interés británico vital estaba amenazado allí, y pese a que, en su momento, esa misma clase intelectual había demostrado en varias ocasiones un entusiasmo bastante limitado en la guerra contra Napoleón, en la que sí parecía estar en juego la supervivencia misma de Gran Bretaña.

En su trayectoria de más de dos décadas en el Foreign Office, Palmerston dio la impresión en más de una ocasión de estar destinado a ser un personaje tan odiado como Castlereagh. Como su antecesor, Palmerston tenía un único principio inmutable en política exterior: la preservación del interés propio de Gran Bretaña, coincidente con la preservación del equilibrio de poder a escala mundial. Pero Palmerston poseía también unos claros instintos liberales. Como el británico era un sistema de gobierno constitucional, él sabía que el interés propio del país pasaba por promover la instauración de otros sistemas de gobierno constitucionales en el extranjero. Mostró así sus simpatías por las revoluciones de 1848 en el continente y ello le valió a su vez el afecto de los liberales. Pero, pese a ello, Palmerston sabía que su internacionalismo liberal —si se me permite llamarlo así— no era más que un principio general: un principio que, por la gran variedad de situaciones que se daban en todo el mundo, había que flexionar y voltear constantemente. De ahí que Palmerston alentara el liberalismo en Alemania en la década de 1830, pero lo boicoteara en la década siguiente. O que apoyara el constitucionalismo en Portugal, pero se opusiera a él en Serbia y en México. Y que respaldara a todo caudillo tribal que ampliara la esfera de influencia de la India británica hacia el noroeste (hacia Afganistán y Rusia), pero se enfrentara a cualquiera que extendiera la esfera de influencia rusa hacia el sureste, hacia la India (aunque, al mismo tiempo, cooperara con Rusia en Persia).

Consciente de que muchas personas —y los radicales en particular— tendían a confundir la política exterior con su propia teología privada, Palmerston posiblemente encontraba natural que fuera objeto de la condena moral de ciertos sectores. (John Bright, el estadista liberal, describiría años después el largo mandato de Palmerston en Exteriores como «un prolongado crimen».)

Pero sin su manera flexible de enfocar el mundo, Palmerston jamás habría podido navegar por los bajíos de una crisis de política exterior tras otra ayudando con ello a Gran Bretaña —aun a pesar de la catástrofe de la Rebelión de la India de 1857— a gestionar la transición desde su imperialismo ad hoc de la primera mitad del siglo xix hacia el imperio formal, impulsado por el vapor, que, sobre la base de la ciencia y el comercio, aquel país erigió en la segunda mitad de la centuria.

Tuvieron que pasar décadas hasta que los logros de Palmerston como (posiblemente) el mejor diplomático británico de la historia se hicieran del todo evidentes. Ya en su época, Palmerston trabajó a fondo por preservar el statu quo, aun cuando él deseara sinceramente un mundo mejor. «Quería impedir que ninguna potencia se hiciera tan fuerte que pudiera amenazar a Gran Bretaña —escribió de él uno de sus biógrafos, Jasper Ridley—. Quería impedir el estallido de una gran guerra en la que Gran Bretaña pudiese verse envuelta y de la que saliese debilitada». La política exterior de Palmerston «consistió así en una serie de improvisaciones tácticas que él llevó a cabo con gran habilidad».

Al igual que Palmerston en su día, Henry Kissinger cree que, en tiempos difíciles e inciertos —tiempos como las pasadas décadas de los sesenta y los setenta fueron en Estados Unidos, cuando las vulnerabilidades del país parecían pesar más que sus posibilidades—, la preservación del statu quo debe constituir el principio moral supremo. Ya habrá otros líderes políticos posteriores, más afortunados, que descubran oportunidades para fomentar el liberalismo allí donde hasta entonces no había ninguna. Lo importante es mantener el poder propio sin merma hasta que llegue ese momento.

El objetivo de garantizar la supervivencia de una nación deja a veces un espacio trágicamente insignificante para la moral privada. Descubrir lo inaplicable que puede resultar la moral judeocristiana en ciertas circunstancias relacionadas con los asuntos de Estado puede ser corrosivo para cualquiera. Los pocos individuos que han admitido la necesidad de infringir esa moral, que han actuado conforme a tal admisión y que se han responsabilizado de sus actos están hoy entre los líderes más necesarios que sus respectivos países hayan tenido, por mucho malestar que hayan causado entre generaciones enteras de bienintencionados intelectuales que, libres de la carga que la responsabilidad administrativa que el mundo real hace recaer sobre quienes la asumen, pueden elegir en abstracto y pueden permitirse tratar la moral como un absoluto inflexible.

Fernando Pessoa, el poeta y escritor existencialista portugués de principios del siglo xx, señaló que, si el estratega «pensara en la oscuridad en la que dejó a mil hogares y en el dolor que causó a tres mil corazones», sería «incapaz de actuar», y entonces no quedaría nadie para salvar a la civilización de sus enemigos. Como muchos artistas e intelectuales no pueden aceptar tan terrible, aunque ineludible, verdad, su obra, dijo Pessoa, «sirve de vía de salida para esa sensibilidad [a la que] la acción tuvo que renunciar por el camino». Ese es, en último término, el motivo por el que Henry Kissinger es despreciado en algunos sectores, más o menos en el mismo sentido en que Castlereagh y Palmerston lo fueron en su día.

Sentirse incómodos con la forma de actuar de Kissinger es, como Palmerston seguramente diría, perfectamente natural. Pero condenarlo rotundamente raya en la mojigatería, cuando no en el autoengaño. Kissinger ha sido, en realidad, un político bastante moral, siempre y cuando, por supuesto, aceptemos las premisas de la Guerra Fría sobre la era en la que él tuvo que actuar.

Por el triunfalismo con el que se reaccionó al abrupto e inesperado final de la Guerra Fría, muchos han visto desde entonces la victoria de Occidente como algo que estaba cantado, y por consiguiente, han tendido a juzgar injustificadas las duras medidas que Kissinger y otros dirigentes tomaron en ocasiones a lo largo de aquella contienda. Pero para quienes estuvieron inmersos en la lucha de la Guerra Fría —aquellas personas que trabajaron en el aparato de la

seguridad nacional durante las largas y deprimentes décadas en que el enfrentamiento nuclear pareció perfectamente posible—, su final no tenía nada de previsible.

La gente olvida cómo era la Europa del Este durante la Guerra Fría, especialmente antes de la década de los ochenta: la combinación del terror inspirado por la policía secreta y la pobreza inducida por el régimen daban a sus habitantes la impresión de vivir en una especie de patio de prisión mal iluminado. Lo que impedía que aquel patio de prisión se expandiera era sobre todo la proyección del poder estadounidense en forma de divisiones militares equipadas con armamento nuclear. Que tales armas jamás llegaran a usarse no significa que fueran innecesarias. Todo lo contrario: los hombres que planificaron el apocalipsis, lejos de ser unos doctores Strangelove como el de la sátira hollywoodiense, fueron precisamente las personas que preservaron la paz. Muchos hombres y mujeres de la generación del baby boom, que vivieron la Guerra Fría pero no tienen ningún recuerdo personal propio de la Segunda Guerra Mundial, separan artificialmente un conflicto del otro. Pero para Kissinger, un refugiado del Holocausto y oficial de inteligencia del Ejército de Estados Unidos en la Alemania ocupada, como para el general Creighton Abrams, comandante de un tanque a las órdenes de George Patton durante la Segunda Guerra Mundial y mando supremo de las Fuerzas estadounidenses en Vietnam a partir de 1968, o como para el general Maxwell Taylor, paracaidista que luchó en la Francia ocupada por los nazis y fue posteriormente embajador de Estados Unidos en Vietnam del Sur, la Guerra Fría fue una continuación de la Segunda Guerra Mundial.

Y no solo en la Europa del Este. Por aquel entonces, diversos nihilistas revolucionarios estaban intentando crear más Cubas en América Latina, y un régimen comunista en China mató al menos a 20 millones de sus propios ciudadanos mediante el programa de colectivizaciones conocido por el nombre del Gran Salto Adelante. A su vez, los comunistas de Vietnam del Norte —uno de los grupos más despiadados alumbrado por el siglo xx— habían asesinado ya a muchos de sus propios compatriotas (puede que decenas de miles) antes de que las primeras tropas estadounidenses llegaran a aquel país. La gente se olvida de que parte de lo que nos atrajo a aquel conflicto fue un cierto sentido idealista de misión que cumplir: la misma clase de idealismo que nos había ayudado a luchar en la Segunda Guerra Mundial y que motivaría nuestras intervenciones en los Balcanes en los años noventa. Muchos de quienes fueron fervientes partidarios de una intervención en Ruanda y en la antigua Yugoslavia y, aun así, no logran comprender que fue una lógica similar la que nos llevó a Vietnam andan cortos de memoria histórica.

En Vietnam, el idealismo estadounidense chocó frontalmente con las limitaciones militares impuestas por una geografía difícil. Eso destruyó todo consenso político en el propio Estados Unidos sobre cómo librar la Guerra Fría. En una reseña del libro de Kissinger *Ending the Vietnam War* (2003), el historiador y periodista Evan Thomas daba a entender que la esencia de la tragedia del exsecretario de Estado fue que trató permanentemente de entrar en un club que ya no existía. Ese club era el establishment, la clase dirigente, un término que empezó a pasar de moda durante el trauma que Vietnam supuso para la nación. El establishment estaba formado por todos los grandes y prestigiosos personajes del gran capital y de la política exterior —todos hombres, todos protestantes, figuras como John J. McCloy y Charles Bohlen— cuya influencia y pragmatismo tendían puentes entre los partidos Republicano y Demócrata en un momento en el que el enemigo era el comunismo, igual que hasta poco antes lo había sido el fascismo.

Kissinger, un judío que había escapado al Holocausto, era quizás el más brillante de los protegidos de aquel club. Pero estaba destinado a adentrarse en el torbellino de la política exterior justo en el momento en que el establishment se desintegraba por discrepancias en cuanto a cómo sacar al país de una guerra en la que ese mismo establishment había contribuido a meterlo.

Kissinger se convirtió en consejero de seguridad nacional del presidente Richard Nixon en enero de 1969 y en su secretario de Estado en 1973. Por su condición de profesor de Harvard y de republicano «rockefelleriano», Kissinger despertaba los recelos del ala derechista antiintelectual del Partido Republicano. (Mientras tanto, el Partido Demócrata iniciaba su deriva hacia el casi aislacionismo de facto con el que pronto se relacionaría el eslogan «Vuelve a casa, América» de su candidato George McGovern.) Nixon y Kissinger heredaron del presidente Lyndon Johnson una situación en la que casi 550.000 militares estadounidenses, junto a sus aliados survietnamitas (un mínimo de un millón de soldados en total), estaban luchando contra una cifra similar de efectivos norvietnamitas (tropas regulares y guerrilleros). En el frente interno, en la propia sociedad estadounidense, eran habituales las manifestaciones —de personas que pertenecían en gran parte a la élite económica y educativa del país— que reclamaban que Estados Unidos retirara todas sus tropas de forma casi inmediata.

Algunos de aquellos destacados manifestantes críticos con la guerra llegaron incluso a visitar Vietnam del Norte para expresar su solidaridad con el enemigo. Los comunistas, a su vez, se ganaron partidarios en el extranjero con sus tranquilizadoras garantías de que el régimen de Hanoi estaba dispuesto a llegar a un compromiso. Cuando Charles de Gaulle estaba negociando una retirada de las tropas francesas de Argelia a finales de la década de los cincuenta y principios de los sesenta (como Kissinger relata en *Ending the Vietnam War*), los argelinos sabían que, si no cerraban un acuerdo con él, quien lo sustituyera sería sin duda alguien de la línea más dura. Pero los norvietnamitas probablemente suponían lo contrario: que, gracias al auge del «mcgovernismo» en el Partido Demócrata, Nixon y Kissinger eran la única barrera que tenían que superar para alcanzar la meta de la rendición estadounidense. Por eso, la postura negociadora de Nixon y de Kissinger fue infinitamente más complicada que la de De Gaulle unos años antes.

Kissinger se vio atrapado así entre «liberales» (progresistas), que básicamente preferían capitular a negociar, y conservadores con sentimientos encontrados a propósito de aquella guerra que creían que toda negociación sería con China y la Unión Soviética equivalía a venderse al enemigo. Ambas posturas eran fantasías que solo quienes estaban fuera del poder podían permitirse.

Complicaba más todavía las cosas para Kissinger que el gran supuesto de partida de la política exterior en aquella época fuera que la Guerra Fría no podría acabar nunca y que, por lo tanto, habría que seguir tratando indefinidamente con regímenes como los de China y la Unión Soviética. Hitler, un ardiente revolucionario, se había agotado tras doce sangrientos años. Pero Mao Zedong y Leónidas Breznev presidían unas grises y pesadas maquinarias de represión que llevaban décadas en el poder (un cuarto de siglo en el caso de Mao, y más de medio siglo en el de Breznev). Ni uno ni otro de esos regímenes mostraban síntoma alguno de colapso. Tratar a la China comunista y a la Unión Soviética como Estados legítimos, aun cuando, entretanto, Kissinger tratara de enfrentar a la primera contra la segunda y negociara acuerdos de armamento nuclear con la URSS, no suponía traicionar principio alguno, como ciertos conservadores

denunciaban. Era, más bien, un reconocimiento de que Estados Unidos tenía unos «intereses eternos y perpetuos», por citar a Palmerston, adaptados a una era sobre la que pesaba la amenaza de la guerra termonuclear.

Frente a la capitulación progresista, la huida conservadora de la realidad y la incansable insistencia norvietnamita, Kissinger se impuso la tarea de retirarnos de la región sin traicionar a los aliados survietnamitas de Estados Unidos, aunque, eso sí, esforzándose al mismo tiempo por preservar la reputación de gran potencia de Estados Unidos, pues esta era crucial para tratar con China y la Unión Soviética, pero también con los países de Oriente Próximo y Medio y de América Latina. Sir Michael Howard, el eminente historiador bélico británico, ha señalado que la ética de equilibrio de poder suscrita por Kissinger representa un punto medio entre «el ecumenismo optimista americano» (que es la base de muchos movimientos de desarme global) y la «cultura de la guerra» del salvaje Oeste estadounidense (asociada en época reciente a la política del presidente George W. Bush). Ese ethos nunca fue cínico ni amoral, como la generación de la Posguerra Fría ha tendido a juzgarlo. Fue muestra, más bien, de un intemporal e ilustrado principio del sentido de Estado.

En el plazo de un par de años, Nixon y Kissinger redujeron el contingente de tropas estadounidenses desplegadas en Vietnam hasta los 156.800 efectivos; las últimas fuerzas de combate terrestre abandonaron el país tres años y medio después de que Nixon accediera a la presidencia. A Charles de Gaulle le había llevado más tiempo poner fin a la implicación de Francia en Argelia. (El sentimiento de frustración que muchos sienten todavía por no habernos retirado de allí con mayor rapidez solo tendría sentido si fuesen verdaderas dos premisas que cuesta creer que lo fueran: en primer lugar, que la imposibilidad de conservar Vietnam del Sur fuese algo ya aceptado en 1969, y en segundo lugar, que los norvietnamitas siempre habían negociado de buena fe. De todos modos, la continuación de la guerra más allá de 1969 será el pecado en el que Nixon y Kissinger llevarán su penitencia por los siglos de los siglos.)

Aquella exitosa retirada de tropas se vio facilitada por una incursión de bombardeos sobre Camboya: en especial, sobre áreas repletas de reductos de militares (y población civil) de Vietnam del Norte que escapaban prácticamente por completo al control del gobierno camboyano. Los bombardeos (calificados de «secretos» por los medios de comunicación) fueron de dominio público en el 90 % de las ocasiones en que se realizaron, según escribió al respecto Samuel Huntington, el ya desaparecido profesor de Harvard que fue miembro del Consejo de Seguridad Nacional del presidente Jimmy Carter. El secretismo de los primeros momentos, recordaba él en esas mismas líneas, fue para evitar poner en evidencia al príncipe Norodom Sihanouk de Camboya y para no complicar las conversaciones de paz de aquellos momentos con los norvietnamitas.

Los bombardeos aéreos sobre Vietnam del Norte fueron otro factor que también facilitó la retirada de tropas. Victor Davis Hanson, historiador neoconservador, ha escrito que, «lejos de ser ineficaces e indiscriminados», como muchos críticos de la gestión que hicieron Nixon y Kissinger de aquella guerra afirmaron posteriormente, los bombardeos de Navidad de diciembre de 1972 en particular, consiguieron que, «destruyendo solamente unas cuantas instalaciones clave, los comunistas se vieran forzados a regresar a la mesa de paz». Y puede que Hanson sea un neoconservador, pero su opinión dista mucho de ser una reinterpretación radical de la historia; de hecho, se ciñe a una lectura estricta de las noticias que se publicaron y se emitieron en aquel

entonces. Así, poco después de los bombardeos de Navidad, Malcolm W. Browne, de The New York Times, comprobó que los daños infligidos habían sido «burdamente exagerados por la propaganda norvietnamita». Peter Ward, reportero de The Baltimore Sun, escribió: «La evidencia que se observa sobre el terreno desmiente las denuncias de un bombardeo indiscriminado. Es obvio que varias descargas de bombas se desviaron del blanco y cayeron en zonas residenciales civiles, pero los daños allí son menores, comparados con la destrucción total de los blancos seleccionados».

La ritualista vehemencia con la que muchos han condenado los bombardeos sobre Vietnam del Norte, la incursión en Camboya y otros acontecimientos delata, en ciertos casos, una ignorancia de los hechos y del contexto en el que las autoridades estadounidenses tuvieron que tomar sus decisiones durante aquel conflicto.

Las retiradas de tropas organizadas por Nixon y Kissinger, aunque más rápidas que las que De Gaulle ordenó en Argelia, fueron suficientemente graduales como para evitar una humillación estadounidense completa. Esa conservación del estatus mundial de Estados Unidos permitió al presidente y al secretario de Estado gestionar una reconciliación histórica con China, la cual, a su vez, ayudó a afianzar la necesaria posición de ventaja con la que firmar el histórico pacto sobre armas estratégicas con la Unión Soviética, y esto último sin que, por ello, en 1970, las amenazas de Nixon y Kissinger a Moscú dejaran de influir para que los tanques sirios se abstuvieran de seguir avanzando por territorio jordano y no derrocaran al rey Huseín. En un momento en que imperaba el derrotismo, Kissinger improvisó tan bien que hasta Palmerston habría quedado impresionado.

Sí, en el historial de Kissinger también figuran manchones en forma de graves errores de cálculo (errores sobre los que se han escrito bibliotecas enteras de libros). Pero la idea de que la Administración Nixon podría haber retirado a más de quinientos mil militares estadounidenses de Vietnam en unos pocos meses en 1969 presenta bastantes problemas de verosimilitud, sobre todo si se tienen en cuenta las complejidades a las que los planificadores militares se han tenido que enfrentar en otras retiradas más reducidas y graduales posteriores en Bosnia, Irak y Afganistán. (Y eso sin contar las repercusiones diplomáticas y estratégicas más allá del sureste asiático que semejante traición repentina y total a un aliado de tantos años habría generado para Estados Unidos.)

Pese a la invasión norvietnamita del este de Camboya en 1970, el Congreso estadounidense recortó sustancialmente entre 1971 y 1974 las ayudas al régimen de Lon Nol, que había sustituido al del príncipe Sihanouk, y también impidió que la Fuerza Aérea de Estados Unidos ayudara a Lon Nol en su lucha contra los Jemeres Rojos. Muchos historiadores futuros juzgarán tales medidas como más decisivas para que los Jemeres Rojos conquistaran el poder en Camboya en 1975 que los bombardeos de regiones camboyanas escasamente pobladas ordenados por Nixon seis años antes.

Saigón cayó ante el avance de los comunistas, en abril de 1975, después de que un Congreso de marcada mayoría demócrata recortara drásticamente la ayuda a Vietnam del Sur. El régimen posiblemente no habría sobrevivido aunque el Congreso no hubiera reducido la ayuda tan considerablemente. Pero recordemos que aquel recorte fue algo más que una simple muestra de que los legisladores estadounidenses daban ya por perdido el régimen survietnamita: fue una decisión directamente debida al Watergate, un caso con el que Nixon aniquiló su propia

influencia en los círculos políticos de la capital y con el que minó gravemente las bases de la posterior Administración del presidente Gerald Ford. Las palabras del propio Kissinger en *Ending the Vietnam War* merecen ser recordadas para la posteridad:

Ninguno de nosotros podía imaginar que, tras la esperada victoria aplastante en las urnas [de Nixon en 1972], se produciría semejante desmoronamiento de la autoridad presidencial. Estábamos convencidos de que estábamos trabajando en un acuerdo que nuestros aliados de Vietnam del Sur podrían mantener y defender con ayuda estadounidense contra una invasión generalizada. Los manifestantes antibélicos podían hablar de Vietnam como un síntoma de los excesos de una sociedad aberrante, pero cuando mis colegas y yo hablábamos de Vietnam, lo hacíamos pensando en los hombres y mujeres entregados —los soldados, pero también los funcionarios del servicio de Exteriores— que habían luchado y sufrido allí, así como en nuestros socios vietnamitas, condenados en ese momento a afrontar un futuro incierto pero, seguramente, doloroso para ellos. Esos estadounidenses habían creído sinceramente que estaban defendiendo la causa de la libertad por selvas traicioneras y arrozales remotos frente a un enemigo brutal. Vilipendiados por los medios, atacados en el Congreso y ridiculizados por el movimiento antibélico, ellos y ellas habían sostenido en alto el estandarte de la tradición idealista de Estados Unidos, arriesgando sus vidas y entregando su juventud a la causa de una lucha que los propios grupos dirigentes estadounidenses habían iniciado, y que luego habían abandonado y, finalmente, despreciado.

Los logros diplomáticos de Kissinger se extendieron mucho más allá del sureste asiático. Entre 1973 y 1975, Kissinger, como secretario de Estado primero de Nixon y luego de Gerald Ford, recondujo la guerra del Yom Kipur hacia una situación de tablas muy conveniente para los intereses estadounidenses, y luego intermedió para que Israel y sus enemigos árabes negociaran acuerdos de alto el fuego y separación de fuerzas. Esos pactos permitieron que Washington restableciera relaciones diplomáticas con Egipto y Siria por vez primera desde que se rompieran en la guerra de los Seis Días de 1967. Los acuerdos también establecieron el contexto propicio para el tratado de paz egipcio-israelí de 1979 y ayudaron a estabilizar un *modus vivendi* entre Israel y Siria que ha durado hasta entrado el nuevo milenio.

En el otoño de 1973, cuando Chile se disolvía en el caos y se abría a la infiltración del bloque soviético por culpa del anárquico e incompetente gobierno de Salvador Allende, Nixon y Kissinger alentaron un golpe militar encabezado por el general Augusto Pinochet, durante el que miles de personas inocentes fueron asesinadas. La fría lógica moral que el presidente y su secretario de Estado aplicaron en aquel momento al caso fue que cualquier tipo de régimen derechista sería mejor en último término para Chile (y para América Latina en general) que un régimen izquierdista, y que también sería lo que más favorecería los intereses de Estados Unidos. Tenían razón, aunque quizás el precio que se pagó por ello fue intolerable.

Mientras buena parte del resto de América Latina daba pasos vacilantes flirteando con experimentos socialistas varios, Chile redujo en los primeros años del régimen de Pinochet el número de sus empresas públicas de 500 a 25, un cambio con el que se contribuyó a crear más de un millón de empleos y a reducir la tasa de pobreza desde niveles de un tercio de la población hasta niveles de solo una décima parte de esta. La mortalidad infantil también disminuyó: desde las 78 muertes por 1.000 hasta las 18. El milagro social y económico chileno se ha convertido en un paradigma para todo el mundo en desarrollo, y para el excomunista en particular. Aun así, no hay beneficio económico y social suficiente que pueda justificar casi dos décadas de torturas sistemáticas perpetradas contra decenas de miles de víctimas en más de mil centros de detención.

De todos modos, la historia real no consiste en dar todo el bombo del mundo a los datos negativos (como se ha tendido a hacer desde el llamado periodismo de investigación) sin temprarlos con el debido contexto histórico y filosófico. La historia real se construye a partir del cotejo constante con otras épocas y con otras partes del mundo. Y una comparación

especialmente útil en ese sentido es la que podemos hacer con los resultados conseguidos por las administraciones Ford y Carter en el Cuerno de África y, en particular, en Etiopía, un país que, ya en la década de 1970, tenía más del triple de población que el Chile de Pinochet.

En estos últimos años, Kissinger no ha podido viajar a toda una serie de países donde se arriesga a ser detenido por acusaciones contra él por sus decisiones de los años setenta en América Latina. Y, sin embargo, en esos mismos países, Jimmy Carter es tenido casi por un santo. Pero reflexionemos sobre hasta qué punto resiste la moralidad de las decisiones de Carter la comparación con las de Kissinger cuando nos fijamos en un caso como Etiopía, un país que, al igual que Angola, Nicaragua y Afganistán, fue una de las piezas de dominó que empezaron a tambalearse en los meses y los años que siguieron a la caída de Saigón hasta que terminaron por caer (algo que en parte desmiente otro mito del movimiento de protesta contra la guerra de Vietnam: el de que la teoría del dominó era falsa).

Ya he escrito anteriormente (por ejemplo, en mi libro de 1988 *Rendición o hambre*) que el izquierdista Derg etíope y su por entonces flamante nuevo líder, el ascético y despiadado Mengistu Haile Mariam, habían ascendido al poder en aquel país mientras Estados Unidos andaba ocupado con el Watergate y con la caída de Vietnam del Sur. Kissinger, a la sazón secretario de Estado del presidente Ford, intentó conservar la influencia estadounidense en Etiopía mediante la continuación del suministro de cierta asistencia militar a Adís Abeba. Si Estados Unidos hubiera abandonado toda su capacidad de influencia sobre Etiopía, el país podría haber avanzado hasta la casilla siguiente y haberse convertido en un satélite soviético, con desastrosas consecuencias en términos de derechos humanos para toda su población.

Ford y Kissinger fueron sustituidos en enero de 1977 por Jimmy Carter y su secretario de Estado, Cyrus Vance, que quería impulsar una política exterior en el área del África subsahariana que fuera menos dura y sintonizara mejor con las realidades de la región. En el Cuerno de África, eso se tradujo de inmediato en una desventaja para Estados Unidos en cuanto a sus posiciones en la Guerra Fría, pues los soviéticos —animados por la caída de Vietnam del Sur— se habían vuelto más beligerantes que nunca y estaban más dispuestos a gastar los recursos que hicieran falta.

Con Etiopía partida por una agitación revolucionaria, los soviéticos usaron a sus satélites somalíes como palanca contra Adís Abeba. Somalia era entonces un país de solo tres millones de nómadas, pero Etiopía contaba con una población urbanizada diez veces mayor: excelente materia prima para el satélite africano mecanizado que Breznev aspiraba a instaurar allí. Los soviéticos, al tiempo que amenazaban a Etiopía suministrando armas a su vecino y rival, también le ofrecían ayuda militar en aplicación de la clásica estrategia del palo y la zanahoria. Pero, debido en parte a los tanques M-60 y los aviones de combate F-5 que Mengistu recibía todavía de Estados Unidos (gracias, en buena medida, a Kissinger), el líder etíope no se decidía a dar el trastornador paso de cambiar de país proveedor de la munición de todo su ejército.

En la primavera de 1977, Carter interrumpió las entregas de armas a Etiopía por las repetidas violaciones de los derechos humanos denunciadas en ese país. Los soviéticos despacharon entonces a Adís Abeba a varios agentes de la Stasi de Alemania del Este con la misión de ayudar a Mengistu a consolidar su régimen, e invitaron al mandatario etíope a realizar una visita de Estado a Moscú de una semana de duración. A continuación, varios «asesores» cubanos visitaron Etiopía, al tiempo que material militar diverso (tanques, etc.) llegaban allí también procedente

del prosoviético Yemen del Sur. En los meses siguientes, con ayuda de los germanoorientales, el régimen del Derg abatió a tiros a cientos de adolescentes etíopes en las calles del país en lo que se daría en conocer por el «Terror Rojo».

Aun entonces, no todo estaba perdido; no todavía. La revolución etíope, aunque de signo izquierdista, evidenciaba muy pocas señales de abierto antiamericanismo. El nuevo primer ministro de Israel, Menájem Beguín, con la intención de salvar a los judíos etíopes, rogó a Carter que no cerrara la puerta del todo a Etiopía y que prestara a Mengistu algo de ayuda militar frente al avance de los somalíes.

Pero la súplica de Beguín no fue atendida. El resultado parcial de la inacción de Carter fue que Etiopía pasó de ser uno más de los varios regímenes de inclinación izquierdista que había por aquel entonces a convertirse en un Estado marxista en toda regla, en el que cientos de miles de personas fallecieron en los planes de colectivización y «recolonización rural», por no hablar de los centenares de miles que murieron en hambrunas debidas a partes iguales a las sequías y a las políticas agrícolas diseñadas en Moscú.

Los etíopes se darían con un canto en los dientes si hubieran tenido a un Pinochet.

El nexo entre la decisión de Carter de no jugar la baza de la política de poder kissingeriana en el Cuerno de África y las muertes masivas que siguieron en Etiopía es más directo que la conexión entre la incursión de Nixon en una región rural de Camboya y el ascenso al poder de los Jemeres Rojos seis años después.

A finales del siglo xix, Lord Palmerston aún seguía siendo una figura controvertida. Ya en el siglo xx, sin embargo, muchos pasaron a considerarlo uno de los más grandes ministros de exteriores de la historia de Gran Bretaña. La reputación de Kissinger recorrerá un trayecto similar. De todos los libros de memorias escritos por antiguos secretarios de Estado y consejeros de seguridad nacional estadounidenses durante las pasadas décadas, el suyo es sin duda el más completo y el más estimulante a nivel intelectual, y resulta especialmente revelador de las intrincadas condiciones ambientales históricas y filosóficas en las que se toman las decisiones difíciles en política exterior. Kissinger tendrá la última palabra sobre su legado precisamente porque escribe mucho mejor para un público general que la mayoría de sus críticos. El interés de las simples revelaciones caduca antes que el de conocer bien el trabajo de un estadista consciente de sus propias circunstancias trágicas y capaz de conectarlas con un patrón de acontecimientos más amplio. Un colega mío con experiencia en labores de gobierno una vez señaló que, como buen realista de corte europeo que es, Kissinger ha reflexionado más sobre moral y ética que muchos autodenominados moralistas. A fin de cuentas, el realismo persigue la aspiración moral suprema en política exterior: evitar la guerra por medio de un equilibrio de poder favorable a la paz.

Aparte del éxito de las intervenciones en los Balcanes, el mayor gesto humanitario que recuerdo en mis años de vida fue el viaje del presidente Nixon a la República Popular China en 1972, una maniobra ideada por Kissinger. Al abandonar el principio de que Taiwán era la verdadera China, al dar protección al régimen de Pekín frente a la Unión Soviética, y al proporcionarle garantías ante el resurgimiento económico de Japón, los dos dirigentes estadounidenses ayudaron a que China se situase en una posición que le permitiera dedicarse al desarrollo económico en paz; el ascenso económico chino, facilitado por Deng Xiaoping, terminaría sacando de la pobreza a una gran parte de Asia. Y con la espectacular mejora del nivel

de vida de más de mil millones de personas en el Extremo Oriente, allí también cristalizó una mayor libertad personal.

Los gurús riñeron a Kissinger por declarar, en 1973, que la emigración judía desde la Unión Soviética «no era de la incumbencia de Estados Unidos». Pero como J. J. Goldberg tendría el detalle de señalar en la revista *The Jewish Daily Forward* (aun sin dejar de ser crítico con Kissinger por el cinismo con el que abordó el tema), «esa emigración aumentó extraordinariamente durante la política de distensión kissingeriana», y sin embargo, «se desplomó» tras la aprobación en 1974 de la enmienda Jackson-Vanik, que supeditaba toda relación comercial normalizada entre Estados Unidos y la Unión Soviética a que esta tuviera en vigor una política de emigración abierta; ofendidos por el hecho de que los estadounidenses dieran por sentado que podían dictar las políticas migratorias de la URSS, los soviéticos reaccionaron autorizando menos visados de salida del país. Dicho de otro modo, el realismo de Kissinger fue más eficaz que el humanitarismo de las organizaciones judías a la hora de abordar un problema de derechos humanos.

Kissinger es un intelectual judío que reconoce una verdad inapelable muy particular: que el Partido Republicano, pese a las corrientes de antisemitismo que lo han recorrido en diversos periodos, era más capaz de proteger a Estados Unidos que el Partido Demócrata de su era, porque los republicanos entendían mejor (y, de hecho, ansiaban) la proyección del poder estadounidense en un punto crítico de la Guerra Fría en el que los demócratas mostraban una indecisión atribuible al derrotismo y al casi aislacionismo. (Que ese realismo al estilo de Kissinger sea ahora más popular en la Casa Blanca de Barack Obama que en el Partido Republicano indica hasta qué punto los republicanos actuales se han alejado de los que eran sus valores centrales.)

Pero, a diferencia de sus correligionarios republicanos de la era de la Guerra Fría —hombres de negocios grises y prácticos, benditamente indiferentes a lo que las prestigiosas revistas de opinión intelectual de su época decían de ellos—, Kissinger siempre ha sido muy consciente del grado de odio que despierta. Él tomó decisiones de vida o muerte que afectaban a millones de personas y que entrañaban multitud de turbios compromisos morales. De no haber sido por las difíciles decisiones que Nixon, Ford y Kissinger tomaron, Estados Unidos tal vez no habría resistido el daño causado por los accesos de ineptitud moralista de Carter; tampoco Ronald Reagan habría podido darse el lujo de aplicar con tanto éxito su particular wilsonismo. El realismo clásico de Henry Kissinger —expresado tanto en sus libros como en su labor como estadista— es insatisfactorio en el plano emocional, pero intemporal desde el punto de vista analítico. La medida en que los republicanos sepan recuperar la sensibilidad de este hombre en política exterior será un buen indicador para determinar sus propias posibilidades de recuperar el poder.

SAMUEL HUNTINGTON: LA AUDACIA DE MIRAR AL MUNDO A LOS OJOS

The Atlantic, diciembre de 2001

I

La reseña de un libro suyo de la que más se acuerda Samuel Phillips Huntington (el conocido profesor de ciencia política de Harvard, donde es el titular de la cátedra Albert J. Weatherhead III) fue muy negativa. «Imagínese —recordaba él hace poco, sentado en su casa del barrio de Beacon Hill de Boston—. La primera crítica de mi primer libro y va el reseñador y me compara con Mussolini y dice que yo salgo perdiendo con la comparación». A través de las gafas se le veía pestañear y entrecerrar tímidamente los ojos. Huntington tiene 74 años y habla con una voz serena y nasal: el este del Bronx modificado por el Boston culto. Me contó entonces cómo el reseñador en cuestión, Matthew Josephson, ridiculizó en una crítica publicada en la revista de opinión *The Nation* (de signo izquierdista) el militarismo y los «sofismas brutales» de *El soldado y el Estado*, y cómo comentó con sorna que los sentimientos de Mussolini habían sido muy parecidos a los expresados por Huntington en su libro, pero, como mínimo, los había manifestado con más garbo: «¡Creed, obedeced, luchad!».

La reseña se publicó el 6 de abril de 1957. La Guerra Fría apenas si tenía una década de historia a sus espaldas todavía. *El soldado y el Estado* venía a ser una advertencia: una sociedad liberal como la de Estados Unidos, sostenía Huntington, precisaba de todos modos la protección de un sistema militar profesional dirigido por responsables muy impregnados de realismo conservador. Para mantener la paz, el alto mando militar tenía que dar por sentadas «la irracionalidad, la debilidad y la maldad presentes en la naturaleza humana», y preverlas adecuadamente. A los «liberales» (los progresistas) se les daba bien la reforma, pero no la seguridad nacional. «Toda la magnífica variedad y creatividad del progresismo liberal en temas sociales internos —escribió Huntington— flaquea cuando se aplica a la política exterior y la defensa». La política exterior, explicaba él, no se rige por las reglas que cabría esperar de la relación entre individuos que viven sometidos al imperio de la ley, sino que atañe a la relación entre Estados y otros grupos que se mueven en un ámbito básicamente desprovisto de ley alguna. *El soldado y el Estado* concluía con una entusiasta defensa de West Point, que, según escribió Huntington, «representa la mejor encarnación posible del ideal militar [...] un poco de Esparta en medio de Babilonia».

El libro indignó a muchos de los colegas de Huntington en el Departamento de Ciencia política de Harvard y, al año siguiente, se le negó una plaza de titular. Junto a su buen amigo Zbigniew Brzezinski (al que Harvard tampoco ascendió a profesor titular), Huntington se marchó entonces a ejercer la docencia en la Universidad de Columbia.

Cuatro años después, en 1962, Harvard los invitó a ambos a regresar —esta vez sí— como profesores titulares. Carl J. Friedrich, el profesor de origen alemán que había encabezado en su día el frente opositor a Huntington, se reunió con él en Columbia. Ese día, Friedrich comenzó expresándole lo mucho que admiraba a su joven colega y se extendió en elogios hasta que Huntington discretamente le recordó su hostilidad de unos años antes. Pero Friedrich y otros

colegas se habían dado cuenta por fin de que tanto Huntington como Brzezinski eran estrellas emergentes en el campo de la ciencia política, y Harvard se enorgullecía de ser la número uno en esa disciplina y quería seguir siéndolo. Brzezinski optó por quedarse en Columbia, pero Huntington regresó a Harvard, donde coincidió con otra estrella ascendente en el Departamento de Ciencia política: Henry A. Kissinger.

El soldado y el Estado, de la que ya se llevan publicadas catorce impresiones y reimpressiones, terminó convirtiéndose en un clásico de su disciplina. Telford Taylor, el fiscal jefe estadounidense de los juicios de Núremberg, dijo esto del libro cuando se publicó por vez primera:

El «control del poder civil» [sobre las fuerzas armadas] se ha convertido en una fórmula tópica que los políticos entonan con respeto reverencial, pero sin una comprensión plena de lo que dicen cuando la dicen. Ese es un terreno, pues, donde la iconoclastia es una necesidad perentoria. Precisamente iconoclastia es un recurso del que el profesor Huntington parece tener reservas prácticamente inagotables y, desde luego, resulta muy refrescante seguir su rastro de destructiva exposición de verdades.

En estas últimas décadas, los comentarios académicos sobre el libro de Huntington se han centrado menos en uno de sus aspectos para incidir más en otro de ellos: en concreto, han dedicado menos atención a la necesidad de un mayor sentido de realismo en las fuerzas armadas y han destacado la amenaza que el sistema militar puede representar para la autoridad civil. Dado que las democracias carecen de los disciplinados cuadros políticos que las dictaduras sí generan, aquellas son especialmente proclives a ser objeto de una sutil manipulación por parte de su estamento militar cuando este es poderoso. Los Padres Fundadores de la nación estadounidense, señalaba Huntington, si bien previeron una separación de poderes en el seno del propio sistema de gobierno civil, no hicieron lo propio para impedir que, con el paso del tiempo, un sistema de defensa gigantesco terminara intrusándose en el poder civil.

El soldado y el Estado fue el inicio de lo que se ha convertido en un patrón conocido en la larga trayectoria de Huntington: su obra no ha recibido un reconocimiento inmediato en forma de reseñas críticas brillantes y galardones académicos, sino que ha tendido a suscitar unas reacciones iniciales más bien ambivalentes o incluso reprobatorias que, finalmente, van dejando paso a una aceptación reticente pero generalizada. Incluso los detractores de Huntington terminan definiendo inadvertidamente el mundo mediante expresiones originales de aquel, y se preocupan por ese mundo en los modos y términos expuestos por Huntington. Roger Hilsman, un especialista en el sureste asiático crítico con las tesis de Huntington, se quejaba en 1957 de que muchas partes de El soldado y el Estado «chirrían con los ruidos de los cortes y los estiramientos practicados a la cama que el autor ha preparado para acomodarlos».* Quizá sea así. Pero, pese a todo, lo que no se puede negar es que El soldado y el Estado puso en el mapa la cuestión de las relaciones entre el poder civil y el militar.

* Referencia metafórica al mitológico «lecho de Procusto», una figura que se usa habitualmente en el mundo científico para criticar a quienes tratan de ajustar la realidad a sus teorías, en vez de sus teorías a la realidad. (N. del t.)

La otra cuestión que Huntington ha situado más recientemente en el mapa ha sido la del «choque de civilizaciones» que se está produciendo a raíz de la colisión entre los sistemas occidental, islámico y asiático de pensamiento y de gobierno. La sutilidad de su argumento es

mayor de la que normalmente se le atribuye, pero, de todos modos, podemos resumir algunos de sus puntos principales.

- Que el mundo se esté modernizando no significa que se esté occidentalizando. El impacto de la urbanización y las comunicaciones de masas, combinado con la pobreza y las divisiones étnicas, no hará que los pueblos de todo el mundo terminen pensando como nosotros.
- Asia, pese a sus altibajos, se está expandiendo militar y económicamente. El islam se halla en plena explosión demográfica. La influencia relativa de Occidente se encuentra muy posiblemente en declive.
- La consciencia cultural, lejos de debilitarse, se está fortaleciendo, y es posible que los Estados o los pueblos tiendan a agruparse unos con otros en función de sus similitudes culturales, más que por sus afinidades ideológicas como hicieron en el pasado.
- La creencia occidental de que la democracia parlamentaria y el libre mercado son apropiados para todo el mundo hará que Occidente entre en conflicto con civilizaciones que no lo creen así (en especial, con el islam y China).
- En un mundo multipolar basado de forma aproximada en civilizaciones más que en ideologías, los estadounidenses deben reafirmarse en su identidad occidental.

Los atentados terroristas de 2001 contra el World Trade Center y el Pentágono ponen de relieve la trágica relevancia no ya de las ideas de Huntington sobre la existencia de un choque de civilizaciones, sino sobre la obra de toda su vida. Él ha venido argumentando desde la década de los cincuenta que la sociedad estadounidense requiere unos servicios militares y de inteligencia que piensen poniéndose siempre en el más trágico o pesimista de los escenarios. Lleva décadas preocupado por lo mucho que, hasta el momento, la seguridad estadounidense ha sido principalmente resultado de la fortuna —la suerte de la geografía— y por la necesidad de que algún día el país tenga que ganarse de verdad esa seguridad. Ha escrito que el liberalismo prospera únicamente allí donde la seguridad puede darse por sentada, y que, en el futuro, podríamos no tener ese lujo. Y nos ha advertido de que algún día Occidente tal vez tenga que luchar por sus valores más preciados y hasta por su supervivencia física contra extremistas de otras culturas que desprecian a nuestro país y que gustosos nos sumergirían en una guerra de civilizaciones que sea real, por mucho que los dirigentes políticos y los gurús de la opinión más correcta y amable la llamen de otro modo. Mientras que otras figuras que comparten sus tesis han hallado una acogida feliz y más favorable trabajando con otros pensadores afines en los ámbitos de la empresa, las fuerzas armadas y los servicios de inteligencia, Huntington optó deliberadamente por permanecer en el bastión liberal que conforman las grandes universidades de la Ivy League para luchar por sus ideas en un frente más solitario para quienes opinan como él, pero igualmente vital.

II

La historia de las batallas intelectuales que han rodeado a la política exterior estadounidense desde los comienzos de la Guerra Fría podría contarse impresionantemente bien siguiendo el

recorrido de los diecisiete libros y la multitud de artículos publicados por Huntington. Kissinger y Brzezinski también han producido trabajos académicos distinguidos, pero ellos dos serán recordados principalmente por su servicio en el gobierno: Kissinger como consejero de seguridad nacional durante las presidencias de Richard Nixon y Gerald Ford, y Brzezinski como consejero de seguridad nacional de Jimmy Carter. Huntington, pese a haber servido brevemente en las administraciones de Lyndon Johnson y de Carter, es mucho más académico que sus dos amigos. Sus ideas surgen entre seminarios y lecciones, y no de repentinas epifanías. Si no pudiera enseñar, probablemente no podría escribir. Y a diferencia de muchos profesores, él valora más a sus alumnos de grado que a sus estudiantes de posgrado. Los estudiantes de doctorado, me dijo, «son más reacios a cuestionar a este profesor o a aquel otro» y a menudo han «asimilado ya la jerga y la ortodoxia de la disciplina».

Uno de sus antiguos alumnos de grado comenta: «Otros docentes quieren hacerte tragar todo lo que saben, y cuando tú ya lo has tragado, pasan a la siguiente víctima. Pero Huntington nunca busca dominar los debates en clase, sino que escucha con atención». Huntington desdeña la «teoría de la elección racional» —la moda actualmente imperante en la ciencia política—, la cual parte del supuesto de que el comportamiento humano es predecible pero no tiene en cuenta el miedo, la envidia, el odio, la abnegación y otras pasiones humanas que resultan esenciales para comprender la política. En una era de «operarios» académicos como la actual, él continúa siendo un maestro a la antigua que especula desde un punto de vista histórico y filosófico sobre la condición humana. Entre sus exalumnos se cuentan Francis Fukuyama, autor de aquel famoso himno de la Posguerra Fría que fue *El fin de la historia y el último hombre* (1992), y Fareed Zakaria, ex director ejecutivo de *Foreign Affairs* y actual director de *Newsweek International*.

Difícilmente veremos algún día a Huntington en canales televisivos de información política como C-SPAN, y menos aún en tertulias de actualidad política como *The McLaughlin Group*. Como orador público es peor que mediocre: siempre habla encorvado y leyendo con dificultad su texto previamente escrito. Su estatus y su reputación se los ha ganado siguiendo un camino más difícil: escribiendo libros que, aunque han sido objeto de muchas críticas públicas, han tenido una influencia penetrante en personas relevantes. Aunque es un miembro clásico y figura destacada del sistema académico (expresidente de la Asociación Estadounidense de Ciencia Política y cofundador de la revista *Foreign Policy*), escribe como alguien ajeno a ese sistema, como alguien dispuesto a enojar a esos mismos expertos que serán quienes finalmente juzguen su trabajo. «Si un académico no tiene nada nuevo que decir, es mejor que siga callado —escribió Huntington en 1959—. La búsqueda de verdades es sinónimo de controversia intelectual».

En muchos sentidos, Samuel Huntington representa una raza en extinción: la de alguien que conjuga unos ideales liberal-progresistas con una concepción profundamente conservadora de la historia y de la política exterior. Huntington ha sido un simpatizante demócrata toda su vida. Fue redactor de discursos de Adlai Stevenson en los años cincuenta (y, de hecho, conoció a la que acabaría siendo su esposa, Nancy, durante la campaña de 1956), fue asesor en política exterior de Hubert Humphrey en los sesenta, y fue uno de los autores de los discursos de Jimmy Carter sobre los derechos humanos en la década de los setenta. Ese mismo Huntington, sin embargo, es el fundador del Instituto John M. Olin de Estudios Estratégicos, un reducto de realismo en política exterior que ha sido financiado por una tríada de organizaciones filantrópicas conservadoras: la Fundación John M. Olin, la Fundación Smith Richardson y la Fundación Bradley.

Cuando insinué a Huntington que él es «un demócrata chapado a la antigua, de los que ya no hay», él se permitió una infrecuente muestra de animación emocional. Contestó de inmediato: «Eso es, soy yo. Como diría Arthur Schlesinger, soy hijo de Niebuhr». Reinhold Niebuhr fue el más destacado teólogo protestante del siglo xx en Estados Unidos: un cristiano devoto que creía que los hombres son suficientemente malvados como para hacer necesaria la aplicación de métodos duros para la preservación del orden. Huntington, un protestante episcopalista, se sintió atraído por, en sus propias palabras, la «convinciente combinación de moralidad y realismo práctico» de Niebuhr. Aunque ferviente «guerrero» de la Guerra Fría, Niebuhr jamás sucumbió al triunfalismo moral, pues estaba convencido de que la historia estaba mucho más marcada por la ironía que por el progreso. Aunque los Estados Unidos acabaran ganando la Guerra Fría, escribió Niebuhr en 1952, es posible que la única consecuencia de tal resultado fuera que el país terminara extendiéndose más allá de sus propias capacidades, su poder disipado en un afán excesivo de rectitud moral. Esa sensibilidad de Niebuhr para reconocer el carácter de dilema trágico que encierran muchas situaciones de la realidad es un hilo que conecta también todas las grandes obras de Huntington y es la clave para entender su definición de conservadurismo.

En el número de junio de 1957 de *The American Political Science Review*, Huntington publicó una monografía titulada «El conservadurismo como ideología». El liberalismo, escribió, es una ideología de individualismo, mercados libres, libertad y Estado de derecho. «El conservadurismo clásico», por su parte, no tiene ningún proyecto en concreto: es una lógica o una razón «elevada y necesaria» para garantizar la supervivencia de las instituciones liberales. El conservadurismo, señalaba Huntington, es la «defensa racional del ser frente al pensamiento, del orden frente al caos». En Inglaterra, explicó, Edmund Burke planteó una defensa conservadora de una «sociedad comercial y una constitución moderada, liberal». La esencia del conservadurismo real consiste en conservar lo que es, más que en hacer cruzadas en ultramar en pos de lo que allí no es o que en proponer cambios radicales en el propio país. En Estados Unidos, federalistas como John Adams y Alexander Hamilton propugnaron principios conservadores en defensa de una constitución liberal. «La genialidad política estadounidense —escribió Huntington— se hace manifiesta no en nuestras ideas, sino en nuestras instituciones». Y, a su juicio, «lo que más se necesita no es tanto la creación de más instituciones liberales como una defensa fructífera de las ya existentes».

III

Samuel Huntington nació en 1927 en Nueva York y creció en sendos grupos de viviendas sociales de clase media del barrio de Astoria de Queens y del este del Bronx. Es el único hijo de Richard Thomas Huntington, un editor de revistas del sector hotelero, y Dorothy Sanborn Phillips, una escritora de relatos breves. Es también nieto de John Sanborn Phillips, codirector de *McClure's*, una de las revistas señeras del periodismo de denuncia de comienzos del siglo xx. Huntington fue un niño prodigio. Ingresó en Yale (procedente del instituto de secundaria Peter Stuyvesant) a los dieciséis años de edad y obtuvo su título universitario de grado «con distinción excepcional» dos años y medio después. Sirvió en el Ejército de Estados Unidos y luego obtuvo un título de máster en ciencia política por la Universidad de Chicago y un doctorado en esa misma disciplina por la de Harvard. Está convencido de que la tensión que vivió para escribir su tesis doctoral en cuatro agotadores meses en 1950 fue lo que precipitó la diabetes que padece

desde entonces y que le obliga a practicarse seis análisis de sangre y tres inyecciones de insulina al día. (De hecho, interrumpió un momento nuestra conversación para hacerse un test de su nivel de azúcar en sangre y para pincharse con una jeringuilla. Tras comprobar el índice de glucemia, dijo: «Bien, podré almorzar una ensalada y un vaso de vino».) Su tesis doctoral, titulada «Clientelismo», era una especie de continuación de aquella tradición crítica tan característica del periodismo que practicaba su abuelo. En ella describía cómo ciertas agencias federales —en especial, la Comisión de Comercio Interestatal— eran cooptadas por las propias empresas de los sectores que supuestamente debían regular. En aquel entonces, «todos éramos liberales progresistas y Franklin Roosevelt era Dios —me confesó Huntington—. No puedo imaginarme que nadie pensara de otro modo». Psicológicamente, pues, el mundo de Huntington en aquellos años de juventud estaba marcado por la impronta del New Deal. Aun así, en Harvard se daban ocasionales irregularidades dentro de ese patrón general. «Había un estudiante que se oponía firmemente a la negociación colectiva, al salario mínimo, a todo el saber aceptado de entonces, por así decirlo. Causó un verdadero impacto en todos nosotros». Aquel estudiante, William Rehnquist, terminaría yendo a la Facultad de Derecho de Stanford*.

* En el momento en que se produjo la entrevista, Rehnquist era presidente del Tribunal Supremo estadounidense desde 1986. Había sido elegido juez del alto tribunal federal a propuesta de Richard Nixon en 1971. (N. del t.)

Dos imponentes figuras intelectuales regían entonces los destinos del Departamento de Ciencia política de Harvard: Carl Friedrich y William Yandell Elliott. Friedrich, el más progresista de los dos, había ayudado a redactar la constitución de la República Federal de Alemania (es decir, la antigua Alemania Occidental). Huntington estaba más bien en la órbita de Elliott, un sureño que había estudiado en Oxford y que era un filósofo conservador con una dilatada experiencia en Washington. Elliott creía en la necesidad de adoptar una postura enérgica frente a la Unión Soviética y detestaba el relativismo moral. «Elliott viajaba a Cambridge [Massachusetts] todas las semanas desde Washington para reunirse con sus estudiantes de doctorado», recuerda Huntington. Entre quienes más hondamente influidos estuvieron en aquel momento por Elliott estaba Henry Kissinger, coetáneo de Huntington. «Recuerdo que muchas veces teníamos que esperarnos bastantes minutos en la antesala del despacho [de Elliott], enfadados por lo tarde que se estaba haciendo por el tiempo que se tomaba en su tutoría con aquel estudiante en el que Elliott veía un potencial especial. Al final, se abría la puerta y de allí salía aquel alumno regordete». Kissinger le dedicó a Elliott su primer libro, *Un mundo restaurado* (1957), en el que describía cómo Metternich había creado un orden mundial posnapoleónico estable. «Elliott no era un gran teórico —me contó una vez Kissinger—, pero un gran maestro es aquel que ve en ti talentos que tú ni sabías que tenías. Yo escribí un trabajo sobre Kant y Elliott me dijo “Tienes una mente muy buena, pero ahora debes dedicarte a leer a grandes novelistas, como Dostoyevski”. Y leí a Dostoyevski. Así ayudaba él a que sus estudiantes crecieran».

En los libros de Huntington abundan afirmaciones glaciales de gran envergadura. Esos juicios suyos tan contundentes contrastan marcadamente con su nada imponente presencia física y su ausencia total de afectación. Recuerda a un personaje de un relato de John Cheever, alguien de quien podríamos olvidar haber conocido nunca. Pestañea con frecuencia. Juguetea nervioso con las llaves. Se está quedando calvo y se mira fijamente las palmas de las manos mientras habla. Pero ese frágil exterior oculta un interior de hierro. «Sam es muy tímido —admite Brzezinski—.

No es de esas personas que pueden estar todo el rato de palique en un bar. Pero mételo en un debate y será todo temple y tenacidad». Un antiguo estudiante suyo dice: «Sam es una especie de sabio asocial con agallas de acero». Otro de sus alumnos discrepa: «Sam no es un asocial. Es el prototípico hombre de honor victoriano: muy callado y contenido, pero extraordinariamente duro cuando la ocasión lo requiere».

A comienzos de los años ochenta, volviendo a pie a su casa una noche tras una velada en Cambridge (Massachusetts), acompañado de su esposa y de Francis Keppel, el decano jubilado de la Facultad de Educación de Harvard, tres jóvenes se acercaron a Huntington y le exigieron que les diera todo su dinero. «¿Qué?», les preguntó él. «No estamos para mierdas, queremos el dinero que llevas encima», le dijo uno de los jóvenes y, acto seguido, le atacó. Huntington repelió la agresión y le hizo una llave a su atacante con la que le tiró al suelo, mientras pedía ayuda. Entonces se enfrentó a otro, que se había abalanzado sobre Keppel. Al final, aquellos tres hombres huyeron a la carrera. Huntington no quiso contarme esta anécdota: la supe por uno de sus exalumnos y, luego, tuve que sonsacarle los detalles a Nancy. Cuando pregunté al propio Huntington por lo ocurrido aquella noche, él me dijo: «Una semana antes, había leído un artículo en una revista informativa en el que recomendaba no enfrentarse a un atracador. Pero mi impulso inmediato fue luchar contra ellos».

IV

El pensamiento de Huntington se ha centrado desde un principio en las grandes cuestiones del mundo moderno; siempre le ha interesado aplicar el rigor intelectual a los asuntos de interés de la vida real. El primer libro de Henry Kissinger se inspiró principalmente en la historia europea de principios del siglo xix. El primer libro de Huntington se inspiró en lo que estaba aconteciendo en Estados Unidos en sus años de estudiante universitario. Como otro profesor de Harvard, Robert D. Putnam, ha escrito en un artículo sobre Huntington, *El soldado y el Estado* fue una obra inspirada por la destitución del general Douglas MacArthur por insubordinación, ordenada en 1951 por el entonces presidente Harry Truman. El carácter político con el que MacArthur había ejercido el generalato había molestado a Huntington, en parte porque socavaba el principio mismo de la profesionalidad de las fuerzas armadas. Los militares —y el Senado estadounidense, otra institución conservadora— serían pocos años después los baluartes más eficaces frente al ataque lanzado por el senador Joseph McCarthy contra los valores liberales de Estados Unidos. *El soldado y el Estado* no era ninguna apología del militarismo, como algunas críticas simplistas del libro han llegado a afirmar, sino un penetrante análisis de la relación entre el estamento militar y el conjunto de la sociedad.

El pasaje más revelador en *El soldado y el Estado* es el prefacio del libro, en el que un Huntington de 29 años de edad llegaba a una conclusión que serviría de patrón para el desarrollo de toda su carrera. Por un lado, admitía que «las personalidades, las instituciones y las creencias reales no encajan en categorías lógicas claras». Pero, por otro lado, defendía encendidamente que «las categorías lógicas claras son necesarias para que el hombre pueda pensar con un mínimo de provecho sobre el mundo real en el que vive y para obtener de él lecciones que sean de aplicación y uso más amplios». Un experto está «obligado a generalizar» si quiere decir algo interesante. El verdadero indicador de lo que vale una teoría no estriba en que dé cuenta de todos

los hechos relevantes, sino en que dé cuenta de ellos «mejor que cualquier otra teoría». Sin abstracción y simplificación, no hay comprensión, defendía Huntington. Quienes se concentran en las imperfecciones de una teoría sin ofrecer una alternativa mejor no están ayudando a nadie. Y lo que sigue tras esa reflexión inicial es un libro de implacables generalizaciones empíricas.

Desde el final de la guerra de 1812 hasta el ataque contra Pearl Harbor, escribió Huntington en aquellas páginas, los estadounidenses habían tenido escasos motivos para preocuparse por las amenazas externas. La seguridad nacional era algo que se daba por descontado: una herencia de las circunstancias geográficas, más que una consecuencia de unas políticas inteligentes en ese sentido. Al no estar en entredicho ni la seguridad ni la expansión económica a lo largo y ancho de un continente entero y rico en recursos, la ideología liberal que los estadounidenses adquirieron de sus predecesores ingleses podía estar firmemente instaurada en el país sin dar pie a grandes contradicciones. En ausencia de amenaza alguna a las instituciones liberales de la nación, poco necesario se hacía defenderlas y, por consiguiente, poca era la necesidad de recurrir a un conservadurismo real. Los conservadores como Hamilton y Adams lograron hacerse oír solamente porque, durante los primeros años de la nueva república, esta estaba rodeada de territorios franceses, ingleses y españoles, y tenía ante sí el «obstáculo» de la presencia amenazadora de la flota británica. Pero tras aquello, y durante muchas décadas, no existió ninguna otra amenaza exterior significativa, y el «mal concepto del hombre» cultivado característicamente por los conservadores entró en un estado de latencia en este país. De hecho, cuando el presidente Woodrow Wilson leyó en *The Baltimore Sun* en 1915 que su propio estado mayor se estaba preparando pragmáticamente para la posibilidad de ir a la guerra contra Alemania, él mismo, «estremecido y lívido de ira», recalcó a sus asesores que, si aquella noticia era cierta, todos los oficiales del estado mayor debían ser destituidos al instante. «El liberalismo —señalaba Huntington— no entiende ni las instituciones ni la función militares, y es hostil a ellas».

Es evidente que, a principios del siglo xx, se produjo un breve resurgir del realismo y el intervencionismo hamiltoniano, encarnado en la agresiva política exterior del presidente Theodore Roosevelt. Pero la aversión a la política de poder estaba tan enraizada en la psique estadounidense que los fracasos de la política exterior de Wilson al término de la Primera Guerra Mundial llevaron a la «renuncia a toda intervención y un retorno al aislacionismo liberal». Sin nadie que tomara el relevo de un Hamilton cuya filosofía realista permitía conciliar el elemento militar con el resto de la sociedad, las fuerzas armadas se replegaron sobre sí mismas. Y lo hicieron al mismo tiempo que estaban experimentando un proceso de profesionalización y especialización intensivas, en un momento cercano ya al apogeo de la Revolución Industrial.

Huntington nos recordaba que el oficial moderno es un profesional cuyo trabajo es la gestión de la violencia y cuyo cliente es el Estado. Aunque la guerra es tan antigua como la humanidad misma, los ejércitos profesionales nacieron básicamente en tiempos de las guerras napoleónicas. Los Padres Fundadores de Estados Unidos se enfundaban el uniforme militar y se lo quitaban según lo exigiera la ocasión y, para ellos, la diferencia entre soldados y población civil era bien poca. La Constitución no prevé un «control civil objetivo» del gobierno, y este solo nació (una vez más) de la casualidad que suponía la situación geográfica del país: sin una amenaza exterior real, nuestro ejército permanente se mantuvo relativamente pequeño (y políticamente débil) durante mucho tiempo, y no hubo así problema para reducir su tamaño al término de cada nueva

guerra. Pero el avance tecnológico, culminante ya en plena Segunda Guerra Mundial (con episodios como Pearl Harbor y la bomba atómica), hizo que la geografía dejase de ser una barrera. Eso significó que la seguridad pudiese pasar a tener prioridad en ocasiones sobre los valores liberales.

Precisamente los valores liberales que tan apreciados son en una democracia, explicaba Huntington, son los valores que pueden debilitar a una oficialidad profesional. «El corazón del liberalismo es el individualismo —escribió—. Pone el acento en la razón y la dignidad moral del individuo». Pero el hombre militar, por la naturaleza misma de su trabajo, tiene que presuponer cierta irracionalidad y cierta permanencia del conflicto violento en las relaciones humanas. «El liberal exalta la expresión personal» porque da por sentada la seguridad nacional; el militar exalta «la obediencia» porque no da por supuesta esa seguridad. Una democracia puede desempeñarse mejor en una guerra que una dictadura, porque sus oficiales de nivel medio están más inclinados a tomar decisiones arriesgadas; ese es uno de los motivos del éxito que tuvimos en las playas de Normandía, o del éxito de los israelíes frente a los ejércitos árabes. No obstante, un ejército auténticamente liberal carecería de la efectividad letal requerida para defender a una sociedad liberal amenazada por unos adversarios fortalecidos por la tecnología.

Solo el conservadurismo, según Huntington, resulta adecuadamente propicio al profesionalismo militar. De hecho, el conservadurismo es un vástago orgánico de la ética militar dominante en la sociedad en tiempos pasados. El conservadurismo reconoce la primacía del poder en los asuntos internacionales; acepta las instituciones existentes, y se impone unos objetivos limitados. Rehúye de los grandes planes generales, porque no tiene un sistema universal de valores que pretenda imponer a nadie más. La mentalidad conservadora, como la militar, cree que los seres humanos solo aprenden a partir de la experiencia humana, lo que implica hacer hincapié en el estudio de la historia. La historia forma el eje central de los currículos de las academias militares.

Pero no asumamos por ello, decía Huntington, que el conservadurismo de los militares es inherentemente reaccionario en un sentido ideológico. En la Europa del siglo xix, la profesionalización de los ejércitos permitió que hombres de toda procedencia ascendieran en el escalafón; las fuerzas armadas desafiaban así la base aristocrática de la sociedad. En el igualitario Estados Unidos, la dinámica entre los militares y el resto de la sociedad fue inevitablemente diferente. Estados Unidos era ya un país democrático y no tenía ninguna amenaza exterior. El ejército estaba más aislado y, con el tiempo, desarrolló un espíritu propio acentuadamente más aristocrático que el del conjunto de la sociedad. Cuanto más aísla y reprueba una sociedad liberal a su estamento militar, venía a decirnos Huntington, más conservador puede volverse ese ejército como respuesta.

Pues, bien, ahí era donde el joven Huntington se ponía más interesante. Nuestra grandeza misma, decía, es la que dificulta que la mentalidad liberal estadounidense afronte bien el mundo exterior. «El nacionalismo americano —escribió— ha sido un nacionalismo idealista, amparándose para ello, no en la aseveración de la superioridad del pueblo estadounidense sobre otros pueblos, sino en una afirmación de la superioridad de los ideales americanos sobre otros ideales». La política exterior francesa puede ser la que los franceses decidan que sea, siempre y cuando favorezca sus propios intereses del momento. Pero la política exterior estadounidense es siempre juzgada en función de los criterios de unos principios universales. Según Huntington,

eso propicia una vena pacifista en el liberalismo estadounidense que se manifiesta a la hora de defender nuestros intereses nacionales explícitos, y otra vena agresiva a la hora de defender los derechos humanos. Aunque el soldado profesional acepta que, en la realidad, los conflictos pueden ser interminables y limitados, «la tendencia liberal —según explicaba Huntington— [es] atribuir a la guerra y a la paz un carácter absoluto y dicotómico». Los liberales están más prestos a apoyar una guerra si pueden convertirla en una cruzada para promover los ideales humanistas. Por eso, escribió él, los liberales tratan de reducir el presupuesto de defensa al mismo tiempo que, de vez en cuando, reclaman alguna que otra aventura militar en política exterior. A quienes en su día leyeron *El soldado y el Estado* no pudo sorprenderles, pues, que, llegado el momento, los mismos intelectuales y creadores de opinión que sistemáticamente minusvaloraron la OTAN durante los años setenta y ochenta del siglo xx, cuando aún no estaba claro cuál sería el resultado de la Guerra Fría, pasaran a exigir —ya en la década de los noventa— una intervención agresiva de la Alianza Atlántica en Bosnia y Kosovo, cuando lo que se jugaba nuestra propia seguridad nacional era mucho menos, pero el ataque a los principios liberales era claro y manifiesto.

El único modo de preservar una sociedad liberal, escribió Huntington, es definiendo los límites del control militar. Y la única forma de definir esos límites en las inciertas décadas y centurias que están por venir es manteniendo a los militares y al asesoramiento que estos proporcionan dentro de los márgenes de lo estrictamente profesional. Por consiguiente, un soldado debería recomendar que entráramos en combate solo en atención del interés nacional. Si quiere luchar por otras razones, incluso de tipo humanitario, la presión para hacerlo debe venir de sus superiores civiles.

En 1993, el general Colin Powell, quien presidía entonces la Junta de Jefes de Estado Mayor, expresó su oposición a la implicación militar de Estados Unidos en Bosnia y algunos lo calificaron de «general político» por ello. Pero si hubieran leído a Huntington, tal vez no habrían opinado igual sobre Powell. Si el territorio de su «cliente» no corre peligro directo, el oficial profesional no puede recomendar «la implicación del Estado en una guerra, a menos que la victoria esté asegurada», escribió Huntington a ese respecto. La oposición de Powell a entrar en guerra en un caso en el que las consecuencias para nuestro interés nacional no estaban claras y en el que la victoria no parecía ni mucho menos segura no constituía tanto una «doctrina Powell» (como algunos la llamaron) como una máxima inmemorial del militar profesional, que trata de no ser «político» y se niega a promover cruzadas morales, por muy justificadas que estén. (Obviamente, la capacidad que demostraron los militares para intimidar a nuestros dirigentes civiles para que no hicieran nada en Bosnia pone de relieve la otra constatación de Huntington en aquel libro: que las democracias tienen mucho terreno comido por unos sistemas de defensa demasiado dominantes.)

La primera década de la Guerra Fría fue, para Huntington, toda una señal de que, si bien la tensión entre una sociedad liberal y un nuevo y extenso sistema de defensa persistiría, ambos hallarían el modo de coexistir. Para él, Truman fue un precursor de ese orden emergente: liberal-progresista en política interior, pero profundamente conservador en asuntos exteriores. Era la comunidad empresarial civil, según Huntington, la que estaba actuando como puente entre el estamento militar y el resto de la sociedad. Para muchos de nosotros, la gran empresa encarna el pragmatismo conservador y el llamado complejo industrial-militar. Pero Huntington denunció que esa imagen era un producto de la Guerra Fría. El «pacifismo empresarial» era su forma de

describir la visión del mundo que el capitalista había tenido durante la mayor parte de nuestra historia previa. La suma del moralismo religioso y el liberalismo económico hacían que la mayoría de los hombres de negocios estadounidenses consideraran más importantes el comercio internacional y los tratados multilaterales que la política de poder. El fin de la Guerra Fría ha reavivado esa visión del mundo. Los liberales y los neoconservadores que se preocupan ahora por la creciente implicación económica de la comunidad empresarial estadounidense en la autoritaria China no hacen más que reeditar un antiguo argumento del propio Huntington.

V

A mediados de la década de 1960, Samuel Huntington se había instalado ya de lleno en su vida de profesor de Harvard y discreto padre de familia residente en el área de Boston. Esa vida se vio brevemente interrumpida por un encargo de la Administración Johnson en 1967: se le pidió entonces que asesorara al Departamento de Estado elaborando un informe sobre la guerra de Vietnam. El documento, de unas cien páginas, fue posteriormente desclasificado y sirvió de base para un artículo del propio Huntington en el número de julio de 1968 de la revista *Foreign Affairs*. El artículo causó furor. En él, Huntington aceptaba el objetivo de la administración presidencial de aquel momento de derrotar a los norvietnamitas, pero explicaba por qué los métodos del gobierno para alcanzar dicho objetivo eran totalmente equivocados.

Huntington rechazaba la importancia que la Administración Johnson atribuía a que la proporción de población survietnamita bajo control del gobierno de ese país (y no del Viet Cong) hubiera pasado del 40 al 60 %. «Ese cambio —escribió— [es] resultado del desplazamiento de población hacia las ciudades, más que de una ampliación del área de control del gobierno en las zonas rurales», donde el Viet Cong era igual de fuerte que antes. Pero aunque la Administración Johnson pecaba de un «optimismo injustificado», a sus críticos, afirmaba él, cabía culparlos de un «moralismo fuera de lugar». Huntington señalaba que la pregunta de ¿a quién apoya realmente la mayoría de la población? solo era relevante en el marco de una democracia constitucional estable como la estadounidense, pero no en medio del caos y la violencia crecientes de un país como Vietnam. Además, ganarse el respaldo popular fomentando el desarrollo rural no serviría para nada; no era la pobreza rural la que empujaba a aquellos habitantes a los brazos del Viet Cong, sino «la ausencia de una estructura de autoridad efectiva». Allí donde esa autoridad fuerte sí estaba presente, escribió Huntington, «por jerárquica y poco democrática [que fuera], el Viet Cong apenas progresa[ba]». El tercio aproximado de la población rural que se había resistido a la infiltración del Viet Cong lo había hecho gracias a robustas organizaciones comunitarias étnicas y religiosas que, a menudo, eran tan hostiles a los valores occidentales como pudiera serlo el Viet Cong. «Ya por aquel entonces andábamos dando la murga con lo de la construcción nacional —me dijo Huntington con un tono de desaprobación—. Rechazábamos las lealtades religiosas y étnicas como contrapesos al Viet Cong porque queríamos que allí hubiera un Estado nación moderno y democrático dotado de un ejército nacional. Uno de los problemas que tuvimos en Vietnam fue nuestro idealismo».

Ese idealismo, afirma él, caracteriza actualmente otras intervenciones estadounidenses en el exterior: «Los medios apelan a nuestro egotismo nacional, ese por el que tendemos a asumir que nuestros valores y estructuras políticas son los que el resto del mundo quiere también, y que si no

los quiere, da igual: tendrá que quererlos». Huntington cree que deberíamos proclamar nuestros valores en el extranjero por vías que nos permitan aprovecharnos de nuestros adversarios, pero sin obligarnos por ello a rehacer sociedades enteras desde dentro. Eso explica que, a finales de los años setenta, ayudara a Zbigniew Brzezinski y a Jimmy Carter a poner en práctica una política que ponía el énfasis en los derechos humanos (para, de ese modo, avergonzar a la Unión Soviética), pero que, al mismo tiempo, haya sido siempre un escéptico en cuanto a las posibilidades de desplegar tropas sobre el terreno para construir una democracia de estilo occidental en lugares donde tal sistema de gobierno no tiene tradición alguna.

El análisis que Huntington sobre la situación en Vietnam derivaba de una novedosa visión suya del mundo que ya comenzaba a asomar en sus escritos. En los años cincuenta y sesenta, el gran tema en las ciencias sociales fue la modernización política. La opinión académica convencional sobre el tema era que los nuevos países que se estaban creando en África y otros continentes terminarían desarrollando unas democracias y unos sistemas jurídicos y legales similares al nuestro. Huntington no lo creía así. Su apreciación de la situación en Vietnam —en el sentido de que la autoridad que funcionaba allí no se parecía en nada a la nuestra— encaja en el planteamiento más amplio de ese tema que elaboró en su libro *El orden político en las sociedades en cambio* (1968). El orden político es un estudio de cómo se forman los Estados y es tal vez el libro más importante de Huntington. En el siglo xiv, el historiador árabe Ibn Jaldún describió en su obra *Muqaddimah* hasta qué punto los nómadas del desierto, llevados de la aspiración a gozar de las comodidades de una vida sedentaria, habían generado una dinámica urbanizadora de la que luego se apropiaron poderosas dinastías. Huntington vino a dar continuidad a aquella lógica explicativa al describir cómo el desarrollo conducía al establecimiento de nuevas pautas de inestabilidad, incluso en forma de revueltas y revoluciones, que dan como resultado la construcción de instituciones más complejas. Pese a haber sido escrito hace ya tres décadas y media, *El orden político en las sociedades en cambio* sigue siendo el mapa de ruta más claro para entender a qué se enfrentan los países en desarrollo cuando intentan instaurar unos gobiernos estables y abiertos en una era de globalización. El libro comienza con una atrevida afirmación.

La diferencia política más importante entre los países no tiene tanto que ver con su forma de gobierno como con su grado de gobierno. Las diferencias entre democracia y dictadura son menores que las diferencias entre aquellos países cuya política incorpora el consenso, la comunidad, la legitimidad, la organización, la eficacia [y] la estabilidad, y aquellos otros que carecen de muchas de esas cualidades.

Aseverar que la distinción entre democracias y dictaduras es menos importante de lo que parece no resultará tan sorprendente a quienes hayan vivido de primera mano el caos social de países como Nigeria y Ghana, por ejemplo, pese que allí se celebran elecciones con regularidad, y hayan constatado también la relativa apertura y estabilidad civil de sociedades más autocráticas como Jordania, Túnez y Singapur. Huntington presta más atención que otros académicos a las realidades vividas sobre el terreno. A lo largo de toda su trayectoria ha evidenciado una afición (atípica en el mundo académico) a citar en sus pies de página tanto a observadores presenciales de lo que acontece en las sociedades en cuestión como a colegas del mundo universitario e investigador. «No existen fuentes académicas para los sucesos recientes —me dijo—. Sobre ellos solo hay opinión académica».

El argumento central de *El orden político* es que, a pesar de lo que podamos pensar instintivamente al respecto, la experiencia histórica estadounidense no es adecuada para entender

las dificultades a las que se enfrentan los países en vías de desarrollo. «Los estadounidenses creen en cierta unidad de la bondad —escribió en una ocasión Huntington—. Presuponen que todo lo bueno va unido»: el progreso social, el crecimiento económico, la estabilidad política, etc. Pero consideremos el caso de la India, sugería él. En la década de 1950, la India tenía una renta per cápita que era la décima parte de la de Argentina o Venezuela, y sin embargo, era un país más estable políticamente. ¿Por qué? Parte de la respuesta estriba en un factor «malo»: el analfabetismo indio. El analfabetismo en la India favorecía la estabilidad democrática porque los analfabetos rurales planteaban menos demandas al gobierno de su país que un proletariado urbano recién alfabetizado. Los analfabetos o semianalfabetos simplemente votan; los electores alfabetizados se organizan y cuestionan el sistema existente. La India, según argumentaba Huntington, llevaba décadas siendo estable y democrática pese a su pobreza debido a una poco usual combinación de factores: un electorado con un bajo nivel educativo y una élite muy culta y suficientemente numerosa como para administrar las instituciones gubernamentales modernas del país. Ahora que en aquel país está emergiendo una clase media baja recién alfabetizada, el clima de la política nacional se está volviendo mucho más desapacible y extremo.

Otro problema del modo de pensar estadounidense, proseguía Huntington, es que nuestra historia nos ha enseñado a limitar la capacidad de acción de los gobiernos, pero no a construirlos de la nada. Si la seguridad estadounidense, por ser producto de la geografía, fue algo que nos vino esencialmente dado, también nuestras instituciones y prácticas de gobierno son una herencia de la Inglaterra del siglo xvii. La esencia de nuestra Constitución es el control de la autoridad; en toda Asia, África, América Latina y el antiguo bloque comunista, la dificultad estriba más bien en crear y cimentar esa autoridad. «El problema —escribió Huntington— no está en cómo celebrar elecciones, sino en cómo crear organizaciones».

En Estados políticamente avanzados, son las instituciones y no los grupos las que son el objeto de la lealtad de los ciudadanos. Los Estados como el nuestro son el resultado de un largo proceso urbanizador e ilustrado, pero ese proceso puede resultar destabilizador por sí mismo. «Cuanto más rápido crece el nivel de instrucción de una población, más frecuente es el derrocamiento del gobierno», señaló. Las revoluciones francesa y mexicana vinieron precedidas no de un periodo de pobreza, sino de un desarrollo social y económico sostenido. El crecimiento económico del que la élite global es actualmente gran adalid en todo el mundo provocará inestabilidad y revueltas antes de que pueda llegar a favorecer la instauración de sociedades políticamente avanzadas.

En los congresos internacionales, los expertos tienden a dar mucha importancia a la corrupción. El orden político nos muestra que la propia modernización que esos mismos expertos defienden es la causa raíz de la corrupción. El siglo XVIII fue un periodo de niveles de corrupción sin precedentes en Inglaterra debido al inicio allí de la Revolución Industrial; lo mismo puede decirse del Estados Unidos decimonónico. Pero la corrupción puede ser útil en esos estadios de desarrollo, escribió Huntington, y no deberíamos menospreciarla sin más desde un pacato moralismo. La corrupción proporciona un medio muy efectivo de asimilar a nuevos grupos sociales al sistema. La venta de escaños parlamentarios, por ejemplo, es típica en las democracias emergentes y es preferible a los ataques armados contra el parlamento en sí. La corrupción, señalaba Huntington, es una forma de alienación menos extrema que la violencia: «Quien corrompe los agentes de policía de un sistema es más proclive a identificarse con ese sistema que

quien asalta sus comisariás». En el Estados Unidos de finales del siglo xix, los parlamentos y los consistorios estaban corrompidos por las compañías de servicios públicos, por las empresas de ferrocarriles y por las nuevas corporaciones industriales: las mismas fuerzas que estaban espoleando el crecimiento económico y ayudando a hacer de Estados Unidos una potencia mundial. En la India, muchas actividades económicas se paralizarían si desaparecieran las mordidas. La corrupción en dosis moderadas puede servir para vencer un obstáculo como sería el de la indolencia administrativa y erigirse en un instrumento de progreso.

Al mismo tiempo, según explicaba Huntington, la transformación generada por la modernización y la corrupción da lugar a reacciones puritanas. Las dudosas componendas necesarias para que haya crecimiento y estabilidad son objeto de denuncia desde los sectores más fanáticos, que deslegitiman así el proceso político. Eso fue lo que ocurrió en Irán, por ejemplo, apenas una década después de la fecha de la publicación original de *El orden político*.

A Estados Unidos, decía Huntington, le cuesta entender el fermento revolucionario en el resto del mundo porque nunca ha sido escenario de una revolución real. Lo que sí vivió fue una guerra de independencia, pero ni siquiera fue una contienda «de nativos contra conquistadores extranjeros», como la de los argelinos contra los franceses, sino una lucha de colonos contra su país de origen. Las verdaderas revoluciones son otra cosa: son malas, según Huntington dejaba bien claro. Por fortuna, son poco frecuentes. Y es que, a medida que el proletariado de los suburbios marginales del Tercer Mundo se radicaliza, la clase media se vuelve cada vez más conservadora y más dispuesta a luchar por el orden existente. En ese libro escrito a finales de los años sesenta del siglo xx, Huntington estaba ya describiendo el mundo de comienzos del siglo XXI. Cuando por fin estalla una revolución de verdad, el empobrecimiento económico continuado «puede ser un factor clave para el triunfo de aquella». Así pues, la idea de que la escasez de alimentos y otras penurias causadas por las sanciones económicas vayan a provocar el derrocamiento de regímenes revolucionarios como los de Sadam Huseín o Fidel Castro no tiene ningún sentido desde el punto de vista de Huntington. Los sacrificios materiales, aunque intolerables en una situación normal, se convierten en demostraciones de compromiso ideológico en un entorno revolucionario: «Los gobiernos revolucionarios pueden verse debilitados por el aumento de los niveles de riqueza; pero jamás son derrocados por la pobreza». Los promotores españoles y canadienses que ahora construyen hoteles en La Habana tal vez sepan mejor que el gobierno estadounidense cómo socavar las bases de un régimen revolucionario.

Huntington describió el problema de las revoluciones, las monarquías, los regímenes pretorianos y los Estados feudales basándose en infinidad de ejemplos tomados de todo el mundo. Ofreció un panorama del desorden, la insolubilidad y la complejidad de nuestro tiempo, aunque eficientemente destilado y condensado. En una sola frase (de *El orden político*) expuso los diferentes papeles desempeñados por los ejércitos a lo largo del siglo xx: «En el mundo de la oligarquía, el soldado es un radical; en el mundo de la clase media, es un participante y un árbitro; ante el surgimiento de la formidable sociedad de masas [...], se convierte en el guardián conservador del orden existente». Nadie ha escrito nunca una mejor descripción del papel cambiante de las fuerzas armadas turcas en el transcurso de las décadas, o del carácter evolutivo del ejército egipcio, que la que acabo de citar. De hecho, cuanto más atrasada está la sociedad, más progresista puede ser el rol de los militares y más cauto debería ser Occidente a la hora de plantearse la sustitución de estos por políticos civiles.

La confianza de Estados Unidos en la bondad de la reforma «democrática» por sí misma está injustificada. «La reforma puede ser una catalizadora de la revolución —escribió Huntington—, más que un sustituto de esta [...] [pues] grandes revoluciones han seguido a periodos de reforma, y no a periodos de estancamiento y represión». En cualquier caso, la reforma en sociedades subdesarrolladas no se logra mediante la transparencia y un aumento de la participación popular, sino, como Mustafá Kemal Atatürk demostró en Turquía, mediante «la celeridad y la sorpresa: dos tradicionales principios de la guerra». Si un programa de reformas se va revelando gradualmente, la prensa libre tenderá a diseccionarlo y a propiciar una oposición popular a los cambios. Como siempre habrá un sector de la sociedad que esté a favor de una reforma pero no de la siguiente, el reformador debe obrar con sigilo y aislar cada conjunto de temas del que quiera plantearse a continuación, y recurrir con frecuencia, no al apoyo de los medios, sino a los vacíos de comunicación que existen en toda sociedad.

Ahora bien, los medios de comunicación de masas pueden obrar su propia y particular magia, como Huntington admitió en esa especie de larga coda a *El orden político* que escribió años más tarde y tituló *La tercera ola* (1991). Ese libro, subtítulo «La democratización a finales del siglo xx», ha sido considerado «universalista y militantemente prodemocrático» por el estudioso francés (y, en general, acerado crítico de Huntington) Pierre Hassner. Huntington nunca ha dejado de ser un liberal progresista, pero también se ha negado siempre a conformarse con perogrulladas facilonas, celoso como ha sido siempre de proteger una reputación (la suya) construida con el máximo celo. Sus libros ilustran bien aquel propósito al que supuestamente debe servir la institución de la titularidad de las plazas de docente universitario, pero que a menudo no cumple: la libertad, facilitada por la seguridad laboral, de expresar puntos de vista que pueden ser (en el mundo académico, al menos) impopulares, poco convencionales, poco gratos y audaces.

VI

Durante los años sesenta, Huntington afrontó momentos complicados. Tuvo que aguantar que grupos de manifestantes lo siguieran por el campus de Harvard entonando consignas contra él porque habían leído en el periódico de la universidad (el *Harvard Crimson*) que colaboraba con la Administración Johnson. El Centro de Asuntos Internacionales en el que Huntington trabajaba fue ocupado y atacado con bombas incendiarias. Cuando su hijo aún era pequeño, vio una mañana al levantarse que alguien había pintado las palabras «aquí vive un criminal de guerra» en la puerta de casa.

Aquello no disuadió a Huntington de volver a prestar servicios para el gobierno. Como ya he dicho, se integró en la Administración Carter y ayudó al presidente a diseñar una política exterior que funcionara como una expresión de nuestros ideales sobre derechos humanos. No hablamos de ningún ejercicio de santurronería blandengue, sino de una herramienta bien afilada que llegó a plantear serios problemas políticos para los soviéticos. Como coordinador de la planificación en seguridad, un puesto creado para él por Brzezinski (a la sazón consejero de seguridad nacional de Carter), Huntington también redactó la «Directiva Presidencial 18», un exhaustivo estudio de conjunto de las relaciones soviético-estadounidenses que contribuyó a mover al Consejo de Seguridad Nacional hacia posturas contrarias a la conciliación con Moscú. En un momento en el

que cundía el pesimismo, tras los avances soviéticos en Angola y Etiopía, y con una ONU dominada por una mayoría izquierdista del Tercer Mundo, Huntington creó un batallón de grupos de trabajo dedicados a evaluar la situación real de soviéticos y estadounidenses en cuanto a la producción de armas, la información de inteligencia, la economía, la diplomacia y otras áreas. Y él y su equipo llegaron a la conclusión de que la ventaja soviética era temporal y que Occidente terminaría tomando la delantera. Por ello, recomendaron encarecidamente que Estados Unidos aumentara su poder militar y creara una fuerza de reacción rápida en el golfo Pérsico. Ambas recomendaciones se irían haciendo realidad a lo largo de los dos últimos años de la presidencia de Carter y de los ocho años siguientes de presidencia de Ronald Reagan.

Hasta 1981 no se atrevería Huntington a publicar un libro sobre la experiencia de los años sesenta, titulado *American Politics: The Promise of Disharmony* («La política estadounidense: una promesa de discordia»). La mayoría de las generaciones de la historia han sido organizativas: es decir, han preferido funcionar conforme a sus rutinas diarias, dirigidas por otros. ¿Por qué, se preguntaba Huntington, hay generaciones que no son así? Su respuesta fue que los años sesenta del siglo xx constituyeron un «periodo de pasión doctrinaria», algo que estalla cada cierto número de generaciones en la cultura anglosajona y que tiene su raíz en la guerra civil inglesa del siglo xvii; el Nuevo Mundo vivió algo parecido con el Gran Despertar protestante de la década de 1740. Pese a las drogas y el sexo, para Huntington, los manifestantes de los años sesenta eran esencialmente unos puritanos indignados porque nuestras instituciones no estuvieran a la altura de nuestros ideales. Es precisamente lo que esos ideales prometen —una promesa imposible de materializar en su integridad en una época concreta— lo que explica la «angustia central» que late en el corazón de la política estadounidense.

Como Estados Unidos en las décadas de 1950 y 1960, la Inglaterra de comienzos del siglo xvii estaba sumida en un proceso de rápido desarrollo económico y cambio social; la alta y la baja nobleza estaba cada vez más frustrada con el carácter crecientemente impersonal que estaba adquiriendo el gobierno. La consecuencia fue un levantamiento puritano contra la Corona con la esperanza de erigir una sociedad sobre la base de la moral. El proceso culminaría con la Restauración, de signo netamente conservador. El Gran Despertar, un siglo después, fue otro resurgir de puritanismo: los cristianos evangélicos norteamericanos, imbuidos del optimismo de los pioneros, e impacientes con el statu quo de la época, se desplegaron entonces por toda Nueva Inglaterra llevados del afán de conquistar almas.

El Gran Despertar, según escribió Huntington, «legó al pueblo americano la creencia de que estaba embarcado en una misión moral para procurar el triunfo del bien sobre el mal», lo que dio como resultado lo que Huntington y otros autores han llamado el Credo Americano. Ese credo o doctrina se convertiría así en la piedra de toque de nuestra identidad nacional, porque, durante las primeras décadas de historia de nuestro país, poco más había que pudiera separarnos como nación de nuestros parientes ingleses. La lealtad al credo permitió que una generación de inmigrantes tras otra fueran americanizándose con rapidez sin renunciar a conservar ciertos elementos de sus culturas étnicas. A diferencia de otros credos nacionales, pues, el nuestro es universalista, democrático, igualitario e individualista. La era jacksoniana de las décadas de 1820 y 1830 fue un periodo de pasión doctrinaria por ese credo, como también lo fueron los años de la era populista-progresista de principios del siglo xx.

«La oposición al poder y la desconfianza hacia el gobierno, visto como la más peligrosa encarnación del poder, son los temas centrales del pensamiento político estadounidense», escribió Huntington. Y es verdad: basta con que nos fijemos en nuestros grupos extremistas para verlo. Mientras que, en Europa, tanto la derecha como la izquierda han tendido tradicionalmente a estar a favor de un Estado fuerte, tanto los radicales derechistas como los izquierdistas en Estados Unidos siempre han reclamado más «control popular». De hecho, hasta las instituciones necesarias para afrontar las amenazas de los enemigos exteriores fueron execradas por los activistas de los años sesenta. «La arrogancia del poder fue superada por la arrogancia de la moralidad», escribió Huntington. La Vieja Izquierda fue identificada con la clase obrera y los sindicatos, pero la Nueva Izquierda «renunció a la clase obrera y puso el acento en el moralismo, más que en la ideología». La Nueva Izquierda, explicó en una ocasión un líder de Estudiantes por una Sociedad Democrática al que Huntington citaba en su libro, «parte de unos valores morales, que son considerados absolutos»: puritanismo en toda su pureza.

Tras esa pasión doctrinaria viene la indiferencia cínica, seguida de un retorno del conservadurismo; la pasión por el credo juzga al gobierno y a la sociedad por unos criterios imposibles de cumplir. Aun así, según Huntington, la pasión doctrinaria por el Credo Americano es uno de los ingredientes centrales de la grandeza de Estados Unidos. Juzgando a sus autoridades e instituciones conforme a criterios inalcanzables como ningún otro país lo ha hecho, Estados Unidos ha ido inventándose periódicamente a sí mismo por evolución, más que por revolución. ¿Cuál será el tema del próximo periodo de pasión doctrinaria? «En la actualidad, se considera que el poder es cosa del capital y la gran empresa. Así que el próximo estallido de pasión doctrinaria posiblemente tendrá como objetivo al capitalismo empresarial hegemónico».

VII

Los primeros años de la década de 1990 fueron un momento de optimismo, si no de triunfalismo, en Occidente. Se acababa de ganar la Guerra Fría. Los neoconservadores suponían que las elecciones democráticas y la desatadura de las fuerzas del mercado mejorarían la vida en todas partes. Los liberales progresistas supusieron que la política de poder y los grandes presupuestos de defensa eran reliquias del pasado. Las noticias parecían augurar una influencia y una eficacia crecientes para Naciones Unidas. Estaba surgiendo una nueva élite transnacional que creía que el mundo iba camino de crear una cultura verdaderamente global.

Entonces, Samuel Huntington publicó un artículo titulado «¿Choque de civilizaciones?». El artículo, publicado en *Foreign Affairs* en 1993, fue concebido en parte en uno de los seminarios de Huntington, en uno de cuyos debates de clase se cuestionó el paradigma de un mundo unificado por la globalización. Apenas había indicios de que existiera civilización universal alguna más allá de los confines de una reducida élite de personas con un alto nivel de formación. El hecho de que Estados Unidos y China, por ejemplo, se pudieran comunicar más fácilmente que antes no significaba que fuera más probable que se pusieran de acuerdo a partir de entonces. De hecho, la atención de los medios a conflictos como los de Palestina o Irlanda del Norte tendía más bien a poner de relieve las faltas de entendimiento. Si tenemos en cuenta lo muy a contracorriente que habían ido desde un principio muchas de las ideas expuestas por Huntington con anterioridad —que la corrupción puede ser buena según los casos; que la diferencia entre

democracia y dictadura no es tanta como creemos; que los radicales de los sesenta eran unos puritanos—, «¿Choque de civilizaciones?» no debería haber causado demasiada sensación. A la luz de los acontecimientos posteriores, la tesis de Huntington podría parecer incluso poco reseñable: y es que no otro es el irónico destino que suele aguardar a la verdadera clarividencia.

Mi hipótesis es que la fuente fundamental de conflicto en este mundo nuevo no será primordialmente ideológica ni económica. Las grandes divisiones en la humanidad y la fuente predominante de conflicto serán culturales. Los Estados nación seguirán siendo los actores más poderosos en la escena internacional, pero los principales conflictos de la política global se producirán entre naciones (o grupos de naciones) de civilizaciones diferentes. [...] El conflicto entre civilizaciones será la siguiente fase de la evolución del conflicto en el mundo moderno.

Pero esas palabras sí levantaron pasiones. La reacción de indignación fue instantánea. También lo fue el interés por lo que Huntington tuviera que decir. «¿Choque de civilizaciones?» fue traducido a 26 idiomas; en todo el mundo se organizaron congresos académicos para discutir el artículo. «A diferencia de otras obras previas de Sam —me comentó en una ocasión Brzezinski—, el título de esta lo decía todo. Así que la gente reaccionó a un cautivador título sin leer los interesantes matices contenidos en el texto en sí». La afirmación de Huntington de que, más allá de las universidades, los hoteles de lujo y las flamantes nuevas urbanizaciones de alto standing, había un mundo que se estaba embruteciendo con nuevas tensiones sociales y culturales —que alimentaban a su vez nuevos conflictos políticos— resultaba inmensamente amenazadora para una élite cuyo estilo de vida cosmopolita estaba aislado de aquellas realidades descritas por Huntington. Para las élites del Tercer Mundo, en especial, admitir la verdad que encerraban los argumentos de Huntington habría equivalido a reconocer la fragilidad de su propio estatus en el seno de sus sociedades respectivas.

Huntington no dijo solamente que ciertas partes del mundo eran anárquicas y que la catástrofe parecía cernirse sobre África y Asia; a fin de cuentas, muchos analistas estaban ya dispuestos a admitir tal cosa, aunque se negaran a atribuirle la importancia debida. Huntington dijo también que la desaparición del comunismo no significó en modo alguno la desaparición de las batallas territoriales atávicas en las que había consistido la política del poder desde tiempos inmemoriales. El proyecto liberal-progresista de unificación del mundo a través de unos valores universales estaba condenado a malograrse. Pero para quienes creían que el fin de la Guerra Fría implicaba que el mundo sería menos peligroso a partir de entonces, aquel modo de pensar era muy ofensivo. Muchas de las críticas de «¿Choque de civilizaciones?» suponían meros juicios de valor —«un peligro moral», «una profecía autocumplida»— antes que un intento de debate sustantivo.

Pero también hubo un ataque a la tesis de Huntington basada en razones más propiamente sustanciales. ¿Cuál era la acusación fundamental? Que Huntington estaba siendo simplista. El mundo islámico, por ejemplo, no era uniforme. Los Estados musulmanes luchaban a menudo entre sí o se denunciaban unos a otros. Huntington respondió a sus críticos con un segundo artículo en *Foreign Affairs* ese mismo año 1993 en el que sostuvo que precisamente de eso se trataba, de buscar la simplicidad: «Cuando las personas reflexionan seriamente, piensan en abstracto; crean imágenes simplificadas de la realidad: conceptos, teorías, modelos, paradigmas. Sin tales constructos intelectuales, no hay más que “exuberante y frenética confusión”, como la llamó William James». El paradigma de la Guerra Fría, señalaba Huntington, no explicaba muchos de los conflictos y novedades acaecidos de 1945 a 1989. Sin embargo, resumía toda esa

realidad mejor que otros paradigmas. En esta era nuestra en la que tantos académicos e intelectuales, temiendo ataques de otros homólogos suyos, prefieren la seguridad de las sutilezas que se anulan mutuamente, Huntington estaba reivindicando —y defendiendo— el deber del académico de decir lo que piensa realmente en términos escuetos y generales.

En el libro que nació de aquel artículo suyo, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (1996), Huntington ofrecía multitud de otras reflexiones. Allí mostraba, por ejemplo, que mientras Occidente había generado ideologías, Oriente había generado religiones. Y explicaba que la religión es ahora la fuerza más amenazadora en la escena internacional. Señalaba asimismo que, contrariamente a lo que pudiera parecer, como el comunismo era una ideología centroeuropea, la Unión Soviética estaba filosóficamente más próxima a Occidente que la Rusia cristiana ortodoxa que la acababa de suceder. Nos recordaba también que la Guerra Fría fue un acontecimiento fugaz en comparación con la intemporal lucha entre Occidente y el islam. En la Edad Media, los ejércitos musulmanes avanzaron por la península ibérica hasta llegar a Francia, y por los Balcanes hasta las puertas de Viena. Un proceso similar de avance, aunque demográfico en vez de militar, está teniendo lugar actualmente en Europa. «Los peligrosos choques del futuro —escribió Huntington— surgirán probablemente de la interacción entre la arrogancia occidental, la intolerancia islámica y la autoafirmación sínica [china]».

En los años transcurridos desde la publicación de su artículo y su libro, la OTAN se ha ampliado a tres países protestantes-católicos, pero ha renunciado a hacerlo a varios países ortodoxos, de manera que el mapa actual de la Alianza, salvo algunas excepciones, se asemeja al de la cristiandad occidental medieval. Mientras tanto, sigue produciéndose una huida de cristianos de Oriente Próximo a medida que el fantasma de la opresión islámica se alza amenazador en el Líbano, Siria y los territorios palestinos. Varias organizaciones eclesiásticas estadounidenses, tanto liberales como conservadoras, se han unido para apoyar a los cristianos que luchan por sus derechos humanos en China, y para condenar la matanza musulmana de cristianos en Sudán. La capacidad de Huntington para explicar estos fenómenos y otros muchos con una teoría general como la suya es toda una indicación de la importancia duradera que seguramente tendrá su obra. Después de todo, ¿dónde están ahora los kremlinólogos, aquellos que, durante la Guerra Fría, nos decían que el sistema soviético era básicamente estable; o los africanistas que, en las décadas de 1960 y 1970, preveían un crecimiento y un desarrollo futuros en lugares desgarrados desde entonces por la guerra?

¿Qué aplicabilidad tienen las ideas de Huntington a la actual crisis derivada de los ataques terroristas contra Nueva York y Washington? Él es reacio a hablar de políticas concretas que recomendaría al gobierno de Estados Unidos. Ya ha advertido en el pasado de que no tiene sentido esperar que pueblos que no son como nosotros se nos terminen pareciendo significativamente más; ese bienintencionado instinto hace más mal que bien. «En el emergente mundo del conflicto étnico y el choque de civilizaciones, la fe de Occidente en la universalidad de la cultura occidental presenta tres grandes problemas: es falsa, es inmoral y es peligrosa». En la incipiente guerra que liderará Estados Unidos, será precisa la máxima cautela para no perder de vista que nuestro foco de atención central debe ser la salvaje realidad del terrorismo. Él señala, en ese sentido, que Osama Bin Laden aspira claramente a incitar un conflicto a nivel de civilizaciones entre el islam y Occidente. Estados Unidos debe impedir que eso ocurra, principalmente, reuniendo una coalición contra el terrorismo que trascienda las líneas divisorias

entre civilizaciones. Además, Estados Unidos debe aprovechar esta oportunidad para lograr dos objetivos: en primer lugar, unir más estrechamente a las naciones de Occidente; y en segundo lugar, tratar de entender de un modo más realista cómo se ve el mundo a través de los ojos de otros pueblos. Lo que toca ahora es aplicarnos una especie de humildad sin sentimentalismos en la definición de nuestros objetivos y ser implacables pero mesurados en cuanto a los métodos que empleemos para conseguir estos.

Y añade la conclusión siguiente a propósito del mundo en el que vivimos: «Es un lugar peligroso, en el que un gran número de personas se sienten ofendidas por nuestra riqueza, nuestro poder y nuestra cultura, y se oponen enérgicamente a nuestros intentos de persuadirlas o de obligarlas a aceptar nuestros valores de derechos humanos, democracia y capitalismo. En un mundo así, Estados Unidos debe aprender a distinguir quiénes son nuestros amigos de verdad, aquellos que estarán con nosotros y con quienes nosotros estaremos en las buenas y en las malas; quiénes son aliados oportunistas con quienes tenemos algunos intereses en común, pero no todos; quiénes son socios estratégicos y competidores nuestros según el momento, y con quienes, por lo tanto, tenemos una relación ambivalente; quiénes son antagonistas nuestros con los que, aun siendo rivales, es posible negociar; y quiénes son enemigos irreductibles que tratarán de destruirnos si nosotros no los destruimos antes a ellos».

VIII

Huntington jamás ha dejado que las buenas intenciones afecten a la claridad de un análisis. Sabe que la labor de un politólogo no consiste necesariamente en mejorar el mundo, sino en decir lo que cree que está ocurriendo en él, y luego recetar un modo de proceder que sirva a los intereses del gobierno de su país. En un artículo que publicó en *Foreign Affairs* en 1997 con el título de «The Erosion of American National Interests», escribió: «En algún momento del futuro, la combinación formada por una amenaza de seguridad y un desafío moral obligará de nuevo a los estadounidenses a destinar grandes recursos a la defensa de los intereses nacionales». Una movilización renovada como esa, continuaba él, será más fácil si la base de partida es baja que si hay que reorientarla desde una serie de enquistadas iniciativas en política exterior que no sean tan vitales para nuestra seguridad. Por lo tanto, un enfoque más limitado a la hora de afrontar el mundo podría posibilitar también que nos movilizáramos más rápido en caso de emergencia de lo que lo haríamos si estuviéramos involucrados demasiado a fondo en demasiados puntos calientes del planeta, ya fuera como resultado de las presiones de lobbies «particularistas», ya fuera guiados por alguna gran concepción ideológica de los derechos humanos o de cómo organizar el mundo.

El conservadurismo real no puede aspirar a llevar a la práctica nobles principios idealistas, porque su misión es defender lo que ya existe. El dilema conservador es que lo único que puede dotar de legitimidad al conservadurismo es que los hechos le den la razón, mientras que los liberales progresistas, siempre que son desmentidos por la realidad, tienen unos principios universales que reivindicar en su propia defensa. Samuel Huntington nunca ha dejado de propugnar ideales liberales progresistas, pero sabe que tales ideales no pueden pervivir sin poder, y que el poder requiere un cuidado mantenimiento.

Si la ciencia política estadounidense deja algún monumento intelectual perdurable, la obra de Samuel Huntington será uno de los pilares del mismo. Siempre he creído que hay un pasaje en la conclusión de *American Politics* que capta a la perfección la esencia del imperecedero buen juicio y la sensibilidad política de Huntington: «Los críticos dicen que Estados Unidos es un fraude porque su realidad se queda a mucha distancia de sus ideales. Se equivocan. Estados Unidos no es un fraude: es una decepción. Pero solo puede ser tal decepción, porque también es una esperanza».

POR QUÉ JOHN MEARSHEIMER TIENE RAZÓN (EN ALGUNAS COSAS)

The Atlantic, enero-febrero de 2012

«¡Yo —China— quiero ser la Godzilla de Asia, porque ese será el único modo de que yo —China— sobreviva! No quiero que los japoneses violen mi soberanía como lo hicieron en el siglo xx. No me puedo fiar de Estados Unidos, porque ningún Estado puede estar nunca seguro de las intenciones de otro. Y como buenos realistas que somos, nosotros —los chinos— queremos dominar Asia como los estadounidenses llevan tiempo dominando el hemisferio occidental». John J. Mearsheimer, profesor «con honores por servicio distinguido» y titular de la cátedra R. Wendell Harrison de ciencia política de la Universidad de Chicago, habla de carrerilla con su ligero acento de Brooklyn, golpeando la pizarra con la tiza y borrando sus palabras directamente con la mano ante un público de un par de docenas de estudiantes de posgrado en un seminario de tres horas titulado «Fundamentos del realismo».

Mearsheimer escribe «anarquía» en el encerado y explica que la palabra no alude a un caos o a un desorden. «Simplemente significa que no existe una autoridad centralizada, ningún vigilante nocturno o árbitro supremo, que esté situada por encima de los Estados y los proteja». (Lo contrario de la anarquía, señala él, tomando prestada esa imagen del profesor de la Universidad de Columbia Kenneth Waltz, es la jerarquía, que es el principio que ordena la política interna de los países.) Luego escribe «la incertidumbre de las intenciones» y explica: los líderes de una gran potencia en este mundo que es una selva anárquica no pueden saber nunca qué están pensando los líderes de una gran potencia rival. El miedo es la sensación dominante. «Esa es la trágica esencia de la política internacional —dice en voz muy alta—. ¡Esa es la base del realismo y la gente odia a las personas que, como yo, señalan esa verdad!». No habiendo terminado de hablar aún, añade: «La incertidumbre de las intenciones es mi demoleedor gancho de boxeo en defensa del realismo siempre que alguien lo ataca».

Tras la clase, Mearsheimer me guía por los grises pasillos de cemento hasta su despacho en el edificio Albert Pick, cuya arquitectura gótica brutalista él describe sucintamente como «Alemania del Este, años sesenta». A sus 64 años de edad, con sus gafas redondas con montura de alambre y cabello gris bordeando una cabeza cada vez más calva, es una persona genial, voluble, animada: todo lo contrario de la áspera, insensible y nervuda prosa por la que es conocido y que ha enojado a tantas personas. Su despacho, cubierto de libros y archivadores por allí esparcidos, está adornado con las fotos de dos preeminentes realistas de Estados Unidos: Hans Morgenthau, de la primera mitad del siglo xx, y Samuel Huntington, de la segunda mitad. Morgenthau, un refugiado judío alemán que, como Mearsheimer, impartió docencia en la Universidad de Chicago, escribió en una ocasión que el realismo «apela al precedente histórico más que a principios abstractos [de justicia] y aspira a conseguir el mal menor antes que el bien absoluto». Huntington, el conocido profesor de Harvard que nos dejó en 2008, desafió a la élite de la política exterior con su famosa idea del «choque de civilizaciones» y con su otra idea anterior (y posiblemente más provocadora aún) de que el cómo esté gobernado un pueblo —

democráticamente o no— importa menos que el grado en que ese pueblo está gobernado: en definitiva, que Estados Unidos siempre tuvo más en común con la Unión Soviética que con cualquiera de los Estados débilmente gobernados de África.

Mearsheimer siente veneración por ambos hombres por la valentía con la que expusieron verdades impopulares, y durante toda su trayectoria ha intentado emularlos. De hecho, en un país que siempre ha sido hostil a lo que el realismo significa, él lleva con orgullo el calificativo de «realista». «¡Por el realismo!», dice mientras brinda con su copa de vino en un restaurante local. Como me cuenta un rato después Ashley J. Tellis, exalumna de Mearsheimer y, en la actualidad, tras un periodo en la Administración Bush, socia sénior del Fondo Carnegie, «el realismo es ajeno a la tradición estadounidense. Es conscientemente amoral, pues se centra más en los intereses que en los valores en un mundo que es depravado. Pero el realismo nunca muere, porque refleja de forma correcta cómo se comportan realmente los Estados tras la fachada de su retórica de los valores».

El carácter intelectualmente combativo de Mearsheimer intranquilizó por vez primera a la élite de la política exterior en 1988 con la publicación de una biografía crítica: *Liddell Hart and the Weight of History* («Liddell Hart y el peso de la historia»). En ella, afirmaba que el venerado teórico militar británico Sir Basil H. Liddell Hart se equivocó en ciertas cuestiones estratégicas básicas del periodo transcurrido entre la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, sobre todo, en lo referido a su oposición al uso de la fuerza militar contra el Tercer Reich, y fue en la práctica un «apaciguador» incluso después de que existieran ya pruebas fehacientes del asesinato sistemático al que estaban siendo sometidos los judíos bajo aquel régimen. Mearsheimer preveía que su perspectiva recibiría ataques de los reseñadores británicos de su libro más próximos a Liddell Hart, y así fue. «Otros politólogos se quedan en los capilares. John ataca a la yugular», aclara Richard Rosecrance, profesor jubilado de la Universidad de California en Los Ángeles y mentor de Mearsheimer en la década de los setenta.

Mearsheimer causó una hecatombe con un artículo de 2006 que se convertiría en un libro en 2007 escrito en colaboración con el profesor de Harvard Stephen M. Walt y dedicado a Huntington: *El lobby israelí y la política exterior de Estados Unidos*. Los dos autores sostenían que las organizaciones que apoyan a Israel han sido capitales para socavar importantes intereses estadounidenses en política exterior, sobre todo, en vísperas la guerra de Irak. Algunos críticos de la obra, como Eliot Cohen (profesor de la Universidad Johns Hopkins), acusaron abiertamente a Mearsheimer y a Walt de antisemitismo, amparándose para ello en que sus opiniones habían recibido el apoyo del supremacista blanco David Duke. Otros muchos los acusaron de proporcionar munición pesada a los antisemitas. Un antiguo colega de Mearsheimer en la Universidad de Chicago calificó el libro de «puro ejercicio de ciencia social monocausal de excrementicia calidad».

El pasado otoño, Mearsheimer reactivó a sus críticos al comentar favorablemente un libro sobre la identidad judía que muchos analistas calificaron de grotescamente antisemita. Aquel comentario suyo se convirtió en un manchón en el prestigio de Mearsheimer como opinador y fue visto como una prueba de su insana obsesión con Israel y con lo judaico en general.

Lo realmente triste de estas controversias, aun siendo lamentables como son, es que, en el caso de Mearsheimer, amenazan con eclipsar el perentorio y perdurable mensaje que se desprende del trabajo de toda una vida, un mensaje que derriba tabúes convencionales en política exterior y que

puede servir de imperturbable guía para la trayectoria a seguir por Estados Unidos en las décadas venideras. De hecho, ahora que la zona más crítica del mundo, el este asiático, se halla sumida en una carrera armamentista sin precedentes, alimentada por las adquisiciones de misiles y submarinos (especialmente, en la región del mar de la China Meridional, donde los Estados actúan más motivados por el nacionalismo de toda la vida que por valores universales), y ahora también que Oriente Próximo y Medio está experimentando una crisis de la autoridad central de sus gobiernos nacionales en vez de una revolución democrática, ignorar el mensaje general de Mearsheimer es un peligro que no nos podemos permitir.

En realidad, lo que más fama ha procurado a Mearsheimer en el mundo académico han sido sus igualmente polémicas opiniones sobre China y, en particular, su obra magna (de 2001) *The Tragedy of Great Power Politics* («La tragedia de la política de las grandes potencias»). En un artículo publicado en *Foreign Affairs* en 2010, el profesor de la Universidad de Columbia Richard K. Betts consideró *The Tragedy* una de las tres grandes obras de la era de la Posguerra Fría, junto con *El fin de la historia y el último hombre* (1992), de Francis Fukuyama, y *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (1996), de Huntington. Y, según Betts, «en cuanto el poder de China se haya desarrollado por completo», el libro de Mearsheimer bien podría adelantar a los otros dos en lo que a influencia se refiere. *The Tragedy of Great Power Politics* define fielmente a Mearsheimer... y al realismo. Mearsheimer me invitó a tomar asiento en su despacho, con vistas a los sombríos edificios de estilo gótico colegial de la Universidad de Chicago, y allí hablamos horas y horas, durante varios días seguidos, sobre *The Tragedy* y sobre su vida.

Él y sus cuatro hermanos se criaron en una familia de ascendencia alemana e irlandesa. Tres de ellos han hecho carrera académica. Mearsheimer se graduó por West Point entre el tercio de graduados con peor expediente de su promoción, aun después de haberse enamorado de la ciencia política en su penúltimo curso de carrera. Estudió un máster en la Universidad del Sur de California mientras estaba destinado allí cerca con la Fuerza Aérea y, luego, estudió su doctorado en Cornell. «Yo estaba en desacuerdo con casi todo lo que leía, no sentía devoción por ninguno de aquellos autores. Descubrí lo que yo pensaba a partir de aquello a lo que me oponía». Tras sendas estancias en la Institución Brookings y en Harvard, ingresó en el cuerpo docente de la Universidad de Chicago en 1982 y allí ha seguido desde entonces.

Si Harvard, al menos según el testimonio de Mearsheimer, es más propensa a funcionar como un «taller de política gubernamental», caracterizado por unos vínculos estrechos con Washington, la Universidad de Chicago se aproxima más a lo que sería un «entorno intelectual puro». En Harvard, muchos estudiantes y docentes están «en construcción», estableciendo redes de contactos para acceder a un primer (o posterior) puesto en la Administración Pública o en el mundo de los laboratorios de ideas. Es un entorno un tanto hostil a las teorías o a las ideas atrevidas; de hecho, Huntington sería la gran excepción que confirmaría esa regla. Después de todo, las teorías en ciencias sociales son grandes simplificaciones de la realidad; hasta las más brillantes de esas teorías pueden acertar, digamos, un 75 % de las veces, como mucho. Quienes las critican se fijan en las limitaciones de la teoría en cuestión y dañan así las reputaciones de los teóricos. De ahí que quienes tienen verdaderas ambiciones profesionales tiendan a abstenerse de desarrollar teorías en general.

La Universidad de Chicago —instalada ya de por sí en una ubicación desacostumbrada para una sociedad como la estadounidense, dominada por las élites de las dos «costas» del país (la atlántica y la pacífica)— siempre ha atraído a «bichos raros» cargados de teorías: politólogos que, aunque muy respetados, no gozan realmente de la aceptación de la estructura del poder académico en Estados Unidos. Entre tales iconoclastas se han contado Hans Morgenthau, o Leo Strauss (otro refugiado judío alemán que algunos vinculan con el neoconservadurismo). Los realistas en particular han sido verdaderos extraños en una profesión dominada por los internacionalistas liberales y por otras figuras adheridas a posiciones de izquierda.

Para Mearsheimer, la hostilidad del mundo académico hacia el realismo se hace manifiesta en el hecho mismo de que Harvard, que siempre aspira a contratar a los académicos punteros en todas las disciplinas, nunca intentara hacerse con los servicios de los dos pensadores realistas más importantes del siglo xx: Morgenthau y Kenneth Waltz. Pero en Chicago, un realista como Mearsheimer, a quien le encanta enseñar y que nunca tuvo aspiraciones de trabajar en el gobierno, puede propugnar teorías e ideas impopulares y deleitarse luego con el alboroto que provocan. Sea cual sea la opinión de consenso de moda, Mearsheimer casi siempre se propone instintivamente hacerle frente, sobre todo si emana de Washington.

Las mejores grandes teorías no suelen llegar antes de la edad madura, cuando el autor cuenta ya con suficiente experiencia y errores vitales en los que basarse. El clásico de Morgenthau Política entre las naciones (1948) se publicó cuando él tenía ya 44 años; El fin de la historia, de Fukuyama, salió en forma de libro cuando él ya había cumplido los cuarenta, y Huntington convirtió en libro su El choque de civilizaciones a los 69 años. Mearsheimer comenzó a escribir *The Tragedy of Great Power Politics* mediada la cuarentena, tras llevar trabajando una década en su teoría central. Publicado justo antes del 11-S, el libro da a entender la necesidad de que Estados Unidos evite las distracciones estratégicas y se concentre en hacer frente a China. Una década después, ahora que el crecimiento del poderío militar chino resulta muchísimo más evidente que en 2001, y tras las debacles en las guerras de Irak y Afganistán, su clarividencia resulta sobrecogedora.

The Tragedy comienza con una contundente negación de la posibilidad de la paz perpetua y una afirmación de la tesis contraria, la de la lucha perpetua, pues las grandes potencias están incentivadas para tomar la ofensiva, ya que nunca pueden saber con certeza cuánta capacidad militar necesitarán para sobrevivir a largo plazo. Dado que todo Estado se siente permanentemente inseguro, su naturaleza interna es un factor menos importante de lo que creemos en comparación con su comportamiento a escala internacional, según Mearsheimer. «Las grandes potencias son como bolas de billar que solo difieren unas de otras por su tamaño», proclama. Dicho de otro modo, Mearsheimer no se deja impresionar especialmente por el dato concreto de que un Estado sea una democracia. Como él mismo afirma desde un primer momento, «que China sea democrática y esté muy integrada en la economía global, o que sea autocrática y autárquica, poco va a influir en su conducta, pues las democracias se preocupan tanto por la seguridad como las “no democracias”». De hecho, una China democrática podría ser más innovadora en el plano tecnológico y más sólida en el económico, lo que repercutiría en una mayor cantidad de talento y de dinero con los que colmar a su sector militar. (Un Egipto democrático, por ejemplo, podría plantear mayores problemas de seguridad para Estados Unidos que un Egipto autocrático. Mearsheimer no está emitiendo juicios morales con tales

aseveraciones. Simplemente, se limita a describir cómo interactúan los Estados entre sí en un mundo anárquico.)

Asumámoslo, nos pide Mearsheimer en su libro citando las palabras del historiador James Hutson: el mundo es un «puente de mando brutal y amoral». Para asegurarse de que sus lectores capten el sentido de su argumento, recurre al conocido libro *La crisis de los veinte años* (1919-1939), que el historiador británico E. H. Carr publicó precisamente en 1939, y que resulta demoledor para las tesis del internacionalismo liberal. He aquí uno de sus argumentos principales: «Cualesquiera que sean los principios morales en juego, siempre habrá una cuestión de poder imposible de expresar en términos de moralidad». Por ejemplo, en la década de 1990, solo fuimos capaces de intervenir para salvar vidas en los Balcanes porque el régimen serbio era débil y no disponía de armamento nuclear; contra un régimen como el ruso, que estaba en aquel entonces cometiendo incalculables violaciones de los derechos humanos en Chechenia, no hicimos nada, como tampoco hicimos nada para detener la limpieza étnica en el Cáucaso. Los Estados hacen suya la causa de los derechos humanos únicamente cuando esta no se contradice con el objetivo del poder.

Pero Mearsheimer no se conforma con ser un realista; él necesita ser un «realista ofensivo» (por oposición a «defensivo»), como se denomina a sí mismo. «El realismo ofensivo —escribió en *The Tragedy*— es como el haz de luz de una potente linterna en una habitación a oscuras»: no puede explicar todas las acciones acaecidas a lo largo de cientos de años de historia, pero sí nos permite repasar exhaustivamente toda esa historia para mostrar cuánta proporción de la misma puede explicar. Así, mientras que el realismo de Hans Morgenthau está fundamentado en la naturaleza imperfecta del hombre, el de Mearsheimer es estructural y, por consiguiente, mucho más inexorable. A Mearsheimer le importa relativamente poco lo que los estadistas concretos pueden hacer o dejar de hacer, pues el estado de anarquía en el sistema internacional garantiza la inseguridad sea cual sea el modo de actuar individual. Comparados con Mearsheimer, tanto Henry Kissinger como el ya desaparecido diplomático estadounidense Richard Holbrooke —dos hombres entre los que se suele establecer un contraste comparativo— son la misma cosa: figuras románticas que creen que pueden lograr un efecto decisivo en la historia mediante la negociación. Kissinger, de hecho, ha escrito exuberantes historias de estadistas en *Un mundo restaurado: la política del conservadurismo en una época revolucionaria* (1957) y en *Diplomacia* (1994), dispensándoles un trato cálido y atractivo, mientras que el *The Tragedy* de Mearsheimer es frío y clínico. Kissinger y Holbrooke se interesan mucho por las eventualidades de cada situación y por las personalidades de los implicados; Mearsheimer, a quien siempre se le dieron bien las matemáticas y las ciencias en el colegio, no ve más que patrones y esquemas, aun cuando sus propios análisis históricos han ayudado a rescatar a la ciencia política de los estudios puramente cuantitativos que tanto fomentan otros compañeros de profesión.

Pero igual que la teoría del realismo de Mearsheimer contrasta con la de Morgenthau por su estructuralismo, también contrasta con el realismo estructural de Waltz (profesor en la Universidad de Columbia) por su acento en la actitud ofensiva, antes que defensiva. El realismo ofensivo niega la existencia de las denominadas potencias del statu quo: todas las grandes potencias toman permanentemente la ofensiva, aunque pueden topar con obstáculos que les impidan expandir su territorio o su influencia.

¿Qué fue el Destino Manifiesto sino realismo ofensivo?, interpela Mearsheimer a su lector. «En realidad, Estados Unidos estaba empeñado en cimentar una hegemonía regional y fue una potencia expansionista de primer orden en América». Para ello, adquirió territorios de las potencias europeas, masacró a los habitantes nativos e instigó una guerra contra México, en buena medida, en aras de la seguridad. Mearsheimer también detalla el historial de agresiones de Japón en Corea, China, Rusia, Manchuria y las islas del Pacífico a partir de su consolidación como Estado nación tras la Restauración Meiji en el siglo xix. Para demostrar que es la estructura anárquica del sistema internacional, y no las características internas de los Estados, lo que determina la conducta de estos, nos muestra cómo Italia, durante las ocho décadas en que fue una gran potencia, evidenció idéntico nivel de agresividad bajo regímenes liberales como bajo el régimen fascista: fue al ataque en el norte de África, en el Cuerno de África, en el sur de los Balcanes, en el suroeste de Turquía y en la región meridional de Austria-Hungría. También caracteriza al alemán Otto von Bismarck como un realista ofensivo que impulsó una política de conquista durante sus primeros nueve años en la cancillería imperial y que, luego, se contuvo durante los diecinueve siguientes. «En realidad, [esa contención] se debió a que Bismarck y sus sucesores comprendieron con acierto que el ejército alemán había conquistado todo el territorio que podía ocupar sin provocar una guerra entre grandes potencias, una guerra que Alemania tenía todas las de perder». Pero cuando Mearsheimer retoma esa historia a inicios del siglo xx, Alemania es de nuevo una potencia agresiva porque, para entonces, controla ya un porcentaje mayor de la capacidad industrial mundial que ningún otro Estado europeo por separado. Todas sus afirmaciones en ese libro vienen respaldadas por abundantes datos históricos que ayudan a explicar por qué la influencia de *The Tragedy* continúa yendo al alza, como ya predijera Richard Betts.

«Sostener que la expansión es inherentemente errónea —escribe Mearsheimer— implica afirmar que todas las grandes potencias no han sabido entender en estos últimos 350 años cómo funciona el sistema internacional. Pero ese argumento es inverosímil ya a simple vista». El problema de la tesis según la cual «la moderación es buena» es que «equipara erróneamente la expansión [considerada] irracional a la derrota militar». Pero la hegemonía ha tenido éxito muchas veces. El Imperio romano en Europa, la dinastía mogol en el subcontinente indio y la dinastía Qing en China son algunos de los ejemplos mencionados por el autor, que también recuerda que Napoleón, el káiser Guillermo II y Adolf Hitler estuvieron bastante próximos a triunfar. «Así pues, la búsqueda de la hegemonía regional no es una aspiración quijotesca», aun cuando ningún Estado haya alcanzado todavía la hegemonía regional en el hemisferio oriental como Estados Unidos la alcanzó en el occidental.

Las partes más provocadoras de *The Tragedy* son aquellas en las que Mearsheimer expone razones fundamentales inapelables para la agresividad de la Alemania guillermina, la Alemania nazi y el Japón imperial.

La decisión alemana de forzar un ambiente bélico en 1914 no fue un ejemplo de locura estratégica que indujo a un Estado a iniciar una guerra que estaba condenado a perder. Fue [...] un riesgo calculado motivado en buena medida por el deseo de Alemania de romper el cerco al que estaba sometida por la Triple Entente, impedir el crecimiento del poder ruso y convertirse en la potencia hegemónica en Europa.

En lo que respecta a Hitler, fue alguien que «sí aprendió una lección de la Primera Guerra Mundial». Hitler comprendió que Alemania no podía luchar en dos frentes al mismo tiempo y

que estaba obligada a obtener victorias rápidas y sucesivas, las cuales, por cierto, consiguió en la Segunda Guerra Mundial. Por su parte, el ataque de Japón sobre Pearl Harbor fue un riesgo calculado para no tener que abandonar el imperio japonés en China y el sureste asiático por culpa de un embargo estadounidense a la importación nipona de energía y maquinaria.

Mearsheimer no es ningún belicista ni militarista. Su labor como politólogo no consiste en mejorar el mundo, sino en decir lo que cree que está ocurriendo en ese mundo. Y piensa que, aunque hay Estados que hacen bien en anhelar una política exterior basada en valores, la realidad del anárquico sistema internacional los obliga a comportarse de forma acorde con sus propios intereses. A su juicio, el internacionalismo liberal y el neoconservadurismo tienen muchos más números para provocar un derramamiento innecesario de sangre estadounidense que el realismo ofensivo. En realidad, y puesto que, como argumentan algunos, el realismo en el sentido clásico del término busca evitar la guerra por medio del mantenimiento de un equilibrio de poder, el realista es el enfoque más humanitario posible. (Siguiendo ese argumento, luchar contra la Alemania nazi era una necesidad perentoria porque los nazis estaban tratando de hacer añicos el sistema europeo de equilibrio de poder.)

A lo largo de esas más de quinientas páginas de defensa escrita de su propio estilo de realismo, Mearsheimer populariza dos conceptos más: el de «escurrir el bulto» y el del «poder bloqueador del agua». El segundo de esos conceptos lleva a Mearsheimer a proponer —en 2001, nada menos— una política exterior de comedimiento. Pero fijémonos antes en la idea de escurrir el bulto. Siempre que una nueva gran potencia entra en escena, uno o más Estados terminan actuando como freno o contrapeso de la misma. Pero, inicialmente, todos los Estados tratan de conseguir que sean otros los que actúen como ese freno: lo de escurrir el bulto «hace referencia básicamente al momento en que se dirime quién interviene para equilibrar, no a si se termina equilibrando o no». El Reino Unido, Francia y la Unión Soviética escurrieron en un momento u otro el bulto antes de la Segunda Guerra Mundial: cada uno de esos países intentó que fueran los otros los que soportaran la carga de la ofensiva de Hitler. En el Asia actual, Estados Unidos anima discretamente a Japón y a India a fortalecer sus fuerzas armadas para frenar a China, pero, al final, no tiene ningún otro país a quien cargarle ese muerto. De ahí la apelación de Mearsheimer, hace ya una década, a la necesidad de centrar nuestra atención en China.

Pero, desde el punto de vista analítico, es en el concepto del «poder bloqueador del agua» donde *The Tragedy* encuentra su principal punto de apoyo para levantar sus impactantes conclusiones. «Las grandes extensiones de agua son obstáculos formidables que ocasionan significativos problemas para la proyección de poder», escribe Mearsheimer. Se pueden desarrollar grandes armadas y fuerzas aéreas, y se pueden transportar y desembarcar soldados en playas y campos de aviación, pero conquistar grandes potencias terrestres allende los mares es difícil. Esa es la razón por la que Estados Unidos y el Reino Unido casi nunca han sido invadidos por otras grandes potencias. También explica por qué Estados Unidos casi nunca ha intentado conquistar permanentemente territorios en Europa o en Asia, y por qué el Reino Unido nunca ha tratado de dominar la Europa continental. Por consiguiente, el «objetivo central de la política exterior estadounidense» es «ser la potencia hegemónica en el hemisferio occidental» únicamente, e impedir el auge de una potencia hegemónica similar en el hemisferio oriental. A su vez, el papel apropiado de Estados Unidos es el de un «equilibrador transoceánico» que busque el equilibrio de poder necesario para evitar el ascenso de un hegemón euroasiático y que

solamente vaya a la guerra como último recurso para frustrar ese ascenso. Pero lo mejor siempre será escurrir el bulto y tratar de cargar a otro con el muerto en primer lugar, aconseja Mearsheimer, y no plantearse el ir a la guerra hasta el último momento, cuando sea ya absolutamente necesario.

Mearsheimer me comenta que Estados Unidos hizo bien en entrar muy tarde en la Segunda Guerra Mundial; de ese modo, pagó un «precio de sangre» menor que la Unión Soviética. «Hasta el Día D, un 93 % de todas las bajas alemanas se habían producido en el frente oriental», dice, y añade que la devastación sufrida por la Unión Soviética ayudó a Estados Unidos en la Guerra Fría que vino después.

«¿En qué se diferencia el equilibrio transoceánico del neoaislacionismo?», le pregunto. «Los aislacionistas —me responde él— creen que en ningún lugar que esté fuera del hemisferio occidental merece la pena que despleguemos tropas. Pero los equilibradores transoceánicos creemos que hay tres áreas críticas que no podemos permitir que sean dominadas por ninguna otra potencia hegemónica: Europa, el golfo Pérsico y el noreste de Asia. De ahí que —prosigue— fuera importante combatir a la Alemania nazi y a Japón en la Segunda Guerra Mundial. La historia estadounidense nos prepara para ser equilibradores transoceánicos, no aislacionistas ni el sheriff del mundo». Más tarde, cuando pregunto a Mearsheimer por las políticas de ligero distanciamiento adoptadas por la Administración Obama con respecto a Libia, y si constituyen un buen ejemplo de la estrategia de escurrir el bulto, él comenta que el problema de liderar «desde detrás» en ese caso radicó en que los aliados europeos de Estados Unidos carecían de la capacidad militar para hacer eficientemente el trabajo correspondiente. «Si los asesinatos masivos hubieran sido una posibilidad inminente, como ocurrió en Ruanda —me comenta—, entonces yo me habría declarado a favor de que interviniéramos en Libia. Pero no está claro que eso fuera así».

Esa reflexión es el prólogo de la advertencia que lanza Mearsheimer sobre el futuro, que, según él, nos depara un enfrentamiento con China. «Los chinos son unos buenos realistas ofensivos, así que tratarán de alcanzar la hegemonía en Asia», me dice, parafraseando su propia conclusión en *The Tragedy*. China no es ninguna potencia de statu quo. Buscará alcanzar el dominio en el mar de la China Meridional del mismo modo que Estados Unidos ha dominado en la cuenca del Caribe. Y añade: «A medida que China aumente su poder, es probable que intente expulsar a Estados Unidos de Asia, de manera muy similar a como Estados Unidos expulsó a las potencias europeas del hemisferio occidental. ¿Por qué íbamos a esperar que China se comportara de manera distinta a como lo hizo en su día Estados Unidos? ¿Acaso se guían ellos más por principios que nosotros? ¿Son más éticos? ¿Menos nacionalistas?». En la penúltima página de *The Tragedy*, lanza esta advertencia:

Ni la Alemania guillermina, ni el Japón imperial, ni la Alemania nazi, ni la Unión Soviética disponían ni mucho menos de la cantidad de poder latente que Estados Unidos tenía cuando se enfrentó a ellos. [...] Pero si China llegara a convertirse en una especie de Hong Kong gigante, probablemente poseería algo así como el cuádruple de poder latente que Estados Unidos, lo que le permitiría adquirir una ventaja militar decisiva sobre los estadounidenses.

Diez años después de que se escribieran esas líneas, la economía de China ha superado a la de Japón como la segunda del mundo. Su gasto total de defensa en 2009 fue de 150.000 millones de dólares, frente a los solo 17.000 millones de 2001. Pero más revelador aún es el patrón de la modernización militar china. «La planificación de fuerzas —producto de los compromisos a

largo plazo y de las decisiones sobre asignación de recursos— es el núcleo central de la estrategia», escribió el año pasado Thomas Donnelly, experto militar del American Enterprise Institute. Y hace ya más de una década que el sistema militar chino:

Ha cambiado su foco central de atención, que ha dejado de ser el repeler una invasión soviética y controlar la agitación interna en el país, y ahora es exclusivamente el derrotar a las fuerzas de Estados Unidos en el este de Asia. Esta ha sido una sorpresa estratégica a la que ninguna Administración estadounidense ha respondido de forma apropiada.

China está incrementando su flota de submarinos de 62 a 77 y ha probado un avión de combate indetectable por radar dentro de una política de fortalecimiento militar que también incluye nuevos buques de guerra de superficie, misiles y guerra cibernética. Andrew F. Krepinevich, presidente del Centro de Evaluaciones Estratégicas y Presupuestarias, opina que las naciones del Pacífico occidental están siendo lentamente «finlandizadas» por China: seguirán manteniendo una independencia nominal, pero, al final, puede que acaten las directrices en política exterior marcadas por Pekín. Y cuanto más se distrae Estados Unidos en Oriente Próximo y Medio, más rápidamente nos acerca a esa inminente realidad en el este asiático, que es el corazón geográfico de la economía global y de las armadas y las fuerzas aéreas del mundo.

Quienes critican las tesis de Mearsheimer dicen que el realismo ofensivo ignora por completo la ideología y la política interna de los países. Sostienen que él no tiene para nada en cuenta la sociedad y la economía china ni hacia dónde podrían encaminarse. Desde luego, las teorías simples como la del realismo ofensivo son inherentemente superficiales y se equivocan en algunos casos. Mearsheimer, por ejemplo, sigue esperando que la OTAN se desintegre algún día, como él mismo predijo en un artículo de 1990 en la revista *The Atlantic*. Que la Alianza no haya desaparecido aún se debe en igual medida a la política interna de los Estados occidentales y a la situación objetiva en el terreno de la seguridad internacional. Y el poder bloqueador del agua no impidió que Japón adquiriera un gran imperio marítimo a principios y mediados del siglo xx; ni tampoco impidió la invasión aliada de Normandía. Hablando en términos más generales, el enfoque frío, matemático, de los Estados como bolas de billar postulado por Mearsheimer ignora ciertos detalles más difíciles de calcular —como las personalidades de Adolf Hitler, Mao Zedong, Franklin Delano Roosevelt o Slobodan Milošević— que han tenido una repercusión monumental en cómo se han decidido guerras y crisis diversas. Las relaciones internacionales tienen tanto que ver con entender bien a Shakespeare —y las pasiones e intrigas humanas que sus obras sacan a relucir— como con conocer las teorías politológicas relevantes. Importa mucho que Deng Xiaoping fuera tan implacablemente despiadado como históricamente perspicaz, tanto que logró poner a China en movimiento para que llegara a ser el coloso económico y militar en el que se está convirtiendo. El Destino Manifiesto debe tanto a la sagacidad del presidente James K. Polk como a las leyes del determinismo histórico a las que alude Mearsheimer.

Pero, dados los límites de las teorías de las ciencias sociales cuando recurrimos a ellas para que nos ayuden a dar sentido al exuberante fárrago de acontecimientos de la historia, *The Tragedy of Great Power Politics* supone un éxito notable. Como Huntington dijo en una ocasión a propósito de su pupilo Fareed Zakaria, «si le decimos a la gente que el mundo es complejo, no estamos haciendo bien nuestro trabajo de científicos sociales. La gente ya sabe que es complejo. Nuestro trabajo consiste en destilar ese mundo, simplificarlo y dar a la gente una idea de cuál es la [causa] concreta, o el par de causas profundas, que explica ese fenómeno profundo».

A decir verdad, la teoría de Mearsheimer sobre las relaciones internacionales le permitió acertar de pleno en sus respectivas valoraciones de las dos guerras del Golfo, y es una de las pocas personas que lo ha hecho. Como buen partidario de la tesis del equilibrador transoceánico, Mearsheimer apoyó la primera guerra del Golfo contra Sadam Huseín, en 1991. Al ocupar Kuwait, Irak se había posicionado como hegemón potencial en el golfo Pérsico, lo que justificaba la acción militar estadounidense. Además, como el propio Mearsheimer adujo en varios artículos de opinión en prensa, Estados Unidos podía derrotar con facilidad a las fuerzas armadas iraquíes. Aquella afirmación lo convirtió en una especie de lobo solitario en los círculos académicos, donde muchos preveían un atolladero militar, cuando no un desastre. El Partido Demócrata, favorito de la mayoría de los estudiosos y expertos en dichos círculos, se oponía casi unánimemente a la guerra. La seguridad con la que Mearsheimer afirmaba que derrotar a Sadam iba a ser «pan comido» se basaba en parte en los viajes que él mismo había hecho a Israel en los años setenta y ochenta, cuando estaba estudiando la disuasión militar convencional. Los israelíes le habían contado que el ejército iraquí, imbuido como estaba de la doctrina soviética, era una de las peores fuerzas armadas del mundo árabe.

Pero el verdadero momento de gloria de Mearsheimer llegó en los prolegómenos de la segunda guerra del Golfo contra Sadam, en 2003. En esa ocasión, la tesis del equilibrio transoceánico no justificaba intervención bélica alguna. El poder de Irak estaba ya contenido y no era un país que estuviera a punto de convertirse en la potencia hegemónica del golfo Pérsico. Mearsheimer creía que aquella nueva guerra era muy mala idea y lo creía muy seriamente. Junto a Stephen Walt (de Harvard) y a Shibley Telhami (de la Universidad de Maryland) encabezó un grupo de 39 académicos, muchos de ellos de conocido pedigrí realista, por así decirlo, que firmaron una declaración oponiéndose a la guerra. El 26 de septiembre de 2002, publicaron y pagaron (38.000 dólares les costó) un anuncio a toda página en la sección de opinión de The New York Times. En el mensaje que encabezaba el anuncio se podía leer: «la guerra contra irak no sirve al interés nacional de estados unidos». Entre los puntos con los que justificaban tal aseveración estaba el siguiente: «Aun en el caso de que venzamos fácilmente, no disponemos de ninguna estrategia de salida creíble. Irak es una sociedad hondamente dividida que Estados Unidos tendría que ocupar y vigilar policialmente durante muchos años hasta crear allí un Estado viable».

Mearsheimer se oponía no solo a la guerra de Irak, sino también al proyecto neoconservador de transformación de la región, el cual, según me cuenta ahora, era «diametralmente opuesto» a lo recomendable según la tesis del equilibrador transoceánico. No es que él estuviera en contra de la democratización del mundo árabe en sí, pero entendía que no convenía intentarla —ni podía lograrse— por medio de un despliegue prolongado de tropas estadounidenses en Irak y Afganistán. Y, según me explica, él cree ahora que un ataque contra Irán sería una distracción más que nos apartaría de afrontar el desafío de China en el este asiático. Una guerra contra Irán, añade, empujaría a Teherán con más fuerza a los brazos de Pekín.

Durante aquellos meses previos a la guerra de Irak, Mearsheimer y Walt comenzaron a trabajar en lo que sería, primero, un artículo en la revista London Review of Books y, posteriormente, el libro El lobby israelí y la política exterior de Estados Unidos. (La revista The Atlantic había sido la que les había encargado originalmente ese trabajo, pero finalmente lo rechazó porque surgió un profundo desacuerdo entre los editores y los autores a propósito de la objetividad del texto.) En algunos aspectos, El lobby israelí puede leerse como una especie de apéndice a The Tragedy

of Great Power Politics: es casi como un estudio de caso de cómo no deben actuar las grandes potencias. Muchas de las figuras a quienes más o menos se relacionaba con el susodicho lobby apoyaban la guerra de Irak, que ya hemos visto que Mearsheimer consideraba una distracción innecesaria respecto a la disputa con China. La llamada relación especial entre Estados Unidos e Israel se contradecía con los principios de actuación de un equilibrador transoceánico, pues no hacía más que enredar más aún a Estados Unidos en los problemas de Oriente Próximo. Y quienes propugnan esa relación especial la han justificado repetidamente alegando el estatus de Israel como democracia estable enclavada en un entorno de Estados autoritarios inestables. Pero ese atributo interno es, a juicio de Mearsheimer, bastante irrelevante.

Mearsheimer niega que escribiera el libro para justificarse exponiendo las contradicciones entre la relación americano-israelí y su propia teoría general. Lo escribió, dice él, porque la relación especial es, en sí misma, un rasgo destacado de la política exterior estadounidense. También podría haber dicho que el lobby israelí es un ejemplo de cómo la política interna se inmiscuye en la política exterior; por lo tanto, su teoría del realismo ofensivo no es tanto una explicación de los acontecimientos como una aspiración a propósito de cómo deberían comportarse los Estados. Ya ha dicho en otros foros que el lobby es una «anomalía» en la historia estadounidense. Y anómalo es sin duda el libro que le dedicó.

Si *The Tragedy* es una teoría, El lobby israelí es un ejercicio de polémica, una reunión muy bien ordenada de hechos y argumentos que no deslegitima necesariamente a Israel, pero sí deslegitima la relación especial americano-israelí. El lobby israelí carece de la objetividad imponente (aunque cruel) de la que Mearsheimer hace gala en *The Tragedy*. Distorsiona negativamente episodios clave de la historia de Israel —comenzando con la fundación misma del Estado— y niega con ello a los israelíes la licencia que Mearsheimer sí reconoce a otros países, incluida China, para actuar como buenos realistas ofensivos. Él y Walt ponen a la misma altura el apoyo estadounidense a Israel y el apoyo soviético a Cuba, con lo que, en el fondo, equiparan una democracia vibrante con un Estado autoritario semifallido. Y mientras que *The Tragedy* es un libro pródigo en explicaciones, El lobby israelí no pasa de ser tedioso y abrumba al lector con listas de nombres de personas y organizaciones a las que los autores meten en el mismo saco de los favorables a la relación especial americano-israelí y a la guerra de Irak, pero que, en realidad, han mostrado sobradas y profundas discrepancias entre sí. Mientras tanto, las motivaciones de los dirigentes políticos de Estados Unidos en cada momento —es decir, de los presuntos destinatarios de las presiones del lobby y, por lo tanto, los más capacitados para valorar la fuerza de este— pasan prácticamente inadvertidas. Esa ausencia de conexión entre el lobby y las decisiones efectivamente tomadas por la Casa Blanca lastra seriamente el libro. Como bien ha sugerido el experto en Oriente Próximo Dennis Ross, si Al Gore hubiera sido elegido presidente en 2000, probablemente no habría invadido Irak, pese a que tenía vínculos mucho más estrechos que Bush con destacados judíos y con otros miembros de ese lobby.

A pesar de todo, El lobby israelí contiene una verdad analítica fundamental que resulta innegable: Estados Unidos e Israel, como la mayoría de los Estados, tienen algunos intereses propios divergentes que inevitablemente chocan contra la idea de una relación especial duradera, sobre todo si tenemos en cuenta la enorme diferencia de sus respectivas situaciones en el plano de la seguridad nacional. Para empezar, Estados Unidos es un país de tamaño continental protegido por océanos, mientras que Israel es un país pequeño a medio mundo de distancia y

rodeado de Estados enemigos. Como las situaciones geográficas de Estados Unidos e Israel son tan disímiles, sus intereses geopolíticos nunca pueden coincidir del todo como los más fervientes partidarios de Israel arguyen. (El programa nuclear de Irán es una amenaza mucho más aguda para Israel que para Estados Unidos, por ejemplo.) «Que Israel sea una democracia es importante —me comenta Mearsheimer—. Pero no basta para justificar los términos de la relación especial. Deberíamos tratar a Israel como a cualquier país normal, como tratamos a Gran Bretaña o a Japón».

Lo que exaspera particularmente a Mearsheimer y a Walt es la incondicionalidad de esa relación especial. Admiten que hacer que el apoyo estadounidense a Israel fuese «más condicional no eliminaría todas las fuentes de fricción» entre las naciones árabes y Estados Unidos; tampoco niegan «la presencia de un genuino antisemitismo en varios países árabes». Pero no pueden aprobar una situación en la que Estados Unidos ha dado a Israel, a lo largo de estas décadas, más de 180.000 millones de dólares en ayuda económica y militar, «la mayor parte de ellos a fondo perdido, más que en préstamos», y ni aun así puede arrancar de Israel más que muy modestas concesiones negociadoras, como moratorias de noventa días en la expansión de los asentamientos en Cisjordania (nada de desmantelarlos), cuando los palestinos sí han estado dispuestos en ocasiones a hacerlas, y no pequeñas, precisamente. (Y no olvidemos que Estados Unidos también ha mostrado sobradas veces su disposición a endulzar el trato con grandes golosinas en forma de equipos militares de tecnología avanzada.) Mearsheimer y Walt repiten en su libro que creen que Estados Unidos debe defender militarmente a Israel si cree que este último país corre un peligro mortal, pero que los israelíes deberían ser mucho más cooperativos en vista de toda la ayuda que reciben. Lo que sucede —argumentan también los autores— es que los israelíes no son más cooperativos porque no les hace falta serlo, algo que, a su vez, se debe a la intervención del lobby proisraelí. Así pues, en la más pura vena de Huntington, de una situación compleja los autores destilan una causa única y profunda.

No veo que ese argumento central tenga nada de malo o ilegítimo. Y por mucho que los críticos de El lobby israelí se esfuercen en buscar tres pies al gato buceando en el centenar de páginas de notas del libro, no creo que vayan a cambiar mi opinión en ese sentido. Lo digo yo, un veterano de las Fuerzas de Defensa de Israel y partidario inicial de la guerra de Irak (un apoyo, este último, que ahora lamento mucho haber dado en su día). Pueden decir lo que quieran sobre El lobby israelí, pero, como me comentó Justine Rosenthal (quien fuera directora de The National Interest, una de las principales revistas sobre política exterior, y que actualmente trabaja para Newsweek), aquel libro «cambió el signo del debate sobre Israel aunque no cambiara la política hacia ese país». Según la propia Rosenthal, «John es uno de los pensadores con mayor claridad lógica que conozco; sabe remachar muy bien sus argumentos». De hecho, si juntamos El lobby israelí con The Tragedy, podemos deducir las bases de lo que sería una gran estrategia de índole prudente para Estados Unidos: una estrategia que consistiría en ir invirtiendo menos recursos en una parte del mundo para invertir más en otra, si los acontecimientos lo permiten. La secretaria de Estado Hillary Clinton propuso recientemente que Estados Unidos dejase de pivotar tanto en torno a Oriente Próximo y Medio, y pasase a hacerlo más en torno a la región del Asia-Pacífico, una conclusión a la que Mearsheimer ya había llegado años atrás.

Son varias las ocasiones a lo largo del libro en las que Mearsheimer y Walt aluden con tono aprobatorio a la política que el presidente Dwight D. Eisenhower siguió en su día en Oriente

Próximo y Medio, mucho más imparcial con relación a Israel y los Estados árabes: sin ser hostil hacia los israelíes, sí carecía de la efusiva cordialidad que otros presidentes estadounidenses más recientes han mostrado con el Estado judío. Cuando le digo a Mearsheimer que «esa es la política que usted y Walt realmente quieren que Estados Unidos aplique en Oriente Próximo, ¿no es así?», él me responde: «Exactamente. Eisenhower puso bien firmes a Gran Bretaña, Francia e Israel (aliados estadounidenses los tres) y los obligó a retirarse del Sinaí en 1956. Imagínese — prosigue Mearsheimer— si hubiéramos tenido a Eisenhower en el periodo posterior a 1967, o ahora». Según Mearsheimer, Eisenhower habría forzado de inmediato a Israel a retirarse de los territorios ocupados, y todos los bandos enfrentados —e Israel en especial— habrían salido beneficiados a largo plazo. No cabe duda de que décadas de ocupación han cebado el odio a Israel de egipcios, jordanos y otros. Dado que el sistema electoral israelí garantiza siempre gobiernos débiles —sometidos siempre en mayor o menor grado a la voluntad de pequeños partidos derechistas opuestos a cualquier retirada territorial sustancial—, es posible que la única opción que le quede a Israel de no convertirse en una sociedad condenada al apartheid sea que un presidente estadounidense tenga el coraje de adoptar un enfoque «à la Eisenhower» de la situación y obligue a Israel a retirarse de partes significativas de Cisjordania, arrancando concesiones de los palestinos en el proceso. «No le pido que se fíe de mí, o de Steve Walt, o de Jimmy Carter. Solamente fíjese en lo que dijo el ex primer ministro israelí Ehud Olmert», cuyas declaraciones del 28 de noviembre de 2007 me cita literalmente el propio Mearsheimer:

Si llega el día en que la solución de los dos Estados se pierde para siempre y nos vemos abocados a una lucha a la sudafricana por unos derechos igualitarios de sufragio [...], desde ese mismo momento, el Estado de Israel estará acabado.

Además, la revuelta contra la autoridad central calcificada que está teniendo lugar en Oriente Próximo, aunque beneficiosa a largo plazo para el surgimiento de sistemas políticos más liberales, puede traducirse a corto y medio plazo en unos regímenes más caóticos y populistas, lo que lejos de reducir los problemas de seguridad para Israel los acrecentará. El coste para Israel de su nula disposición a hacer concesiones territoriales aumentará en vez de disminuir.

Pese a los ataques de que es objeto, siempre que Mearsheimer publica algo —ya sea un libro reciente sobre por qué los diplomáticos se ven obligados a mentir, ya sea un reciente ensayo condenando tanto el imperialismo liberal como el neoconservador—, rompe esquemas, abre nuevos caminos. En 2010 se publicó una compilación de artículos académicos de críticos suyos bajo el título de *History and Neorealism*, centrados en las teorías expuestas por Mearsheimer en *The Tragedy*. Algunas de las críticas son feroces, algo que demuestra que Mearsheimer es el enfant terrible de la ciencia política mucho más por lo que escribió en *The Tragedy* que por *El lobby israelí*. (Los contribuidores a ese volumen colectivo achacan a la teoría de Mearsheimer una falta de sutileza histórica, pero también en ese punto es él —como Huntington lo hace igualmente a su modo— el que fija los términos del debate.) Pese a la controversia mediática que rodeó a *El lobby israelí*, su libro más reciente, titulado *Why Leaders Lie* («¿Por qué mienten los dirigentes?», 2011), mereció generosos elogios (debidamente incluidos por los editores en la sobrecubierta del libro) de eminencias académicas como el profesor Robert O. Keohane (de Princeton) o los exdirectores de *Foreign Affairs* y de *Foreign Policy*. En las redacciones de los medios informativos, *El lobby israelí* ha deslegitimado a Mearsheimer. Pero en los ámbitos de las academias militares —donde yo enseñé durante dos años—, los laboratorios de ideas —

donde todavía trabajo— y diversos círculos de la Administración Pública y el gobierno federal con los que estoy familiarizado, Mearsheimer es discretamente tenido en mucha mejor consideración porque sus otros libros son bien conocidos. Aun así, la controversia (y los ecos que tuvo el pasado otoño) lo ha perjudicado sin duda.

Mearsheimer, que no destaca por su modestia, está convencido de que sus ideas son sólidas porque la teoría en la que se fundamentan también lo es. Volviendo a su principal obsesión, China, me comenta lo siguiente: «Todo el rato hay personas que me cuentan que acaban de regresar de China y que se han reunido con no sé cuántos chinos que desean una relación de paz. Yo les digo que esos chinos no estarán en el poder dentro de veinte o treinta años, y que las circunstancias entonces pueden ser muy diferentes. Como no podemos conocer el futuro, lo único de lo que podemos fiarnos es de la teoría. Si una teoría puede explicar muchos casos del pasado, como hace mi teoría del realismo ofensivo, tal vez pueda decirnos algo útil sobre el futuro». Y es probable que sea el futuro de China, más que el de Israel, el que termine determinando la reputación de Mearsheimer. Si China implosiona a raíz de una crisis socioeconómica, o sigue algún tipo de evolución que acaba eliminando su potencial como amenaza, la teoría de Mearsheimer se verá muy cuestionada, porque resta toda importancia a la política interna de los países. Pero si China termina convirtiéndose en una gran potencia militar y reconfigurando el equilibrio de fuerzas en Asia, entonces el *The Tragedy* de Mearsheimer perdurará elevado a la categoría de un clásico.

REFLEXIONES

EN POLÍTICA EXTERIOR, DONALD TRUMP NO ES NINGÚN REALISTA

The Washington Post, 13 de noviembre de 2016

El actual presidente electo, Donald Trump, está siendo calificado de «realista» en política exterior. No se lo crean. Puede que tenga algún que otro primitivo instinto realista, pero eso solo le convierte en un pésimo portador del mensaje del realismo. Los realistas como yo deberíamos estar muy intranquilos por su elección.

El realismo es una sensibilidad, no una guía concreta sobre qué hacer en cada crisis. Y es una sensibilidad arraigada en una consciencia madura del carácter trágico de la realidad, de todas las cosas que pueden salir mal en política exterior. De ahí que la cautela y el conocimiento de la historia estén inextricablemente unidos a la mentalidad realista. El realismo ha estado presente entre nosotros, por lo menos, desde que Tucídides escribiera La guerra del Peloponeso en el siglo v a. C., una obra en la que trabajaba con una definición de la naturaleza humana según la cual esta estaba movida por el miedo (phobos), el interés propio (kerdos) y el honor (doxa). Como el realista sabe que debe trabajar con esas fuerzas elementales, más que contra ellas, también sabe, por ejemplo, que el orden viene antes que la libertad, y que los intereses vienen antes que los valores. Después de todo, sin orden, no hay libertad para nadie, y sin intereses, un Estado carece de incentivos para proyectar sus valores.

Trump no ha dado señal alguna de haber reflexionado sobre nada de eso. Parece no poseer sentido alguno de la historia ni, por lo tanto, una consciencia madura del carácter trágico de la realidad. Ese sentido de la historia se forja principalmente leyendo. Así es como aprendemos cosas como nuestras obligaciones para con nuestros aliados o nuestro rol de país defensor de Occidente. Todos los presidentes estadounidenses modernos, aun sin ser intelectuales, han sido personas más o menos leídas. Pero Trump parece un «posletrado», alguien que se ha saltado toda esa parte de los libros y ha pasado directamente a la era digital, donde nada se comprueba, donde no existe el contexto y donde las mentiras proliferan.

Los realistas veneran la verdad, pues la lección suprema de la historia es que la verdad de las situaciones suele ser desagradable. Pero las declaraciones de Trump a lo largo de la campaña han demostrado ser una repetida desconsideración básica por la realidad de los hechos.

Los realistas saben que, aunque el equilibrio de poder no es la panacea, mantener un equilibrio de poder ventajoso con sus rivales es algo que, por lo general, beneficia a una nación. El presidente ruso Vladimir Putin ha alterado el equilibrio de poder desde la Europa central hasta Oriente Medio y eso es algo que necesitamos corregir a la mayor brevedad, aunque solo sea por tener una posición negociadora más fuerte con Rusia. Trump parece no entender nada de esto. De hecho, más que una actitud realista, sus benevolentes declaraciones sobre Putin delatan una peligrosa ingenuidad.

Los realistas saben que, como los valores van por detrás de los intereses (y no al revés), un régimen de libre comercio en Asia aumenta nuestra participación en aquella región y ello incrementa nuestros incentivos para proyectar allí nuestros valores. Un régimen de libre

comercio entre nuestros aliados también contrarresta la predominante influencia de China, que Trump dice que quiere reducir pero —como no es un realista— sin tener ninguna idea responsable sobre cómo hacerlo.

El realismo es moderación. Sabe ver el valor del statu quo cuando los idealistas no le ven más que inconvenientes. Por ello, recela del cambio. Trump, sin embargo, quiere convulsionar el sistema internacional: prendiendo la mecha de las guerras comerciales, incrementando las tensiones con México, cuestionando la OTAN. Es posible que integrar a las repúblicas bálticas en la OTAN no fuera la más prudente de las maniobras desde un punto de vista realista. Pero ahora que están en la Alianza, la credibilidad de la OTAN (y de Occidente) depende de que se la defienda. Pero es evidente que Trump y sus partidarios no comprenden esa idea.

El realismo (repito: porque es una sensibilidad y no una estrategia) debe ser complementado con una imagen históricamente correcta del lugar que Estados Unidos ocupa en el mundo. Y nada define mejor ese lugar que la ubicación del Museo en Memoria del Holocausto, justo al lado de la Explanada Nacional (o National Mall), el ajardinado foro donde se encuentran las grandes instituciones del gobierno federal en Washington: toda una muestra de que el Holocausto que sufrieron los judíos en Europa ha sido aceptado e integrado por consenso en nuestra conciencia nacional. Eso no significa que Estados Unidos deba intervenir cada vez que se produzca una violación de los derechos humanos en algún lugar del mundo, pues eso no sería nada realista. Pero sí quiere decir que debe siempre tomar nota de ello y que, cuando sea factible, debe participar en algún tipo de respuesta a dicha violación, porque Estados Unidos se ha marcado desde hace tiempo el deber, aleado en el crisol de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría, de tratar de expandir (siempre que sea posible) el alcance de la sociedad civil en todo el mundo. Ahora bien, para los idealistas, ese ideal es una obsesión; pero para los realistas no. Los realistas saben que el interés nacional precede a cualquier interés global. Pero eso no impide que los realistas (los realistas respetables, al menos) también alberguen un ideal internacionalista.

La historia pasa página. La Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría se van desvaneciendo. Pero Estados Unidos es el mejor dotado y más ventajosamente ubicado de los grandes Estados de la Tierra. Esa buena fortuna se acompaña de unas responsabilidades que sobrepasan el límite estricto de nuestras propias fronteras nacionales. Basta con que nos fijemos en el tamaño de nuestra Armada de trescientas naves de guerra y en la distribución geográfica de nuestros portaaviones en cualquier semana concreta. El realismo consiste en utilizar ese poder para proteger a nuestros aliados sin precipitar un conflicto. Abandonarlos a su suerte y desencadenar un conflicto de resultados de ello no es realismo. A lo mejor, Trump llega a ser un realista algún día, pero todavía le queda mucho para eso.

EL MOMENTO POSIMPERIAL

The National Interest, mayo de 2016

En 1935, el escritor antinazi e intelectual judío austriaco Joseph Roth publicó un relato, El busto del emperador, sobre un anciano conde de la caótica periferia del antiguo Imperio de los Habsburgo que se negaba a considerarse polaco o italiano, por mucho que tuviera ancestros de ambos orígenes. Para su mentalidad, la única seña de «auténtica nobleza» era ser «un hombre por encima de las nacionalidades», conforme a la tradición habsburguesa. «Mi vieja casa, la Monarquía —dice el conde—, era una gran mansión con multitud de puertas y de habitaciones, para muchos tipos de hombres». De hecho, los horrores de la Europa del siglo xx, como Roth escribió con gran clarividencia, tuvieron el telón de fondo de la caída de los imperios y el ascenso de los Estados monoétnicos, en los que líderes fascistas y comunistas sustituyeron el poder de los monarcas tradicionales.

Es evidente que el imperio tenía sus males, pero tampoco se puede negar su función histórica, que fue la de aportar estabilidad y orden a amplias extensiones de territorio ocupadas por diferentes pueblos. Sin imperio, ¿entonces qué? Lo cierto es que, aunque muy pocos quieran admitirlo, el actual sistema del derecho internacional público y las múltiples organizaciones supranacionales y multinacionales, desde la Organización del Tratado del Atlántico Norte hasta la Unión Europea, pasando por el Fondo Monetario Internacional, el Tribunal Internacional de Justicia y el Foro Económico Mundial, entre otras, constituyen intentos de sustituir —en mayor o menor medida— la función del imperio. Un pilar silencioso de ese proceso desde la Segunda Guerra Mundial ha sido la innegable realidad del poder estadounidense —militar, diplomático y económico— como protector de las rutas marítimas, los cuellos de botella de esas rutas y el acceso a los hidrocarburos, y en general, como proveedor de un mínimo de seguridad para el mundo. Se trata de unas labores amorales, en el sentido de que no se justifican realmente por unos principios nobles e idealistas, pero lo cierto es que, sin ellas, no sería posible ninguna intervención moral a escala internacional. No se trata de un imperialismo tradicional, pues este ha dejado ya de existir, pero es el mejor sustituto disponible del mismo.

No obstante, aunque Estados Unidos sigue siendo la potencia más fuerte del planeta, su poder es cada vez menos arrollador. La dispersión de la autoridad central en las nuevas democracias que han surgido en muchos países, la propagación del caos en Oriente Próximo y el norte de África, y el ascenso de Rusia, China e Irán como potencias hegemónicas regionales contribuyen a restringir la proyección del poder estadounidense. Eso es parte de un proceso que se inició hace ya un siglo. Al término de la Primera Guerra Mundial, se derrumbaron los grandes imperios multiétnicos que aún quedaban formalmente en Europa: los de los Habsburgo y los otomanos. Al término de la Segunda Guerra Mundial, les llegó el turno a los imperios de ultramar de británicos y franceses. El final de la Guerra Fría anunció la caída del imperio soviético en la Europa de Este y partes de Eurasia. Los primeros años del siglo XXI han sido los del derrocamiento o el desgaste de líderes autoritarios posimperiales en Irak, Siria, Libia y otros países: hombres que

gobernaron con poder absoluto dentro de las fronteras artificiales dibujadas por los imperialistas europeos. Y es ahora el imperio sui generis de Estados Unidos —la última potencia cuyas tropas y cuyos diplomáticos se han encontrado en una situación asimilable a la de un imperio— el que está cediendo también.

Este repliegue parcial del poder estadounidense tiene causas tanto internacionales como internas. En el frente internacional, la urbanización generalizada, el crecimiento demográfico absoluto y la escasez de diversos recursos naturales —así como el auge de la conciencia individual a raíz de la revolución de las comunicaciones— han erosionado sutilmente el poder de la autoridad central en todas partes. Estados Unidos ya no puede influir en las decisiones de los países como hacía antes. Mientras tanto, el hecho de que ciertos movimientos milenaristas violentos y determinados hegemones regionales hayan alcanzado ya un elevado grado de desarrollo como tales representa una amenaza directa a la proyección del poder estadounidense. A escala nacional interna, la Administración Obama, deseosa de transformar la sociedad estadounidense, ha eludido deliberadamente involucrarse en grandes enredos allende sus fronteras y ha tratado de mejorar las relaciones con los adversarios, en especial con Irán. He ahí un típico síntoma de fatiga imperial: una señal positiva, posiblemente, pero que, aun así, contribuye a constreñir el poder de Estados Unidos, más que a proyectarlo. Estados Unidos está indicando de ese modo que cada vez proveerá menos orden mundial, por así decirlo. Y sospecho que, lejos de ser el capricho ideológico de un presidente, esta novedad marca el inicio de una nueva fase en la política exterior estadounidense, tras la hiperactividad de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría, y tras las largas réplicas de ambos conflictos en los Balcanes y en Oriente Próximo y Medio. Impulsan ese repliegue relativo en Washington la agitación social y económica que se vive en el propio país y la intrincada complejidad y la convulsión del escenario internacional. Repito: no estoy diciendo que ese sea el curso de actuación más prudente para Estados Unidos, sino que es real y está ocurriendo.

Precisamente porque está ocurriendo, y por las alteraciones económicas, medioambientales y sociales a las que he aludido antes, el desorden mundial no hará más que crecer. El debilitamiento y la disolución de ciertos Estados pequeños y medianos en África y Oriente Próximo y Medio progresará hasta alcanzar también niveles de cuasianarquía en otros Estados más grandes, sobre los que gira la organización geográfica de Eurasia: me refiero a Rusia y a China, en particular. Y es que la agresividad externa de estas nuevas potencias hegemónicas regionales viene motivada, en parte, por su debilidad interior: por ello, se valen del nacionalismo, pues así tratan de suavizar la desintegración de las economías nacionales sobre las que descansa la estabilidad de sus sociedades. Tampoco hay que olvidar la situación de la Unión Europea como tal, que, si bien no se está desmoronando, sí se está debilitando sin duda. Lejos de convertirse en un super-Estado unificado y coherente, Europa se irá transformando progresivamente en una combinación poco coherente de Estados y regiones a medida que se vaya disolviendo internamente, pero también se disolverá exteriormente en la fluida geografía de Eurasia, el Levante mediterráneo y el norte de África, como bien demuestran ya el revanchismo ruso y la agresión demográfica representada por los refugiados musulmanes. Ni que decir tiene que, en un horizonte temporal más prolongado, intervendrá el factor de la tecnología misma. Como el estratega T. X. Hammes señala en ese sentido, la convergencia de factores como el bajo precio de los drones, la guerra cibernética, la impresión 3D, etc., alentará la dispersión del poder

entre muchos Estados y grupos no estatales, más que su concentración en unas pocas manos «imperiales».

La que empieza ahora es una era de anarquía comparativa, según mi propia denominación: es decir, un contexto de un nivel de anarquía muy superior al existente durante los periodos de la Guerra Fría y la Posguerra Fría.

A fin de cuentas, la globalización y la revolución de las comunicaciones han reforzado la importancia de la geopolítica, en vez de anularla. El mapa del mundo es ahora más pequeño y claustrofóbico, por lo que el territorio es un recurso en más encarnizada disputa y cualquier conflicto regional interactúa con todos los demás como nunca antes. Una guerra en Siria es indisoluble de un atentado terrorista en Francia, y la intervención de Rusia en aquel país afecta a las políticas de Europa y Estados Unidos hacia Ucrania. Esto sucede en un momento en el que, como ya he dicho, los imperios multinacionales han desaparecido, como también están desapareciendo la mayoría de los regímenes totalitarios instaurados en Estados trazados artificialmente en los que las fronteras oficiales no concuerdan con las étnicas ni las religiosas. La consecuencia de ello es una vorágine de grupos nacionales y subnacionales sumidos en una virulenta competencia. De ahí que la geopolítica —la lucha por el espacio y el poder— se desarrolle ahora dentro de los Estados y no solo entre ellos. Las diferencias culturales y religiosas se exageran especialmente: es como si, a medida que las diferencias entre grupos se funden en el crisol de la globalización, hubieran de ser reinventadas artificialmente y con unos contornos más afilados e ideológicos por obra y gracia de la revolución de las comunicaciones. Lo que se está produciendo, pues, no es tanto el choque de civilizaciones sin más como el choque de unas civilizaciones reconstruidas artificialmente. Fíjense, si no, en Estado Islámico, que no representa al islam en sí, sino a un islam en combustión por la llama de la adhesión total y tiránica, y por la histeria de masas inspirada por internet y las redes sociales. La reinención posmoderna de las identidades no hace más que endurecer las divisiones geopolíticas.

En ningún momento de todo este proceso está logrando la tecnología borrar la geografía, sino justamente lo contrario: la está avivando. Basta con que nos fijemos en China e India. Durante la mayor parte de la historia, y salvo excepciones como la difusión del budismo en la antigüedad o como las guerras del opio del siglo xix, China e India tuvieron relativamente poco que ver una con otra y surgieron y evolucionaron como dos civilizaciones separadas por el Himalaya. Pero los avances tecnológicos han anulado las distancias. Los misiles balísticos intercontinentales indios puede alcanzar las ciudades chinas, y los cazas chinos pueden incluir el subcontinente indio en su radio de operaciones; sin olvidar que buques de guerra indios han visitado el mar de la China Meridional, y que sus homólogos chinos han surcado ya todo el océano Índico. Una nueva geografía estratégica de rivalidad relaciona actualmente a China e India. En vez de ser un vestigio de siglos anteriores, la geopolítica es en estos momentos un rasgo más intrínsecamente ligado a la realidad de nuestro planeta que nunca: ahora, por ejemplo, India busca nuevos aliados en Vietnam y Japón, y China busca estrechar lazos con Rusia e Irán.

A decir verdad, ningún problema es ya puramente regional, pues potencias hegemónicas locales como Rusia, China e Irán llevan décadas implicadas en ciberataques y actos terroristas en todo el mundo. Las crisis, pues, son regionales y globales al mismo tiempo. Y a medida que persisten las guerras y se desploman Estados, a lo que deberíamos tener miedo no es tanto al apaciguamiento como a los aterrizajes forzosos de esos regímenes turbulentos. Sabemos que los

aterrizajes suaves de regímenes totalitarios como los de Irak y Siria han sido una misión imposible: Estados Unidos invadió Irak y se mantuvo al margen en Siria, pero en ambos casos, el resultado ha sido prácticamente el mismo, con cientos de miles de personas muertas en cada uno de esos países, y una organización radical, milenarista, como el ISIS llenando el vacío resultante.

Y una cosa más. Recordemos que la globalización no va necesariamente unida a crecimiento o a estabilidad, sino solamente a unas formidables interconexiones económicas y culturales que pueden amplificar el desorden geopolítico en caso de desaceleración económica, como estamos viendo ahora. Pongamos por caso África, que ha disfrutado de unos años de crecimiento económico constante gracias no tanto al desarrollo de un sector industrial propio, como a un aumento del precio de las materias primas. Esas materias primas se están abaratando ahora, y también está decayendo la inversión china en infraestructuras en aquel continente, pues la propia China está sufriendo un espectacular descenso del crecimiento anual de su PIB. Así pues, la estabilidad africana, en la medida en que podemos hablar aún de tal, está en peligro por culpa de cambios económicos registrados en Asia. Tampoco podemos olvidar los diversos movimientos islámicos radicales que campan a sus anchas por el Sahel africano. Esa es, en realidad, la más reciente fase del proceso de anarquía en África: la revolución de las comunicaciones está introduciendo ahora el islam milenarista en unos Estados débiles o directamente fallidos. Y es evidente que poco poder tiene Estados Unidos sobre todo eso.

En definitiva, todo está interconectado como nunca antes, justo cuando más se va difuminando la autoridad de ese «vigilante nocturno» que podría mantener la paz mundial y cuando más se anulan las jerarquías. Basta con fijarse en las primarias de las presidenciales en Estados Unidos para ver un buen ejemplo de esa agitación desde abajo para la que la clase política dirigente no tiene respuesta. Mientras tanto, como «la estridencia de las marchas» y «el fuerte pisar de las danzas campesinas» de los que se valió el compositor Gustav Mahler para invadir «la ordenada casa de la música clásica» en las décadas crepusculares del Imperio de los Habsburgo (por citar las palabras del ya desaparecido profesor de Princeton Carl E. Schorske), el siglo XXI estará definido por una anarquía vulgar, populista, sobre la que la élite que se reúne en lugares como Aspen y Davos tendrá cada vez menor influencia y será progresivamente menos capaz de comprender. El imperialismo será visto entonces con más nostalgia que desdén.

DESTINADO A LIDERAR

The National Interest, enero de 2015

Los sueños de todo presidente, primer ministro o estadista se ven perturbados alguna vez por preguntas que empiezan por un «¿y si...?».

¿Y si hubiera destituido a aquel secretario de Defensa, o hubiera sustituido a aquel general en Irak por este otro, antes de que fuera ya demasiado tarde? ¿Y si no me hubiera creído a pies juntillas a la Fuerza Aérea cuando me dijeron que la guerra en el sur del Líbano podía ganarse desde el cielo? ¿Y si hubiera tenido más tropas desplegadas sobre el terreno en Irak ya desde el principio? ¿Y si hubiera suspendido aquellas infructuosas negociaciones entre los israelíes y los palestinos unos meses (o tan siquiera unas semanas) antes de lo que lo hice? ¿Y si hubiera hecho más preguntas en aquella reunión y hubiera atendido antes a lo que me pedía mi vicesecretario o quien fuera que me dijera entonces que se podía hacer algo a propósito de Ruanda? El mundo entero y mi reputación serían diferentes ahora.

Los «contrafactuales» (las hipótesis contrafácticas) son un particular motivo de tribulaciones para todos los que trabajamos o hemos trabajado en el ámbito de la elaboración y la toma de decisiones políticas. Todos queremos tener razón y atribuir los fallos a otros. Todos queremos negar que exista la fatalidad o el destino, pero, al mismo tiempo, reconocemos su existencia. Por ejemplo, sabemos que, pese a que Isaiah Berlin nos aconsejara en su día no atribuir las causas de la acción humana a vastas fuerzas impersonales como la geografía y la cultura, estas fuerzas importan realmente e inciden en las labores a realizar: sea cual sea la estrategia de intervención, los iraquíes nunca van a comportarse como los suecos, ni los afganos o los libios van a reaccionar jamás como los canadienses. Y, a veces, la respuesta es así de simple. Aunque los individuos sean más reales y concretos que los grupos nacionales a los que pertenecen, las características grupales existen de verdad y deben ser tenidas en cuenta en las previsiones de todo analista. Después de todo, las características grupales no son más que la suma total de la experiencia de una población en el contexto de un paisaje particular a lo largo de cientos o miles de años de historia.

Ahora bien, esa solo es una mitad de la realidad. También sabemos que el signo de algunos grandes acontecimientos históricos puede depender de muy poco, de una mínima contingencia. Así, si bien el destino de Afganistán o Libia tal vez no vaya a ser nunca como el de Canadá, siempre será posible conseguir resultados mejores o peores en esos países dependiendo de las opciones por las que se decanten los decisores políticos. Por lo tanto, todos nosotros, como bien hizo Berlin en recordar, debemos asumir la responsabilidad moral de nuestras acciones. Y de ahí que, como las elecciones equivocadas y las opiniones desafortunadas son elementos consustanciales a toda aportación a la política exterior, nunca dejemos de torturarnos a nosotros mismos con contrafactuales.

¿Qué es el destino, aquello que los griegos llamaban moiras, las «repartidoras de la parte» que corresponde a cada uno en el devenir del cosmos? ¿Existe? Si existe, nadie mejor que Heródoto

supo captar sus complejidades: aderezó su determinismo geográfico de base a propósito de la Grecia y el Asia Menor continentales y de las culturas que allí florecieron con su particular receptividad a la importancia de las intrigas humanas, y supo transmitir muy hábilmente hasta qué punto el interés propio suele ser calculado dentro de un distorsionador torbellino de pasión. Los incidentes y dramas personales más insólitos pueden dar origen entonces a los más épicos acontecimientos. Ante semejante plétora de factores, el destino resulta inescrutable. En el relato breve «La lotería en Babilonia», de Jorge Luis Borges, el destino no es tal, pues significa la más absoluta aleatoriedad: una persona puede hacerse rica, ser ejecutada o torturada, conseguir una hermosa mujer, o ser encerrada en la cárcel, por una mera tirada de los dados. Nada parece estar predeterminado, pero tampoco hay ahí responsabilidad moral alguna por nada. Ese es un escenario que me resulta poco satisfactorio, amén de inaceptable, pese a la fuerza alegórica del texto en sí.

¿Puede un gran episodio de la historia estar determinado de antemano? Parece imposible. Cuanto más viejo me hago, después de tres décadas de experiencia como corresponsal en el extranjero, más me doy cuenta de que, más allá de un grupo de mentes brillantemente intuitivas—como la del fallecido Samuel Huntington, o las de Zbigniew Brzezinski o Henry Kissinger—, la ciencia política sigue siendo sobre todo una aspiración, y que las tragedias e historias de Shakespeare nos brindan una guía mucho más adecuada para entender las extrañas maniobras palaciegas de figuras tan diversas como los últimos zar y zarina Romanov de Rusia, el matrimonio de Nicolae y Elena Ceaușescu en Rumanía, Slobodan Milošević y Mirjana Marković en Serbia, o Zviad y Manana Gamsakhurdia en Georgia. En definitiva, no existe una fórmula científica para mejorar nuestra comprensión de las relaciones internacionales. Lo que hay, principalmente, son percepciones perspicaces de los acontecimientos: y la perspicacia es un atributo shakespeariano por definición.

Sí, la geografía y la cultura importan. La abundancia tropical es un elemento generador de enfermedades, de igual modo que los climas templados con buenos puertos naturales producen riqueza. Pero esos factores son meros telones de fondo para el ingente enjambre de los cálculos humanos, cuyos detalles jamás pueden saberse con antelación. Aun así, en el transcurso de mi vida, he conocido a personas ásperas y conflictivas que generan crisis tras crisis en perjuicio de sí mismas y de sus relaciones, como también he conocido a otras que son invariablemente consideradas y humildes, y encadenan éxitos con aparente facilidad. El carácter—parte del cual es de raíz fisiológica— bien puede considerarse un factor que nos toca en suerte a cada uno, y eso es el destino.

Es esa contradicción misma en relación con el destino la que engendra nuestros mejores historiadores: hombres y mujeres que distinguen grandes patrones determinadores, sí, pero solo dentro del alcance permitido por un caos de interacciones humanas imposible de predecir; interacciones de mujeres y hombres movidos a su vez por la fuerza de unas intensas personalidades y actuantes conforme a su propia capacidad de acción, para bien o para mal. Una obra clásica que me viene a la mente en ese sentido es *La Revolución rusa (1891-1924)*: la tragedia de un pueblo, de Orlando Figes, un historiador de la Universidad de Londres. «No era en modo alguno inevitable que la revolución [rusa] desembocara en la dictadura bolchevique— escribe Figes—. Hubo una serie de momentos decisivos, tanto antes de 1917 como durante ese

año, en los que Rusia pudo haber seguido una trayectoria más democrática». Pese a ello, Figes añade que:

El fracaso democrático de Rusia tenía hondas raíces en la cultura política y la historia social de aquel país [...]. [Por ejemplo, en:] la ausencia de un contrapeso estatal al despotismo del zar, el aislamiento y la fragilidad de la sociedad civil liberal, el atraso y la violencia de la Rusia rural que empujaron a tantos y tantos campesinos a buscar una vida mejor en las localidades industriales, y el extraño fanatismo de la intelectualidad radical rusa.

Figes nos informa, pues, de cuáles son las fuerzas de tendencia determinante, pero, acto seguido, como haría un buen novelista, nos facilita con toda profusión de detalles el resto de los factores, sin los que ninguna de esas otras fuerzas aparentemente determinadoras habrían seguido siéndolo. ¿Y si el zar Alejandro III no hubiera fallecido de una enfermedad renal a los 49 años, mucho antes de que su hijo Nicolás II estuviera temporalmente preparado para reinar? ¿Y si Nicolás hubiera apoyado sinceramente al primer ministro Piotr Stolypin y hubiera sabido reconocer el talento de otro alto funcionario, el príncipe Lvov, desde un principio? ¿Y si el zarévich Alekséi no hubiera padecido hemofilia, que fue el motivo por el que la familia real recurrió al místico Grigori Rasputín en busca de un tratamiento y cuya siniestra influencia hirió de muerte la legitimidad del régimen? ¿Y si Aleksandr Kérenski hubiera sido emocionalmente más estable y no hubiera estado tan enamorado de su propia retórica? ¿Y si su gobierno provisional no hubiera apostado todo su capital político a la ofensiva de la primavera de 1917 contra los alemanes? ¿Y si el pasado de Lenin como miembro de la nobleza no le hubiera conferido esa actitud «dogmática» y «autoritaria»? ¿Y si hubiera sido arrestado o, simplemente, retenido temporalmente por una patrulla de guardia nocturna cuando se dirigía a pie, disfrazado, hacia el Instituto Smolny, en Petrogrado, para asumir el mando de unos bolcheviques muy divididos hasta ese momento y, a partir de ahí, proclamar una insurrección en octubre de 1917? Y así sucesivamente. Una vez más, vemos que estamos en el terreno de la geografía y la cultura hasta que entramos en el de Shakespeare, para acabar yendo a parar finalmente al del puro azar. Aunque Figes afirma que «los historiadores no deberían interesarse realmente por preguntas hipotéticas», su matizada interpretación de la historia permite al lector sopesar otros resultados.

Los sucesos humanos, precisamente porque implican a seres humanos, no se dejan reducir a simples fórmulas. Ese es, en último término, el motivo por el que los historiadores son más valiosos que los politólogos. Obviamente, el Holocausto tenía raíces muy profundas en siglos de un antisemitismo en Europa que era, a su vez, resultado en parte de unos patrones sociales y culturales de tendencia determinante. Pero ¿habría ocurrido el Holocausto —o, ya puestos, la Segunda Guerra Mundial en Europa— sin el singular carácter de Hitler, que conjugaba en su persona una obsesión por el exterminio de los judíos con una gran habilidad para el liderazgo operístico, megalómano, dentro del contexto de una colosal depresión?

¿Significa eso que hemos vuelto a la llamada teoría de los grandes hombres de la historia (o de los hombres terribles, en el caso de Hitler)? Espero que no, pues eso sería simplificar en exceso las cosas. Hasta las personalidades más enérgicas actúan siempre dentro de contextos geopolíticos que son mecánicos y deterministas. Los internacionalistas liberales atribuyen a Richard Holbrooke el mérito de ser el gran hombre que paró la masacre en Bosnia en 1995, y el hombre cuyo espíritu negociador entre bastidores expulsó a los sanguinarios serbios de Kosovo en 1999. Pero hubo también un contexto geopolítico fatalista para ello, sin el que Holbrooke no podría haber logrado el éxito que logró: un contexto marcado por la debilidad de Rusia, causada

a su vez por el fin de la Guerra Fría y la desintegración de la Unión Soviética. La década de 1990 sumió a Rusia en el debilitante caos que fue el gobierno de Boris Yeltsin. Si Rusia hubiera podido ejercer su habitual influencia histórica en los Balcanes eslavos, ni Holbrooke ni Occidente habrían podido actuar allí con tanta impunidad. Las conversaciones que la Administración Clinton mantuvo con el gobierno ruso a propósito de la antigua Yugoslavia durante los años noventa giraron en torno a cómo ayudar a que los rusos guardaran las apariencias, pero no se habló de ningún compromiso fundamental con ellos. Si la Rusia de los noventa hubiera sido como la Rusia que está hoy regida por el gobierno agresivo y centralizador de Vladimir Putin, eso habría sido a todas luces imposible.

Esta última hipótesis es un «contrafactual», por supuesto. Pero es interesante porque, como todos los contrafactuales, nos muestra lo complejo y hasta metafísico que el destino puede ser. En cualquier caso, lo que tenemos ahora es la historia tal cual esta se desarrolló. Una gran personalidad, a fin de cuentas, es aquella que afronta heroicamente la situación que se le ha presentado y no otras puramente imaginables.

Tanto los favorables como los contrarios a la guerra de Irak coincidirán seguramente en opinar que las figuras destacadas de la Administración de George W. Bush no descollaban por la brillantez de sus personalidades. Cometieron errores en serie. No me refiero solamente a que disolvieran el ejército iraquí e ilegalizaran el partido baasista. De hecho, podemos dar a la Administración estadounidense de aquel momento el beneficio de la duda, pues, en realidad, el ejército iraquí se desintegró solo y era necesario que los altos dirigentes del Baas fueran apartados de sus cargos, aunque solo fuera para ganarse el apoyo de los chiíes en la fase inicial de la ocupación. ¡Pero fueron tantas otras las cosas que se hicieron mal! La ocupación no fue planificada adecuadamente desde un principio ni se le destinaron los recursos de personal necesarios. Más que complementar a las fuerzas de la ocupación militar, la Autoridad Provisional de la Coalición competía con ellas. Se depositó demasiada fe en las posibilidades de los exiliados iraquíes regresados al país. La crucial primera fase de la ocupación fue encargada a un inexperto general de tres estrellas, Ricardo Sánchez. Lo sucedió George W. Casey, Jr., uno de esos oficiales que ascienden al generalato en tiempos de paz por su terquedad, pero que se mostró falto de las aptitudes intuitivas y culturales necesarias para tratar con los iraquíes o con la situación en general. La guerra moderna discurre a un ritmo muy acelerado y ni el presidente George W. Bush ni su secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, destituyeron y reemplazaron a sus generales con la velocidad suficiente. La lista de errores, en fin, es interminable.

Yo estuve a favor de la guerra de Irak. Siempre lo menciono cuando hablo en público del tema. No era partidario de la idea de exportar la democracia. Cualquiera que conozca mi trabajo sabe que he valorado las ventajas de las dictaduras ilustradas en según qué casos y todavía las valoro. Pero el régimen de Sadam Huseín no era una dictadura: lo suyo era un totalitarismo asfixiante a medio camino entre el de Stalin y el de los Asad en Siria. Lo sabía por experiencia propia, gracias a mis varios viajes como reportero a Irak en la década de los ochenta. Yo era, por lo tanto, uno de esos periodistas que se había dejado atrapar demasiado por el tema de su propia noticia. En definitiva, me comprometí personalmente. Pero sea cual sea la evolución futura de Irak, aun en el caso de que se produzca una mejora sustancial y Estado Islámico sea derrotado, el precio que Estados Unidos ha pagado allí no dejará nunca de ser demasiado elevado. La guerra

según se desarrolló realmente —y no según lo que alguna hipótesis contrafáctica diría que podría haber sido— fue un desastre.

Pero hasta ahí llega mi certeza. Las preguntas del tipo «¿y si...?», precisamente porque hay muchas posibles, son ciertamente tentadoras, aun cuando la abundancia misma de errores en la continuación de la guerra nos lleve inexorablemente a concluir que la decisión inicial de invadir fue solo eso, un error entre tantos. Pero las grandes tendencias centrales, por el hecho mismo de haber sido extraídas de entre una plétora de pequeños e intrincados detalles, no deben pasar de ser una interpretación, y en ningún caso pueden considerarse un destino predeterminado. Quizá la invasión de Irak no tuvo opción a salir bien, precisamente por los muchos errores que se cometieron en ella. Yo así quiero creerlo de todo corazón, dado mi apoyo inicial a la guerra, pero tras darle vueltas y vueltas toda la noche, no puedo. Tengo más bien la sensación de que toda esa legión de errores fue inherente a la arrogancia desde la que se concibió la invasión.

¿Quieren un contrafactual? Ahí va uno: Bush, en el verano de 2002, decide no invadir Irak. El régimen de Sadam no afloja. Con el tiempo, se van levantando gradualmente las sanciones contra su régimen. Así que el hecho de que, en realidad, no dispone de armas de destrucción masiva no llega a saberse. En 2011, llega la Primavera Árabe. Los chiíes y los kurdos iraquíes enseguida inician una revuelta. Sadam —fiel a su característico estilo sanguinario— mata proporcionalmente a tantas o a más personas que Bachar al Asad en Siria. Los Bush, padre e hijo, son entonces criticados por no haber solucionado el problema Sadam cuando tuvieron ocasión de hacerlo (recordemos que la prudencia de Bush padre al no proseguir la guerra hasta Bagdad no se hizo evidente hasta después de que la invasión ordenada por su hijo quedara empantanada en el marasmo iraquí).

Dicho de otro modo, puede que nunca existiera siquiera la posibilidad de un aterrizaje suave para los regímenes baasistas del Levante mediterráneo dado el grado de pulverización al que llevaron a sus respectivas sociedades, de las que evisceraron toda forma de organización social intermedia que no fuera el Estado (en la cima) y la tribu y la familia extensa (en la base). Tanto si actuábamos militarmente como si no, en Irak o en Siria, el resultado en cualquier caso iba a ser la anarquía. Eso es fatalismo, lo sé. Niega la acción humana autónoma y, por lo tanto, toda responsabilidad moral por nuestra parte. Pero aunque esa sea una actitud reprensible, no convierte necesariamente en falsa mi afirmación.

Libia y Siria son los actuales ejemplos modelo de ese dilema. Intervenimos en Siria con nuestro poder aéreo, nuestras fuerzas de operaciones especiales y nuestros activos logísticos para evitar que el dictador Muamar al Gadafi matara en masa a la población civil en el área de Bengasi. Luego ayudamos e indujimos a sus opositores a derrocar su régimen. El resultado ha sido un caos absoluto en Libia, un debilitamiento del orden en Mali y una propagación descontrolada de armas por todo el Sáhara. Trípoli ya no es la capital de un país, sino un mero punto geográfico al que tribus, bandas y milicias envían a sus representantes para negociar directamente entre ellas. El caos en Bengasi se saldó con el asesinato del embajador estadounidense, J. Christopher Stevens. Así pues, ¿fue la decisión de ayudar a derrocar a Gadafi un error, y no solo en términos geopolíticos, sino también morales? Quienes propugnaban aquella intervención afirman que si hubiéramos puesto más empeño en estabilizar Libia tras la muerte de Gadafi, mucho de lo que ocurre actualmente allí no estaría ocurriendo. Pero yo dudo mucho —sobre todo, a la vista de nuestras experiencias en Vietnam e Irak— que hayamos sido

nunca capaces de diseñar y organizar la realidad sobre el terreno en sociedades foráneas y complejas. Alemania y Japón quedaron destruidas, derrotadas y ocupadas, y son, pues, excepciones a esa regla. Además, ya contaban con una tradición previa como sociedades y economías modernas e industrializadas, a diferencia de los países del Gran Oriente Medio. En una determinada medida o nivel, debemos respetar la relevancia del destino, aunque solo sea para tener nuestra vanidad bajo control. Es la misma razón por la que creemos en Dios.

La cuestión de Siria es más difícil. En ningún momento hicimos un intento sincero de ayudar a aquellos combatientes de signo político moderado entre el batiburrillo de fuerzas que luchaban por derrocar al régimen baasista de Asad. Si lo hubiéramos hecho, las probabilidades de vernos arrastrados a un conflicto insoluble e infernalmente complejo, con decenas y decenas de milicias diferentes desplegadas, habrían sido sustanciales. Pero si lo hubiéramos hecho, también habríamos tenido la oportunidad de derrocar a Asad y de dificultar el nacimiento y la expansión de Estado Islámico. Y no hay que olvidar que también existía la posibilidad de que ayudáramos a derribar a Asad y de que, aun así, no fuéramos capaces de gestionar el día a día de los acontecimientos sobre el terreno y contribuyéramos con ello a aupar al poder un régimen yihadista suní en Damasco. Pueden escoger. No podemos saber la verdad. Y como es incognoscible, no podemos suponer qué era lo que el destino le deparaba a Siria tras 2011.

¿Cuál es la respuesta a todo esto?

Puede que el determinismo, como escribió Berlin, sea un argumento presente entre nosotros desde que los estoicos griegos identificaron dos nociones en apariencia contradictorias: la responsabilidad moral individual y la «causación» (es decir, la creencia de que nuestros actos son el inevitable resultado de una cadena de sucesos previos). El filósofo francés Raymond Aron abundó en su momento en la validez de cierta «ética sobria enraizada en la verdad del “determinismo probabilístico”» (de la que Daniel J. Mahoney hablara en las páginas de esta misma revista, en 1999), pues pensaba que «la libertad de elección humana siempre funciona dentro de ciertos contornos o restricciones, como pueden ser las de la herencia recibida del pasado». Aron creía, por lo tanto, en un determinismo blando que acepta diferencias obvias entre grupos y regiones, pero que, no obstante, se niega a simplificar en exceso y deja muchas posibilidades abiertas. Esa tal vez sea la mejor respuesta disponible.

Tanto si lo admitimos como si no, todos somos deterministas blandos. Solo así podemos sobrevivir en el mundo y, al mismo tiempo, por ejemplo, ser buenos padres: suponemos que, si nosotros o nuestros hijos nos comportamos de un modo determinado, será más probable que obtengamos unos resultados que otros. Y adaptamos nuestros comportamientos conforme a esa suposición. Por consiguiente, la otra manera de llamar al determinismo blando es sentido común. Por poner un ejemplo corriente, si un hijo o una hija nuestros ingresan en la mejor universidad de aquellas en las que presentaron una solicitud de ingreso, lo normal será que los animemos a ir a estudiar allí, pues las probabilidades de que, de ese modo, tengan una mejor salida profesional y ganen más dinero en sus trabajos futuros aumentan. Tomamos decisiones como esa a todas horas y todos los días: decisiones basadas en la suposición de que el historial de precedentes del pasado es indicativo de cierto resultado en el presente o en el futuro. Esto es fatalismo hasta cierto punto. Y todos somos culpables de ese pecado. ¿Por qué no íbamos a aplicar ese fatalismo del sentido común, razonable y vacilante al mismo tiempo (y rara vez dogmático), a la política exterior?

Consideremos, por ejemplo, el caso de la promoción de la democracia en el extranjero. Inglaterra tardó casi medio siglo en celebrar la primera sesión de un parlamento tras la firma de la Carta Magna, y más de setecientos años en implantar el sufragio femenino. Inglaterra tardó mucho más de medio milenio en alcanzar lo que ahora, en Occidente, consideramos una democracia sana. Una democracia funcional no es un juego de herramientas que pueda exportarse sin más. La democracia de Gran Bretaña no nació de unos programas dirigidos a la sociedad civil e impartidos por cooperantes: fue el resultado de contiendas políticas dinásticas y levantamientos sangrientos en la Edad Media y la Edad Moderna. También en ese sentido cabe destacar que, fueran cuales fueren los elementos culturales autóctonos que poseyera la India para la consolidación allí de la democracia, la experiencia de casi doscientos años de gobierno imperial británico a través de la Administración Pública colonial fue crucial en ese sentido. Otros países asiáticos tuvieron muchos años de desarrollo económico y social bajo gobiernos autoritarios ilustrados que los prepararon para la democracia. En América Latina, el historial democrático sigue siendo irregular; algunos países han sido pródigos en gobiernos liderados por algún hombre fuerte, y otros lo han sido en situaciones de casi caos y de agitación social y política. Las democracias africanas acostumbra a serlo solo en nombre y no cuentan con ninguna (o casi ninguna) autoridad de gobierno fuera de las capitales. Celebrar elecciones es fácil; lo difícil (y lo que de verdad cuenta) es que se construyan instituciones a partir de ahí. A la vista de estas pruebas, y viendo lo mucho que ha sufrido el mundo árabe a manos de algunas de las formas de despotismo más ignaras del mundo, ¿qué esperanza tenemos de poder exportar la democracia de un día para otro a Oriente Próximo y Medio?

Sí, todo esto es una forma de determinismo. También es sentido común.

En resumen, la política exterior no puede funcionar adecuadamente sin un nivel razonable de determinismo. El determinismo consiste en una consciencia de los límites: límites a lo que Estados Unidos puede (y no puede) hacer en el mundo. Esa es la cruda realidad. Y como lo es, a sabiendas o no, consideramos grandes estadistas a aquellos que trabajan cerca de los bordes de esos límites, lo más cerca posible. Los grandes estadistas se rebelan contra los límites, se rebelan contra el determinismo, aun cuando su propia destreza diplomática constituya una aceptación implícita de la existencia de tales fronteras.

Obviamente, son muchos (estadistas y personas de otros perfiles de actividad) los que tratan de sobrepasar esos límites. El famoso discurso sobre el «hombre en la arena» que pronunció en su día el presidente Theodore Roosevelt era, en un sentido más general, un homenaje a aquellos que habían sabido luchar aunque hubieran fracasado en el intento. Pero no muchos se dejan seducir por tan digno sentimiento. Por ejemplo, uno de los secretarios de Estado de Bill Clinton, Warren Christopher, hizo más de veinte viajes a Oriente Próximo en busca de un acuerdo entre Israel y Siria que se demostró sencillamente fuera de su alcance. Sus esfuerzos han pasado al más absoluto olvido, como también lo pasará el malogrado intento del secretario de Estado John Kerry para conseguir la paz entre Israel y los palestinos. En ambos casos, diríase que el determinismo impuso su ley.

Henry Kissinger, sin embargo, demostró que hay cosas que, aunque al principio no parecen ser más que una remota posibilidad, pueden conseguirse realmente. Kissinger alcanzó fama legendaria porque triunfó frente al destino. En esencia, una estrategia no es más que una hoja de ruta para tratar de vencer al destino. Kissinger vio la oportunidad que se abría con el

distanciamiento sino-soviético y negoció un acuerdo de entendimiento con China con el que lograba un equilibrio de poder frente a la Unión Soviética, al tiempo que se valía de la distensión simultánea que Estados Unidos propició con los soviéticos para conseguir que tanto los chinos como los aliados europeos occidentales actuaran con la máxima honestidad. Concediendo a China protección implícita frente a la Unión Soviética y a un Japón económicamente en auge, y admitiendo que solo había una China (y no era Taiwán), las medidas tomadas por la Administración Nixon sirvieron de base para que China, en ese entorno nuevo y más seguro, se centrara más en sí misma que en su exterior. Eso permitió que Deng Xiaoping introdujera una forma particular de capitalismo en el país más poblado de la Tierra, lo que sacó a mil millones de personas (más o menos) de la pobreza en toda Asia. Y es que el milagro económico asiático de finales del siglo xx y principios del XXI sería inimaginable sin aquella visita que el presidente Nixon hizo a China en 1972. Vemos así que una estrategia amoral, ejecutada puramente al servicio del interés nacional, puede surtir efectos moralmente positivos.

Como Kissinger actuó guiado por la búsqueda amoral del interés nacional, la suya es una figura respetada pero no amada. La de Holbrooke, sin embargo, es una figura amada por quienes sitúan los objetivos humanitarios por encima del interés nacional amoral. A Kissinger le preocupaba la supervivencia de su país en un mundo anárquico que carece de un «vigilante nocturno» que se encargue de mantener la paz; Holbrooke dio esa supervivencia por sentada y, a partir de ahí pudo centrarse en fomentar el universalismo. Y como los intelectuales y los periodistas liberales (progresistas) son, por lo general, más universalistas que nacionalistas de espíritu, Holbrooke se convirtió en su ideal personificado. Kissinger reordenó las piezas del ajedrez global; Holbrooke trajo paz y puso fin al genocidio en un país de cierta importancia (no demasiada) para Estados Unidos. Pero eso fue más que suficiente a ojos de sus seguidores.

Kissinger, un refugiado del Holocausto, sabía que la política exterior estadounidense no podía ser una mera rama derivada de los estudios sobre el Holocausto; Holbrooke, descendiente también de refugiados judíos, demostró que esos estudios eran en realidad centrales para la política exterior de Estados Unidos.

Pero en lo que ambos hombres coincidían era en que ni el uno ni el otro eran fatalistas. Y a diferencia de Christopher y de Kerry, Kissinger y Holbrooke cumplieron —como dirían ellos— y eso es algo que muy pocas personas en Washington (o en la comunidad de los funcionarios y analistas de la política exterior en general) son capaces de hacer.

¿Significa eso que el presidente Barack Obama es un fatalista? ¿O, más bien, y dado que la estrategia es el principal medio para tratar de vencer al destino, es alguien que actúa guiado por una estrategia? Permítanme que responda a esa pregunta de un modo provocador, esbozando los grandes trazos de lo que creo que el destino depara a Estados Unidos a comienzos del siglo XXI. Déjenme que sea un determinista blando, por así decirlo.

Aunque la geografía no es la estación terminal del análisis, sí es el origen en el que comienza todo análisis serio. La geopolítica es la pugna entre Estados con el telón de fondo de la geografía. La geografía estadounidense es la más favorable del mundo. Estados Unidos no solo está protegido por dos océanos y por el Ártico canadiense, sino que también cuenta —como bien señala la empresa de pronósticos geopolíticos Stratfor— con la ventaja de tener más kilómetros de vías navegables de interior que la suma de las existentes en buena parte del resto del mundo. Los sistemas fluviales del Misisipí, el Misuri, el Ohio, el Arkansas y el Tennessee fluyen en

diagonal a través del continente e interconectan así la zona templada de América del Norte, de la que Estados Unidos ocupa un extensísimo espacio. Potencia más aún el poder económico de esas cuencas fluviales la abundancia de islas barrera y de puertos de aguas profundas a lo largo de la costa atlántica y la del golfo de México. El comercio que sale al mar por la boca del gran Misisipí fue lo que hizo originalmente que el golfo de México y el mar Caribe fueran escenarios centrales del poder y la prosperidad estadounidenses. El resultado de ello ha sido la consolidación de un país, pero también la formación de un imperio continental.

Es, asimismo, un imperio hemisférico. El gran estratega estadounidense de origen holandés Nicholas Spykman explicó en su día que, al hacerse con el control efectivo de la cuenca del Caribe en los albores del siglo xx, Estados Unidos logró dominar el hemisferio occidental y, con ese dominio, obtuvo recursos de sobra para afectar al equilibrio de poder en el hemisferio oriental. Esa terminaría por ser la dinámica geopolítica esencial del siglo xx, durante el que Estados Unidos inclinó el equilibrio de fuerzas a su favor en las dos guerras mundiales y en la Guerra Fría que siguió a la segunda de ellas. Todo esto tuvo que ver con muchos factores, claro está, pero sin la geografía, habrían sido inertes.

La historia no se detuvo con el fin de la Guerra Fría, ni mucho menos. La Unión Soviética desapareció como tal y China adoptó una forma propia de capitalismo, pero tanto Rusia como China son imperios inmensos, iliberales y multiétnicos que tienen la capacidad de dominar juntos el hemisferio oriental. Eso significa que Estados Unidos se juega intereses de cierto valor en lugares tan lejanos como Ucrania y Afganistán, por ejemplo. Además, como la tecnología ha atenuado la protección dispensada por los dos océanos —como bien demostró el 11-S—, el extremismo islámico es otro de los actores (por no decir el gran actor) cuyo poder ha de ser equilibrado, cuando no contenido o directamente derrotado. La descarnada conclusión que se desprende de todo lo anterior es que Estados Unidos está destinado a liderar. Así lo sentencia la geografía.

Y hay una cosa más. Nos guste o no, desde que, muchas décadas ininterrumpidas atrás, Estados Unidos comenzó a estar destinado a liderar, este país ha asumido también otras obligaciones. Ahí está, por ejemplo, la delicada cuestión del Museo Estadounidense en Memoria del Holocausto. El hecho de que dicho museo sea, a un tiempo, un monumento y un repositorio histórico es menos significativo que (como otros han señalado ya) la innegable relevancia de su ubicación, adyacente a la Explanada Nacional (o National Mall), donde se ubican los grandes edificios del gobierno federal, y con el Monumento a Jefferson a la vista. En resumidas cuentas, el Holocausto —que sucedió en Europa— ha sido incorporado oficialmente a la experiencia histórica de Estados Unidos, de tal modo que, siempre que se produzcan atrocidades a gran escala en algún lugar del mundo, los estadounidenses deben, como mínimo, tomar nota, cuando no liderar alguna forma de respuesta. No, Estados Unidos no es un país normal, tal como, al término de la Guerra Fría, la renombrada (y ya fallecida) conservadora Jeane J. Kirkpatrick nos instaba a que no lo fuera. Un país normal no tendría un museo así entre los de su panteón simbólico oficial. Estados Unidos posee, más bien, una serie de obligaciones parecidas a las de un imperio: fijémonos, si no, en el tamaño de su armada y de su fuerza aérea, y en lo ampliamente desplegadas que ambas están por todo el planeta.

Esa es la realidad. Ante tales verdades objetivas, el debate entre realistas e idealistas se antoja innecesariamente maniqueo y queda reducido a una mera querrela sobre tácticas. El realismo no

fue un invento maligno de Henry Kissinger, sino que es una tradición estadounidense que se remonta a George Washington, John Quincy Adams y hombres prudentes y sabios como George F. Kennan y Dean Acheson. El idealismo, por su parte, está tan hondamente arraigado en la tradición estadounidense que el wilsonismo perdura aun largo tiempo después de la muerte del propio presidente Wilson, por muchos defectos que se le encuentren a dicha doctrina. Pero ni el humanitarismo implacable ni el neoislacionismo pueden ser la base de una política exterior responsable: el primero, por insostenible, y el segundo, porque se niega a aceptar el destino de Estados Unidos como líder mundial.

En este punto, me siento obligado a introducir a una de mis debilidades personales, una figura literaria muy célebre en su día, pero hoy olvidada: Bernard DeVoto. Ecologista y fiero defensor de las libertades civiles, DeVoto fue también toda su vida un continentalista dedicado a un único tema: el del Oeste norteamericano. Hasta tal punto se entregó a él que jamás salió de América del Norte. Sin embargo, este intelectual que tan obsesiva y sensualmente escribió sobre las Grandes Llanuras y las Montañas Rocosas —de un modo muy parecido a como Patrick Leigh Fermor escribió sobre los Balcanes y la Europa central—, y de quien hubiera cabido esperar que fuera aislacionista en los años previos a la Segunda Guerra Mundial, viajó por todo el interior de Estados Unidos en 1940 defendiendo apasionadamente en reuniones de vecinos de las comunidades locales que el país debía entrar en la guerra contra la Alemania nazi. DeVoto amaba este continente que para él era tanto una «república» como un «imperio». Era tanto lo que había y sucedía en su interior que el mundo exterior nunca llegaba a parecer del todo real. Por eso apreció las bondades del Destino Manifiesto antes de que varias generaciones de académicos empezaran a verle aspectos negativos únicamente. Pero también entendió —quizás a un nivel más profundo que nadie antes o después de él— que las ventajas de la geografía que el destino había deparado a Estados Unidos comportaban también unas responsabilidades globales que el país debía asumir.

¿Ha estado Obama a la altura de esas responsabilidades? El actual presidente no ha confeccionado una estrategia de forma proactiva, sino que ha tratado de refugiarse en algo parecido a una. Así que lo más que podríamos decir en ese sentido es que es estratégico, sí, pero bastante a su pesar. Se podría argumentar que ha mostrado algunos buenos instintos tácticos: mantenerse fuera de Siria (al menos, hasta fecha reciente), no implicarse sobre el terreno en Libia y no involucrarse en ninguna guerra aérea o terrestre en lugares que importen más a Rusia que a Estados Unidos o, incluso, a la Europa occidental. En todo ello, podríamos compararlo con ese otro presidente por quien él profesa una no muy secreta admiración: George H. W. Bush. Bush padre también se refugió en una estrategia para poner fin a la Guerra Fría después de que la Guerra Fría hubiera empezado su fin en Europa. También hizo gala de buenos instintos tácticos al no romper relaciones con China tras lo de Tiananmén y al limitar la primera guerra del Golfo a la liberación de Kuwait. Pero ahí es donde terminan las similitudes.

Los ritos de paso (y, por lo tanto, puntos de referencia vital) de Bush padre habían sido las universidades de Nueva Inglaterra, los yacimientos petrolíferos texanos y la guerra naval en el Pacífico. Bush padre no era un intelectual, pero entendía intuitivamente lo que el estudioso DeVoto había aprendido viajando, instruyéndose en la biblioteca de Harvard y durante su infancia y juventud en Utah: que Estados Unidos es un continente de tales dimensiones que liderar no era una elección, sino un destino. Pero la sensibilidad de Obama no parece ser

continental. El continentalismo, según opinaba Kennan, es lo opuesto del universalismo. Pero yo no estoy de acuerdo. Creo que el uno no existe sin el otro. Sin interiorizar momentos históricos como la fiebre del oro en California o la expansión hacia el oeste, no se puede comprender por qué Estados Unidos merece liderar. Solo conquistando antes las Grandes Llanuras y las Montañas Rocosas pudo Estados Unidos derrotar a Hitler y a Tojo años después. Mientras que, ya desde el principio de su presidencia, Bush se mantuvo en contacto telefónico constante con muchos dirigentes de todo el mundo—mucho antes incluso de que estallaran crisis como la caída de la Unión Soviética o la invasión iraquí de Kuwait—, Obama prefiere esperar hasta que está ya hundido a fondo en una crisis y, aun entonces, opta a menudo por delegar esas responsabilidades. Obama nunca le ha encontrado el gusto a la proyección internacional del poder estadounidense, y sin esa proyección, es imposible desafiar al destino.

Obama ha tratado hasta hace poco de involucrar a aliados estadounidenses en diferentes teatros de operaciones para que sean ellos quienes se encarguen de hacer los correspondientes equilibrios de poder por él. Que Japón se encargue de contrarrestar el poder de China; que Arabia Saudí e Israel contrarresten el poder de Irán; y que Alemania contrarreste el de Rusia. Es un propósito loable. ¿Por qué no habría de intentar aminorar (cuando menos) la carga imperial del país? El problema es que un Japón resurgente y nacionalista, cuando ese país no ha asumido plenamente aún sus crímenes de la Segunda Guerra Mundial, asusta demasiado en Asia. La fuerza aérea israelí, aun siendo muy buena, es una aviación de guerra pequeña y táctica, y no una grande y estratégica, por lo que dista mucho de ser perfecta para ser usada contra Irán. Arabia Saudí es un régimen de bárbaro despotismo, más frágil de lo que parece, cada vez más socavado por el debilitamiento y la descentralización de su monarquía, por el caos en el vecino Yemen y por las determinadoras fuerzas del crecimiento demográfico y la disminución de su capa freática. Alemania está seriamente comprometida por su dependencia de la energía rusa y su pacifismo intrínseco, nacido de la asunción del legado de los crímenes nazis. Delegar poder en los aliados tiene, pues, sus límites y estos son bastante restrictivos.

Aun así, es cierto que, aunque Rusia es mala y Estado Islámico es peor que malo, también la Unión Soviética era bastante peligrosa y «malvada», según el famoso calificativo que le dedicó Ronald Reagan. Y nunca llegamos a entrar en guerra contra la Unión Soviética, sino que contuvimos pacientemente su avance durante décadas hasta que se desplomó bajo el peso de sus propias contradicciones. También la encumbrada posición de Rusia en los mercados energéticos mundiales y el tamaño de su población irán descendiendo con el paso de los años, y Estado Islámico podría terminar socavado por el tribalismo y por diversos grupos y califatos en conflicto. La contención, pues, es una estrategia muy defendible (cuando no la más atractiva) en ambos casos. El estilo deliberativo de Obama es, pues, el apropiado dadas las circunstancias.

De todos modos, eso no va a disuadir a quienes lo acusan de practicar el apaciguamiento.

El problema de acusar a un estadista de apaciguador es que la situación por la que se le acusa solo se clarifica a posteriori. Cuando Neville Chamberlain fue a Múnich, hacía solo veinte años que habían muerto 16 millones de personas (militares y civiles) en la Primera Guerra Mundial. Todo aquel que haya alcanzado ya cierta edad sabe que veinte años son un abrir y cerrar de ojos. Y Chamberlain tenía 69 años cuando lo de Múnich. Semejante sufrimiento en masa... ¡y todo por una guerra nacida de un error de cálculo y que no se saldó con resultado constructivo alguno! Según esa lógica, con una guerra mundial ya había habido más que suficiente. ¿Y quién se habría

imaginado en 1938 que el Holocausto iba a ocurrir? Puede que ni siquiera Winston Churchill. El exterminio industrializado de todo un pueblo como principio organizador central de un Estado moderno fue algo inimaginable hasta que comenzó a producirse realmente. Así que acertar cuáles eran las intenciones de Hitler no era algo tan sencillo como ahora nos parece. Y ningún adversario al que nos enfrentemos ahora o en el futuro alcanzará los niveles de Hitler, tanto en cuanto a poseer una ideología de muerte como en cuanto a disponer de la capacidad para ponerla en práctica a una escala masiva. Así pues, el apaciguamiento será una parte rutinaria más del futuro de cualquier presidente. Usarlo como un arma arrojadiza contra él no sirve de nada. El destino no nos es cognoscible de antemano.

Cabe decir, de todos modos, que un estudioso de Shakespeare habría captado el carácter de Vladimir Putin mucho antes que un analista de las relaciones internacionales, igual que un filósofo comprendería mucho más a fondo que nadie el peligro que tienen aquellas personas que decapitan a periodistas inocentes para hacer con ello vídeos muy bien producidos con los que difundir su mensaje de barbarie. Los peligros que acechan en el momento presente son numerosos, pero también el riesgo de que nos estemos extendiendo por encima de nuestras posibilidades es muy serio en la actualidad. Así pues, en esta era de anarquía comparativa que seguirá a la era del imperialismo y a la de la Guerra Fría, acertar el diagnóstico de las situaciones que se presenten será más difícil que nunca. No hay que olvidar que muchas decisiones son complicadas por naturaleza. Necesitamos líderes que alarguen los límites de lo lograble y que, al mismo tiempo, respeten esos límites. El destino es como los dioses de la antigua Grecia: veleidoso e imperfecto desde el punto de vista moral, pero moldeable para quienes tengan la audacia suficiente.

EL GRAN PELIGRO DE UN NUEVO UTOPISMO

The American Interest, noviembre-diciembre de 2015

¿Cuál es nuestro mayor miedo existencial, mayor que cualquier amenaza cibernética, biológica, medioambiental o incluso nuclear? Es el miedo a la amenaza que representa una ideología utópica puesta al servicio de un poder formidable. Porque la utopía es, en sí misma y por definición, el sistema político y espiritual perfecto, lo que significa que toda medida que se tome para hacerla realidad está moralmente justificada: incluso el totalitarismo y los asesinatos en masa. Pero ¿dónde ha residido siempre el atractivo —a nivel del individuo— de la ideología utópica, a pesar del horror que provocó en el siglo xx? Su principal atractivo reside en lo que provoca en el alma.

Aleksander Wat, gran poeta e intelectual polaco de principios y mediados del siglo xx, explicaba que el comunismo —y el estalinismo en especial— era la «respuesta global a la negación. [...] La enfermedad entera brotaba de esa necesidad, de esa hambre de algo omnímodo». El problema era «un exceso de todo. Demasiadas personas, demasiadas ideas, demasiados libros, demasiados sistemas». ¿Quién podía afrontar tanto? De ahí que se hiciera preciso contar con un «catecismo simple». Esto era así en el caso de los intelectuales sobre todo, lo que explica la atención que, de entrada, le prestaron al comunismo y, sí, también al estalinismo. Una vez convertidos, los intelectuales pudieron descargar ese catecismo omnímodo sobre las masas, que lo aceptaron como sustituto del catecismo normal de la religión. Pero si las religiones tradicionales llenan de inmediato un vacío en la vida interior del individuo y, por consiguiente, la enriquecen, el estalinismo reducía de inmediato esa vida interior «a cenizas», según Wat. El estalinismo representaba «la muerte del hombre interior»: representaba la «exteriorización» de todo. Ese era su reclamo: sin una vida interior, había menos persona en la que pensar y de la que preocuparse.

Estas apreciaciones de Wat, clínicas de tan precisas, aparecen en las páginas de uno de los libros de memorias de más inaplazable lectura de la era moderna, como es *Mi siglo: confesiones de un intelectual europeo*, publicado a título póstumo en 1977. No son unas memorias en el sentido tradicional, sino una serie de transcripciones de entrevistas con el autor realizadas a mediados de la década de 1960 por el nobel Czeslaw Milosz. Wat estaba ya enfermo en aquel entonces, tanto física como mentalmente, y ni siquiera podía escribir. Pero es alguien a quien debemos situar en la más alta categoría de intelectuales: la de aquellos que ni siquiera necesitan escribir para expresarse. Basta con escuchar su voz.

Mi siglo no es un título exagerado ni autorreferencial. Wat vivió realmente la vida del siglo xx en todo su horror. Su hermano mayor murió en Treblinka y su hermano menor, en Auschwitz. El propio Wat pasó siete años en prisiones soviéticas (incluida la Lubianka) durante la Segunda Guerra Mundial y al término de esta, y en el exilio en los despoblados páramos del Asia central. Regresó a la vida pública del bloque del Este en 1957, a raíz de la desestalinización, y se suicidó en Francia una década más tarde. Las páginas de sus conversaciones con Milosz supuran

dolorosos recuerdos de las espantosas deportaciones, en las que las personas morían congeladas en los vagones de la muerte, en el mismo espacio donde había mujeres dando a luz. Recuerda las gélidas celdas carcelarias en las que, luego, había que soportar el abrasador calor de los veranos; el terror constante, día tras día, año tras año, de las torturas; la corrosiva angustia en prisión de no saber qué suerte había corrido su familia; sus desquiciados compañeros de celda; la mugre y el caos de las estaciones ferroviarias: la vida de millones de personas en el siglo xx o, dicho de otro modo, el precio que tuvieron que pagar por las ideologías. Wat era un centroeuropeo cuya familia y cuya historia personal estaban «en la frontera entre el judaísmo, el catolicismo y el ateísmo», y, según su propio testimonio, el antisemitismo formaba parte integral del tejido mismo de la vida penitenciaria soviética.

Alguien podría decir: «Ah, pero es que el siglo xx fue excepcional. Tiranos de la talla de Hitler y Stalin solo surgen una vez cada mil años. El relato de Wat es un clásico apabullante, pero hace referencia al siglo pasado. ¿Qué tiene que ver con el actual?».

Es evidente que la Solución Final fue un acontecimiento singular para el que no podemos encontrar equivalente ninguno. La maquinaria del terror de Stalin fue también única en cuanto a su grado de horror industrializado e ideológico. Y puesto que ambos fenómenos siguen estando ahí, apenas a una vida de distancia de nosotros en el tiempo (poco más que un nanosegundo para la historia), es lógico que muchos debates intelectuales y políticos sigan estando obsesivamente centrados en ellos. Pero, al mismo tiempo, hoy se tiene también la creencia o, mejor dicho, la certeza (verdadera hasta cierto punto) de que el siglo XXI es radicalmente distinto del anterior y que, por lo tanto, está aquejado de patologías muy diferentes. Estudiamos, pues, a Hitler y a Stalin como fenómenos del pasado, no como un prólogo de lo que está por venir. Como los aterradores dinosaurios del pasado remoto, ellos también se extinguieron y, por lo tanto, han dejado de ser una amenaza: al menos, esa parece ser la opinión generalizada.

El motivo central del siglo xx fue la grandeza: grandes Estados industrializados con grandes maquinarias militares que monopolizaban el uso de la fuerza y, por lo tanto, eran capaces de grandes males; el leitmotiv del siglo XXI, por su parte, es la pequeñez: la erosión del poder estatal que están provocando las herramientas cibernéticas e informacionales posindustriales, herramientas que trasladan el poder a manos de organizaciones no estatales y que aminoran el dominio de los Estados. Así pues, el horror del totalitarismo ha sido sustituido por el horror del caos. Sadam Huseín, el Stalin árabe, fue indescriptiblemente brutal, pero la anarquía que siguió a su caída en Irak fue peor todavía. Sí, Wat da testimonio y sus memorias son una obra literaria. Pero conciernen a su época, no a la nuestra.

Pero ¿y si esa no fuera toda la historia? ¿Y si, con su descripción de la atracción psicológica que ejercía la ideología estalinista, Wat estuviera proporcionándonos una advertencia sobre nuestro ahora? ¿Y si la respuesta a un caos sostenido termina llevándonos de vuelta, siguiendo el trayecto inverso, a las intensidades ideológicas del siglo xx? No estoy hablando de nuevos Hitlers y Stalins, sino de variantes actualizadas de esa misma enfermedad.

De hecho, el tiempo que nos ha tocado vivir tal vez sea especialmente propicio a las ideologías utópicas. Hoy se nos bombardea con infinidad de estímulos, muchos más incluso que a principios del siglo xx: si ya en tiempos de Wat había demasiados libros e ideas, demasiadas personas y sistemas, aquellos representarían solo una mínima fracción del volumen de estos otros que las personas tenemos que afrontar en la actualidad. El alma misma, según explica el filósofo

rumano contemporáneo Horia-Roman Patapievici, está siendo vaciada por dentro por culpa de la sustitución de nuestra imaginación interior por la tecnología: teléfonos inteligentes, juguetes inteligentes y todo el surtido de dispositivos electrónicos a la venta en los grandes centros comerciales. La tecnología, como Martin Heidegger ya vio en su día, está vacía de sentido en muchos aspectos: la angustia y la confusión mentales serían meramente su efecto. De ahí que necesitemos desesperadamente sentido en nuestras vidas, algo que, evidentemente, la política convencional no nos puede dar, justo ahora cuando la tecnología y el primitivismo —véase el caso de Estado Islámico— pueden ya fluir juntos, integrados en unos sistemas de creencias que se incardinan a su vez en los de las religiones tradicionales.

También está la cuestión de la soledad. Hacia el final de *Los orígenes del totalitarismo*, la filósofa Hannah Arendt reflexionaba del modo siguiente: «Lo que prepara a los hombres para la dominación totalitaria [...] es el hecho de que la soledad, antaño una experiencia límite que normalmente solo se sufría bajo ciertas situaciones sociales como las que son propias de la vejez, se ha convertido en una experiencia cotidiana de las crecientes masas de nuestro siglo». El totalitarismo, proseguía ella, es producto de la mente solitaria que deduce linealmente una conclusión de otra hasta llegar al peor resultado posible, y es, por lo tanto, una «vía suicida de escape de esta realidad», ya que al presionar muy juntos a hombres y mujeres en vociferantes grupos de desfile, borra la individualidad y, con ella, la soledad. Pero, aun con todas las distracciones electrónicas con las que contamos actualmente, ¿no es la soledad más preponderante ahora todavía de lo que lo era cuando Arendt publicó su obra maestra en 1951? Las personas están hoy más aisladas que nunca; son más propensas a sufrir los síntomas de la mente solitaria, totalitaria, o aquello que los psiquiatras llaman «pensamientos acelerados».

En cualquier parte del mundo —en Occidente, en Oriente Próximo, en Rusia, en China— las personas necesitan desesperadamente algo en lo que creer, aunque solo sea para aliviar su estado mental. Están peligrosamente listas para aceptar un nuevo catecismo si se dan las circunstancias propicias, y lo que en Occidente no pasa de ser una moda o un culto pasajeros, puede derivar en extremismo en sociedades menos estables o más caóticas.

La élite de esta era de la alta tecnología poco puede ayudar a aligerarnos de nada de todo eso o a traducirlo para nosotros. Cosmopolitas, crecientemente desnacionalizados y cada vez menos ligados al territorio, los miembros de la élite se deleitan en ese flujo desbordante de información que ellos procesan en multitarea todos los días y a toda hora. ¡Son tan brillantes todos! Pueden analizar lo que quieran, pero no creen en nada y sienten una lealtad cada vez menor hacia los países que expiden sus pasaportes. Esto los hace estar completamente desconectados de las masas plebeyas, cuya agitación y cuyo anhelo de una nueva totalidad, de un nuevo catecismo con el que llenar el vacío y la soledad de sus almas, nunca dejan de sorprenderlos e impactarlos.

Es posible que el ascenso de Estado Islámico no haya sido más que un augurio, y que su líder, Abu Bakr al Bagdadi, no sea más que un ejemplo temprano de esas mutaciones actualizadas del virus de los totalitarismos del siglo xx. Al Bagdadi surgió del caos de la Primavera Árabe y la invasión estadounidense de Irak. La Primavera Árabe no presagió la llegada de la democracia, como las élites occidentales anunciaron en un primer momento —proyectando sus propios valores y experiencias sobre una parte del mundo que les era ajena y de la que conocían bien poco—, sino que fue una reacción a una crisis fundamental de la autoridad central de los Estados. Esa autoridad central era ilegítima porque se la consideraba corrupta y laica. Mientras

los periodistas occidentales se fijaban inicialmente en exclusiva en los urbanitas jóvenes de las capitales árabes —porque cada uno de esos grupos se veía reflejado en el otro—, las masas árabes que se agitaban por debajo ansiaban pureza de fe y de lógica, aun cuando sus propias divisiones étnicas y sectarias —que las tecnologías de las comunicaciones, lejos de reducirlas, se encargan de exacerbar— dificultaban (y dificultan) en extremo el surgimiento de una sociedad civil que pueda calmar su sed individual de dignidad y justicia. Esas condiciones han llevado (y solo pueden llevar) a nuevas formas de autoritarismo. Y cuanto peor y más prolongada sea la anarquía, cuanto más extrema y brutal, más utópicas y milenaristas serán las formas que adopte ese nuevo autoritarismo.

La misma élite cairota de tendencia liberal que sedujo a los periodistas occidentales a comienzos de 2011 en la plaza Tahrir sería la que luego aceptaría gustosa la llegada al poder del nuevo hombre fuerte «faraónico», Abdelfatá al Sisi, en cuanto sintió la más mínima brisa de caos traída por la naciente democracia egipcia en forma de gobierno de los Hermanos Musulmanes. Pero el de Egipto no es un caso especialmente preocupante. Como lugar geográfico definido de forma muy precisa por el valle del Nilo y donde se han concentrado civilizaciones desde tiempos inmemoriales, el Estado tiene allí una larga tradición natural de legitimidad, por lo que no precisa asfixiantes sistemas autoritarios para mantenerse como tal. Otros países, sin embargo (como Libia, Siria e Irak), entran ya en otra categoría, pues sus fronteras no coinciden con las de unos Estados antiguos que hayan sido tradicionales nodos poblacionales y estén bien definidos geográficamente en grado siquiera cercano a como ocurre en el caso de Egipto. Por consiguiente, han requerido formas más extremas de autoritarismo —rayanas en el totalitarismo— simplemente para sobrevivir como tales Estados. Esa es la causa original de la intensidad ideológica de los regímenes de Muamar al Gadafi, Hafez y Bachar al Asad, y Sadam Huseín. Los dos últimos eran socialistas baasistas, una variante de una ideología utópica europea transferida a Oriente Próximo. Dado que el totalitarismo eviscera toda forma de organización política que pueda ocupar una posición intermedia entre el régimen en la cima y la tribu y el clan familiar en la base, su desaparición en Libia, Siria e Irak ha desencadenado la anarquía, la cual, llegado el momento, no conducirá a la democracia liberal, como ya he señalado, sino a nuevas formas de tiranía. Y como la profundidad y la extensión del caos en esos lugares han sido exponencialmente superiores a los del que se vivió en Egipto, la forma que adopte cualquier nueva tiranía en dichos territorios amenaza con rayar en lo utópico.

En Irak, desde 2003 y debido a una invasión estadounidense (de la que yo fui erróneamente partidario al principio) y a una posterior retirada posiblemente precipitada de muchas de esas fuerzas, la población ha sufrido un nivel de barbarie hobbesiana y una pérdida de dignidad y seguridad mucho más profundos que los sufridos por los alemanes antes de la llegada de Hitler y superiores a los que los rusos experimentaron durante los años de la caída de la dinastía Romanov y el posterior estallido de la guerra civil, que precedieron a Lenin y a Stalin. Desde 2011, también en Libia y en Siria se ha reproducido una evolución de acontecimientos similar a la de Irak. Por no hablar de la sensación de alienación y soledad personales que también los habitantes de esas sociedades subdesarrolladas han experimentado a raíz de la llegada de las condiciones de vida tecnológicas posmodernas que todos tenemos que soportar. Añadamos a esa combinación la alienación típica de ser un musulmán joven y sin empleo en Europa, alguien a quien, por lo tanto, le resulta imposible casarse, y entenderemos rápido la situación psicológica

de muchos de quienes Estado Islámico capta como adeptos, pues la frustración sexual se aplaca mucho mejor adhiriéndose a una ideología totalizadora que ejerciendo el derecho al voto en unas elecciones cada equis número de años.

Pero ¿acaso no es empoderadora la tecnología? ¿Acaso no pone en contacto mutuo a las personas para que hablen con una sola voz? Pues precisamente esa es la cuestión: el peligro está en que ahora hablan con una sola voz. Internet ofrece una libertad engañosa. La mayoría de las personas piensan que generan sus propias ideas; en realidad, sus ideas han sido preparadas por otros que han pensado ya por ellas. La noción misma de que algún sermón, blog o tuit se haga viral es un triste reflejo del estado del individualismo en el siglo XXI. El enjambre electrónico es una anulación de la soledad que allana el camino para la entrada de nuevas ideologías totalitarias. Imaginémonos entonces el enjambre de los seguidores electrónicos en países donde toda dignidad personal ha sido ya borrada por la guerra, el crimen y el caos, y donde resulta evidente que cierta forma posmoderna de religiosidad extrema es la única panacea.

Bien mirado, el ascenso de Estado Islámico y de otros movimientos yihadistas, tanto suníes como chiíes, no es ni mucho menos una novedad en la historia imperial y posimperial. El veterano comentarista político William Pfaff, quien, desde su atalaya parisina, escribió sobre política internacional durante décadas hasta su muerte, señaló que el auge de los movimientos populistas radicales que, en muchos casos, reclaman el restablecimiento de una época dorada perdida en el devenir de los tiempos, ocurrió en dos ocasiones separadas a mediados y finales del siglo XIX en la China de la dinastía Qing (concretamente, en las rebeliones Taiping y Bóxer), así como una vez a mediados del siglo XIX en la India británica (el Motín de los Cipayos) y otra a finales de ese mismo siglo en el Sudán británico (la Revuelta Mahdista). Fieles a esa corriente histórica, explicaba Pfaff, organizaciones como el ugandés Ejército de Resistencia del Señor o el nigeriano Boko Haram, que aquí en Occidente calificamos —de un modo casi infantil— de meramente «terroristas», son, en realidad, movimientos milenaristas redentores que surgen como respuesta a la doble amenaza de la modernidad y la globalización.

A medida que se intensifica, la globalización lleva aparejado el potencial de dar rienda suelta a ideologías utópicas varias porque diluye los lazos tradicionales concretos con el territorio y la etnia, por lo que, en el vacío parcial resultante, adquieren mayor atractivo otros ideales más abstractos, que son las armas mismas de la utopía. No es solo Oriente Próximo y Medio lo que debe preocuparnos en ese sentido. China está en un proceso de transformación que la está llevando de ser un país en desarrollo a ser lo que se conoce como un «Estado de seguridad nacional» que, en años y décadas futuros, podría adoptar nuevas y peligrosas formas híbridas de nacionalismo y control central en respuesta a posibles dificultades económicas. El gobierno del ruso Vladimir Putin podría no ser más que el precursor de un futuro ambiente de xenofobia y nacionalismo más acentuados aún bajo líderes más escorados a la derecha que él, en respuesta al debilitamiento de la posición social y económica de Rusia. Y es que también el nacionalismo (y no solo la religión) puede volverse más ideológico y abstracto en una era de globalización.

Debemos, pues, ser humildes y estar alerta, al mismo tiempo. Humildes, en el sentido de que no demos el progreso por sentado. Humildes, porque no deberíamos dejarnos mecer por ciertos supuestos, tan tranquilizadores como petulantes, sobre el rumbo lineal de la historia. Y vigilantes, porque siempre deberíamos mantenernos firmes en la defensa de individuos como

Aleksander Wat, quien, por mucho que le invadiera la duda y que se cuestionara a sí mismo, se negó siempre a someterse a las fuerzas pulverizadoras.

EL REGRESO DE MARCO POLO

DE VIAJE POR LA NUEVA RUTA DE LA SEDA DE CHINA

The National Interest, septiembre-octubre de 2015

Los miles de guerreros de terracota de la dinastía Qin del siglo III a. C., que comenzaron a ser desenterrados a mediados de la pasada década de los setenta, constituyen una de las maravillas del mundo. Yo mismo contemplé asombrado el enorme foso de arcilla donde esos soldados representados a tamaño real, todos ellos diferentes unos de otros, parecen haber quedado atrapados como en una foto fija, como en la imagen congelada de un desfile. Todos miran hacia el este. Pensemos que Qin, aunque situado en el corazón de la China actual, era el más occidental de los Estados del periodo de los «Reinos Combatientes» de la China antigua. Por lo tanto, era hacia el este donde se encontraban todos sus enemigos. Más allá de Qin, en el sentido opuesto (hacia el oeste), la cuna cultivable que siempre ha definido geográficamente a la civilización china se diluye y va dando paso a los desiertos, mucho más despoblados, del Asia central.

Un corto desplazamiento por carretera desde el yacimiento que alberga los guerreros de terracota, en la provincia de Shaanxi, me llevó hasta la Gran Mezquita de Xian, una ecléctica combinación de grabados de escritura arábiga cubiertos por un tejado tradicional chino (vuelto hacia arriba en sus extremos) y decorada con azulejos persas de color azul pavo real. Es fácil confundir su minarete con una pagoda. El resultado es una estética exquisita que mezcla Oriente Próximo y Extremo Oriente, y que el polvo vuelve aún más preciosa. El pueblo hui que mantiene esta mezquita, aun estando emparentado con los han, representa el tentáculo más oriental del islam en el Asia continental: la Ruta de la Seda medieval comenzaba y terminaba justo aquí, en pleno corazón —repito— del actual Estado chino. Y es que las fronteras políticas chinas abarcan hoy mucho más que el núcleo cultivable de la histórica China de los han.

A continuación, visité Dunhuang, casi 1.500 kilómetros al noroeste de Xian. A los veinte minutos de haber despegado, la intrincada cuadrícula de los cultivos de cereales comenzó a ralearse: un primer rumor de lo que pronto pasaron a ser eriales descoloridos y espinosos, de los que las cimas montañosas sobresalían cual vértebras de una espina dorsal. En lo que a la geografía política respecta, yo seguía estando muy dentro del territorio chino; demográfica y étnicamente, sin embargo, no tanto, y en lo que a la geografía física se refiere, yo ya había cruzado los límites del Asia central y había entrado en la esquina suroriental del desierto de Gobi, para ser más preciso. Finalmente, cuando el avión aterrizó, el terreno circundante había quedado reducido ya a una monotonía de papel de lija, desprovisto prácticamente por completo de distintivo topográfico alguno.

Dunhuang se fundó en plena Edad Antigua como un puesto de avanzada militar de la China han, interesada en fundar y conservar protectorados en los territorios de desierto y estepa situados al oeste de su cuna cultivable original. El budismo, que arraigó durante ese periodo en lo que hoy es la frontera noroccidental de Pakistán, llegaría a tener un papel central en la Ruta de la Seda convertido en el sistema confesional de sus mercaderes y comerciantes. Allí, en las friables laderas de los barrancos que rodean a Dunhuang, hay centenares de cuevas con los muros

cubiertos de frescos budistas medievales. Delicados como la seda, los colores rosa té y verde menta de aquellos frescos parecen como deslavazados con leche. Las pinturas revelan influencias artísticas no solo de la China tang, sino también del Tíbet, de la India y del Irán sasánida. Y es que Dunhuang era un gran nudo de la Ruta de la Seda.

Apenas una hora más allá de Dunhuang, las duras colinas rojizas (como de lava) dan súbitamente paso a un desolador vacío ceniciento. Es el paso de Yangguan, donde la protección de la China imperial dejaba oficialmente de tener efecto. Pensé entonces en lo que Wang Wei, poeta tang del siglo VIII, escribió a propósito de ese mismo lugar:

Apuremos otra copa de vino.

Pues, ya al oeste del paso de Yangguan, no habrá más amigos.

Pero yo ahora sí prosigo camino hacia el oeste, aunque todavía bien dentro de las fronteras del Estado chino del siglo XXI.

En Urumchi, tras hileras e hileras de bloques de pisos a medio terminar, vi el imponente telón que forma el sistema de Tian Shan (las «Montañas Celestiales»), con su manto nevado y su emanación de terror y muerte. Solo de mirar tan gélidos montes me recorrió un escalofrío. Veintiún años antes, en una visita anterior, Urumchi me había parecido una ciudad somnolienta de algo menos de un millón de habitantes a la que había llegado en un tren destartalado desde Kazajstán y de la que me había marchado a bordo de un igualmente destartalado autobús en dirección a la frontera china con Kirguistán. Pero ya no era así. Hoy Urumchi, la capital de la provincia china de Sinkiang (la más occidental del país), tiene una población de 3,8 millones de habitantes. Abundan en ella los atascos de tráfico formados por los vehículos que se apelotonan en una maraña de nuevas autopistas y pasos elevados, entre relucientes rascacielos que se levantan por doquier. La ciudad da fe de los esfuerzos de Pekín por dominar a sus minorías del Asia central, ahogándolas mediante el desarrollo desbordado que acompaña a la construcción de nodos urbanos de una Ruta de la Seda posmoderna formada por autopistas de largo recorrido, líneas ferroviarias y oleoductos y gasoductos que unen China con las ex repúblicas soviéticas vecinas. Y es que no solo el Tian Shan deja claro lo mucho que se adentra el Asia central en territorio chino: también lo hacen los muchos carteles y signos escritos en alfabeto árabe, testimonio de la lengua túrcica uigur que hablan más de la tercera parte de los habitantes de Urumchi, una lengua sorprendentemente similar al turco propiamente dicho. (Hay, también, signos escritos en alfabeto ruso cirílico, lo que indica la presencia de kazajos, uzbekos y otras minorías musulmanas.) Esas áreas de etnia túrcica más el Tíbet conforman un tercio de la superficie terrestre de China. China es una cárcel de naciones, aunque sea a una escala algo menor de lo que lo era la antigua Unión Soviética.

Y pese a ello, sea con las nuevas autopistas, con los trenes de alta velocidad que adelantaron vertiginosos al autobús en el que yo viajaba por allí (por el Asia central china), con los interminables parques eólicos instalados en las estepas, o con la incesante edificación de nuevos bloques de pisos (o, por qué no, con el ingente número de guerreros de terracota que se moldearon en su día), China siempre ha manifestado una ambición de proporciones asombrosas, épicas incluso: de una magnitud impresionante y aterradora al mismo tiempo, tanto en la antigüedad como ahora. El potencial desintegrador de la geografía y la composición étnica de China parece estar más que compensado por la fuerza unificadora de su ambición.

Mi viaje acaba en Kasgar, una ciudad aledaña a las fronteras respectivas de China con Kirguistán, Afganistán, Tayikistán y Pakistán. El 80 % de los 4,5 millones de habitantes de la región de Kasgar son musulmanes uigures túrcicos. El acontecimiento señalado aquí es la feria dominical del ganado, donde una multitud de hombres uigures de barba rala y tocados con gorras planas de brocado negocian frenéticamente entre apretados rebaños y manadas de ovejas, corderos, caballos, burros, reses y peludos camellos bactrianos. Toda la escena está envuelta en un mugriento velo polvoriento que hace que la recordemos en blanco y negro, más que en color. Pero por muy auténtica que pueda parecer la escena a quien visita el lugar por primera vez, ese mercado de ganado representa hoy, en 2015, una versión regulada e higienizada de aquel otro que yo viví en 1994. En aquel entonces, en lugar de los camiones de fabricación china en los que se transportan ahora los animales, había un caos de carros tirados por burros, y en vez de un espacio amplio y rectangular reservado fuera de la ciudad para la feria semanal (como el que existe actualmente), el mercado estaba integrado en el ajetreado e igualmente caótico bazar tradicional de Kasgar, donde los animales daban empellones contra los sucios puestos de venta de utensilios de latón y cobre, generando así un ensordecedor panorama de un esplendor visual con reminiscencias de siglos muy anteriores.

Pero, en estos veintiún años, la capacidad del Estado chino para ampliar su alcance hasta las periferias desérticas donde se localizan sus minorías étnicas ha avanzado hasta tal punto que Kasgar es hoy una localidad de bien alineadas hileras de nuevos bloques de viviendas, con calles asfaltadas y trazadas siguiendo un diseño reticular. Y sin animales, pues estos han quedado relegados al recinto que se les ha reservado fuera de la ciudad. Es la modernidad, deliberadamente impuesta por las autoridades chinas, lo que está diluyendo la cultura túrcica uigur en ese lugar. Kasgar se está convirtiendo en una ciudad de industria ligera —plásticos y electrónica— con mano de obra importada en muchos casos del este, desde el corazón geográfico de la mayoritaria etnia han, y alojada en esos nuevos edificios de viviendas. La población uigur contraataca a su modo, emulando la cultura de masas que importa de Turquía: la música y los bailes de los restaurantes uigures de postín están a veces directamente sacados de la televisión turca.

Pero mientras que, en la medieval Gran Mezquita de Xian, se respira una elegante confluencia de civilizaciones —china, árabe y persa—, aquí, kilómetros más allá por la Ruta de la Seda del siglo XXI, todo apunta a un duro choque. Un día vi cómo los cientos de hombres uigures que salían (con sus barbas y sus gorras de brocado) de rezar en la mezquita de Id Kah (un edificio del siglo xv ubicado en el centro de Kasgar) se encontraban con un organizado grupo de chinos bailando line dance con música a todo volumen de la película Rush Hour. Su particular fiesta se programó para que coincidiera exactamente con los rezos musulmanes de la tarde. He ahí un ejemplo de utilización de la cultura global para ofender a otra muy tradicional.

Todo mi viaje fue un testimonio en sí mismo del drama geopolítico posmoderno que se está desarrollando en aquella zona del mundo. El ya desaparecido profesor de Harvard y sinólogo John King Fairbank dijo una vez que el concepto que China tiene de sí misma se basa en la diferencia cultural que existe entre ese cinturón desértico circundante y el vergel de cultivos que es la China propiamente dicha: es decir, entre lo pastoril y lo agrícola. La geografía étnica china refleja, en opinión de Fairbank y de su colega de la Universidad de Boston Merle Goldman, esa dinámica de «centro-periferia», en la que el centro está formado por la llanura central cultivable

de la China han interior, mientras que la periferia es toda esa meseta pastoril de frontera donde se concentra la población de las minorías. Para los chinos antiguos, la agricultura significaba la civilización misma: es decir, el Reino del Medio, Zhongguo, que nada debía a esos pueblos circundantes del desierto y la estepa. De esa cosmovisión surgió esa forma de certeza cultural que China ha compartido con la cristiandad occidental.

El hecho de que el Estado chino incluya actualmente tanto desierto como tierras de cultivo refleja la culminación de un largo y, hasta el momento, triunfal proceso histórico que, a su vez, ha proporcionado una base geográfica al poder chino. En realidad, el motivo por el que China está desarrollando actualmente una gran presencia naval en los mares de la China Meridional y de la China Oriental es que, por vez primera en la era moderna, el país por fin dispone de la capacidad de hacerlo, un lujo que se está pudiendo permitir gracias a su antigua conquista de la periferia desértica y esteparia que, en sentido contrario al de las agujas del reloj, se extiende desde Manchuria hasta el Tíbet, pasando por la Mongolia Interior y Sinkiang: una conquista que le permite proteger la agrícola cuna de la cultura han frente a potenciales incursiones hostiles. Segura y dominante en tierra, Pekín puede ahora aventurarse hacia el mar.

El dominio sobre una gran parte del Asia central islámica tiene su base en la historia china: los ejércitos medievales de los Tang fueron enhebrando conquistas desde Mongolia hasta el Tíbet para instaurar allí unos protectorados que llegaron hasta Jorasán (en el noreste del actual Irán), lo que facilitó aún más el despliegue y el funcionamiento de la Ruta de la Seda. Pero, al mismo tiempo, convendría que recordásemos que el Turquestán oriental —el área de la actual Sinkiang— no fue recuperado por la dinastía manchú Qing hasta los siglos xvii y XVIII. No forma parte, pues, de la verdadera China histórica en la misma medida que la cuna cultivable de esta.

Así que la pregunta que hay que hacerse ahora es si el pueblo han, el dominante en un país en el que representa más del 90 % de la población, y residente mayoritariamente en la cuna agrícola de China, será capaz de mantener a los turcos uigures, a los tibetanos y a los mongoles de la Mongolia Interior, que viven en la periferia del país bajo su permanente control, dentro de unos niveles mínimos de agitación. La suerte del Estado chino dependerá de este problema geográfico, sobre todo en vista de las alteraciones económicas y políticas que se avecinan.

Los próximos treinta años de la historia china no van a ser tan tranquilos como los treinta últimos. Aunque algunos analistas estadounidenses se quejen airadamente de la poca transparencia del régimen chino, de su carácter autocrático y de su agresividad naval en los mares de la China Meridional y de la China Oriental, China, sobre todo desde el final del mandato de Deng Xiaoping, ha estado gobernada por un grupo colegiado de autócratas y tecnócratas bien preparados, de temperamento conservador y reacios a asumir riesgos, por lo que China ha generado relativamente pocas sorpresas. Eso ha ayudado a que exista un consenso bipartidista en Washington en cuanto a la política exterior con respecto al régimen de Pekín, con unas diferencias entre demócratas y republicanos muy tenues en comparación con las disputas que envenenan la política estadounidense hacia Oriente Próximo y Medio. Pero más de tres décadas de tasas anuales de crecimiento de doble cifra han creado no solo unas amplias y profundas contradicciones e ineficiencias en la economía china, sino también una sociedad más sofisticada, inquieta y socialmente compleja: una sociedad a la que resulta más difícil complacer. China es ahora un crisol. El liderazgo del país se ha ido volviendo más centralizado y autocrático, y se ha empezado a formar un culto a la personalidad en torno al actual presidente,

Xi Jinping, justo en un momento en que la economía comienza a requerir interminables estímulos, aunque solo sea para que siga estando en orden. El espectacular descenso del ritmo del crecimiento económico en estos últimos años solo es el inicio de una tumultuosa transformación que pondrá a prueba a los dirigentes del Partido Comunista de China (PCCh) como nunca antes.

El declive y la caída de las dinastías y los imperios siempre han sido algo desordenado y conflictivo. Y no deberíamos olvidar que el PCCh constituye una dinastía china más que dirige un imperio de desierto y cultivos, con una periferia de pueblos «no han» que constituyen una presencia dominante en una buena porción de la superficie terrestre del país: un área que contiene el agua, el cobre, el mineral de hierro y otros recursos de los que depende la China interior. Sinkiang, con una superficie que es el doble de la de Texas, se está convirtiendo actualmente en un corredor de transportes para el paso de carreteras, líneas ferroviarias y conducciones energéticas: todo ello es parte de la nueva Ruta de la Seda que conecta China con el Asia central y que, en último término, la conectará con Oriente Próximo y Europa. No solo el bazar de Kasgar está lleno ahora de bienes de consumo de fabricación china: también lo están los bazares de las vecinas ex repúblicas soviéticas, toda una muestra del obstinado dinamismo de la economía china en su nivel más básico. Además, el alcance económico y estratégico de China podría llegar a extenderse finalmente más al sur de Kasgar y hasta el océano Índico, pues el propio Xi anunció en abril la próxima construcción de un gran sistema de transportes desde Sinkiang hasta el puerto paquistaní de Gwadar. Por lo tanto, Pekín no puede permitirse ahora ninguna agitación sustancial en Sinkiang, aun cuando el ambiente en lo referente a la seguridad allí esté marcado por la tensión étnica y por ataques cada vez más violentos de los uigures contra los chinos han. Es allí, en el Turquestán oriental, donde el intento chino de construcción de un imperio resulta más visible, pero también donde mayor fragilidad presenta el Estado chino en sí.

Obviamente, los expertos llevan años hablando de la posibilidad de que el PCCh se derrumbe algún día. Pero ¿cómo sería ese desplome exactamente? ¿Consistiría simplemente en el paso de un sistema de partido colegiado único a un autoritarismo eficiente y altamente centralizado? ¿O se trataría de un golpe militar desde dentro que mantuviera al partido nominalmente al mando? ¿O sería el resultado de un lento proceso de putrefacción que aún tardará años y décadas en evolucionar? Recordemos que la caída de la Unión Soviética se produjo en muy pocos años, pero que el Imperio otomano, el «enfermo de Europa», tardó más de un siglo en expirar. En todo caso, tanto si el centro se transforma en algo totalmente nuevo como si se va desmoronando lentamente desde dentro, la relación entre la China interior y la exterior podría cambiar de algún modo. Los lugares que visité podrían terminar formando una especie de Estado policial controlado desde Pekín, o podrían representar la vanguardia de una sutil fragmentación del país, en la que China iría replegándose por fases hasta quedar limitada a su histórica cuna cultivable. Creo que la primera posibilidad es bastante más probable que la segunda, pero esta tampoco es descartable.

Ya hemos sido testigos del caos desatado en unos cuantos Estados de Oriente Próximo y Medio, y de África. Pero China podría llegar a dar señales de una agitación interna tal que la engullera, no solo a ella, sino también a otros Estados del Asia central que forman parte, tanto lingüística como culturalmente, del Turquestán histórico. Las contiguas repúblicas centroasiáticas de la antigua Unión Soviética todavía no han sufrido una verdadera revuelta

política postsoviética, pero sus ya ancianos líderes pronto abandonarán la escena política y dejarán tras de sí unos regímenes carentes de una legitimidad fundamental, al mismo tiempo que Estados Unidos continuará su retirada de la vecina Afganistán. Kasgar es uno de esos lugares que normalmente nos imaginaríamos en las páginas de un libro de viajes exóticos a parajes perdidos en los confines del mundo. Pero lo cierto es que, en breve, podría estar en el centro mismo del mundo de la geopolítica.